

# TULIO M. CESTERO

## OBRAS ESCOGIDAS 1. NOVELAS



BIBLIOTECA  
DE CLÁSICOS  
DOMINICANOS

XXXVI



**OBRAS ESCOGIDAS**  
**1.- NOVELAS**

# Biblioteca de Clásicos Dominicanos

Director-fundador:  
Manuel Rueda (1921-1999)

Director Ejecutivo:  
Jacinto Gimbernard

Asesores:  
Dr. Jorge Tena Reyes  
Lic. José Alcántara Almánzar

Biblioteca de Clásicos Dominicanos  
Volumen XXXVI

TULIO M. CESTERO

OBRAS ESCOGIDAS  
1.- NOVELAS

*Estudio preliminar de  
Manuel García-Cartagena*

EDICIONES DE LA FUNDACIÓN CORRIPIO, INC.  
Santo Domingo  
2003

Edición al cuidado de  
Andrés Blanco Díaz

ISBN-99934-55-47-4

Diagramación  
Puro Fajardo Tejada

Impreso por  
EDITORA CORRIPIO, C. POR A.  
Calle A esq. Central  
Zona Industrial de Herrera  
Santo Domingo, República Dominicana

Impreso en República Dominicana  
Printed in Dominican Republic



TULIO M. CESTERO





## TULIO MANUEL CESTERO EN LA ESCENA DE SU ÉPOCA

### *Introducción*

En cualquier sociedad y en cualquier época, la literatura aparece como un sistema de producción de sentidos acerca de lo real. Esta producción se halla siempre estrechamente vinculada a la actividad de los sujetos que la validan por medio de la lectura, a tal punto que, tanto o más que la misma producción de textos literarios, es la lectura de este tipo de textos la principal garantía de que, en una sociedad y en una época dadas, la literatura pueda tener algún tipo de *existencia* social particular. Desde este punto de vista, puede decirse que, en cualquier contexto histórico-social, la literatura sólo es aquello que ciertos sujetos históricamente insertos en determinadas formaciones intelectuales, discursivas, ideológicas, políticas, etc. *reconocen* como tal, y no necesariamente lo que algunos sujetos productores de discursos pretendan hacer validar como productos literarios. Es por eso que, sin haber tratado primero de determinar *quiénes* leyeron (cuáles grupos o formaciones socioculturales, logias, sectas, etc.), *qué* leyeron (qué tipo de publicaciones, de qué manera entraron en contacto con dichas publicaciones), y *cómo* leyeron (a partir de qué determinaciones ideológicas, filosóficas, empíricas, etc., y sobre todo, con qué propósito) los sujetos de un período particular, la reflexión acerca de la producción literaria de dicho período tendrá que partir de criterios acomodaticios como la

petición de principio que consiste en asumir que *la literatura es [siempre] la literatura*, negándose así la oportunidad de acceder a la comprensión del proceso de constitución de ese fenómeno histórico-social que es, en cualquier época, la institucionalización de lo literario.

Es desde este punto de vista particular que podemos afirmar que, desde por lo menos la segunda mitad del siglo XIX y hasta una fecha todavía reciente, la manera en que la lectura de textos literarios validó la existencia de la literatura, en la República Dominicana y en otros países hispanoamericanos estuvo condicionada por el funcionamiento de las “peñas”, las “tertulias” y otros modelos organizacionales informales, en su mayoría dirigidos, explícita o tácitamente, por personalidades prominentes de la escena social, política y/o económica. Era en el seno de estos grupos donde se dirimían las discusiones relativas al *ser* y el *no ser* literario de tal o cual texto. Son célebres en nuestro medio, sobre todo, las “peñas” que, a principios del siglo XX se celebraban en el Parque Colón, a las que asistieron varios de los efímeros Presidentes de la República de aquellos años, intelectuales de renombre, como don Federico Henríquez y Carvajal (“Don Fed”, para sus amigos), religiosos, poetas, etc. Contrastando con el inusitado carácter de esta *animación* político-literaria, la crítica literaria de finales del siglo XIX y de principios del XX se inhibía ante las distintas manifestaciones del *presente* literario, pues, para muchos críticos de esa época, sólo eran dignos de ser estudiados los libros de autores viejos. El juicio “*Sólo se puede juzgar en paz a los lejanos*”, con el que Abigaíl Mejía finaliza, enigmáticamente, su *Historia de la literatura dominicana*<sup>1</sup>, resume esta postura representativa de la crítica de su tiempo. El presente, dimensión temporal en la que se produce la *contaminación* entre la *personalidad* del autor y su obra, era entonces considerado como una temporalidad sospechosa, tanto en literatura como en política y en el resto de los órdenes de nuestro Hacer sociocultural, y en lo que a publica-

1. MEJÍA, Abigaíl: *Historia de la literatura dominicana* (Santo Domingo: Editorial “Caribes”, 1939). Retomado en *Abigaíl Mejía: Obras escogidas*. Publicación de la SEEBAC (Santo Domingo: Editora Corripio, 1995, tomo 2, p. 488).

ciones de autores nacionales se refería, la actualidad literaria se mantenía confinada a servir de material para los comentarios de las "peñas" y "tertulias" y sólo esporádicamente alguno que otro autor, alguna que otra obra, alcanzaban el premio de algún comentario más o menos laudatorio en las páginas de la prensa escrita de la época.

Muy probablemente, el sector de la sociedad dominicana que aprendió a leer literatura en los cánones trazados por el *utilitarismo* heredado de la tradición positivista que marcó el final del siglo XIX y el principio del XX supo reconocer en la articulación estratégica entre política y literatura una manera de lograr aquello que Jean-Paul Sartre llamaba, en 1947, "la asimilación de la causa de las Bellas letras a la de la democracia política"<sup>2</sup>. Y muy probablemente, de esta "articulación estratégica" se deriva el hecho de que, incluso en nuestra época, para que pueda

---

2. SARTRE, Jean-Paul: "Pour qui écrit-on?", en *Qu'est-ce que la littérature?* (París: Gallimard/Idées, 1948, p. 139). El contexto de la cita de Sartre es el de una reflexión acerca de las relaciones entre los escritores franceses de los años 1830-1840 y la burguesía. Según Sartre: "El triunfo político de la burguesía, al cual los escritores habían llamado con sus mejores deseos, derrumba su condición por entero y vuelve a cuestionar hasta la esencia de la literatura; se diría que no habían hecho tantos esfuerzos sino para preparar más seguramente su pérdida. Al asimilar la causa de las Bellas letras a la de la democracia política, ayudaron sin ninguna duda a la burguesía a tomar el poder, pero al mismo tiempo se exponía, en caso de victoria, a ver desaparecer el objeto de sus reivindicaciones, es decir el sujeto perpetuo y casi único de sus escritos. En una palabra, la armonía milagrosa que unía las exigencias propias de la literatura a las de la burguesía oprimida se rompió desde que unas y otras se realizaron" (*ibid.*). Advirtiendo sobre el riesgo de la incoherencia implícita en todo juicio analógico referido a procesos histórico-sociales distintos, formulo aquí mi hipótesis de que algo muy parecido a lo que comenta Sartre en este fragmento aconteció a los escritores e intelectuales dominicanos liberales y progresistas que soñaron y reclamaron la llegada de un orden político burgués a fines del siglo XIX. Uno de estos intelectuales fue Tulio Manuel Cestero, cuya admiración literaria por la figura de César Borgia, déspota megalómano y, al mismo tiempo, mecenas, puede ser considerada como un revelador del *deseo* que movía su práctica política. Con algunas honrosas excepciones, como la de Américo Lugo, por ejemplo, la mayoría de los intelectuales de este período terminarían apoyando tácitamente o participando activamente en el régimen de Rafael Leonidas Trujillo, confirmando así el axioma popular, según el cual: "no es lo mismo llamar al diablo que verlo venir..."

ser reconocida y valorizada como tal en nuestro medio, incluso la ficción debe someterse a una suerte de "asimilación a la causa de la democracia política" parecida a aquélla a la que se refería Sartre, en otro contexto.

Se puede comprender que la política haya operado en nuestro país como un recurso expedito para la interpretación de la realidad sociocultural. Lo que no es tan fácil de comprender es la manera en que se produjo en nuestro medio la "asimilación" entre política y literatura. El examen del caso de Tulio Manuel Cestero nos permitirá observar de cerca un ejemplo de esta asimilación.

*Situación de Tulio Manuel Cestero: el contexto biográfico, social y cultural*

Ante todo, conviene situar la relación que mantuvo Tulio Manuel Cestero y Leyba con el proyecto literario modernista, toda vez que este ilustre intelectual y escritor dominicano desarrolló su obra literaria en el marco de una estrecha filiación con la escuela que dirigiera el gran poeta nicaragüense Rubén Darío. Fundados en esta constatación previa, en este estudio preliminar, partimos de la hipótesis de que los diferentes tipos textuales que Cestero practicó —a saber, la prosa poética, la prosa expositiva, el periodismo y la prosa narrativa, así como breves incursiones en el teatro— llevan todos la marca de la estrategia de posicionamiento<sup>3</sup> que trabajó desde su condición

---

3. Uno de los reveladores de esta estrategia de posicionamiento de Cestero es la tendencia a la *rarefacción* discursiva mediante el empleo sistemático de un léxico y una sintaxis arcaizante incluso para sus contemporáneos. Situando de entrada este rasgo particular de su proyecto de escritura como puramente intencional y consciente, formulamos la hipótesis de que dicho rasgo constituye una de las vías de acceso a la comprensión de la autoimagen que nuestro autor trabaja a lo largo de su obra, autoimagen que avanzamos a manera de respuesta heurística a la pregunta crucial que nos sirve de punto de partida en esta introducción: *¿Por quién se tomó Ud., señor Cestero?* Como veremos más adelante, la idea acerca de sí mismo que parece predominar en los escritos de Cestero es la de un hombre del Renacimiento, más precisamente, de la Italia del *Quattrocento*, uno de esos "poetas convertidos en guerreros" que supieron combinar la aventura y la galantería. Esta

de productor de discursos en un espacio comunicativo próximo al que venían desarrollando, en varios países de Hispanoamérica y en España, algunos escritores-diplomáticos y otras especies intelectuales similares amparadas bajo el hipersigno cultural del Modernismo. Este posicionamiento de Cestero atravesó por etapas de mayor y de menor intensidad, pero puede considerarse como una de las constantes de su autopercepción, tanto en el plano de lo personal como en el de lo estrictamente literario.

Pero comencemos por el principio, esto es: tratemos de situar en sus grandes rasgos el recorrido vital e intelectual de nuestro escritor.

En la época en que nació Tulio Manuel Cestero y Leyba, a juicio de Pedro Henríquez Ureña, contemporáneo de nuestro novelista, el panorama que ofrecía la ciudad de Santo Domingo hacia 1870 era el de una ciudad del "siglo XVIII"<sup>4</sup>. Aunque nacido en

---

*combinación* la encontramos también estrechamente ligada al procedimiento de "alquimia verbal" que lo llevó a expresar cruentos pasajes de la historia social y política dominicana en una prosa predominantemente marcada por una estrategia de estilización que la vuelve tipológicamente análoga a la de los autores españoles del siglo XVIII: ¿es esta estrategia de *rarefacción* discursiva el fruto de las dos "influencias" que el mismo Cestero confesó haber recibido en prioridad, a saber, la del escritor naturalista francés Émile Zola y la de los autores de la *Décadence française*?

4. "Digo siempre a mis amigos que nací en el siglo XVIII —escribe Pedro Henríquez Ureña—. En efecto, la ciudad antillana en que nací (Santo Domingo) a fines del siglo XIX era todavía ciudad de tipo colonial, los únicos progresos modernos que conocía eran en su mayor parte aquellos que ya habían nacido o se habían incubado en el siglo XVIII: el tranvía de rieles, el pararrayos, el telégrafo eléctrico; el vapor mismo, cuyo principio se descubre y cuyas primeras aplicaciones se ensayan desde finales del siglo XVIII, si bien en la navegación hay que esperar a los primeros años del XIX. Sólo había, en la ciudad una que otra industria pequeña. En el país, la única industria de gran desarrollo era la azucarera; el resto de la producción provenía de una lánguida y atrasada agricultura tropical" (HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro: *De mi patria*, p. 293. Citado por LANDOLFI, Ciriaco: *Evolución cultural dominicana 1844-1899* (Santo Domingo: Editora de la UASD, 1981, p. 238). El cariz arcaico y patriarcal que presentaba la ciudad de Santo Domingo hacia 1870 contrastaba con la apertura hacia el exterior que presentaba la ciudad de Puerto Plata "foco inevitable de relación con el mundo exterior, Puerto Plata, y un centro de dominación económica foráneo de índole comercial, Alemania" (LANDOLFI, Ciriaco: *op. cit.*, p. 247).

la ciudad de San Cristóbal, el 10 de julio de 1877<sup>5</sup>, la infancia de Tulio Manuel Cestero se desarrolló en esa ciudad de Santo Domingo de apariencia dieciochesca, al trasladarse a esa ciudad junto a sus padres, Mariano Antonio Cestero Aybar y Mercedes Leyba y Puello —quien luego traería al mundo al conocido poeta modernista y diplomático Osvaldo Bazil<sup>6</sup>—. El tronco familiar de los Cestero, cuya presencia en la isla remonta, según Carlos Larrazábal Blanco, al siglo XVIII, está compuesto de numerosas figuras de renombre e influencia política y social<sup>7</sup>. Familia de intelectuales y escritores: el padre de Tulio, Mariano Cestero (1838-1909), ganó renombre como jurista y polemista con la publicación de *27 de febrero de 1844*, obra en la que refuta las opiniones vertidas por Rafael Abreu Licairac en *Consideraciones acerca de la Independencia y sus prohombres*. Otro Cestero, Manuel Florentino (1871-1921), escribió narraciones breves (*Cuentos a Lila*) y una novela (*El canto del cisne*).

Tulio Manuel Cestero hizo sus primeros estudios en la Escuela Preparatoria. Él mismo cuenta, en una carta de su autoría dirigida al escritor venezolano Horacio Blanco Fombona, en respuesta a una encuesta aparecida en el número del 12 de agosto de 1917 de la revista *Letras* que dirigía éste último<sup>8</sup>, que sus comienzos literarios tuvieron lugar cuando se encontraba en las aulas de dicha escuela, hacia la edad de nueve años.

---

5. Este dato lo ofrece Emilio Rodríguez Demorizi en "Archivo literario de Hispanoamérica" (*Revista Dominicana de Cultura*, Ciudad Trujillo, Rep. Dom., vol. 2, núm. 3, enero de 1956, nota al pie núm. 46, pág. 118). En el tercer tomo de su *Historia de la literatura dominicana*, Néstor Contín Aybar que la fecha del natalicio de Cestero es el 8 de julio de 1877 (Vid CONTÍN AYBAR, Néstor: *Historia de la literatura dominicana* (San Pedro de Macorís: Edición de la Universidad Central del Este, 1984, tomo III; p. 131).

6. El dato lo ofrece Rodríguez Demorizi (*loc. cit.*, p. 118). El poeta Bazil nació en 1884, esto es, siete años después que Tulio M. Cestero.

7. LARRAZÁBAL BLANCO, Carlos: *Familias dominicanas*, tomo II; pp. 172-173.

8. "1ra. ¿Cuándo, cómo y por qué empezó Vd. a escribir? [/] —Por los años de 1885 a 1886, andaba yo en los nueve de mi edad, Jacinto R. de Castro, alumno también de la "Escuela Preparatoria", dirigida por los Licenciados Francisco Henríquez y Carvajal y Pantaleón Castillo, regenteaba un periodiquín manuscrito: *El Coleccionista*. En él hice mi primer pinino. [/] A los catorce, interno en "San Luis Gonzaga", fundé

Apunta Néstor Contín Aybar<sup>9</sup>, que Cestero se enroló desde muy joven en las lides políticas que marcaron esa época de nuestra historia, y agrega que:

*"Bajo las banderas del carismático Horacio Vásquez, inició sus labores políticas, que no sólo incluían el manejo de la pluma, sino, también, el de las armas. Las acciones bélicas que en los alrededores de la capital de la República, sitiada por los horacistas, siguieron al golpe de 1903, contaron con la presencia de Tulio Manuel Cestero. Había venido desde el poblado de Guerra, acompañando al valiente general Casimiro Cordero (Corderito), que en gesto de audacia suprema e imprevisora, había de cercar más tarde, en un intento de tomar a asalto la ciudad de Santo Domingo. Vencida su gente, convencido de la realidad de su inexplicable e inesperada derrota, hubo de seguir a su jefe político, el general Vásquez, hasta las playas de la vecina Cuba, fungiendo como su Secretario Particular"*<sup>10</sup>.

El mismo Cestero narra con lujo de detalles, en su cuarto libro publicado (*Una campaña*, 1903) el recuento de su participación en la manigua, de 1902 a 1903, en las filas del general Horacio Vásquez. La prosa de este ensayo lo muestra dueño de una extraordinaria cualidad como narrador, respecto a la cual lo menos que puede decirse es que ninguno de sus textos conocidos anteriores a *Una campaña* permitía atribuirle dicha cualidad. A tal grado llega a resultar evidente el contraste entre la prosa de *Una campaña* y la de *Notas y escorzos*, *El jardín de los sueños*, *Citerea*, *Del amor*, *Sangre de primavera*, producciones de Cestero marcadas por el influjo de la *Décadence* y del Modernis-

---

un semanario, *El Colejial* (sic), del cual aparecieron dos o tres números manuscritos, y uno, el último, impreso. Copiaba los ejemplares con clara letra inglesa y lo administró, Ramón Fernández, muerto después tan bravamente al lado del libertador Máximo Gómez en la manigua cubana" (RODRÍGUEZ DEMORIZI, Emilio: "Archivo literario de Hispanoamérica", *loc. cit.*, p. 138).

9. Vid CONTÍN AYBAR, Néstor: *op. cit.* p. 131.

10. *Ibid.*

mo, que es dable suponer, en el origen de dicha producción anterior a Una campaña, la puesta en práctica por Cestero de una estrategia de posicionamiento que le permitiera asumir la necesaria pose de *esteta* que debía caracterizar a todo digno aspirante a poeta-diplomático en aquella época.

No deja de resultar espectacular el periplo desarrollado por Cestero a lo largo de los cincuenta años en que desempeñó distintas funciones en el servicio diplomático dominicano, así como en sus otras incursiones en la función pública. En 1898, es decir, antes de su partida forzada para Cuba, luego de su fracasada experiencia en la manigua en 1902-1903, Cestero había realizado un viaje a la ciudad de Caracas, desde donde envió al entonces presidente dominicano, Ulises Heureaux, una carta en la que le pedía lo nombrara canciller o vicecónsul en París<sup>11</sup>. Tenía, a la sazón, 21 años<sup>12</sup>.

---

11. La carta en cuestión fue publicada en el *Listín Diario* (22 de mayo de 1900) en una de las "Croniquillas" firmadas por Juan Sinsonte (pseudónimo de Miguel Emilio Alfau). En la recopilación que hace Julio Jaime Julia de los *Escritos de Tulio Manuel Cestero* (Santo Domingo: Publicaciones ONAP, 1985) aparece el texto de un artículo de Cestero en el *Listín Diario* del 25 de mayo de 1900 (es decir, tres días después de publicada la referida misiva) en el que nuestro escritor se refiere a dicha carta, precisando que la misma fue escrita "en días (sic) tristes, cuando la pluralidad de los hombres públicos resignados servían al Presidente muerto" (*op. cit.*, p. 53). La intención de Cestero es la de explicarle al país la intención de su correspondencia con Lilis: "Y cuales sean las frases que los irreflexivos 18 ó (sic) 21 escribieran, las inspira un entusiasmo honrado, un anhelo noble: estudiar. Pedía pan espiritual; prefería la Sorbona ó (sic) la Escuela Libre de Ciencias Políticas de París, a los garitos; solicité los medios de ser útil a mi país: la misma protección que se acordó al Dr. Francisco Henríquez y Carvajal, al Dr. José Lamarche, a Don Leopoldo M. Navarro y a tantos otros, que han de producir en cambio obras de bien y de belleza" (*ibid*). Por este mismo artículo nos enteramos de la naturaleza de la ayuda que Heureaux prestó a Cestero: "Debo gratitud al General Heureaux. Estudié nueve meses en New York, a las órdenes del Encargado de Negocios de la República. Fui luego Secretario particular del General W. Figueroe, entonces Vice-Presidente (sic), y en ambos puestos no dejé huellas ni las dejaron ellos en mi espíritu. Y al hacer este examen de conciencia, no puedo acusarme de haber causado daños al más humilde de mis conciudadanos ni a la Patria" (*ibid*).

12. Cestero comenta algunos detalles de su estadía en Caracas en una entrevista concedida por él a Julio Talanto y publicada en la revista *La Opinión* (S.D., No. 21, de 1923). Dice Cestero: "Muy joven [...] me trasladé de Santo Domingo, mi ciudad natal, a la metrópoli de Venezuela.



El asesinato del déspota Lilís en 1899 retrasó, pero no impidió el acceso de Cestero al servicio diplomático: un parte de la *Gaceta Oficial* (núm. 1522, con fecha del 10 de diciembre de 1903) notifica su nombramiento como Cónsul de la República. Un mes antes de ese nombramiento, el 24 de noviembre de 1903, había sido nombrado Adjunto a la Gobernación de Santo Domingo<sup>13</sup>. El 10 de abril de 1906, fue nombrado Cónsul General de la República en Hamburgo<sup>14</sup>. El 20 de abril de 1907, fue nombrado, conjuntamente con Emiliano Tejera, Secretario de la Delegación Dominicana a la II Conferencia Internacional de la Paz en La Haya. En la primavera de ese mismo año, visita a Rubén Darío en su residencia del 3 rue Corneille, en París. El 20 de abril de 1908, viajó a nuevamente a Cuba como Encargado de Negocios de la República Dominicana. El 12 de enero de 1913, el Arzobispo-presidente Nouel lo nombró Encargado de Negocios en Roma...<sup>15</sup>

En 1920, cuando ya su prestigio literario y personal estaba sólidamente confirmado, Cestero formó parte de la Comisión Nacionalista, que además de él integraban Federico Henríquez y Carvajal, Max y Pedro Henríquez Ureña, Rafael C. Tolentino,

---

En Caracas, intimé con un grupo selecto de escritores. Fue mi bautismo de fuego... Nos reunimos en *El Cojo Ilustrado*, publicación importantísima en aquella República. En esa atmósfera inquieta se agilizaban los sentidos en maestrías innovadoras... Ahí Vargas Vila, Rufino Blanco Fombona, Nicanor Bolet Peraza, enredábanse en disquisiciones atrevidas; y Emilio Coll, el notable novelista de *Ídolos Rotos* y de *Sangre Patricia*, pronunciaba sentencias armoniosas... ¡Franca camaradería la nuestra! Por mi parte, de tal manera y con tan hondo afecto me uní a ellos, que Gonzalo Picón Febres, en su *Historia de la Literatura Venezolana*, me incluye como venezolano, cometiendo la injusticia de señalarme como uno de los factores de mayor importancia de los que han influido en la evolución intelectual de su patria... [/] De regreso a Santo Domingo, el poeta Andrés Mata, a quien conocí en Caracas, y que ahora, en mi tierra, olvidaba en los afanes de la prensa las amarguras del ostracismo, publicó mi primer artículo literario en un cotidiano (sic) de importancia" (Cf. RODRÍGUEZ DEMORIZI, Emilio: "Archivio literario de Hispanoamérica", loc. cit, p. 142). El "cotidiano de importancia" del que hablaba Cestero en esta entrevista es el *Listín Diario*.

13. *Listín Diario*, 24 de noviembre de 1903, p. 24.

14. Memoria de RE, p. 9.

15. Agradezco a los Sres. Salvador Alfau del Valle y Andrés Blanco Díaz, el haberme puesto en contacto con la fuente de estos datos relativos al "currículo vitae" de Cestero.

Manuel María Morillo y otros prominentes ciudadanos, la cual se trasladó a Washington para denunciar la situación en que se encontraba el pueblo dominicano, a causa de la ocupación militar norteamericana. Un poco más tarde, en la primera administración del dictador Rafael Leonidas Trujillo, desempeñó la función de Secretario de Estado de Hacienda.

El 28 de octubre de 1955 falleció Tulio Manuel Cestero, a la edad de 78 años, en Santiago de Chile, donde había formado familia y fijado su residencia. Dejó un hijo: el ingeniero Jaime Cestero.

Más que en los numerosos artículos periodísticos publicados al calor de los nefastos acontecimientos que acabarían sumiendo a la República en el caos económico y político en los primeros años del siglo XX, y más que en cualquier otra prueba documental, histórica o biográfica, donde resulta más fácil de rastrear el soporte sensible de la filiación entre literatura y política en el caso de Cestero es quizás en el texto de *Sangre solar*, un cuento que él escribió durante su estadía en Europa en 1911 y en el que es posible detectar, como en la mayoría de sus relatos, las *fuentes biográficas*<sup>16</sup> que nutrieron su práctica de escritura. Se trata del relato de una de las guerras entre "bolos" y "coludos" a principios del siglo XX. El personaje principal de este relato es Julián Civil (cuyo mismo nombre de *caricatura* delata su papel como *heraldo* de la conciencia del autor en el texto); quien nos es presentado como un joven de "cabellos largos, crespos [...], delgado, blanco, con ojos negros, nervioso, elegante", cuyo "bozo altanero le orla el labio". A pesar de su apellido y de no ser estrictamente un "militar", aparece portando "un sable de *cabo*" y hasta es llamado "Jefe" por otros personajes que le son subalternos. Julián Civil representa en el relato al típico joven burgués que se enrolaba en las milicias de alguno de los caudillos de la época en busca de aventuras políticas y existenciales sin estar muy seguro de lo que hace. Es sobre todo a la

---

16. A la pregunta de la encuesta de la revista *Letras*: "¿Cuál es la producción propia que Vd. aprecia más?", la respuesta de Cestero es categórica: "Todos mis libros, por lo que en cada uno hay de literatura viva, pero obligado a escoger, preferiría los capítulos XVI y XXI de *La Sangre*" (*loc. cit.*, p. 141).

altura de la segunda parte del relato cuando su duda se convierte en el principal material del texto. El superior inmediato de Julián, el General Cirilo, lo sorprende mirando atentamente el acto de beneficiar y desollar una cabra, y, al escuchar la confesión de Julián de que nunca antes había presenciado semejante acto, se burla de él diciéndole: “¿para qué sirve un hombre que no sabe desollar un chivo?”

*“Molesto por el incidente, Julián se acuesta sobre las hojas secas y la yerba, una ratz por almohada, a la sombra de un mango, cuyo ramaje tupido es un parasol. Se interpela a sí mismo: “¿por qué tales andanzas, y para qué...? Criado en el regalo de la mesa y el lecho, familiar de las tertulias amenas, poeta admirado por las muchachas que leen al crepúsculo, en la reja, sus versos, sus cuentos y las crónicas teatrales y de sociedad que el Listín inserta al día siguiente de cada fiesta, ¿por qué desertó tales ambientes propicios? La gente sesuda, leyendo sus artículos políticos atiborrados de citas eruditas, campanudas, le calificó joven (sic) intelectual de porvenir. ¿Qué hace, pues, entre estos macheteros vulgares que se burlan de su figura ecuestre, de su cutis suave y de su melena? ¿Por curiosidad o por ambición? Él mismo no acierta a explicárselo. Un día, sin mayor premeditación, se encontró a horcajadas sobre un penco y armado de fusil, y la aventura cuenta ya meses, por caminos calcinados, de polvo blanco cegador, vivaqueando en el monte, transitando veredas, vadeando ríos crecidos, arañado de espinas, picado de mosquitos, comido de plagas, sucio, hambriento... ¿Y bien?”*

Lo que parecería a primera vista una escena donde se representa el conflicto existencial que le provoca a Julián su situación en medio de un grupo social y cultural distinto a aquél al que él identifica como *suyo* se convierte, al filo de esta reflexión que, poco a poco, va mostrando la fuente *personal* de la que emana, en un argumento de *explicación* o de *justificación* de dicho conflicto:

*“¿Y acaso no es un beneficio, y no pequeño, conocer de cerca de los hombres de acción? Desde los bancos del Parque de la Capital, los generales son admirados sin reservas; el partidarismo les (sic) convierte en héroes legendarios, y el miedo y el servilismo van abonando los ánimos para aceptar como mandato providencial el hecho que les encumbra hasta la autoridad suprema. Ahora él los ha observado a su guisa. ¡Cuánto ídolo roto! ¡Si es barro su materia! En efecto, algunos son bravos siempre, otros cuando hay granjería. Impulsivos, ignorantes, irresistibles en la arremetida, se desmoralizan en la arremetida, se desmoralizan en los reveses; su estrategia improvisa, nunca prevé (sic)”.*

Buscando las razones que justificaran su presencia en aquel campamento militar en la víspera de un nuevo enfrentamiento con tropas enemigas, un decepcionado Julián Civil encuentra en su soliloquio argumentos que, probablemente, eran los mismos que tenía en mentes la generación de jóvenes intelectuales a la que pertenecía Cestero, forjada en el culto positivista de la civilización opuesta a la *barbarie*: las milicias están compuestas de hombres rústicos, ignorantes, prevalidos de un coraje casi siempre exagerado, cuando no fingido. Sin embargo, su decepción al constatar la diferencia entre los “ídolos” alabados por las masas y la realidad de aquellas milicias no es total: acaba de comprender la verdadera razón de su presencia allí:

*“Y sin embargo, esta vida tiene sus encantos, y es útil de veras estudiar, comprender y hasta amar estos hombres de presa, cuyos intentos se originan en rencillas personales, en rivalidades de campanario [...] Estos hombres son superiores, apenas leen y escriben; pero doman un potro, desuellan una res, preparan una emboscada, saben matar y morir, mientras nosotros vamos a la zaga con las nalgas desolladas. Mas, no; analicemos bien ¿sus fatigas ante el papel, la pluma y la tinta, no son una inferioridad y no proclaman ellos mismos el dominio eminente de los intelectuales cuando a nosotros acuden? Sí, el pensamiento rige al mundo, y él,*

*poeta, capaz de expresar lo que piensa, les supera a pesar de las agujetas."*

Julián acaba de encontrar el primer atisbo de justificación de su presencia en aquel contexto agreste para él. Acto seguido, esta constatación de la "superioridad" de los intelectuales sobre la rusticidad y la ignorancia de los militares se convierte en una declaración de intención a la que no podríamos dejar de considerar como un acto de alto riesgo estratégico por parte de Cestero:

*"Mas ¿qué hay de común, por fin, entre él y el general Cirilo? ¿cuál vínculo les une? En sus adentros, una voccecita le responde: "el ansia de gozar a plenitud los placeres que se contienen en esta siete (sic) letras, el poder". Azorado, Julián mira a un lado y otro. ¡Si le oyese alguien! Y replica con énfasis: "nos une la noble aspiración de servir a la patria, sin medir los sacrificios". Y sonrte complacido porque se contempla, en hora de apotheosis, caballero por la calle del Conde, ceñido el sable, saludado por las muchachas desde los balcones, a los acordes del himno nacional... El triunfo... Y más tarde ofrendando su amor al país en pingüe sede consular en populosa capital europea, o ¡quién sabe! en curul de Diputado, poltrona de Gobernador o de Ministro."*

¿Confiaba tanto nuestro escritor en que los lectores dominicanos de su contemporaneidad no *leertan* el contenido de apuesta personal de ese texto, al punto de arriesgarse a incurrir en una suerte de *streap-tease* a medias de sus aspiraciones personales? Más bien, considero que, en *Sangre solar*, Cestero se propuso vaciar el saco de sus aspiraciones personales juveniles como alguien que se confiesa. Sin embargo, la conciencia que el autor tiene sobre el riesgo implícito en su procedimiento está presente en el texto: el miedo que siente Julián de que sus pensamientos sean "escuchados" no es un simple *efecto de real*, es la textualización de un código sociocultural (el "estar chivo") que cualquier lector dominicano de *Sangre solar* podría descodificar sin mucho esfuerzo. Por lo demás, el cuento está construido de manera que no quede suelto ningún rastro de la filia-

ción personal entre Cestero y el personaje de Julián, el cual muere al final del relato, asesinado por el estallido de una granada enemiga en medio de la refriega.

La precedente lectura de *Sangre solar* no es necesariamente literaria, y sólo busca restablecer el necesario vínculo entre la persona de nuestro autor y su obra. Cualquiera que haya sido el numen que lo haya guiado a perseguir ambiciones mundanas<sup>17</sup>, lo verdaderamente importante es que Cestero fue un escritor a carta cabal, uno de los pocos *estilistas* verdaderos<sup>18</sup> con que cuentan las letras nacionales.

\* \*

\*

---

17. Es la vida de Cestero, inseparable de su obra, la que da testimonio de que supo disfrutar de las mieles del *poder*. El culto a la elegancia, el esteticismo bohemio, sus andanzas en el París de la *Belle époque* no fueron solamente el resultado de una decisión personal: fueron parte indispensable de un ritual del poder al cual nuestro escritor tuvo siempre que representar. En este sentido, la siguiente respuesta de Cestero a la última pregunta de la entrevista que concediera a Julio Talanto resulta reveladora de su posición personal ante el poder: "—¿Díganos, cuál ha sido la frase más hermosa que usted escuchara de labios de una mujer? [/] —Oigan ustedes: Almorzaba una mañana en Roma, en el *Castillo de Constantino*, magnífico restaurante que está situado en una colina, en los extramuros de la ciudad. Desde la terraza se domina toda Roma. A sus pies casi, están las ruinas del Palatino y al frente, en el primer plano, el pétreo esqueleto del Coliseo: el insuperable espectáculo de los grandes imperios: el de los Césares y el de los Pontífices. [/] En la mesa del lado había dos mujeres. Una de ellas —alucinante— era Lina Cavallieri, cubierta la sombría cabeza napolitana con una toca que le daba un aire de basilica bizantina. La Cavallieri, después de contemplar aquel magnífico panorama, murmuró: "La gloria del poder es bella". [/] La frase me penetró. Mi compañero era comerciante, hombre inteligente y audaz. No pudo comprenderla cuando llamé la atención acerca de ella. Sin embargo, esa reflexión de quien había gustado los triunfos del Arte, del Dinero y del Amor, revelaba la pasión del poder, de superar a los demás hombres, que embellece las vidas y las sepulta, con frecuencia, en la tragedia..." (*loc. cit.*, p. 147).

18. José Ramón López consideraba a Cestero como "el mejor estilista que ha producido Santo Domingo" (cf. la respuesta de López a la encuesta del n( 75 de la revista *Letras*, del 21 de julio de 1918, reproducida en RODRÍGUEZ DEMORIZI, Emilio: "Archivo...", *loc. cit.*, pp. 148-150. En la cita, p. 149).

El cúmulo de servicios que Cestero prestó al país desde los puestos que ejerció en el servicio diplomático y en la función pública podría contrastar con el número de sus obras literarias, probando así la preeminencia, voluntaria o involuntaria, que presenta en su hoja de vida la ocupación en asuntos de política. La fusión espectacular de la literatura y la política<sup>19</sup> fue un fenómeno común a muchos escritores hispanoamericanos surgidos a finales del siglo XIX y principios del XX. Muy probablemente, el personaje que fungió como el prototipo ideal para muchos de los escritores de este período fue el italiano Gabriele d'Annunzio<sup>20</sup>, tanto en la persecución de un *estilo* de escritura de la prosa como a lo que concierne una *práctica vital* y política<sup>21</sup>. Sin lugar a dudas, fue D'Annunzio quien proporcionó el modelo de *conducta social y política* que asumieron muchos es-

---

19. Este "pacto forzado" de la literatura con la política debe ser considerado como un signo de los "tiempos modernos" y como un revelador de lo que la sociedad dominicana de entonces hacía con sus literatos. No sin ironía, el poeta español Manuel A. Machado, uno de los representantes epónimos del Modernismo en España afirmaba, en 1908 que: "*Tulio Manuel Cestero artista es superior a Tulio Manuel Cestero político. [ / ] Al verlo en la ardiente arena de las pasiones partidaristas, abrazado al escudo de la intolerancia, diríase un fugitivo del Agora extraviado en el tumulto de nuestras democracias. [ / ] No tiene entonces la fuerza sugestiva que resplandece y vibra en las páginas de su obra literaria. No seduce con el encanto de su palabra emotiva, y huérfano de gloria, en vez de apacentar el espíritu en los esplendores del Pórtico, sueña, en sus delirios febriles, con la grandeza trágica de Mario*" (MACHADO, Manuel A.: "Tulio Manuel Cestero", artículo publicado en *La Cuna de América*, S.D., N( 71, nov. 6 de 1908, y reproducido en la *Revista Dominicana de Cultura* (Ciudad Trujillo, Rep. Dom., vol. 2, núm. 3, enero de 1956, pp. 18-19. En la cita, p. 18). El artículo de Machado apareció en ocasión de la publicación de la plaquette de Cestero titulada *Jardín de los sueños*. Resulta revelador que Machado presente a Cestero en este artículo diciendo que "[...] si como político, evocador de Némesis, [Cestero, M.G.C.] será siempre un proscrito de la admiración nacional, como artista de la palabra desfilará triunfalmente entre aplausos, por el aticismo de su ingenio" (ibidem). Esta afirmación de Machado tiene una doble lectura, dependiendo del ángulo que se asuma: por un lado, al disociar al sujeto de su discurso, Machado busca resaltar entre los lectores dominicanos el valor de la obra de Cestero por encima de sus actuaciones en la política; por otro lado, la misma disociación busca presentar la *duplicidad* de la personalidad de Cestero ante los lectores extranjeros de su obra como un hombre "renacentista" del tipo que valorizó el post-romanticismo modernista. Más adelante retomaremos esta idea.

critores modernistas, incluyendo al mismo Rubén Darío, sobre todo ante la confluencia de esos dos dominios discursivos paralelos que son el literario y el político. Dicha "confluencia" fue el signo particular de una "modernidad" obliterada, aunque no por ello totalmente preterida, pues continuó ritmando el quehacer intelectual nacional a lo largo del siglo XX, al punto de convertirse, alimentada por la quiebra plurisecular de nuestras instituciones académicas, en una matriz de proyección y legitimización para un importante sector de productores de discursos en la República Dominicana.

En un país permanentemente convulsionado por la merma rigurosa de la institucionalidad de sus prácticas políticas, sociales y culturales, puede resultar paradójico el auge relativo que han conocido a través de los años los estudios de derecho en las capas altas y medias de nuestra sociedad. Victimizada por la ignorancia colectiva de los más rudimentales principios del pensamiento jurídico, desde el mismo inicio de su vida republicana, la sociedad dominicana ha venido claudicando progresivamente ante el poder avasallador del racionalismo forense. Esta es la paradoja que nos consume: mientras, por un lado, los abogados nos han secuestrado la razón, por el otro lado, nuestra sociedad es el rehén de un discurso legalista que ha terminado supeditando todos los demás órdenes discursivos de nuestro país, inclu-

---

20. Por una carta de Cestero a Pedro Henríquez Ureña fechada en 1901 nos enteramos de que el autor de *La sangre* pudo haber leído en italiano a D'Annunzio. "Le agradeceré me envíe estos libros: *La Gioconda*, *Gloria*, *L'Isolteo*; *La Chimera* y *Poema paradístaco*; *Odi navali*, de D'Annunzio, en italiano; *Aglavine et Selyselte* de Maeterlinck y *L'Aiglon*, y algún otro moderno que valga y un pequeño Diccionario italiano-español. Y como yo sé lo que es vivir como estudiante, le exijo decirme el importe del encargo para enviárselo seguidamente. Como yo saldré de aquí el 15 de mayo para París, calcule el tiempo de modo que los reciba yo antes" (RODRÍGUEZ DEMORIZI, Emilio: "Archivo literario de Hispanoamérica", *loc. cit.*, p. 125).

21. Aparte de D'Annunzio, el otro gran poeta-diplomático de fama intercontinental en este período fue el francés Paul Claudel, quien volvió a poner de moda en toda Europa el culto a Oriente, y a quien las masas admiraron por la elocuencia de su teatro, el refinamiento de su poesía, su personal elegancia aristocrática y sobre todo, por el periplo realizado en sus viajes que lo llevaron desempeñar, de 1893 a 1935, importantes cargos diplomáticos en los cinco continentes.



yendo al literario. Fue así como surgió en nuestro panorama sociocultural la figura del *literato-abogado*, como un subproducto más de la organización social impuesta por las pujanzas del liberalismo que marcó todos los órdenes de nuestra vida nacional desde, por lo menos, la penúltima década del siglo XIX. El papel que desempeñó en la sociedad liberal este *letrado* —para emplear el término, ya caducado, con el cual se conocía públicamente hasta hace relativamente poco tiempo a esta figura en nuestro país y en otras zonas del mundo hispánico— no fue baladí: a él le tocó intentar poner a raya la percepción colectiva de la *inutilidad* pública del poeta que había puesto de moda el positivismo, conjugando sus dotes de ser anfibio por definición, aunque en el proceso tuviera que sacrificar más de una vez sus dotes visionarias a cambio de cualquier cosa que pudiera representar, a los ojos de la sociedad, el valor notarial de una constancia de triunfo personal. Así, con la misma fuerza que ejerce hoy la pretensión "*cientificista*" —la cual, ciertamente, ha terminado desplazándolo—, el derecho ejerció, desde que el positivismo se convirtió en el principal credo por el que jura la mayoría de los integrantes de nuestra *intelligentsia*, el papel de aquello que Michel Foucault llamaba un "mecanismo de regulación de los discursos", regulación que, en la mayoría de los casos, no pasa de ser una simple estrategia de legitimación en los escenarios del poder económico, social y político.

Siguiendo el ejemplo de su padre, don Mariano Antonio Cestero Aybar<sup>22</sup>, quien lo estimuló a emprender el estudio del derecho, Tulio Manuel Cestero logró posicionarse por la vía del periodismo y de la política en el selecto mundillo de los preclaros "letrados" dominicanos de finales del siglo XIX y de principios del XX. Luego de iniciarse en los avatares de las banderías po-

---

22. El padre de Tulio Manuel Cestero, don Mariano Antonio Cestero Aybar, fue otro prominente letrado que descolló a la par como hombre de leyes, como polemista y como hombre de letras en la sociedad dominicana de finales del siglo XIX. Lo mismo puede decirse del hermano materno de Cestero, Osvaldo Bazil, otro letrado-poeta y diplomático de enorme prestigio en los ambientes elegantes e intelectuales dominicanos e hispanoamericanos de principios del siglo XX. Por lo demás, la Universidad de la época auspiciaba esta situación presentando un único *cursus* en el que se fundían los estudios de letras y los de derecho en una misma carrera: la de abogado.

líticas cabalgando al lado del caudillo de turno en la montonera; luego de foguearse en la práctica política, consular y diplomática, completó su doctorado en Derecho Diplomático en la Universidad de Santo Domingo, presentando su tesis el 21 de marzo de 1916, ante un jurado integrado por el Dr. Federico Henríquez, el Lic. Ángel M. Soler y el Dr. Manuel A. Machado. La investidura tuvo lugar al día siguiente<sup>23</sup>.

El recorrido académico de Tulio Manuel Cestero no fue un fenómeno aislado. En la misma época, numerosos escritores hispanoamericanos y españoles encontraron en los estudios de derecho una vía de inserción en la escena política de sus respectivos países. En aquella época, todo joven letrado aspiraba a lograr obtener, mediante un puesto diplomático en el extranjero, una manera de practicar el *viaje elegante* con el que soñaba todo poeta modernista<sup>24</sup>.

Con más suerte que Julián Civil, su personaje-heraldo de *Sangre solar*, Tulio Manuel Cestero logró, pues, encontrar la manera de desenredar el apretado ovillo de sus aspiraciones personales, prevaleándose del prestigio que supo sacar su fugaz

---

23. Una nota del *Listín Diario* del 21 de marzo de 1916 informa acerca del evento.

24. Comparto aquí la opinión de Alberto Baeza Flores, para quien: "Los poetas modernistas dominicanos, aparte de la relación con Darío, mantienen relación entre sí. Son amigos. Los más connotados de entre ellos —Fabio Fiallo, Bazil, Pérez Alfonseca— son diplomáticos o cónsules, de modo que, a través de estos servicios al Estado, pueden viajar, uno de los encantos y aspiraciones de los modernistas, y pueden conocer París. Son hijos de una sociedad burguesa, muy dependiente del capital extranjero, muy ásperamente dividida en clases, que padece tiranías, dictadores, caudillos y donde se mueven, también, predicadores de moral, apóstoles civiles, educadores ejemplares" (BAEZA FLORES, Alberto: "Del modernismo al postmodernismo dominicano", en *La poesía dominicana en el siglo XX*. Santiago: UCMM, 1974, tomo I, p. 50). La amistad entre poetas, escritores y políticos, forjada y refrendada gracias a la pertenencia a un "círculo", a una "tertulia", a una "peña", era y continúa siendo el camino más expedito a un "nombramiento", a un "cargo". Desde luego, nunca ha bastado con figurar en uno de estos esquemas grupales para asegurarse un cierto grado de estima, reconocimiento o prestigio como escritor, pero, sin lugar a dudas, en nuestro medio dominicano, el hecho de "figurar" al lado de personalidades connotadas ha sido siempre para los escritores una manera de adelantar o de precipitar un cierto grado de reconocimiento social.

participación en la montonera, de sus dotes como publicista, escritor y poeta, y de sus estudios de derecho. En lo sucesivo, para él quedarían para siempre fundidas en un solo proyecto las secretas vías de la literatura y de la política.

*La escena regional: entre una modernidad importada y otra modernidad local*

En el período comprendido entre 1870 y 1914, el proceso de consolidación de los mercados nacionales hispanoamericanos en un contexto mundial marcado por el liberalismo económico y político empujó a numerosos gobernantes y políticos hispanoamericanos a encontrar un espacio de intercambio de los productos y materias primas locales en el mercado extranjero, principalmente en países de Europa y en los Estados Unidos de América. Las economías de los diferentes países latinoamericanos se orientaron entonces hacia un régimen de especialización del mercado en algún tipo de producto posible de ser vendido en el exterior.

Este modelo de *economía de enclave* condujo a los países del subcontinente americano hacia un relativo crecimiento que implicó una mayor dependencia comercial, combinada con una acentuada dependencia financiera, ya que, para crecer, las economías necesitaron de las inversiones extranjeras en forma de préstamos al Estado, obras de infraestructura e impulso de actividades atractivas, con lo cual, el capital extranjero adquirió un lugar central en las nuevas economías latinoamericanas<sup>25</sup>.

El cambio económico se acompañó de un vertiginoso crecimiento de algunas ciudades hispanoamericanas, propulsado por la pujanza de la relativamente "nueva" burguesía comerciante urbana (en la que encontraron lugar numerosos inmigrantes de reciente inserción), la cual impulsaba este proceso. Como esta burguesía comerciante carecía de tradiciones culturales que la conectaran con el entorno sociocultural inmediato, muy pronto comprendió que debía transformar las características "aldeanas"

---

25 En nuestro país, este fenómeno es conocido por los historiógrafos como el período de la "danza de los millones", el cual condujo al país, al cabo de pocos años, hacia una catástrofe financiera sin precedentes.

del entorno urbano que le servía de escenario echando mano a la modernización que le proponía el pacto comercial con Europa, sobre todo con Gran Bretaña, Italia, Inglaterra y Alemania.

La estrategia de esta burguesía comerciante extranjera era, a la vez, muy clara y muy simple: con el propósito de rentabilizar sus inversiones en los países hispanoamericanos, sentía la necesidad de transformar el entorno infraestructural de las grandes ciudades hispanoamericanas —todavía marcado por un ritmo de vida tradicionalmente aldeano y provincial— para lograr ajustar dicho entorno a las necesidades de los grandes contingentes de inmigrantes de origen europeo<sup>26</sup> con los que contaba para apuntalar su hegemonía en los diferentes campos de la vida sociopolítica y cultural.

Fue así como esta burguesía comerciante auspició una oferta educativa de amplias dimensiones, marcada por el mis-

---

26. En un ensayo magistral, el francés Pierre Queuille describe tanto las razones como la magnitud de este proceso migratorio que transformó el paisaje social urbano de algunos países latinoamericanos a finales del siglo XIX: "[...] El estado de cosas latinoamericano fue modificado inexorablemente por las masivas corrientes de la inmigración europea que, durante la última década del siglo XIX y a principios del XX, confluyeron en América Latina. Pero esta transferencia de población, numéricamente comparable con la que afluyó al mismo tiempo hacia los Estados Unidos, estuvo lejos de tener, como en la América del Norte, un efecto uniformizador. Es que, climáticamente, solo una franja de la América iberoamericana, y no la totalidad del subcontinente, ofrecía el interés de no diferir demasiado notablemente de la realidad europea, en otras palabras, de permitir la subsistencia de una poblada venida de Europa, sus comportamientos y su estilo de vida en las ciudades, y más todavía en los campos, donde podían utilizarse las mismas técnicas de economía rural que en Europa. Fue, pues, sobre todo, la zona templada, en ambas orillas de La Plata (y en las prolongaciones climáticas de éstas; algunos de los valles y la línea costera del Pacífico; la meseta brasileña con sus centros urbanos; estando Sao Paulo y Río situados ya en la zona subtropical), la que recibió de lleno la ola y la mayor parte de esta migración en América del Sur. Los resultados fueron espectaculares: a principios del siglo [XX, M.G.C.], en Buenos Aires, los inmigrantes, todavía de nacionalidad extranjera, eran la mitad de la población y en Chile, los censos demográficos que sólo había cifrado, a inicios de la Independencia, 600,000 habitantes, registraban a partir de entonces 2 millones y medio" (QUEUILLE, Pierre: *L'Amérique latine, la doctrine de Monroe et le panaméricanisme, le conditionnement historique du Tiers Monde latino-américain* (Paris: Payot, 1969, capítulo II, p. 13. Traducción libre de M.G.C.).

mo ideal positivista que había logrado cambiar el panorama de la instrucción pública europea desde mediados del siglo XIX. En concomitancia con esta política educativa, el protagonismo burgués produjo una rígida estratificación social que condujo al surgimiento de dos nuevos personajes en la escena social de los países hispanoamericanos: el proletario y la pequeña burguesía.

Es, pues, en este escenario sociocultural marcado por la presencia hegemónica de la burguesía comerciante extranjera-extranjerizante-extranjerizada en donde comienzan a surgir, hacia la penúltima década del siglo XIX, las primeras expresiones literarias de la *ruptura* que cada vez se hacía más evidente entre un orden anterior, condenado a caducar, y un orden nuevo al que, bajo el influjo del paneuropeísmo ideológico predominante, tendió desde el principio a ser considerado como “moderno”.

#### *Ingredientes modernos: el cosmopolitismo*

¿De qué estaba hecha, pues, la *modernidad* literaria hispanoamericana de finales del siglo XIX y principios del XX?

El intento de responder esta pregunta nos obliga a tener en cuenta la necesidad metodológica de considerar la interrelación entre el orden de la producción de los discursos socioculturales —entre los cuales se encuentra incluida tanto la literatura como la política y la religión, consideradas desde el punto de vista de su funcionamiento pragmático-discursivo— y los diferentes órdenes de lo Real-social. Deliberadamente, nos situamos al margen de los ya convencionales cortes cronológicos que impone la historiografía literaria, los cuales favorecen las no menos convencionales distinciones entre “precursores”, “fundadores” y “émulos” o “imitadores”, apoyándose en espurios argumentos que vienen casi todos en apoyo de la hipótesis de la *primacía* de tales o cuales *modelos* formales de composición sobre tales o cuales otros. Lo que importa, en el momento de considerar la significación histórico-cultural de un proceso de producción discursiva, no es tanto el funcionamiento programático de los discursos en cuestión, sino lo que determina-

dos sujetos históricos tuvieron la intención de lograr mediante la puesta en marcha de dicha producción discursiva, y lo que otros sujetos históricos hicieron de y con los productos discursivos de dicho proceso<sup>27</sup>.

El haber situado previamente la "ruptura" que implicó el establecimiento de grandes contingentes humanos de origen europeo respecto al orden tradicionalmente cerrado y "aldeano" de la mayoría de las ciudades hispanoamericanas nos permite situar ahora a uno de los ingredientes ideológicos mejor caracterizados por el ideal de *modernidad* literaria en aquellos países hispanoamericanos donde dicho ideal se expresó de manera característica, es decir el *cosmopolitismo*.

En su manifestación más característica, el cosmopolitismo fue la expresión ideológica de aquellos *criollos del último minuto* que se sintieron insatisfechos con el aquí-ahora que les había tocado vivir y optaron por asumir el eclipse como táctica social y el ostracismo elitista como estrategia política<sup>28</sup>. El espacio cosmopolita es, por definición un espacio *ajeno*, un *no man's land* que niega la idea misma del espacio territorial, esto es, el espacio del Yo-historia. Bien entendida

---

27. Se trata, en todo caso, de poner en práctica lo que Michel de Certeau llama un "análisis polemológico de la cultura". Para Certeau: "La relación de los productores [de discurso, M.G.C] con los campos de fuerza donde éstos intervienen debe [...] introducir un análisis polemológico de la cultura. Como el derecho (el cual le sirve de modelo), la cultura articula conflictos, y simultáneamente legitima, desplaza o controla la razón del más fuerte. La cultura se desarrolla en el elemento de tensiones, y a menudo de violencias, a las que proporciona equilibrios simbólicos, contratos de compatibilidad y compromisos más o menos temporales. Las tácticas del consumo, ingeniosidades del débil para sacar provecho del fuerte, conducen pues a una politización de las prácticas cotidianas" (CERTEAU, Michel de: *L'invention du quotidien, 1/ Arts de faire*. Paris, 10/18, 1980, pp. 18-19. Traducción libre de M.G.C.).

28. Distingo, siguiendo a Michel de Certeau, entre "estrategia" y "táctica" según el esquema que hace de la primera el conjunto de movimientos que un sujeto de acción o de reflexión ejecuta en su terreno para atraer, dominar o seducir a su adversario, y de la segunda, el conjunto de movimientos que un sujeto de acción o de reflexión ejecuta en el terreno de su adversario. Cito la distinción de Certeau, quien llama: "[...] "estrategia" al cálculo de las relaciones de fuerza que se hace posible a partir del momento en que un sujeto de querer y de poder (un propietario, una empresa, una ciudad, una institución científica) es aislable

en su funcionamiento político, la idea de una Hispanoamérica cosmopolita implica la negación cualquier concepción del espacio hispanoamericano como *espacio nacional*: se trata de un "caballo de Troya" ideológico cuyo cometido es precisamente el de desarticular las tendencias gregarias en torno al ideal nacionalista de los sectores tradicionales de las sociedades hispanoamericanas. Este cosmopolitismo encontró un sólido punto de apoyo en la idea de una Hispanoamérica como una "magna patria", la cual primó durante el período colonial, y a la que defendieron numerosos intelectuales del período modernista, desde Martí y Rubén Darío hasta Pedro Henríquez Ureña.

Uno de los efectos perversos del cosmopolitismo de finales del siglo XIX y de principios del XX fue el de disolver la relación política de los sujetos con la coyuntura sociohistórica. Desde este punto de vista, la metáfora (intencionalmente irónica) de la "torre de marfil" es una figura que describe el *eclipse social* de un determinado sector de productores de discursos literarios de finales del siglo XIX. Dicho eclipse, no obstante, no dejaba de ser estratégicamente rentable, ya que operaba como la promesa de un *pacto de complicidad* con el otro sector de la sociedad hispanoamericana que había asumido el eclipse como estrategia social, es decir, la burguesía extranjera-extranjerizante-extranjerizada.

---

de un "entorno". La estrategia postula un lugar susceptible de ser circunscrito como propio y, pues, de servir de base a una gestión de sus relaciones con una exterioridad distinta (de los competidores, de los adversarios, de una clientela, de los "blancos" o de los "objetos de investigación"). La racionalidad política, económica o científica se construyó sobre ese modelo estratégico. [/] Llamo, por el contrario "táctica" a un cálculo que no puede contar con lo que le es propio, y tampoco, por tanto con una frontera que distinga al otro como una totalidad visible. La táctica sólo tiene por lugar el del otro, en el que se insinúa, fragmentariamente, sin apoderarse de dicho lugar por entero, y sin poder mantenerlo a distancia [...]" (*op. cit.*, p. 20-21). Según esta lógica, se hace evidente la manera en que muchos intelectuales y escritores modernistas articularon sus discursos con la intención de convertirlos en productos "tácticos" de consumo, disimulando, consciente o inconscientemente, una estrategia de posicionamiento, de justificación o de legitimación del cosmopolitismo eurocéntrico al cual respondían los intereses de la burguesía comerciante hispanoamericana.

Consignada bajo la especie de eso que Diógenes Céspedes llama el "discurso empírico", a propósito de la actitud de los críticos contemporáneos sobre Rubén Darío<sup>29</sup>, queda la percepción de este cosmopolitismo y de las múltiples pruebas del *afrancesamiento* por parte de poetas y escritores hispanoamericanos (cf. la emulación o la *clonación* de Verlaine, de Baudelaire, de Henri de Régnier, de Albert Samain, de ¡Maurice Barrès!) y de las "italianizaciones" (Gabriele D'Annunzio) del estilo, de la sintaxis, del modelo de composición estrófica, etc. Dicho cosmopolitismo es evidente incluso en la selección de temas y personajes próximos al campo de la mitología europea, y sobre todo, en la asunción, prácticamente sin crítica, de la estética finisecular de los poetas parnasianos, simbolistas y decadentes franceses.

Hay algo de ese cosmopolitismo europeizante incluso en la actitud crítica de algunos modernistas ante el avance imperial de los Estados Unidos de América en los países del subcontinente hispanoamericano, luego de la puesta en práctica por el presidente Roosevelt de la famosa "*big stick policy*", la cual demostró el verdadero sentido con que los EE.UU. pretenderían en lo sucesivo aplicar la famosa Doctrina de Monroe en sus relaciones con los países hispanoamericanos.

El cosmopolitismo de Tulio Manuel Cestero fue reconocido por el mismo Rubén Darío, quien no deja de señalar el contraste profundo que observa en la personalidad del joven escritor dominicano a quien dedica un artículo que, más tarde, éste incluirá como prólogo a su libro titulado *Hombres y piedras* (Madrid, 1915)<sup>30</sup>. Después de una rápida y certera descripción panorámica de nuestras letras del siglo XIX, Darío inserta la siguiente nota acerca de Cestero:

*"Cestero es un espíritu inquieto ante la vida, nacido para los esfuerzos y las bregas. Este lírico de la prosa, cuya cultura es completamente europea, ha tenido que*

29. CÉSPEDES, Diógenes: *Seis ensayos sobre poética latinoamericana* (Santo Domingo: Editora Taller, 1983, p. 17).

30. El artículo de Darío apareció en el *Listín Diario*, Santo Domingo, 20 de enero de 1908, con el título de *Prólogo del libro Por los caminos*, que Cestero sustituyó por *Hombres y piedras*.



*desarrollar sus energías de carácter y de intelecto en un medio hostil a las dedicaciones al Puro arte. Él sabe, por propia experiencia, lo que son revoluciones, pronunciamientos. Ha andado con su fusil, o su sable, por los montes patrios, entre fieras, vóboras y negros hostiles, bajo los tórridos fuegos, guerreando por su caudillo, o por su presidente. Conoce las excursiones por los bosques y los movimientos de las guerrillas. Alma gentil, escribe su Jardín de los sueños; mas tiene un admirable y práctico sentido de la realidad. Si se le ocurre, escribirá lindamente a una mujer: "Bella, sé piadosa, y convierte tus ojos milagrosos al alma —océano de aguas muertas y profundas— del amante prosternado que arrancará a las entrañas de la tierra avara el oro virgen para el anillo de tus bodas". Y si se le ocurre, mandará fusilar en las maniguas al coronel criollo sublevado. Soles y vientos de aquellas latitudes le han amacizado el cuerpo y el alma. Ello no es un inconveniente para que haya labrado finas páginas en libros suaves. El poema en prosa después de la acción, la lírica después de la estrategia, o antes. El bregador que existe en él ha publicado también páginas de campaña en que el estilo se revela apto también a ejercicios de músculo y a manera de fortaleza. Yo le veo vagar por la montaña. Si encuentra flores, formará un ramo la primera gallarda moza que le cautive. Si no, desgajará un árbol para encender fuego y hacer su barbacoa con el primer venado que alcance su carabina. Algo de Gastibelza, si gustáis, de un Gastibelza de tierra ardiente, a quien si su Doña Sabina y el aire de la montaña le vuelven loco, le hacen decir bellos decires de amor y de combate".<sup>31</sup>*

Este artículo-prólogo de Darío pudo pasar por una confirmación, a la manera de una carta de nobleza, del prestigio literario

---

31. DARÍO, Rubén: "Letras dominicanas", in RODRÍGUEZ DEMORIZI, Emilio: *Rubén Darío y sus amigos dominicanos* (Colombia: Ediciones Espinal, 1948, pp. 39-43. En la cita, p. 41).

Cestero dirigido a los lectores dominicanos e hispanoamericanos. Es así como conviene leer, por ejemplo, el segmento donde el maestro indiscutible del Modernismo hispanoamericano señala que Cestero posee una "cultura completamente europea": la intención de Darío es la de presentar al *otro* Cestero, no al montonero político conocido como hombre hecho a la ruda brega de la manigua, sino al hombre de letras cultivado y refinado, sí, pero no amanerado. Por eso, ese *otro* Cestero aparece junto al Cestero que conocían los dominicanos y las dominicanas de su época: ambos eran el mismo hombre, inseparables a pesar de su extraña dualidad.

La observación de Darío acerca de la "cultura completamente europea" de Cestero es también un revelador, tanto de la postura estética del autor de *Prosas profanas* como de la postura de Cestero ante su propia situación cultural. Para Darío, como para Cestero, el cosmopolitismo paneuropeo y el esteticismo (simultáneamente decadente y simbolista) son sinónimos. La Belleza (con B mayúscula) es europea para los modernistas seguidores de esta concepción. Pero Darío se cuida de situar en su artículo la condición *sine qua non* de su esteticismo: el *Ideal*, concepto simbolista que en Darío adquiere otro nombre: la fe:

*"Yo no le pido una fe señalada, pero sí una fe. En verdad, el paulatino conocimiento de las asperezas del mundo, crea los peores escepticismos; para librarse de esto sirve tan solamente la voluntad, la elevación de la conciencia, la virtud de un ideal. Si ha de poner Europa sobre esa amable psique el peso de un materialismo que le impida el vuelo, quédese el artista y el combatiente haciendo sabrosas prosas y nuevas revoluciones en el país dominicano. Y si ha de perder, Dios no lo quiera, su original nobleza de espíritu, su respeto y adoración por la sinceridad, su pasión por lo sagrado del arte, si ha de aprovechar los dones divinos en el daño y en la mentira, si ha de mirar el misterio demiúrgico de la palabra como arma de malhechor o como útil de saltimbanqui, si ha de abandonar lo que, privilegio singular, trajo desde el materno vientre por la volición suprema, la pureza y la dignidad mentales, la única razón moral de existir, que*

*en la primera revolución en que lo tome el general contrario, sin formación de causa, le fusile. Mas si no, suya será la gloria".<sup>32</sup>*

El discurso de Darío en este fragmento es un ejemplo de la estrategia por medio de la cual el maestro ejercía su "magisterio" continental: Darío condiciona el reconocimiento del valor estético del aspirante a poeta o escritor a que éste se someta a la necesaria perspectiva ética que lo justifique. Consciente por experiencia propia, en 1907, del riesgo implícito en el acto asociar la poesía a la política, Darío previene a su "discípulo" sobre el peligro que encerraba su posición. Es de notar, sin embargo, la curiosa advertencia de Darío a Cestero de no aceptar la carga del "peso materialista" que Europa podría poner sobre su "amable psique": sobre este particular, por suerte para nuestras letras, el escritor dominicano supo escuchar el consejo de su viejo maestro.

### *Utopías cosmopolitas*

Todo cosmopolitismo presupone una reinención despolitizada de la historia que propone una figura de sujeto perfectamente utópica: la de un hombre (y/o una mujer) *universal*. En el caso del cosmopolitismo modernista, la reinención de la historia partió de una reinención mítica de la identidad, simultáneamente personal y colectiva<sup>33</sup>. El carácter utópico de esta invención identitaria era el señuelo táctico que los intelectuales modernistas que asumieron este cosmopolitismo presentaron a la burguesía extranjera-extranjerizante-extranjerizada,

32. *Ibid.*, p. 43.

33. José Juan Arrom cita un episodio de la reacción de Rubén Darío ante un comentario de Unamuno quien: "[...] según él mismo relata [Unamuno, M.G.C.] dijo delante de otro escritor "que a Rubén Darío se le veían las plumas —las de indio— debajo del sombrero". El comentario llegó a oídos de Darío. Y éste, molesto por la intención hiriente de la frase, mandó a Unamuno una carta que comienza: "Ante todo para una alusión. Es con una pluma que me quito debajo del sombrero con la que le escribo." Y alternando elogios y reproches termina: "Usted es un espíritu director. Sus preocupaciones sobre asuntos eternos y definidos le obligan a la justicia y a la bondad. Sea, pues, justo y bueno"

ora para hacerse merecedores de sus favores, ora para declarar-se explícita o implícitamente solidarios con ella.

Por razones históricas, hasta mediados de la década de 1890, es decir, hasta que acontecieron los eventos que marcaron un giro importante en la conciencia de numerosos intelectuales de la época (la guerra hispano-norteamericana, la independencia de Cuba, la adhesión de Puerto Rico a la Unión norteamericana, etc.), la contradicción mayor del cosmopolitismo modernista estuvo —a pesar de Martí— en el carácter mítico, es decir, despolitizado, con que los escritores hispanoamericanos asumieron la noción de modernidad. Dicha contradicción venía de la manera en que dichos intelectuales pretendían pensar —y decir— la América hispana con una conciencia europea. El coqueteo de algunos modernistas de la primera hora (como Darío, y Amado Nervo, entre otros) con los representantes de la Generación española del 98, aparte de poner en evidencia la manera en que dichos modernistas concebían el camino hacia la legitimación-institucionalización de sus prácticas discursivas respectivas, muestra un sesgo importante de dicha contradicción. En su manifestación inmediata, el sostén político de esta contradicción fue el rol de *poetas oficiales* que los bardos modernistas asumieron desde sus puestos como representantes diplomáticos en el extranjero. Este acceso de los poetas hispanoamericanos a los puestos diplomáticos propició en mucho la confusión ideológica que se evidencia en los textos modernistas de la primera hora entre la imagen de la modernidad y el elogio del universo paneuropeo. Y es que el apellido obligado de la modernidad no podía ser, a los ojos de aquellos hombres y mujeres, otro que "europea": "*La modernidad es europea —escribe Henri Meschonnic— Y si se llama Occidente a Europa, más América del Norte, es occidental*".<sup>34</sup>

(ARROM, José Juan: "El oro, la pluma y la piedra preciosa. Indagaciones sobre el trasfondo indígena de la poesía de Darío", in *Certidumbre de América. Estudios de letras, folklore y cultura* (Madrid: Editorial Gredos, S.A., 1971, p. 97-98). Esta anécdota permite situar a la actitud "cosmopolita" en su dimensión paradójica, es decir, constantemente zanjada entre la idea de *persona universal* y la de *persona histórica*.  
34. MESCHONNIC, Henri: *Modernité, modernité* (Paris: Éditions Verdier, 1988, p. 27). Traducción libre de M.G.C. Todas las referencias ulteriores a esta obra serán abreviadas así: MM, seguidas del número de página.

La ideología de la Modernidad-Europa estaba “en el aire” en toda Hispanoamérica desde que nuestros países comenzaron a recibir las primeras muestras del discurso positivista. El motor de aquella modernidad no era otro que el culto al progreso científico-técnico: el espejismo de la *civilización* europea deformaba y exageraba los rasgos de la *barbarie* natural y social de Hispanoamérica, a la que había que transformar aunque fuese necesario el empleo de la fuerza, para volver a acercarla a su modelo original europeo. Prevalidos de esta utopía de la Modernidad-Europa que asimilaron, no solo de una lectura “salvaje”, es decir, acrítica, de Charles Baudelaire, de Paul Verlaine, de Maurice Maeterlinck, de Paul Gautier y de otros poetas simbolistas de la órbita francófona, sino también, y sobre todo, de los textos ideológicos de Maurice Barrès, de Arthur Gobineau, de Paul Bourget, etc., los poetas modernistas de Hispanoamérica se encargaron de sellar en el plano cultural el pacto económico con Europa que habían firmado los gobiernos de sus países respectivos, lo cual explica que nunca antes —y en el caso de los países centroamericanos, *nunca después*— Europa haya estado tan presente en la vida cotidiana de las sociedades hispanoamericanas como lo estuvo mientras duró la *movida* modernista.

En su ensayo precedentemente citado, Ciríaco Landolfi arroja algunos datos importantes acerca del sentido histórico de la influencia europea, principalmente la francesa, en la cultura urbana de la ciudad de Santo Domingo en los años finales del siglo XIX. Según Landolfi:

*“Las metrópolis culturales de la ciudad de Santo Domingo venían siendo España y Francia. La primera obnubilaba con su presencia colonial el contenido íntegro del esqueleto material urbano indivisible de la forja fundadora; y la segunda, madrina que había sido de la I República, seguía constituyendo modelo imprescindible de la sabiduría jurídica y la sapiencia médica. París era la meca de su inteligencia nativa. Los códigos franceses, ya traducidos, eran la médula de la organización legal del país: su influjo venía obrando la dicotomía más acusada entre Santo Domingo y el resto de Hispa-*

noamérica desde 1801 cuando Toussaint impuso entre nosotros la legislación de la Francia revolucionaria. La enseñanza de esos códigos o la presunción de su conocimiento tenía en la capital de la República su ágora prepotente en la anómala transmisión universitaria y en la curiosa tendencia jurisprudencial asignada constitucionalmente a la Suprema Corte de Justicia que la facultaba para enmendar "sentencias dadas por los Tribunales o Juzgados", "que contengan algún principio falso o errado, o adolezcan de algún vicio esencial", "sin que su decisión aproveche o perjudique a las partes litigantes".<sup>35</sup>

El auge de los estudios de derecho a fines del siglo XIX confirma la hegemonía que presentaba el pensamiento francés entre los intelectuales dominicanos de ese período. Pero la principal muestra de la influencia de Francia sobre la vida cotidiana de Santo Domingo —y del resto de Hispanoamérica— en los años finales del siglo XIX no es otra sino el importante papel que desempeñó el positivismo entre nosotros<sup>36</sup>. El paso de Eugenio María de Hostos por París, en 1869, proveniente de España, en donde había realizado estudios universitarios que no lle-

35. LANDOLFI, Ciríaco: *op. cit.*, p. 247.

36. Gilles Matthieu señala la preeminencia del positivismo entre las diversas corrientes que mostraban la influencia francesa en Hispanoamérica a principios de mediados del siglo XIX: "En favor de los lazos intelectuales tejidos con el Nuevo Mundo, la audiencia francesa casi no se debilitó, una vez adquirida la Independencia, en los círculos de una *intelligentsia* atenta a las nuevas producciones políticas, económicas y filosóficas que emanan del centro (foyer) donde Benjamin Constant, Victor Cousin, Laménais, Guizot, Thiers, Saint-Simon, Michelet, Renan, Taine o Tocqueville ocupan ya los primeros lugares. Pero ninguna de las obras de esos intelectuales encontró, al parecer, un eco tan amplio en la región como la de Auguste Comte, ciertamente con numerosos matices interpretativos del contenido y de la aplicación del positivismo. Influencia tanto más notable cuanto que la difusión de dichas ideas marca "la primera gran ruptura con los ritmos y pulsaciones del pensamiento peninsular", es decir, el verdadero comienzo de una emancipación intelectual respecto a la producción de la antigua madre patria, sea ésta española o portuguesa. Es cierto que con el Orden base y el Progreso como meta, muchos de los aspectos prácticos y concretos, por demás fundados sobre *verdades científicas* juzgadas inmutables,

gó a completar<sup>37</sup>, fue un momento decisivo en su formación personal y política. En España había recibido "una influencia clara del krausismo, pero no de manera directa sino a través de la interpretación que de este sistema filosófico hicieron en sus cátedras los pensadores y políticos españoles Salmerón, Azcárate, Giner de los Ríos y, sobre todo, Juan Sanz del Río. La otra influencia será el positivismo"<sup>38</sup>. Si bien es cierto que la labor de Hostos en Hispanoamérica no fue una labor de aplicación, sino de *adaptación* de las ideas krausistas y positivistas<sup>39</sup> a la realidad hispanoamericana, también es cierto que la ideología de la modernidad asociada al progreso técnico y científico debió mucho del prestigio que tuvo en todo el mundo occidental desde mediados del siglo XIX al auge inusitado del positivismo y a la serie de manifestaciones ideológicas que desencadenó este sistema filosófico.

Esta influencia muestra algo que resultaba evidente para los contemporáneos del Modernismo, pero que ha dejado de serlo para nosotros: el cosmopolitismo modernista no fue una invención del Modernismo. Fue la imitación (*snob*) de un invento europeo: la modernidad. Más que europeo, este invento es de origen vienés

---

no eran extraños a la seducción que ejercía el positivismo sobre una élite criolla que privilegiaba el pragmatismo y convencida de la legitimidad de tomar en mano el futuro del país" (MATTHIEU, Gilles: *Une ambition Sud-Américaine. Politique culturelle de la France (1914-1940)* (París: L'Harmattan/Recherches & Documents Amériques Latines, 1991, 256 pp. Traducción libre de M.G.C. En la cita, p. 36).

37. Cf. LÓPEZ CANTOS, Ángel: *Eugenio María de Hostos* (Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1990, p. 17).

38. *Ibid.*

39. "El positivismo de Conte (sic) —afirma López Cantos—, será otro de los sistemas filosóficos europeos que influirán en su formación. De nuevo la doctrina asimilada en España se verá obligado a adecuarla a la realidad americana. Se vio en la necesidad de conciliar el carácter conservador del positivismo con su proyecto revolucionario. [...] El pensamiento de Hostos, constituido fundamentalmente por el krausismo y el positivismo, tuvo que aplicarlo a una sociedad concreta, la hispanoamericana. No era lo mismo la Europa capitalista que la América oligárquica. Y aún las diferencias se agigantaban cuando se trataba de Puerto Rico y Cuba, cuya finalidad inmediata estaba concentrada en su independencia. Por sus características se centró en procurar unas condiciones de vida mejores, más progresistas y más democráticas en unas sociedades distintas a las que conocieron los autores de esos sistemas" (*ibid.*, p. 18).

o francés. Y más que vienés o francés, fue un invento parisino. Y es nuevamente a Meschonnic a quien citamos: "*Nadie podría negar que París fue la capital de la modernidad. Capital simultánea de todos los tiempos, de todos los lugares que se comunican en el universo. Modernidad doble, cultural y política, y doble temporalidad*"<sup>40</sup>. Y el saludo de Rubén Darío a Buenos Aires, en el prólogo de sus *Prosas profanas* ("¡Buenos Aires, cosmópolis!"), el cual traducía el dato empírico de la transformación del panorama socio-cultural bonaerense por la masiva corriente migratoria, se inserta en un contexto en el que el elogio de lo cosmopolita se confunde con el elogio del "cosmopolitismo de la poesía".<sup>41</sup>

Dondequiera que la poesía y la literatura se prevalieron de la ideología de la modernidad, la noción de *cosmopolitismo* adquirió el estatuto de un concepto simultáneamente ético, estético y político. Aunque se haya tratado de una ética, de una estética y de una política imitadas, como lo fue en toda Hispanoamérica,

---

40. *MM*, p. 28.

41. En su biografía de Rubén Darío, Edelberto Torres cita *in extenso*, sin precisar la fuente, una alocución del poeta Enrique Gómez Carrillo en ocasión de un homenaje que el nicaragüense Miguel Cuadra rindió a Rubén Darío en París, en presencia de los poetas franceses Maurice Duplessis y Kretzberger, y de los centroamericanos Alberto Martínez, Dagoberto Chávez, Guerrero y otros: "Perdonad, señores, que os hable en lengua extranjera de un asunto capital para todos. Vosotros festejáis ahora al mejor de vuestros poetas, y para dar más brillo a la solemnidad habéis convidado a esta fiesta a algunos franceses que también son poetas. Vuestra iniciativa es digna de aplausos, porque no sólo hace ver que, a pesar de las diferencias políticas de Europa, España y Francia son siempre dos naciones hermanas, sino también que vosotros comprendéis que la *poesía es un genio cosmopolita*, que no tiene patria y que no conoce fronteras. Vuestra iniciativa ha destruido ese prejuicio estéril que prohíbe a los corazones atravesar los postes que señalan los linderos de cada pueblo. Someternos a una formalidad de cortesía, es muy importante desde el punto de vista que más querido nos es a Rubén y a mí: la afirmación de la Belleza y de la Obra" (TORRES, Edelberto: *La dramática vida de Rubén Darío* (Nicaragua: Editorial Nueva Nicaragua, 1982, p. 183. Las itálicas son nuestras, M.G.C.). Fue con este tipo de actos y discursos en los que se proclamaba la celebración estratégica del cosmopolitismo de la poesía que los poetas modernistas sellaron el pacto que asoció sus respectivas asimilaciones producciones discursivas con el paneuropeísmo "legitimador". Como era de esperarse, Tulio Manuel Cestero no podía desaprovechar la ocasión de su estadía en París para asociarse, en nombre y en persona, a esta empresa de *catapultaje simbólico* que significaba el grupo de



el valor transformativo de la puesta en circulación de los discursos modernistas en nuestras tierras debe ser pensado en función de aquello a lo que se oponía para poder entenderlo.

El Modernismo de la primera hora (es decir, el que se desarrolla entre 1888 y 1896), al cual llamo *modernismo lírico-heróico*, sangraba por la herida que abrió, algunos años atrás, en la conciencia de los poetas y escritores hispanoamericanos, el descubrimiento de los textos de sus homólogos postrománticos

---

Gómez Carrillo y sus corifeos parisinos. En la antes citada entrevista concedida a Julio Talanto, se lee el recuento que hace el mismo Cestero de sus relaciones con el grupo de Gómez Carrillo, a quien nuestro escritor había conocido en París por mediación del novelista venezolano Pedro César Dominizi. Refiere Cestero que: "Gómez Carrillo era el centro de un grupo de escritores franceses y americanos que se reunían cada tarde entre 5 y 8, en el *Café Napolitano*, situado en el boulevard de Capucines. Íbamos a diario, Catulle Méndes (sic), con su chaleco rojo: (sic) René Mazeroy, luciendo su gallarda figura de mosquetero: (sic) Paul Brulac, Jean Moreas y Ernesto Lajeunesse, este (sic) último siempre cargado de cadenas de oro y gemas extraordinarias, los bolsillos repletos de libros y alarmando al "café" a cada instante, con gritos de vieja airada. [/] En compañía de Lajeunesse iba con frecuencia a los ensayos generales del *Teatro Rejane* (sic); ahí está el hombre que hacía gala de un diccionario particular de denuestros (sic) parisieneses, que lo lanzaba en todas direcciones... Precisamente con él asistí una noche en este mismo teatro, al ensayo de *La Irregulier* (sic), donde por primera vez vi a Gabriel D'Annunzio. Ocupaba el "divino", un palco de proscenio entre dos mujeres, una de las cuales era la bailarina rusa Ida Rubinstein, que personificó y puso en ridículo -por su flacura caricaturesca- el *San Sebastián* del poeta [...] Ahora volvamos a Lajeunesse... Era este escritor un erudito y un hombre excelente, disfrazado con el aspecto más repulsivo. En el tiempo a que hago referencias, tenía la voz desahapacible y una melena que le cubría todo el cuello. A mí me llamaba "dictador", y decíame a menudo que cuando yo ejerciera la dictadura en Santo Domingo, lo nombrara Arzobispo... La última vez que le ví (sic), en 1915, se había operado la garganta, no tenía melena y ya no insultaba tanto a los mozos" (RODRÍGUEZ DEMORIZI, Emilio: "Archivo literario de Hispanoamérica"; *loc. cit.*, p. 143). Las "peñas" literarias en los cafés, tanto parisinos como venezolanos, dominicanos o de cualquier país, eran las "oficinas" donde los escritores de la *belle époque* ejercían sus "relaciones públicas", a tal grado que, no sin cierta razón, le fue dado decir al escritor surrealista francés André Pieyre de Mandiargues que sólo podían prevalerse del título de surrealistas aquellos que se sentaron ante una mesa de café con André Breton. Para un aspirante a escritor de aquellos años, la diferencia entre el "ser" y el no "ser" reconocido como escritor podía depender, pues, del círculo de sus relaciones personales, esto es, de la "peña" o de la "tertulia" que frecuentara.

y parnasianos franceses. No solo la lengua francesa, sino todo lo francés —moda, comida, confort, lujo asimilado como símbolos inequívocos de “la” Cultura— adquirió entonces una importancia inusitada. El viaje a París se convirtió en el *ritual iniciático* que completaba la formación de todo señorito o señorita “bien” —es decir, burgués. En 1898, la celebración de la Exposición Universal en París le puso la cereza al bizcocho: un público definitivamente cosmopolita desfiló pasmado contemplando los nuevos adelantos que la ciencia y la tecnología prometían para el siglo XX: el cine, el automóvil, los prototipos de las primeras máquinas voladoras, el teléfono y la bombilla eléctrica, etc. Dicha exposición acabó de consagrar a París, que estrenó precisamente para esa ocasión su “torre Eiffel”, como la capital mundial de la modernidad.

No deja de resultar paradójica la relación de admiración que los poetas y escritores hispanoamericanos sostuvieron con Francia en el mismo momento en que sus homólogos franceses proclamaban a grandes gritos la “decadencia” del antiguo imperio francés. Ante el impetuoso y fértil diálogo que sostuvieron en Francia los simbolistas con los representantes de la *Décadence*<sup>42</sup>, numerosos fueron los modernistas hispanoamericanos que se contentaron con hacerse una “imagen de Épinal” en la que figuraban, como tópicos, algunos elementos sacados como de alguna antología escolar: el “exotismo” y el culto de la eufonía de los simbolistas, el elogio “comprometido” de la desmesura dionisiaca (convertida en un *leitmotiv* de la ideología

---

42. En la historia de las letras francesas, la *Décadence* fue un movimiento que surgió a mediados de 1880, y que tomó como referencia una frase de Paul Verlaine aparecida en 1885 (“*Je suis l'empire à la fin de la décadence*”: “Soy el imperio al final de la decadencia”), aunque el símil ya había sido empleado casi una década antes por Lautréamont. El “imperio” en cuestión era el Segundo Imperio, el de Badinguet, apodado “Napoleón le petit” (Napoleón el Pequeño). Agrupados en torno a las revistas *Lutèce* y *Le Décadent* (1886-1889) se encontraron los poetas Paul Verlaine, Laurent Tailhade (autor de un opúsculo titulado nada más ni nada menos que *Le Jardin des rêves*, título que retomó Tulio Manuel Cestero para uno de sus libros: *El Jardín de los sueños*), Jean Moréas y, sobre todo, Jules Laforgue, a quien se considera como el mejor representante de la poesía decadente, quienes se colocaron a la sombra del filósofo alemán Schopenhauer. Muy pronto surgieron otros grupos y otras revistas decadentes (*les Hydropathes*, 1878; *les Hirsutes*,

simbolista-decadente a partir de la lectura que éstos hicieron de Hegel, como lo demostró Julia Kristeva<sup>43</sup>), proyectados en el telón de fondo ideológico constituido por el pesimismo, el milenarismo y el misticismo que dominaron la opinión pública mundial a finales del siglo XIX.

Visto en el espejo de la *Décadence* francesa, el Modernismo hispanoamericano muestra los rasgos que tomó prestados al modelo original francés, pero también, y sobre todo, aquellos que lo dotaron de un aspecto particular y propio. A título de hipótesis, planteo que lo que condujo a muchos de los poetas y es-

---

1881; *les Zutistes, les Jemenfoutistes*) entre los que se destacan poetas como Charles Cros, del grupo *Les Hydropathes* (Los Hidrópatas), Tristan Corbière y Germain Nouveau. Una nueva "moda" literaria y artística había nacido: la *moda bohemia*, cuyo recorrido del salón al cabaret se hizo del dominio público en todas las grandes ciudades occidentales. Esa era la moda que imperaba en París en la época en que los modernistas hispanoamericanos llegaron en busca de glorias de oropel. En su novela *À rebours* (*Al revés*), un antiguo militante de las filas del Naturalismo, Joris-Karl Huysmans, dio a su personaje Des Esseintes los rasgos característicos del poeta decadente, al que caracterizaron el desprecio del orden burgués y clásico, el refugio en el esteticismo, el culto de lo raro, de lo excéntrico, el pesimismo, la morbidez. Tener en cuenta el contexto histórico-social parisino de la moda decadente impide forzar una relación de coincidencia entre la *Décadence* y el Modernismo hispanoamericano, pues esto equivaldría desconocer su diferencia radical: mientras el grupo decadente era de tendencia abiertamente anarquista y antiburguesa, el Modernismo padeció del conservatismo atávico y propio de la mentalidad burguesa, aunque, a título individual, algunos poetas modernistas tardíos (como Vargas Vila y Almafuerte, entre otros) asumieron posturas que contrastaban con el *status quo*. Señalemos, por último, que la figura sociocultural del poeta como un ser automarginado y bohemio, nació en el período moderno y es de estirpe romántica, aunque purificada al calor de los conflictos entre simbolistas y decadentes.

43. Vid: KRISTEVA, Julia: "L'Anarchisme politique ou autre", tercera parte del capítulo III de su libro *La Révolution du langage poétique* (París: Seuil/Points, 1974), en especial las páginas 421-438. Según Kristeva, la "concepción que hace derivar la anarquía de Hegel podría sorprender al lector para quien el filósofo alemán es ante todo un defensor del estatismo. Sin embargo, si Hegel es el primero y sin duda el más grande pensador del Estado moderno, también concibe a éste, en última instancia, como una suerte de logificación de la libertad, como una disposición necesaria al ejercicio de la negatividad; y si él no preconizó su desaparición, por lo menos indicó su relatividad en tanto que momento *singular e individual*, y por tanto, sobrepasable, de la historia" (*op. cit.*, p. 423. Trad. libre de M.G.C.).

critores de este período a situarse existencialmente en esa suerte de "exilio interior" mejor conocido como la "torre de marfil" fueron los riesgos implícitos en el intento de aclimatar en el contexto histórico-cultural hispanoamericano los signos de una referencia —directa o indirecta, pero constante— a los rasgos socioculturales que los poetas decadentes introdujeron en Francia<sup>44</sup>. Fue así como surgieron los diferentes *esnobismos* y demás *poses* que colman hoy de anécdotas la intrahistoria del período modernista en la literatura de cualquier país hispanoamericano. Sin temer quedar convertidos en franceses de caricatura, algunos modernistas llevaron su afrancesamiento al extremo de intentar escribir en francés.

Tulio Manuel Cestero estuvo en estrecho contacto, si no con la perspectiva ideológica, por lo menos con la orientación literaria de la *Décadence* a través de la lectura de los autores franceses de ese movimiento. Por lo menos, eso es lo que se infiere de la siguiente "lista" de autores que él colocó en el liminar de *Notas y escorzos*, su primer libro, publicado en 1898:

*"Obras del mismo autor  
(en preparación)*

*Sensaciones estéticas (Estudios literarios de Maurice Barrès, J.M: Heredia, Jean Moréas, Tristan Corbière, Arthur Rimbaud (sic), Charles Morice, Judith Gautier, Henry de Regnier, Jean Lorrain, Francis Vielli (sic)-Griffin, Stuart Merrill (sic), Laurent Tailhade, Maurice Maeterlinck, Saint Paul-leRoux-le Magnifique (sic), Jules Bois, Gabriel D'Annunzio, Oscar Wilde, Sar (sic) Peladan y Eugenio de Castro".<sup>45</sup>*

La obra así anunciada nunca fue publicada, pero la lista basta de por sí para situar tentativamente los referentes literarios de Cestero hacia 1898. El elogio velado a los escritores franceses del *Parnaso Contemporáneo* (José-María de Heredia), de la *Décadence* (Tristan Corbière, Laurent Tailhade, Sâr

44. Vid nota anterior.

45. CESTERO, Tulio Manuel: *Notas y escorzos* (edición princeps) (Santo Domingo: Imprenta Cuna de América, 1898, p. 2).

Joséphin Péladan, Jean Lorrain, Jean Moréas, —quien también figuró en las filas del Simbolismo—, Oscar Wilde) y del Simbolismo (Maurice Maeterlinck, Charles Morice, Viel-Griffin, Suart-Merrill, Henry de Régnier), no sólo contribuye a situarlos como “guardianes tutelares” del poeta, sino también y ante todo, a validar la puesta en práctica de un *esnobismo* afrancesado muy al gusto de la época en que Cestero publica su libro, el cual, como toda *opera prima* constituye la “carta de presentación” del joven autor (en 1898, Cestero tenía veintiún años).

Más aún, hacia 1917, Cestero no distinguía entre *decadentismo* y Modernismo, como se infiere del siguiente fragmento de su respuesta a la encuesta de la revista *Letras*:

“El *decadentismo* o *modernismo*, como se le denominó en América, predominó en mí. Una revista chilena, cuyo director dedicárame su fotografía “a mi hermano en lo gris”, diputóme conjuntamente con el salvadoreño Arturo Ambrogi, paje del gran Rubén. Ambrogi inspirábame emulación: poseta un tomito, *Biblots*. De un artículo suyo tomé la palabra ciclayana, aplicada a noche. Rafael Deligne preguntóme, acudí por la definición al *Diccionario*, pero ni él ni yo supimos jamás lo que significaba. El norteamericano Coester, en su *The Literary History of Spanish América* (sic) asienta: “Tulio M. Cestero, fue (sic) uno de los primeros y más exagerados *modernistas*”<sup>46</sup>.

Esta amalgama entre el Modernismo y la *Décadence* por parte de Cestero constituye un revelador de su perspectiva *cosmopolita* y a la vez ofrece una visión de su concepción personal, acerca de la cual, lo menos que puede decirse es que no hace justicia ni al Modernismo ni a la *Décadence*, toda vez que en su discurso no hay conceptualización de las especificidades propias de ambos movimientos. No obstante, el resto de esta parte de su respuesta a la pregunta “¿Qué autores han influido (sic) más en Ud.?”, contenida en la encuesta de *Letras*, permite acla-

46. *Loc. cit.*, p. 140.

rar ciertas dudas respecto a su relación con los autores de la *Décadence*:

*"A D'Annunzio lo he leído siempre con devoción; pero las más intensas simpatías las ha suscitado en mi espíritu Maurice Barrès (sic): el culto del yo, su nacionalismo, el amor a las viejas piedras, a los árboles, sombra desde la infancia, a los paisajes nativos, a las canciones de cuna, las leyendas, las tradiciones, cuanto aprieta a los hombres en un espacio determinado, y los extraña de los que demoran más allá de sus fronteras. Mi admiración por las ideas y el estilo de Barrès persiste.*

*Pero permítame, como digresión con respecto a influencias literaria estos dos ejemplos: Rubén Darío nota en mí la de Jules Laforgue, y ya lo he dicho, hojée, tan solo durante una hora, Las moralidades Legendarias, nunca las leí".<sup>47</sup>*

Cada quien es libre de inventarse sus influencias, así como sus raíces: Cestero, por su parte, declina el verse asociado por Darío a Jules Laforgue, el poeta francés que pasa por ser el más auténtico representante de la *Décadence*; en cambio, confiesa su admiración sin límites por D'Annunzio y, sobre todo, por Maurice Barrès, a quien, de joven, Cestero escribió, en 1899, una carta llena de referencias y figuras poéticas que apareció publicada en el número de octubre de ese mismo año de la revista *Letras y Ciencias*<sup>48</sup>. El poeta guatemalteco

47. *Ibidem*.

48. En esta carta, incluida en el "Archivo..." de Rodríguez Demorizi (*loc. cit.*, pp 121-122), Cestero se declara "esteta" iniciado al *Culto del Yo* (traducción del título en francés de la trilogía novelesca de Barrès, *Le Culte du Moi*) por "la lectura de la ideología *Sous l'œil des barbares*". El tono general de la carta es laudatorio para con el intelectual y político francés, partidario de la derecha nacionalista en el famoso *affaire Dreyfus*, autor de novelas doctrinarias y apóstol del "arraigamiento". Al final de su carta, Cestero escribe: "Pero en los días crueles, turbado por la duda, pido a vuestras ideologías, como a un confesor, consejos y consuelos. Y si no soy un *barresista* perfecto, acendro para el amable iniciador gratitud y admiración infinitas. Mi próximo libro Yo —teoría de un alma de esteta dolorosa, virgen, heroica— irá en romería a

Enrique Gómez Carrillo, quien residió muchos años en París y fue uno de los hombres clave en la proyección de la figura de Cestero en el ámbito internacional del Modernismo hispanoamericano escribe lo siguiente acerca de la relación Cestero-Barrès:

*“Al mismo Barrès, Cestero lo ha leído en Versalles. Y cito al autor de El Jardín de Berenice, porque me parece ser, con Verlaine, el que más influencia ha tenido en mi amigo. De Verlaine, en efecto, ha sacado, como una abeja saca miel, el sentimiento de la sonrisa que se empapa en lágrimas, o sea su poesía. De Barrès ha sacado su método, su seriedad y su razón. Ayer, nada menos, hablándome del modernismo, me decía en una carta:*

*“Si algún escritor del país de Francia merece ser leído con atención en la América latina, es Barrès. Él nos enseñaría con la gracia viril de su estilo, el culto de los muertos, del paisaje patrio y del yo. Si urge abrir los puertos americanos al concurso de sangre y de ideas que la marea de la civilización arrastra hacia sus costas, en cuanto a letras, debemos y necesitamos ser nacionalistas. Me explicaré: para que exista una literatura, un arte absolutamente americano, en las dieciocho Repúblicas —que ante el Derecho Internacional son otros tantos Estados, constituyen una nacionalidad única, real— preciso es fundar una base, una tradición; aunque se cree (sic), como me dijo un día en Salamanca el maestro Unamuno, con los ladrillos de la biblioteca Alcán. Para edificarla, tenemos un idioma que el uso constante de cuatro siglos ha hecho nuestro, y que el número de habitantes actuales y la civilización que granjean, dan derecho a modificar, sin matar su espíritu glorioso: en el vino nuevo está contenido el zumo de la vieja piña [...] La lectura de los libros que circulan de*

---

vuestra ermita a ofrendarlo a la adorable Berenice” (*ibid.*, p. 122). Esta admiración por Barrès pudo haber incitado en Cestero el interés por fundir la política con la literatura, en un intento de emular a su lejano “maestro”.

*Buenos Aires a México, fortalecen mi fe en la definitiva orientación artística hacia el horizonte que iluminará un nuevo renacimiento latino, el Sol que Vasco de Balboa miró asombrado surgir del Mar Pacífico y coronar las cimas nevadas de los Andes. "La savia asciende sana y poderosa"*

*La visión es bella, ¿n'est (sic) ce pas? Pero yo la creo algo exótica en su nacionalismo. Ese Sol, no lo dudéis, Cestero lo vio una tarde, después de leer una página vibrante de Barrès, desde la terraza del palacio de Versalles, mientras las hojas secas volaban con su vuelo lento a los pies de las ninfas de mármol".<sup>49</sup>*

Pocas veces la ironía ha sido tan certera como en esta frase de Gómez Carrillo: "*La visión es bella, ¿n'est ce (sic) pas? Pero yo la creo algo exótica en su nacionalismo.*" Al presentar el nacionalismo de Cestero como el resultado de sus lecturas de Barrès, Gómez Carrillo resalta el punto de vista del *cosmopolitismo afrancesado* propio de su época (*n'est-ce pas?*). De más está decir que esta crítica al nacionalismo de Cestero podría hacerse extensible a la mayoría de los integrantes más destacados de las filas del Modernismo. Enteramente dictado por una *pose*, el nacionalismo *importado* del modernismo fue la expresión ideológica de las luchas por la hegemonía de los caudillos: más que nacionalismo, se trataba todavía de un regionalismo exacerbado, contra el cual se levantaron las voces de Martí y de Rodó. Infructuosamente, si se considera que el verdadero obstáculo para el desarrollo de los países hispanoamericanos no estaba en la fragmentación de su cuerpo social como lo proponía el arielismo, sino que provenía de afuera, es decir, precisamente, de la satelización que ejercían los capitales europeos y norteamericanos sobre los sectores dominantes de la oligarquía. Éste, y no otro, era el verdadero trasfondo de la utopía de la "modernidad cosmopolita", la cual no tardaría en sufrir un duro revés cuan-

49. GÓMEZ CARRILLO, Enrique: "Tulio M. Cestero", prólogo de *Sangre de Primavera*, 1908. Retomado en *Revista Dominicana de Cultura* (op. cit., pp. 22-23).



do se inicia la serie de acontecimientos políticos y militares que marcaron el momento del "despertar" de la conciencia de numerosos intelectuales y escritores hispanoamericanos a fines de los años 1890 en un accidentado proceso que condujo a los sectores nacionalistas defensores de la identidad hispanoamericana, a constituirse en los pilares principales de uno de los campos de fuerza que un nuevo sector de la intelectualidad progresista hispanoamericana opondría al delirio cosmopolita de los modernistas.

*Ingredientes modernos: la búsqueda de la identidad  
y el nacionalismo contra el cosmopolitismo modernista*

Aunque el pensamiento cosmopolita plantea una visión despolitizada del mundo, la amplitud, en términos geográficos, del radio de influencia modernista figura entre las causas de buena parte de sus contradicciones internas. Hacia el final del siglo XIX, los hispanoamericanos y las hispanoamericanas se hacían todavía la idea de vivir en un espacio histórica y culturalmente único: el sentimiento nacional no había logrado convertirse todavía en una fuerza de cohesión identitaria, y muchos se consideraban "hispanoamericanos de cualquier país". Esta situación "idílica" estaba llamada a cambiar drásticamente desde que empezaran los conflictos que generaría el reordenamiento de las economías nacionales en toda Hispanoamérica motivado por el cambio en la política exterior de los Estados Unidos.

Si bien es cierto que el descubrimiento de la identidad hispanoamericana no fue obra de los modernistas —ya que en la base de dicho "descubrimiento" se encuentra el lento y, a veces, incierto proceso de maduración de la burguesía criolla desde finales del siglo XVII hasta las guerras independentistas que atravesaron el siglo XIX, o hasta el estallido de la Revolución mexicana de 1910—, la búsqueda de la identidad es una de las constantes mayores del proyecto de escritura de tipo modernista.

Ya hemos mencionado el hecho de que uno de los factores que más contribuyeron a la vitalidad del Modernismo fue su ca-

rácter contradictorio, heteróclito y globalizador<sup>50</sup>, y que, prácticamente, no hubo en su seno una sola tendencia que no encontrara, desde su eclosión misma, una fuerza contraria que la contrarrestara. Así, la contrapartida obligada del cosmopolitismo fue el programa de enseñanza positivista iniciado, en Argentina, en Chile y en México, desde finales de la década de 1870, y que repercutió, principalmente en la prosa escrita en toda Hispanoamérica a partir de los años 1880, como un impulso de exploración de la realidad social pasablemente fronterizo entre la nostalgia del universo rural propia del Romanticismo y el temor ante la "modernidad" urbana.

No es casual que uno de los grupos de productores de discursos literarios argentinos que asumió el rol táctico de "adversario" del cosmopolitismo (en su versión "ultraísta" de principios del siglo XX) haya tomado prestado el nombre casi-epónimo de "Martín Fierro" para nombrar la revista que sirvió al grupo de vehículo para la promoción de sus ideas. En realidad esta oposición entre "martinfierristas" y "ultraístas" era la continuación, sobre nuevas bases, de la que había permanecido velada en el mismo seno del Modernismo, y que encarnó en lo que llamábamos más arriba la "dimensión paradójica" de Rubén Darío, quien se muestra en sus poemas,

---

50. José Olivio Jiménez subraya, en el "Prólogo" de su *Antología de la poesía hispanoamericana contemporánea (1914-1970)*, la "larga teoría de errores y simplificaciones" que afectaban en el pasado a la percepción del: "[...] modernismo como sinónimo de superficial escapismo exotista, de tendencia excluyentemente afrancesada o extranjerizante, comenzado y realizado de modo principal en el verso, y extraído todo él, como por arte de magia, del estro de Rubén Darío". Para Jiménez: "[...] lo cierto es que el modernismo fue prácticamente todo lo contrario: que fue un movimiento integral y sincrético; expresivo del angustioso conflicto espiritual del hombre contemporáneo ya por entonces latente; que conoció una veta hispánica y preocupada, complementaria de la afrancesada y frívola a que se le ha querido reducir; que nació antes en la prosa; y que se inició con José Martí y Manuel Gutiérrez Nájera, cuyas aportaciones estilísticas estrictamente nuevas (así como la de otros mal llamados "precursores" del modernismo: José Asunción Silva y Julián del Casal) asimilará después y dará su definitivo toque personal y profundo el vigoroso genio sintético de Darío" (cf. JIMÉNEZ, José Olivio: "Prólogo" de *Antología de la poesía hispanoamericana contemporánea (1914-1970)*, Madrid: Alianza Editorial, S.A., 3e. edición, 1977, p. 9). Tendremos que volver más tarde sobre este particular.

pero también en su prosa, como un sujeto escindido (un *homo duplex*) entre una autopercepción como hombre *cosmopolita* y una conciencia activa de su personalidad étnica, cultural, social e histórica<sup>51</sup>.

El sentimiento de la originalidad esencial y propia del espacio hispanoamericano predominaba en la mentalidad de un amplio sector de la burguesía de nuestros países desde el período de las guerras de independencia. Dicho sentimiento encontró en la literatura de la época un vehículo de expresión. Fueron sobre todo los ensayistas y pensadores como Bello, Martí y Rodó quienes sentaron las bases de una lógica de la identidad hispanoamericana.

A esta utopía de la identidad hispanoamericana, puramente intelectual, por lo demás, se le suma, en el plano de la política interna de numerosos países del subcontinente, la lucha que libraron los caciques del sector de la oligarquía tradicional por mantener el control del estatus quo ante el avance desmesurado de los inversionistas extranjeros. Presionados por las deudas contraídas en el extranjero, muchos de los gobiernos liberales hispanoamericanos de fines del siglo XIX no tuvieron otra elección que la de asumir posturas dictatoriales para reprimir cada intento de los "caciques" de violentar la situación creada por los compromisos contraídos con inversionistas foráneos.

Instalándose en el soporte imaginario creado por más de cuatrocientos años de oligarquía, la figura del presidente-dictador es así reeditada en toda Hispanoamérica en una coyuntura histórica marcada por el proceso de tecnificación que, poco a poco, estaba cambiando el panorama de algunos centros urbanos importantes, aunque, como lo afirma Pierre Queuille, los adelantos tecnológicos de los años finales del siglo XIX no llegaron nunca a introducir cambios significativos en la mentali-

---

51. La contradicción entre un espíritu refinado y esteticista y una vida entregada a la lidia política y a las aventuras bélicas de la manigua que el mismo Darío observó en la personalidad de Tulio Manuel Cestero nos permiten clasificar a éste último dentro de la misma categoría de *homo duplex*: esta duplicidad es sin duda el signo más característico de la personalidad del autor de *La sangre*, y el rasgo de su subjetividad que con mayor frecuencia aflora en sus narraciones en prosa.

dad de las sociedades hispanoamericanas de entonces, mayoritariamente integradas por campesinos<sup>52</sup>.

La "torre de marfil" cosmopolita resultó un esquema de pensamiento y una postura social insostenible ante la cruda realidad de las sociedades hispanoamericanas. El despertar de los poetas y escritores tuvo lugar antes de que terminara el siglo XIX, en México y en Argentina. Fueron, sobre todo, los novelistas del Indigenismo quienes dieron al traste con la utopía cosmopolita, al mostrar en sus obras una realidad social que sus homólogos modernistas del primer momento habían mantenido prácticamente ignorada.

La metáfora de la "torre de marfil" constituyó sin duda uno de los soportes de la percepción del Modernismo y de los modernistas que tuvieron por lo menos los más conspicuos entre los contemporáneos de Tulio Manuel Cestero. Diógenes Céspedes cita un comentario de Rafael Abreu Licairac, quien criticaba, en sus artículos escritos en *La Cuna de América* entre 1911 y 1912, la "literatura frívola, afeminada, baladí, empalagosa, con oropel abriillantada, iniciada aquí por Tulio M. Cestero, Américo Lugo y otros, a guisa de iluminados precursores y 'maestros' y en el cual perseveran algunos de los improvisados literatos del presente"<sup>53</sup>.

---

52. "Con ese extremo predominio del campesinado —afirma Queuille—, en el continente hispanoamericano del siglo XIX y en un buen número de Repúblicas todavía hoy (1968), la carencia de la reforma liberal fue particularmente evidente a causa de las masas rurales, salvo, ciertamente, la gloriosa excepción de México y algunos casos menos conocidos, como el de Costa Rica. Dicho de otro modo: la elevación del campesinado por la conversión a las técnicas modernas de cultivo, por la revisión de las prácticas agrícolas (*fermage*), durante este siglo y medio de independencia latinoamericana, sólo figuró raramente en los programas políticos con la urgencia y la amplitud que habrían hecho de ello un objetivo auténtico; y todavía menos, la mucho más fundamental decisión de compartir las tierras, la "reforma agraria", ante la cual, la izquierda latinoamericana tradicional se sentía incitada a la prudencia, ya que cabe decir que cada vez que era preconizada y promovida, esta reforma agraria degeneraba en guerra civil" (QUEUILLE, Pierre: *op. cit.*, pp. 17-18).

53. La cita de Diógenes Céspedes se encuentran en el ensayo "La crítica literaria francesa y su influjo en la República Dominicana", in *Coloquios 2000*, Publicación de la Comisión Permanente de la Feria del Libro, Santo Domingo: 2000, p. 108). Céspedes cita el comentario de Licairac filtrándolo del artículo de Manuel Mora Serrano "Las críticas

La crítica a la "torre de marfil" marca el surgimiento en casi toda Hispanoamérica de un nuevo *campo de fuerza* discursivo-literario que se opondrá a la corriente literaria modernista, a sus productos y a sus productores. La radicalización de dicha crítica fue una de las consecuencias ideológicas directas que acarreó el cambio de política internacional de los EEUU hacia los países centroamericanos, proceso jalonado por una serie de acontecimientos claves como la guerra hispano-norteamericana, la independencia de Cuba, la inclusión de Puerto Rico como Estado libre asociado a la Unión norteamericana y la Revolución mexicana de 1910. El avance del nacionalismo político impulsó el surgimiento de una serie de escritores<sup>54</sup> que propugnaban por una literatura de tipo "social" cuyo proyecto ideológico se apoyaba principalmente sobre la crítica de las obras del período anterior. En algunos casos, como en el de Federico García Godoy, la ideología de la naturaleza "social" de la literatura mostró su solidaridad con un proyecto de escritura de la historia nacional que delimitó, en su recorrido, los límites posibles de la búsqueda de la identidad que constituyó una de sus principales apuestas.

Un lector crítico de la obra de Cestero, desde la perspectiva nacionalista, fue Félix Evaristo Mejía. En su respuesta a la encuesta de la revista *Letras*<sup>55</sup>, que formulaba a varios intelectuales de la época la pregunta "¿Cuál es a su entender el mejor li-

---

que transforman la literatura nacional a principios del siglo veinte" (*Umbral*, revista del Consejo Presidencial de Cultura. Año 3, No. 8, julio-septiembre de 1999, p. 16).

54. En el contexto dominicano, el principal exponente de esta tendencia literaria de tipo "social", tanto en la crítica como en la producción literaria, fue Federico García Godoy (1857-1924).

55. Nos referimos a la encuesta que apareció en los números 78-79, correspondientes al 4, 11 y 18 de agosto de 1918. Reproducida en RODRÍGUEZ DEMORIZI, Emilio: "Archivo..."; *loc. cit.* pp. 150-167. La respuesta de Mejía es la más extensa de todas, ya que el discípulo de Hostos no se contenta con redactar un juicio de valor, sino que argumenta y circunstancia su selección a partir del siguiente postulado: "La literatura nacional, pobre aún, pobrísima en todo género, lo es más en las obras de unidad y buena prosa de que vengo tratando. Es facilísima, pues, la selección: pues donde hay poco, pronto se dá (sic) con aquello que se busca" (*ibid.*, p. 155).

bro dominicano?", Mejía<sup>56</sup> pondera sagazmente las cualidades "formales" y "de fondo" de *Ciudad romántica* y *La sangre*, hasta establecer su *argumentum crucis* de la manera siguiente:

*"Componer un libro para anatema de la patria es un error, cuando no un crimen. Cuatro docenas de dominicanos no habrán leído La sangre, cientos de hispanoamericanos y de iberos la leerán. Acaso traducida, llegue hasta otras razas. Y como es lo humano ver la paja en el ojo ajeno y no la viga que cuelga del propio, dirán todos encogiéndose de hombros: "¡Bah!... Si es así..." Y parodiarán la frase de Víctor Hugo en Notre Dame... Y pensarán: Esto justificará aquello.*

*Casi no puede decirse que no es La Sangre una obra nacional, y si tanto me he detenido en ella es porque sé el número de sufragios con que cuenta entre la gente joven, que o no ha pensado en eso o también como el autor, ha hecho ya su renunciación completa a lo Epicuro"<sup>57</sup>.*

Fundamentalmente, Mejía critica a Cestero su *realismo*, pero lo hace desde una perspectiva más ética que estética. Inútil es recordar aquí que toda estética presupone una ética, ya que Mejía deslinda claramente su punto de vista<sup>58</sup>. Su respuesta eviden-

---

56. La selección inicial de Mejía reúne tres autores y seis obras: *Rufinito*, *Alma Dominicana* y *Guanuma*, de García Godoy; *Ciudad romántica* y *La Sangre*, de Tulio Cestero, y *Enriquillo*, de Galván. Descarta luego la trilogía de García Godoy aduciendo que "son las novelas de éste simples disertaciones de áurea vestidura, nobles comentarios y pinturas felices de algunos caracteres, ora individuales o ya colectivos, algo sociológico junto a lo psicológico y... nada más" (*ibid.*, p. 157).

57. *Ibid.*, p. 165.

58. "No soy, en absoluto, un secuáz (sic) del arte sabio, de este arte docente, encaramado, que ex cátedra nos endilga en cada trozo una lección moral. Eso es pedante y sólo bueno para literaturas infantiles. Pero profeso y sigo a pie juntillas el *utile dulci* (sic) de Horacio. En la obra de arte, preceptistas preconizan y grandes autores se proponen siempre un más allá del fin estético. No hay sin ideal obra maestra; sin edificación, sin enseñanza. A fuerza de ser grandes, cuando no se lo propusieron ahí llegaron. Citadme obra inmortal que después de conmover no haya movido, o intentado mover; advertido, nutrido o deseado advertir y nutrir; redimido o anhelado redimir" (*ibid.*, p. 164).

cia que sentía lo que el lenguaje popular llama “vergüenza ajena” ante la manera en que Cestero presenta algunas escenas de la vida político-social dominicana: “No es la suya obra de altura —escribe Mejía de Cestero—, ni hay nobleza en su tenaz empeño de pintar a su pueblo, un pueblo de costumbres vulgares, necio y granuja, sin un solo rasgo de grandeza”.<sup>59</sup>

La lectura que hizo Mejía de *La sangre* perdió de vista la dimensión histórica de esta novela, como les sucedió a muchos opositores del Naturalismo. No hay nada más común que este fenómeno. Para nosotros, hombres y mujeres del final del siglo XX, dicha dimensión resulta evidente, ya que la leemos desde otra perspectiva sociohistórica. Sin embargo, no podemos dejar de considerar que muchos de los acontecimientos y personajes que aparecen en *La sangre* podían despertar recuerdos ingratos a muchos de los lectores contemporáneos de Cestero. Postulamos, pues, como hipótesis a ser confirmada o invalidada, que el sentido-valor de *La sangre* ha sido transformado por la historia social y política de nuestro país en el curso de los últimos cincuenta años del siglo XX. Nuestra sociedad y nuestra época ya no podrían leerla como la leyó Mejía. El texto literario, si se le entiende como producción de sentidos acerca de y a partir de lo real, produce su valor trascendiendo su *aquí-ahora*, debido a que dicha producción de sentidos presupone una *lectura*. El valor de un texto no es, pues, el simple resultado de un equilibrio o armonía entre su “fondo” y su “forma”. Valor y sentido, en literatura, son siempre el resultado de una puesta en relación histórica<sup>60</sup> de una manera de escribir y un modo de leer.

---

59. *Ibid.*, p. 163.

60. En este particular, conviene recordar lo que establece Tzvetan Todorov en su ensayo *Las categorías del relato* acerca del sentido de la obra literaria: “Si se decide que la obra es la mayor unidad literaria, es evidente que la cuestión del sentido de la obra no tiene sentido. Para tener un sentido, la obra debe ser incluida en un sistema superior. Si no se hace esto, hay que confesar que la obra no tiene sentido. No entra en relación más que consigo misma, y es, pues, un *index sui*, sólo se indica a sí misma sin remitir a ninguna otra instancia. [/] Pero es una ilusión el creer que la obra tiene una existencia independiente: aparece en un universo literario poblado por obras ya existentes y es allí en donde se integra. Cada obra de arte entra en relaciones complejas con las obras del pasado que forman, según las épocas, diferentes jerarquías. El sentido de *Madame Bovary* es el de oponerse a la literatura

A raíz de la Primera Intervención militar norteamericana en la República Dominicana se produjo el secuestro de la noción de "identidad dominicana" por el nacionalismo político, el cual, prevalido del soporte coyuntural que otorgó gran repercusión a la defensa de los intereses de la nación, se anexaría posteriormente casi todas las demás zonas discursivas, incluyendo la literaria, forzando así la entrada de la literatura en la lucha ideológica y política. Desde entonces, el campo de fuerza del nacionalismo político —y su versión ideológico-literaria: el nacionalismo literario— buscó hacer definitivamente a un lado los devaneos del cosmopolitismo modernista en nuestro país, como lo muestra el respaldo que el sector oficial dominicano, conjuntamente con ciertos sectores de la oligarquía comerciante urbana de Santo Domingo, Santiago, Puerto Plata y otras provincias, así como los principales representantes de las tendencias progresistas hispanoamericanas del momento prestaron al Movimiento Postumista, surgido en 1921<sup>61</sup>.

De manera característica, el nacionalismo político-literario puso en circulación una idea del valor de la obra literaria de Cestero circunscrita a realzar el contenido pretendidamente "social" de su novela mayor (*La sangre*), y a escamotear estratégicamente el resto de su obra modernista, la cual sólo podía despertar reacciones contrarias desde la perspectiva del nacionalismo político-literario.

Otros lectores contemporáneos de *La sangre* han cometido el error de leerla como si se tratara de un texto de historia o, incluso, como "tesis sociológica"<sup>62</sup>, mientras que prevalece la idea

---

romántica. En cuanto a su interpretación, varía según las épocas y los críticos" (TODOROV, Tzvetan: "Les Catégories du récit littéraire", in *Communications* 8, París: Éditions du Seuil, 1966, pp. 128-151). Traducción libre de M.G.C.).

61. Ver, sobre este particular, el importante trabajo de Diógenes Céspedes titulado *Lenguaje y poesía en Santo Domingo en el siglo XX* (Santo Domingo: Editora de la UASD, 1985, principalmente el capítulo II, consagrado al Postumismo (pp. 39-86).

62. Tal es el caso de Ciríaco Landolfi, quien, en su obra citada, propone que: "Cestero [...] escribió esta obra no sólo como alegato político - lleva por subtítulo: Una vida bajo la tiranía-, sino como recuento admirable de las particularidades de la cultura vernácula en la ciudad de



establecida de que se trata de una manifestación del "arte social"<sup>63</sup>. Tales lecturas, sin embargo, sólo consiguen reeditar "la asimilación de la causa de las Bellas letras a la de la democracia política" postulada por Sartre, y que citábamos a principio de estas páginas.

### *Tulio Manuel Cestero en sus textos*

En la obra literaria de Tulio Manuel Cestero se encuentran manifiestas y, en ocasiones, fundidas, las dos vertientes del Modernismo señaladas por José Olivo, tanto la "veta hispánica y preocupada" como "la afrancesada y frívola". Sin embargo, en sus textos *Notas y escorzos*, *El jardín de los sueños* y *Citeirea*, predomina un tipo de afrancesamiento que, más que snob y puramente decorativo, va desde la *instrumentalización semiótica* de un código lingüístico extranjero (escritura en *français dans le texte*), estrategia que los poetas de la época modernista empleaban frecuentemente como un recurso de *segmentación* de su público-auditorio o como una manera de endosarse el prestigio de la cultura francesa, hasta la adopción tal

---

Santo Domingo, que él conocía a fondo y transmitió con admirable fidelidad y hermosura. Y quizás también como tesis sociológica si el verus entre la revolución y la tiranía que propone temáticamente, y encarna el martirologio del héroe idealizado como sujeto de nobilísimos principios y aspiraciones para su pueblo, es ganado por la oligarquía descreída y oportunista. Curiosamente, el personaje ganancioso para éste propósito —traído repentinamente a escena— lo apellida Cestero con uno de los propios de él —Aybar— dando aun mayor fuerza de testimonio a su relato novelado" (*op. cit.*, pp. 273-274).

63. Para Diógenes Céspedes, por ejemplo: "[...] en cuanto tiene de adopción en la cultura dominicana de principio de este siglo, sabemos que el arte social influyó de diverso modo en los escritores como Federico Bermúdez y el mismo Cestero. Lo cual se aprecia en obras como *Los humildes* y *La sangre*" (CÉSPEDES, Diógenes: "La crítica literaria francesa y su influjo en la República Dominicana" (art. citado, p.109). Céspedes recuerda en este artículo que la concepción social o realista social del arte como compromiso nació en Francia hacia 1830-45 con los socialistas utópicos Charles Fourier, Saint-Simon y Proudhon" (*ibid*), de donde infiere por otra vía una muestra de la influencia francesa sobre las concepciones de lo literario vigentes en la República Dominicana a finales del siglo XIX y principios del XX.

cual de la perspectiva ideológica y del esteticismo simbolista-decadente, junto con un conjunto de referentes culturales pertenecientes al universo galo. Ejemplos de instrumentalización semiótica de la lengua francesa son las citas en francés (dos de Sâr Péladan<sup>64</sup> y una de Charles Baudelaire) que escoltan su primera publicación, *Notas y escorzos* (1898): dichas citas no guardan ningún tipo de relación intertextual con el conjunto de comentarios argumentales, pero contribuyen a *posicionar* la perspectiva esteticista del autor, en el primer caso, y a proporcionar una especie de “*ex voto elegante*”, en el caso de la cita de Baudelaire. Ejemplo de adopción de la perspectiva ideológica y del esteticismo simbolista-decadente es el siguiente fragmento del breve ensayo titulado “José Ramón López” (1897), relativo al ensayo *La alimentación y las razas*, del autor de los *Cuentos puertoplateños*:

---

64. La primera de estas citas remite a la novela de Joséphin Péladan (el “Sâr”) titulada *La Queste du Graal* (“La búsqueda del Grial”): “*Vous murmuriez, tout bas, l'himne (sic) de l'idéal que je chante á tue-tête*” (“Usted murmuraba el himno del Ideal que yo canto voz en cuello”). La segunda cita remite a *Istar V, roman de la Éthopée. La Decadence (sic) Latine*: “*Il y a des humains qui bornent leur horizon á (sic) la terre et qui ne revent (sic) autre chose que santé, fortune et gloriole; qui troquent leur conscience contre une consigne et trouvent le monde bien fait, pourvu qu'ils aient bonne place. Les autres obsédés (sic) d'au de-lá (sic), cherchent á travers les mirages de la Foi ou de l'Art, le courage de vivre la vie; ils aspirent á une existence supérieure dont la notion les obséde (sic), comme un souvenir obscurci mais certain*” (“Hay humanos que limitan su horizonte a la tierra y que no sueñan con otra cosa que no sea salud, fortuna y gloria; hombres que truecan su conciencia por una consigna y encuentran el mundo bien hecho con tal de que tengan una buena posición. Otros, obsesionados por el más allá, buscan a través de los espejismos de la Fe o del Arte, el coraje de vivir la vida; aspiran a una existencia superior cuya noción los obsesiona, como un recuerdo oscurecido, pero cierto”). La referencia a Baudelaire aparece bajo la dedicatoria “Para una dama”, y está extraída de las *Fleurs du mal*: “*J'implore-ta (sic) piété (sic), Toi, l'unique que j'aime, / Du fond du gouffre escur (sic) ou (sic) mon cour est tombé*” (“Imploro tu piedad, Tú, la única que amo, / desde el fondo del oscuro abismo donde cayó mi corazón”). La imposibilidad de imputarle a Tulio Manuel Cestero, al cajista que compuso su libro o a su corrector de estilo (si lo tuvo), la responsabilidad por las numerosas erratas que presentan esas cortas citas en lengua francesa libremente traducidas por nosotros sólo agrega más confusión al estatuto verbal de dichas referencias textuales, revelando así el carácter snob de la estrategia semiótica que las funda.

*“Las metrópolis, las grandes ciudades son ambientes mórbidos, grandes núcleos enfermos. Pero los campos en los países donde la riqueza agraria existe, conservan la raza en toda su plenitud. Francia caída en el abismo de Sedán, arrollada por la debacle (sic), á (sic) la luz de los incendios comunistas de París, convirtió las miradas claudicantes hacia sus campiñas, y el egoísta (sic) campesino de la Bauce y el normando que sueña las conquistas de los tiempos heroicos y el Bretón fiel a su roja tierra y el felibrés arrullado por los tambores de las cigarras provenzales, han salvado la Francia.*

*El medio y la raza se proyectan en el Arte. El atavismo influye en la Estética. La Kermesse —la más hermosa de las obras del gran Rubens- apoteosis (sic) del Músculo, es reflejo de su medio. Esas comadres de carnación salvaje, esos hombres atléticos, ebrios de vino y placer, hartos, satisfechos, rebosando en su jocunda risa la alegría de vivir, más ó (sic) menos modificados en lo formal por el artista, son flamencos felices, buenas gentes normales”<sup>65</sup>.*

La referencia a la tesis mayor de Gobineau sobre la *degeneración (dégénérescence)* de las razas no podría ser más clara en este fragmento. Desplazado del centro de atención de Cestero, el texto de José Ramón López se convierte en un *pretexto* del autor para exponer sus puntos de vista personales acerca de la relación entre la raza y el “Arte”, cuya A mayúscula revela el esteticismo elevado a la categoría de fe. Se notará igualmente la referencia a la situación de Francia “arrollada por la *debacle* (sic), á (sic) la luz de los incendios comunistas de París”: la óptica con la que Cestero observa la situación de las “metrópolis” de su época proviene de la utopía universalista del *cosmopolitismo*.

Los ensayos restantes contenidos en esta primera obra presentan, a diversos niveles, indicios semejantes del *afrancesamiento* de Cestero que venimos señalando. El lector o la lectora advertidos sabrán asignarles a las referencias a la

---

65. CESTERO, Tulio Manuel: *op. cit.*, p. 13-14.

cultura francesa que abundan en las páginas de esta obrita el valor de *documentos* que confirman la naturaleza del *pacto de lectura* que Cestero estableció con los lectores de su contemporaneidad.

Dedicado "A la Juventud del Cibao. Homenaje de fraternidad", el librito que Cestero titula *Por el Cibao* (1901) se inscribe en el subgénero de las *crónicas* o *impresiones de viaje*, las cuales disfrutaron de gran popularidad en el siglo XIX, desde que los escritores del Romanticismo europeo inventaron lo que hoy día se llama el *turismo*. Publicado en Santo Domingo por "La Cuna de América", al igual que *Notas y escorzos*, el texto aparece subdividido en siete "capítulos", cada uno de los cuales va fechado a la manera de un diario. Así, a partir del capítulo inicial, titulado "En el camino, Agosto de 1900", los demás capítulos llevan todos los nombres de una provincia cibaena: "La Vega, Agosto-Octubre de 1900"; "Santiago, Septiembre de 1900"; "Puerto Plata, Agosto de 1900"; "Moca, Octubre de 1900"; "San Francisco de Macorís, Agosto-Octubre de 1900"; "Villa Sánchez, Octubre de 1900".

El elogio del Cibao como la "salvación del país" fue uno de los *leitmotive* de la ideología liberal *azulista* que atravesó el último cuarto del siglo XIX. No es extraña esta relación de Cestero con el liberalismo azul: su filiación con la tendencia de Horacio Vásquez, último gran representante de los "coludos", azulistas o liberales fue, en última instancia, el factor determinante de su acceso a los puestos que ocupó como representante consular y diplomático de la República en el extranjero.

En una línea intencional distinta aparece, en 1903, el ensayo histórico de Cestero titulado *Una campaña*, publicado en Santo Domingo por la Imprenta "Cuna de América", y dedicado "A los distinguidos jefes y oficiales que, desde el 4 de Mayo (sic) de 1902 al 24 de Abril (sic) de 1903, fueron los sostenedores del Gobierno presidido por el General Horacio Vásquez".

Tanto o más que el resto de las obras de Cestero, la presente reedición de *Una campaña* constituye un verdadero aporte a la historia de la vida institucional de nuestro país, en una época en que la sociedad dominicana parece abocarse a una revisión de los soportes imaginarios que mantienen latentes en ella los gérmenes del caudillismo.

En este ensayo, que Cestero presenta como su "diario de campaña", el autor de *La sangre* busca corregir "las erradas interpretaciones que se hacen en el País (sic) de cuanto ocurrió en los alrededores de la Capital en los últimos días de Marzo (sic) y en los primeros de Abril (sic) de 1903". Quienes esperaban leer, en 1903, la confesión desalentada de sus experiencias en la manigua por parte de un joven esteta que se mostraba siempre listo a devanarse en galanterías retóricas ante las figuras de la "Belleza", encontraron, a raíz de la publicación de *Una campaña*, suficiente material para comprender de qué estaba hecho el resorte que articulaba, en Cestero, la práctica literaria y la práctica política.

La estrategia que Cestero escogió para presentar su "diario de campaña" no podía ser más eficaz en un momento en que, con el cambio de siglo, la mentalidad de los dominicanos y de las dominicanas de su época, se debatía bajo el fragor de los *pronunciamientos*, refriegas y escaramuzas de un número creciente de "caudillos" que mantenían en vilo a los pueblos del interior del país: consciente del riesgo de toda toma de posición política, Cestero asume aquí la pose de un *historiador*, aduciendo que sus páginas: "No son un arma esgrimida contra la actualidad política sino una ofrenda á (sic) la historia de aquellos días dolorosos". Palabra por palabra, esta aclaración de Cestero, leída en 1903, es decir, cuando Horacio Vásquez, desplazado del poder, había tenido que tomar el camino del exilio —y con él, el mismo Cestero—, constituía una toma de posición implícita a favor del General por parte de nuestro autor, quien no vacila en rendir una reverencia retórica a la guerra, en la que nuevamente encontramos la referencia clave a la Italia de los Borgia:

*"En esta hora incierta y desolada, el sociólogo interroga al horizonte: ¿si el sol que ilumina es el de un alba ó (sic) el de un ocaso? La guerra es una ley natural y eterna: crea, fortifica, redime. El progreso surge poderoso en las tierras que reciben como abono y riego la carne y la sangre de los paladines. La Italia turbulenta, anárquica, del Quattrocento, presa de los odios, las ambiciones y los dolores de mercaderes, prelados, artistas y poetas*

*convertidos en guerreros, engendró la Italia gloriosa del Renacimiento. Hemos hecho la guerra desde los días del Descubrimiento. En el alma nacional lidian la tristeza del indio, el dolor del negro esclavo y la nostalgia del español aventurero, terrible herencia de odios que nos ha hecho un pueblo triste y levantisco. Es tiempo ya de dejar enmohecer los aceros. Bajo la capa de sangre que cubre nuestros campos duermen prodigiosos gérmenes, y acaso estén próximas las horas de la transformación y del florecimiento; el instante precioso en que la Guerra produzca sus frutos de redención y de progreso."*

*La certera agilidad con la que Cestero narra los pormenores de las escaramuzas y refriegas de la referida batalla de 1903 no sólo constituyen una prueba al canto de sus excelentes dotes como narrador, sino que también muestran que nuestro autor estaba tan imbuido del fervor guerrerista que el símil que establece entre el estado de la República Dominicana a principios del siglo XX y el de la Italia del Quattrocento no era tal vez, en su caso, una simple figura retórica. Muy probablemente, Cestero llegó a creerse un "poeta convertido en guerrero"<sup>66</sup>.*

Cestero dedica el primer capítulo de *Una campaña* a presentar el *statu quo ante bellum* en la zona de la Línea Noroeste. Se trata de un rápido recuento que busca informar al lector sobre la situación en que se encontraban las provincias de la Línea Noroeste afectadas por el levantamiento de los "revolucionarios" cibaenños. Es sólo a la altura del segundo capítulo, subtítulo "Campaña de Marzo y Abril", cuando el texto presenta una serie de organizadores cronológicos que lo acercan al modelo textual de los

---

66. Tocamos nuevamente aquí un aspecto que ya habíamos avanzado a título de hipótesis (ver nota al pie No. 4), en lo relativo a la *autoimagen* que Cestero trabaja al filo de sus obras como una de esas "*metáforas obsesivas*" de las que hablaba Charles Baudoin en un célebre ensayo. Resta por determinar hasta qué punto esta autoimagen no era sino el reflejo de un *autocondicionamiento* impuesto por el mismo Cestero, como requisito indispensable y como estrategia de supervivencia en un medio hostil a sus aspiraciones de esteta, dada su condición ya señalada de *homo duplex*.

“diarios de campaña”. Es también en esta parte donde Cestero utiliza por primera vez en su discurso la primera persona del plural, quedando implicado como personaje de lo narrado. Sólo entonces el lector se entera de que Cestero fue uno de los compañeros de armas del mismo Horacio Vásquez en la referida campaña, y de que ésta es una de las razones probables que explican el tratamiento especial que le otorga a éste último nuestro autor:

*“Desde el primer momento el General Vásquez demostró repugnancia por la lucha; personalmente él no tenía empeño alguno en continuar al frente del Gobierno, por el contrario, estaba ansioso de abandonarlo; juzgaba que era inútil combatir cuando la causa que él representaba ya casi nada tenía que realizar en la casa de Gobierno, desgarrado como había sido por el medio hostil a su sueño. A las 3 de la tarde del 24 salimos con rumbo a Sánchez en el crucero “Presidente”. En el mar, el Ministro Cordero y yo cambiamos impresiones: los compañeros, diseminados por toda la República, no podían ser abandonados á (sic) su propia suerte: era preciso, si se renunciaba á (sic) la lucha, retirarse, pero dejando á cubierto de todo odio partidario los intereses y las vidas de cuantos no habían cometido otro delito, que poner vidas é (sic) intereses al servicio de una causa que amaron porque la creyeron capaz de salvar al País. Mi opinión era: ir á (sic) Santiago, constituir allí el Gobierno y, ó (sic) iniciar las negociaciones de paz, ó (sic) reunir gente y marchar sobre Santo Domingo; para lo uno ó (sic) para lo otro importaba mucho que el Gobierno entrara de nuevo en la plena posesión de sus fuerzas, que si bien estaban minadas, eran las más considerables del País”*

El texto de *Una campaña* asume por momentos ribetes de confesión, y conduce al lector a hacerse la pregunta de si se trata o no de una novela (¡tan lejanos se encuentran en el imaginario de la sociedad dominicana actual los episodios a los que se refiere Cestero en este librito!). Algo, sin embargo, nos perturba de este texto: tan distinto y distante aparece el Cestero que escribe *Una campaña* del otro Cestero que delira en la prosa ma-

nierista y amanerada de *El jardín de los sueños* o *Del amor* que cualquiera diría que se trata de dos personas distintas. Podría incluso apelarse al manido argumento de la "impericia juvenil" para zanjar la brecha que separa a estos dos estilos de escritura, si no fuera porque la tendencia "estetizante" acompañaría a Cestero durante otros años en los que continuaría alternando con otras obras de tendencia realista. A mi entender, no cabe duda: Tulio Manuel Cestero es uno de los más conspicuos representantes de nuestras letras dominicanas de eso que, a falta de otra denominación mejor, he llamado aquí, el *homo duplex*.

Publicada en 1904, en La Cuna de América, la plaquette *El jardín de los sueños*, de Cestero apareció en edición conjunta con *Del amor*. La dedicatoria de *El jardín de los sueños* inscribe el texto bajo la tutela del cuentista venezolano Manuel Díaz Rodríguez y de los escritores dominicanos Américo Lugo y Fabio Fiallo. Como señalábamos anteriormente, el título mismo de esta obrita de Cestero es la traducción del primer libro de poemas publicado por el escritor francés Laurent Tailhade (1854-1919) *Le jardin des rêves* (1880), quien debió principalmente su celebridad tardía a la violencia con la que sostuvo los atentados anarquistas de 1892-1894. Ahora bien, esta coincidencia en los títulos es lo único que ambos textos presentan en común: el librito de Cestero contiene ocho textos breves redactados en una prosa obstinadamente retórica y farragosa (a los que el poeta llama "Prosas galantes") y en los que estallan aquí y allá, como fuegos artificiales, las referencias onomásticas a personajes simbólicos de la cultura europea: Harpagón, Ronsard, Watteau, [Théophile] Gautier, [Théodore] Banville, el Rey Sol, María Antonieta, el Petit-Trianon, Sèvres, Virgilio, Guidobaldo II, etc. Hados del "cosmopolitismo" modernista, dichas referencias ponen en evidencia la estrategia de posicionamiento de Cestero hacia la época en que posaba como joven esteta imbuido de la ideología de Maurice Barrès. Resulta poco probable que Cestero haya hecho referencia, en 1904, al Tailhade "anarquista", sino más bien al poeta parnasiano-simbolista-decadente, a pesar de que, recientemente, varios investigadores han documentado la acción discursiva de un sector de productores de discurso afiliados a las ideas anarquizantes en la República Dominicana durante los años 1890-1916. Por lo demás, el librito de Cestero podría sorprender a los lectores contempo-



ráneos que hayan permanecido ajenos a la retórica y al esteticismo característicos del Modernismo: nada hay en este libro que pueda ser asociado al anarquismo ideológico o político como no sea el tono típicamente *dandy* que asume el autor (otra muestra de su “afrancesamiento” estratégico).

Se trata, pues, de un texto que revela la naturaleza del pacto de lectura que Cestero propuso a los *happy few*, es decir, al sector de la élite europeizada, tanto dominicana como hispanoamericana, de principios del siglo XX. Orgánicamente ligado a esta clase por lazos familiares, sociales, intelectuales y políticos, Cestero pudo darse el lujo de dedicar —en italiano— la edición de *Del amor* a: “Bianca A. Vicini *dalle belle mani*”, luego de haberlo publicado, en 1901, con dedicatoria —en español— a “Una dama de manos bellas: Mercedes Mota”.<sup>67</sup>

El esquema textual de *El Jardín de los sueños* responde al mismo modelo que el texto que lo acompaña en la edición de 1904, es decir *Del amor*. Una lectura atenta de ambos textos podrá constatar en ellos la misma intención de glosar la referencia a una Europa mitificada, el mismo tono retórico de falsete pseudo-elegíaco; la misma abundancia de mayúsculas “germanizantes”, etc. La continuidad intertextual que presentan ambas producciones justifica la decisión de Cestero de publicarlos en un solo volumen.

*Citerea* (1907) continúa la línea afrancesada iniciada en *Notas y escorzos* y prolongada y reforzada en *El jardín de los sueños*. La nota característica de esta publicación la pone la inclusión en la misma de cuatro pequeñas piezas de teatro simbolista: *La enemiga*<sup>68</sup> (dedicada a la Sra. Laura P. de Vicini), *La medusa* (dedi-

---

67. El texto de *Del amor* obtuvo un premio en los Juegos Florales celebrados el 19 de marzo de 1901 por el Ateneo “Amigos del País”. Cestero lo publicó el mismo año, y en su primera versión, con la siguiente dedicatoria: “Para una dama de manos bellas: Mercedes Mota”. La estrategia de la dedicatoria galante muestra aquí su verdadero objetivo, con el cambio significativo del nombre de la destinataria.

68. José Molinaza, en su *Historia crítica del teatro dominicano (1844-1930)* cataloga a esta pieza como “[...] la primera obra que incorpora a su estructura el modernismo, evadiendo así de este modo, la corriente romántica o sus variables” (MOLINAZA, José: *Historia crítica del teatro dominicano (1844-1930)* (Santo Domingo: Editora de la UASD, 1984, tomo II, pág. 57).

cada “A Pedro César Dominici, en París”); *El torrente* (dedicado “A Manuel Ugarte, en París”) y *La sangre* (pantomima), “para la Srta. Emilia de Marchena. En Santo Domingo de Guzmán”.

Publicada en París en 1911 por la librería Paul Ollendorf<sup>69</sup>, conjuntamente con *La sangre, Ciudad romántica. Escenas de Santo Domingo de Guzmán, La Primada* es una *nouvelle* de unas cincuenta páginas subdividida en VI *pasajes*<sup>70</sup> muestra a un Cestero ya convertido a los cánones del realismo narrativo, dueño de una prosa noble y preñada de arcaísmos que, a pesar de cier-

69. Vetilio Alfau Durán aporta un dato que explica la manera en que Cestero pudo haber accedido a la publicación de sus textos en París: “En los primeros lustros de la presente centuria la Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, propietaria de la Librería P. Ollendorf, de París, publicó una serie de obras de *Escritores españoles y sud-americanos* (sic) que tuvieron mucha aceptación en América. Aparecieron obras de Santos Chocano, de Nervo, de Ugarte, de García Calderón, de Bonafoux, de Blanco Fombona, de Aramburo y de otros renombrados escritores de España y de América. De Santo Domingo figuraron tres autores: Pedro Henríquez Ureña, con *Horas de Estudio*; Américo Lugo, con *A punto largo* (que fue su segunda edición); y Tulio M. Cestero con *La sangre y Ciudad romántica* [1] El director de la mencionada biblioteca de escritores españoles y sud-americanos (sic) era el licenciado Lucas T. Gibbes, abogado y profesor normalista dominicano, discípulo de Hostos, quien en 1890 se trasladó a París, en donde pasó el resto de su vida” (ALFAU DURÁN, Vetilio: “100 notículas de bibliografía dominicana”, in *Vetilio Alfau Durán en Anales. Escritos y documentos*. Compiladores: Arístides Incháustegui & Blanca Delgado Malagón (Santo Domingo: Colección Banreservas & Editora Corripio, 1997. En la cita, notícula 36, p. 255). Aparte del prestigio sólidamente establecido desde mediados del siglo XIX de la casa Paul Ollendorf en materia de ediciones —principalmente de textos literarios—, el hecho de que un libro de autor hispanoamericano apareciera publicado en París era sin duda una *carta de recomendación* insoslayable a los ojos del público afrancesado que leía las obras de los escritores modernistas. El mismo Cestero se lo sugiere a Max Henríquez Ureña, al inicio de su carta del 1 de diciembre de 1908: “Hoy mismo le escribo a Pueyo acerca de tu libro *El Teatro Contemporáneo*, y lo hago con el mayor interés. Espero que Pueyo se dé cuenta de la importancia de la obra y la edite, aunque sería más conveniente para tí (sic) la casa de Ollendorf” (vid. RODRÍGUEZ DEMORIZI, Emilio: “Archivo...”, *loc. cit.*, p. 136).

70. No considero apropiado el empleo de los términos *capítulo* o *fragmento* para referirme a los cortes que Cestero estableció a lo largo de su texto. Debido a la compacta unidad que mantienen entre sí cada una de esos bloques textuales, prefiero incluso el término *pasaje*, el cual permite resaltar la lógica de continuidad que el autor supo conferirle de manera magistral a dichos bloques, al de *parte*, el cual presupone un todo segmentado en cortes sucesivos.

tos excesos retóricos en la representación del habla de algunos personajes, se muestra pasablemente receptivo a la representación del *dialogismo polifónico* de los sociolectos de su época, como diría Mijaíl Bajtín, con lo cual salimos ganando los lectores y lectoras de nuestra contemporaneidad. La pericia con que Cestero mezcla narración y descripción en *Ciudad romántica* anuncia al narrador de *La sangre*, novela con la que guarda más de un rasgo intertextual común. Quizás a causa de su brevedad, la línea argumental de *Ciudad romántica* podría sorprender por su simpleza a quienes gustan de enrevesamientos y súbitos cambios de escena: el fusilamiento de Miguel Perdomo, un *guapo* de la época de los caudillos militares, por haber asesinado a Eugenio Silva, personaje que nos es presentado bajo los rasgos de un montonero de origen venezolano con ínfulas de poeta, grosero y pendenciero, pero cuya amistad con el gobernante militar de turno (identificado al final del relato como el mismo Ulises Heureaux) pesaron más que los favores que Perdomo le había hecho a Lilís a la hora de "hacer justicia". No obstante, en su misma brevedad textual, *Ciudad romántica* es un texto que parece emanar de una doble intencionalidad: la primera, irónica, asociada con el proyecto narrativo de Cestero, queda evidenciada en el siguiente juicio acerca del fusilamiento de Miguel Perdomo, expresado al final de la nouvelle por Fabio Franco (personaje cuya nomenclatura hace casi inevitable pensar en Fabio Fiallo, amigo de Cestero y compañero suyo en la ruta del Modernismo):

*"—Este ha pagado una deuda que no era totalmente suya. En sus culpas, todos hemos tenido parte, pues cuando sus actos de impulsivo servían nuestros intereses y pasiones, le aplaudíamos, sin tener en cuenta el origen. Y acaso ¿era él realmente culpable? ¿Qué otra cosa vió (sic) en torno suyo que voluntades criminales suprimiento derechos? Su muerte, ni es ejemplo ni castigo. Ha caído porque así cuadra al sumo imperante de hoy, y la simiente maldita continuará fructificando."*

Casi profética, la última frase de este fragmento se apoya en otra reflexión de Enrique Alfau, otro personaje del texto, a la

que también retendremos aquí debido a que nos permite explicar cómo se van tejiendo los lazos intertextuales entre las distintas obras de Cestero:

“—Pero, señores [ ], la realidad es una y los sueños otros: somos una sociedad en fermentación, en crisol, que se depura aliando los elementos del progreso. Nuestro estado es igual al de las repúblicas y principados italianos en los días del Cuatrocento (sic) de cuyas entrañas sangrientas nació el Renacimiento. Y a propósito, si dos hombres a través de los siglos se asemejan, tienen un parentesco ideal, éstos son César Borgia y Lils...”

Esta última aseveración tendrá un largo futuro en el proyecto de escritura de Cestero, pues se convierte en el *leitmotiv* que guiará la escritura de *Sangre solar*, *La sangre* y, sobre todo, su biografía de César Borgia (*César Borgia*, 1935). Es de presumir que detrás del interés de Cestero y de otros modernistas por este personaje de la historia clásica se encuentra la obra del novelista francés Michel Zévaco, hoy día prácticamente olvidado, quien conoció gran popularidad en toda Europa a principios del siglo XX, precisamente a partir de la publicación de su biografía novelada de este emperador (*Borgia*, 1900).<sup>71</sup>

La segunda intencionalidad se relaciona con el proyecto descriptivo de Cestero, y se orienta hacia la *ambientación* del microcosmos narrativo en el que se desarrollan los acontecimientos narrados. Lo *romántico* en la visión que nos ofrece la perspectiva a partir de la cual Cestero representa a la ciudad de Santo Domingo tiene más que ver con la creación de un *efecto*

---

71. Michel Zévaco (1860-1918) fue autor de numerosas novelas de folletín. Especializado en las aventuras de capa y espada, fue con la publicación de *Borgia*, aparecida en 1900 en *La Petite République Socialiste* (periódico dirigido por Jean Jaurès), que su carrera como novelista comenzó realmente, lo cual le permitió relegar el periodismo a un segundo plano. El enorme éxito de ese relato explica que el exitoso autor de folletines se haya vuelto hacia la ficción. Seguirán *Triboulet* (1900-1901), *Le pont des soupirs* (1901), y sobre todo, en 1902, el primer *Pardaillan*, con el que inicia una larga serie. Paralelamente a esta carrera de novelista, Zévaco continuará la escritura de folletines hasta su muerte, en 1918.

*de contraste entre el pasado y el presente* de la ciudad de Santo Domingo que en un intento de recrear un *sentimiento* (romántico) *de la naturaleza*. En el marco enunciativo de la *nouvelle*, la responsabilidad por la constitución de este efecto le corresponde al discurso del autor, quien no vacila en hacer acopio de terceras fuentes que complementen su saber acerca del mundo referido (las calles, casas y edificios históricos de la ciudad de Santo Domingo, los personajes famosos que la poblaron en otras épocas, etc.), como lo muestra el siguiente pasaje del fragmento IV, en el que el autor intercala una cita del historiador Del Monte y Tejada y del cronista Herrera en el marco de una descripción de la Catedral:

*“Cuando el nocturno excursionista alcance las esquinas de las calles Comercio y Conde, se destacará ante él, por cima de los frondosos árboles del parque, la Catedral, que empresta (sic) al ambiente la majestad que falta a su exterior. En veintiséis años de penosos esfuerzos fué (sic) edificada. El oro del Perú cercenó sus torres, pues supónese que el arquitecto don Alfonso Rodríguez y los obreros emigraron al país de los incas, dejando su hermosa obra inconclusa. El historiador Delmonte (sic) y Tejada escribe: “Sabio fue el artista que dirigió la obra y seguramente a la sorpresa que causó en el ánimo del público, fué (sic) debida la tradición popular sobre este otro Miguel Ángel, de quien se refería que en el momento de irsele a pagar su trabajo desapareció sin recibir recompensa, gloria que sólo cabe al verdadero artista, exento de miserables ambiciones”. En sus arcos y portones ostenta el blasón de los Médicis, esculpido en ellos por mandato del patricio romano Obispo Alejandro Geraldino, porque el Papa León X ministró los dineros necesarios a su construcción en 1506, según Herrera, “a su costa, de muy insigne fábrica”.*

Podría parecer extraño que los fragmentos descriptivos de *Ciudad romántica* relativos a la ciudad de Santo Domingo presenten al autor en la misma perspectiva *volcada hacia afuera* que los escritos de viaje de *Por el Cibao*. Nuestra hipótesis a es-

te respecto se acerca a la opinión externada por Félix E. Mejía: Cestero no escribió para ser leído por sus compatriotas. Su destinatario ideal eran los lectores quienes, como Rubén Darío, pudieran ser capaces de reconocer en su escritura a un autor de "cultura completamente europea", lo cual es fácil de comprender si se tiene en cuenta que Cestero pasó buena parte de su vida lejos del país que le vio nacer por razones de sus compromisos como diplomático.

Para matizar esta última afirmación, podría señalarse que una de las mayores contradicciones que presenta la obra literaria de Cestero, en el plano de la expresión verbal, no es precisamente su empleo de vocablos arcaizantes y de numerosos cultismos en su prosa narrativa, sino, por el contrario, la simultaneidad con que dichos vocablos cohabitan con vocablos pertenecientes al registro familiar y a los niveles rurales y suburbanos de la oralidad dominicana. Como Balzac y luego Zola, pero sin la sistematicidad que caracteriza el trabajo de estos autores, Cestero tiende a buscar la verosimilitud en la representación de los personajes sociales que abundan en sus narraciones otorgando un tratamiento especial a la representación de su expresión verbal, y sobre todo a los elementos del código que permitan su reconocimiento en una escena sociohistórica determinada, en la ocurrencia, dominicana<sup>72</sup>.

Es en la novela *La sangre* donde con mayor eficacia se pre-

---

72. La contradicción que señalábamos más arriba viene del hecho de que Cestero no haya sistematizado esta representación del dialogismo sociocultural en sus relatos. Incluso es posible observar un uso ocasional de vocablos pertenecientes al registro familiar asignados al narrador, como en el siguiente fragmento de *La sangre*: "Su primer recuerdo data de los cinco años: una vecina entra de improviso en la casa tirándole de la oreja y acúsale de haberle sorprendido con su hijita, escondidos entre la ropa sucia. "Jugábamos a los matrimonios", balbuce *jirimiqueando* (sic), y la madre entre bromas y veras, asienta: "comadre, amarre su gallina que yo tengo mi gallo suelto", pero a renglón seguido con un rebenque, la aplica en las espaldas la primera prédica de moral y más elocuente demostración de la existencia del pecado original" (CESTERO, Tulio Manuel: *La sangre* (Ciudad Trujillo: Librería Dominicana (Segunda edición corregida por el autor), 1955, p. 5. Las *italicas* son del autor). El *Diccionario de la Real Academia Española* no registra el término [jirimiquear] pero sí contiene su equivalente "jeremi-quear. 1. intr. And. y Amér. Lloriquear, gimotear". En cualquier caso, lo

sentan unidas las diferentes líneas de escritura que Cestero venía desarrollando desde la publicación de *Notas y escorzos*, a saber, la narración histórica, la descripción de escenas, lugares acontecimientos y personajes reales y la construcción de una serie de escenas de ficción de tipo realista en la que se suscita una confusión estratégica —por la vía de la construcción del *efecto personaje*— entre lo personal y lo extrapersonal, confusión que se encuentra en el origen de las numerosas lecturas psicológicas de que ha sido objeto *La sangre*. Podría afirmarse incluso que las demás publicaciones de Cestero anteriores a *La sangre* constituyen una especie de “preparación” para la escritura de esta última, debido al evidente trabajo de *sistematización* de las diferentes técnicas de escrituras que habían sido incorporadas a su proyecto de escritura anterior, con la única excepción de la del poema en prosa.

Si se ha de creer en las fechas que él mismo coloca al final de esta novela (“Habana, 1911-Roma, 1913”), Cestero tenía treinta y cuatro años de edad cuando comenzó la escritura de *La sangre*, y treinta y siete cuando apareció la primera edición de ésta en la editorial francesa Librería Paul Ollendorf, el mismo año en que estalló la Primera Guerra mundial (1914). Por lo demás, desde un punto de vista cronológico, apenas un mínimo de once años y un máximo de diecinueve separan la escritura y la publicación de *La sangre* de los acontecimientos históricos que sirven de soporte a la historia contada en dicha novela (los ocho años de la dictadura de Ulises Heureaux). Siendo así, los lectores dominicanos de la primera edición de *La sangre* —de quienes cabe suponer que, muchos de ellos, habían presenciado y/o participado en los acontecimientos de la dictadura de Lili— fueron los primeros en reconocer la intencionalidad *histórica* de Cestero en esta novela.

El verdadero soporte de esta valoración es, sin embargo, el

---

problemático de este término es su imputación al narrador de *La sangre*, y no a uno de sus personajes (Antonio Portocarrero o su mamá), fenómeno que distancia el trabajo de Cestero de la técnica promulgada por el Naturalismo. Una lectura atenta de *La sangre* aportaría muchos otros ejemplos de este tipo de fenómenos enunciativos que ponen en evidencia la implicación de una determinada perspectiva lingüística y cultural de Cestero en su proyecto de escritura.

te respecto se acerca a la opinión externada por Félix E. Mejía: Cestero no escribió para ser leído por sus compatriotas. Su destinatario ideal eran los lectores quienes, como Rubén Darío, pudieran ser capaces de reconocer en su escritura a un autor de "cultura completamente europea", lo cual es fácil de comprender si se tiene en cuenta que Cestero pasó buena parte de su vida lejos del país que le vio nacer por razones de sus compromisos como diplomático.

Para matizar esta última afirmación, podría señalarse que una de las mayores contradicciones que presenta la obra literaria de Cestero, en el plano de la expresión verbal, no es precisamente su empleo de vocablos arcaizantes y de numerosos cultismos en su prosa narrativa, sino, por el contrario, la simultaneidad con que dichos vocablos cohabitan con vocablos pertenecientes al registro familiar y a los niveles rurales y suburbanos de la oralidad dominicana. Como Balzac y luego Zola, pero sin la sistematicidad que caracteriza el trabajo de estos autores, Cestero tiende a buscar la verosimilitud en la representación de los personajes sociales que abundan en sus narraciones otorgando un tratamiento especial a la representación de su expresión verbal, y sobre todo a los elementos del código que permitan su reconocimiento en una escena sociohistórica determinada, en la ocurrencia, dominicana<sup>72</sup>.

Es en la novela *La sangre* donde con mayor eficacia se pre-

---

72. La contradicción que señalábamos más arriba viene del hecho de que Cestero no haya sistematizado esta representación del dialogismo sociocultural en sus relatos. Incluso es posible observar un uso ocasional de vocablos pertenecientes al registro familiar asignados al narrador, como en el siguiente fragmento de *La sangre*: "Su primer recuerdo data de los cinco años: una vecina entra de improviso en la casa tirándole de la oreja y acúsale de haberle sorprendido con su hijita, escondidos entre la ropa sucia. "Jugábamos a los matrimonios", balbuce *girimiqueando* (sic), y la madre entre bromas y veras, asienta: "comadre, amarre su gallina que yo tengo mi gallo suelto", pero a renglón seguido con un rebenque, la aplica en las espaldas la primera prédica de moral y más elocuente demostración de la existencia del pecado original" (CESTERO, Tulio Manuel: *La sangre* (Ciudad Trujillo: Librería Dominicana (Segunda edición corregida por el autor), 1955, p. 5. *Las itálicas* son del autor). El *Diccionario de la Real Academia Española* no registra el término [jirimiquear] pero sí contiene su equivalente "jeremi-quear. 1. intr. And. y Amér. Lloriquear, gimotear". En cualquier caso, lo



sentan unidas las diferentes líneas de escritura que Cestero venía desarrollando desde la publicación de *Notas y escorzos*, a saber, la narración histórica, la descripción de escenas, lugares acontecimientos y personajes reales y la construcción de una serie de escenas de ficción de tipo realista en la que se suscita una confusión estratégica —por la vía de la construcción del *efecto personaje*— entre lo personal y lo extrapersonal, confusión que se encuentra en el origen de las numerosas lecturas psicológicas de que ha sido objeto *La sangre*. Podría afirmarse incluso que las demás publicaciones de Cestero anteriores a *La sangre* constituyen una especie de “preparación” para la escritura de esta última, debido al evidente trabajo de *sistematización* de las diferentes técnicas de escrituras que habían sido incorporadas a su proyecto de escritura anterior, con la única excepción de la del poema en prosa.

Si se ha de creer en las fechas que él mismo coloca al final de esta novela (“Habana, 1911-Roma, 1913”), Cestero tenía treinta y cuatro años de edad cuando comenzó la escritura de *La sangre*, y treinta y siete cuando apareció la primera edición de ésta en la editorial francesa Librería Paul Ollendorf, el mismo año en que estalló la Primera Guerra mundial (1914). Por lo demás, desde un punto de vista cronológico, apenas un mínimo de once años y un máximo de diecinueve separan la escritura y la publicación de *La sangre* de los acontecimientos históricos que sirven de soporte a la historia contada en dicha novela (los ocho años de la dictadura de Ulises Heureaux). Siendo así, los lectores dominicanos de la primera edición de *La sangre* —de quienes cabe suponer que, muchos de ellos, habían presenciado y/o participado en los acontecimientos de la dictadura de Lili— fueron los primeros en reconocer la intencionalidad *histórica* de Cestero en esta novela.

El verdadero soporte de esta valoración es, sin embargo, el

---

problemático de este término es su imputación al narrador de *La sangre*, y no a uno de sus personajes (Antonio Portocarrero o su mamá), fenómeno que distancia el trabajo de Cestero de la técnica promulgada por el Naturalismo. Una lectura atenta de *La sangre* aportaría muchos otros ejemplos de este tipo de fenómenos enunciativos que ponen en evidencia la implicación de una determinada perspectiva lingüística y cultural de Cestero en su proyecto de escritura.

funcionamiento de la escena de ficción de tipo realista de *La sangre*, la cual, siguiendo el modelo impuesto por el Naturalismo<sup>73</sup>, aparece constantemente ligada a un *proyecto de escritura de una imagen del saber acerca de lo Real* por parte del autor, el cual afecta tanto el plano descriptivo de la novela como su plano narrativo: en el plano descriptivo, resulta notoria, por ejemplo, la multiplicación de referencias culturales tanto al saber libresco como al saber cultural propiamente dominicano. Éste último tipo de saber, sin embargo aparece constitutivamente ligado a la construcción del *efecto acontecimiento narrado*, por su vinculación con diferentes instancias de la realidad social, histórica y política dominicana.

Es así como *La sangre* adquiere un singular valor extraliterario en nuestra época, debido al cúmulo de referencias a las costumbres dominicanas de principios del siglo XX. El culto al de-

---

73. En la ya citada respuesta de Cestero a la encuesta de la revista *Letras* se encuentra el siguiente pasaje donde Cestero revela su filiación con el Naturalismo, y el consejo de Manuel de Jesús Galván de que "matizara" su filiación a la perspectiva naturalista: "Leí a Zola con ardimiento antes de los diez y siete años, en la rebotica de la Librería Riques Polanco. En seguida me apasionaron Rubén Darío y Vargas Vila. Por éste, cuyos *Copos de Espuma* paladeaba, protesté en prosa indignada contra el fusilamiento de Ezequiel Cuartas Madriz, ejecutado en Colombia. Don Manuel de J. Galván advirtiéndome que no hay que tomar las cosas como las cuentan. Rubén Darío constituía pecado vitando en nuestro medio literario, sin embargo difundí el contagio. Cayó en mis manos su estudio sobre Leconte de Lisle, y maravillado, de esa cantera extraje palabras raras para empedrar mis prosas. Una, atiborrada de vocablos japoneses, aunque la escena sucedía en un bohío de nuestra calle de San Pedro, parecióle mal, por demasiado erudita, a Gastón F. Deligne y bien, por lo mismo a Ignacio Guerra hijo o viceversa. Bajo la impresión de Zola escribí entre, otros (sic) *Francesca*, cuento que publicado en *La Razón*, de San Pedro de Macorís, produjo allí revuelo de escándalo. Don Manuel de J. Galván para desbravar mi naturalismo previnome: "Zola es el cuero recién desollado, sangriento aún. Daudet, la piel, curtida, pulcra, bien oliente". El ilustre autor de *Enriquillo* solía aconsejarme y le oía complacido, pus conversaba con la política amenidad característica de su estilo, mas hubo de felicitarme cierta vez por una crónica, hartó desgraciada, y me escamé" (*loc. cit.* pp. 139-140). A pesar de haber sido, en el contexto parisino, dos movimientos histórica y discursivamente contradictorios e incluso antagónicos, el Naturalismo y la *Décadence* son las dos influencias francesas mejor definidas. De esta síntesis de contrarios proviene, sin lugar a dudas, lo mejor del estilo de Cestero.

talle; la descripción minuciosa de gestos, actitudes, posturas, expresiones y otros aspectos que revelan el tipo y el carácter social y psicológico de los personajes del texto; las numerosas referencias descriptivas a las *especies humanas* (en el sentido balzaciano del término) como a las especies animales y vegetales, etc., nos permiten afirmar que es la imagen del saber cultural de Cestero en *La sangre* la que constituye uno de los soportes de la valoración de esta novela como texto histórico. No abandona nuestro escritor el gusto por las referencias culturales de que había hecho gala en *Ciudad romántica* en lo referente a la historia de la arquitectura urbana de la ciudad de Santo Domingo: como en aquel otro texto, *La sangre* también involucra una línea descriptiva cuya función es la de otorgarles a las escenas descritas una dimensión *histórico-cultural*.

Un año después de la publicación de *La sangre*, y perpetuando la tendencia ya señalada en nuestro autor a alternar la publicación de textos en los que aborda aspectos anclados relativos a la realidad social, histórica o cultural dominicana con otros en los cuales centra su atención en torno a problemas extranjeros, apareció publicada en Madrid por la Sociedad Española de Librería, en 1915, la edición en un solo volumen de *Hombres y piedras. Al margen del Baedeker*, precedida de un prólogo de Rubén Darío al cual ya nos hemos referido anteriormente<sup>74</sup>. Sin lugar a dudas es este uno de los libros más "europeos" de Cestero, así como una de las obras claves para entender las distintas facetas de su pasión por la historia y la sociología.

Lo primero que salta a la vista en esta obra es el hecho de

---

74. El prólogo de Darío está curiosamente fechado en 1907, esto es, ocho años antes de la fecha de publicación de la edición madrileña del libro de Cestero. Señala Emilio Rodríguez Demorizi que este prólogo de Darío apareció publicado en el *Listín Diario* del 20 de enero de 1908), con el título de "Prólogo del libro *Por los caminos*", que Cestero sustituyó por el de *Hombres y piedras*) (RODRÍGUEZ DEMORIZI, Emilio: *Rubén Darío y sus amigos dominicanos* (op. cit., p. 39). Huelga decir que en el listado bibliográfico que establece el mismo Emilio Rodríguez Demorizi de las obras de Tulio Manuel Cestero (vid "Archivo literario de Hispanoamérica", loc. cit., pp. 118-119) no figura mención alguna del libro *Por los caminos*, aunque sí se menciona la edición madrileña de 1915 de *Hombres y piedras*. Hasta prueba en contrario, presumimos, pues, que el artículo de Darío publicado en el *Listín Diario* precedió en ocho años la publicación del libro anunciado en su título.

que su autor fue componiendo la serie de textos que la integran a manera de apuntes de viajes por distintos lugares de Europa y de Oriente y a guisa de resumen de sus visitas a y encuentros con personajes ilustres de su época, lo cual justificaría que su autor haya agotado un período relativamente largo en la concepción y la redacción de dichos textos<sup>75</sup>. Tanto la elegancia habitual de la prosa de Cestero como su *eurofilia* alcanzan en esta obra dividida en dos partes —“Hombres y piedras” (ocho artículos) y “Al margen del Baedeker” (veinte artículos)— un grado ejemplar. La intención general de Cestero es la de escribir apartándose de las guías formales editadas para el uso de viajeros de ventura, del tipo del *Baedeker* o del *Guide Michelin* francés. Como en *Por el Cibao*, el efecto logrado es el típico de las “impresiones de viaje”, sólo que ahora, al carácter subjetivo de las observaciones del autor se le agrega una nota exótica estratégicamente concebida para resaltar la “cultura completamente europea” que Darío le atribuye a Cestero en su prólogo.

Colmo del anacronismo, esta imagen de Europa que proyectan las páginas de *Hombres y piedras* es la de las tarjetas postales: no hay en este libro una sola referencia a la Primera Guerra mundial, la cual llevaba ya un año cobrando millares de vidas en países como Alemania (al que Cestero le dedica el primer ensayo de su libro, titulado “El alma del Rhin”), Inglaterra y Francia. Ni siquiera en el último capítulo de *Al margen del Baedeker*, con fecha de 1915, aparece mención alguna al conflicto bélico. En su esquema textual, el libro aparece trazado por el espíritu y la letra de la *Belle époque*: la despolitización, la descontextualización de la historia y la mitificación de la cultura son los tres pilares de la estrategia a partir de la cual Cestero realiza sus anotaciones de viaje, y lo que nuestro autor escribe, como si se tratara de una novela, es menos lo que ve que lo que desea que su lector “vea”. Por eso no nos sorprende descubrir nuevamente la presencia dilatada de la imagen de César Borgia en uno de los últimos capítulos de *Al margen del Baedeker*, titulado “Huellas de leones y raposas”. Se trata de un capítulo en el que se prefigura ya lo que sería la obra de reconstrucción

---

75. *Vid* nota anterior.

histórica de la época en que vivió este personaje del Renacimiento italiano al que Cestero parece haber asumido como a una especie de "metáfora obsesiva", al punto de haberle dedicado numerosos años de investigación antes de dar a la publicación su *César Borgia*, en 1937.

En *Estados Unidos y las Antillas* (Madrid: Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A., 1931), Cestero reúne una serie de artículos que venía escribiendo desde 1913, y en los cuales, desde la perspectiva del historiador, definió de manera más o menos velada su posición respecto a la dicotomía Europa-Estados Unidos, cuya importancia *in crescendo* se había hecho insoslayable desde finales del siglo XIX, a partir de una serie de acontecimientos a los que el mismo Cestero se propone asociar en la serie de artículos que componen esta obra<sup>76</sup>.

El tema de este libro es la "americanización" de las Antillas, uno de los grandes tópicos del hostosianismo<sup>77</sup> e incluso del Modernismo en la etapa en que éste último intensifica su búsqueda de la identidad, a partir de textos programáticos como el de la famosa "Salutación del optimista", uno de los poemas de

76. Julio Jaime Julia (*op. cit.*, pp. 18-21) incluye un fragmento de la segunda parte del primer artículo (que aparece en la referida obra de Julia bajo el título "El problema antillano"), recogido y publicado sin título (presumiblemente debido a un error tipográfico) en el libro de Cestero que ahora nos ocupa. Según Julia, el artículo de Cestero apareció publicado originalmente en *La Cuna de América*, el 24 de enero de 1914.

77. "La americanización" es el título de la entrega número XVI de una serie de artículos que Eugenio María de Hostos comenzó a publicar en el periódico puertorriqueño *La Nueva Era* a partir de 1899, recogidos en el volumen V de sus *Obras Completas* (Edición Conmemorativa del Gobierno de Puerto Rico. La Habana, 1939, pp. 97-150) bajo el título genérico de "El plebiscito". En dicho artículo, Hostos presenta la "americanización" de Puerto Rico bajo un punto de vista favorable que podría contrastar con la idea que el sentido común se hace de la actitud nacionalista exhibida por el pensador puertorriqueño. Citamos el siguiente fragmento de dicho artículo por considerar que el mismo nos permite situar un aspecto de la ideología de la oposición entre Europa-Estados Unidos que parecía primar en un sector importante de la *intelligentsia* latinoamericana a principios del siglo XX, cuando comenzaban a sentirse las primeras olas de aquella "nordomanía" a la que se refiere Pedro Henríquez Ureña en una de las páginas de su serie de conferencias sobre las *Corrientes literarias de América Hispánica*: "La vida americana, aun en las grandes ciudades litorales que, por su carácter cosmopolita, son las menos americanas, es tan distinta de la vida

Rubén Darío incluidos en sus *Cantos de vida y esperanza* (1905) que, al dirigirse a las “Ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda”, postula a estas últimas como el referente inmediato de los “mil cachorros sueltos del León Español” evocados en son de alerta en el poema de ese mismo libro que Darío dedica “A Roosevelt”.

Luego de un análisis pormenorizado del caso de Cuba (primera parte), Cestero encara en el primer capítulo de su libro el estudio de las relaciones de los EE.UU. con Santo Domingo a partir de 1854, tan sólo para volver a retomar el problema de las relaciones conflictivas de los EE.UU. con Cuba, aportando importantes datos relativos al cuantioso volumen de las relaciones de importación-exportación cubana a principios del siglo XX.

Debido, sin duda, a que los capítulos que componen este libro de Cestero fueron, originalmente, artículos destinados a la prensa escrita de la época, Cestero no cita las fuentes de muchas de sus numerosas y, en ocasiones, extensas citas textuales de documentos claves para el estudio de las relaciones de los EE.UU. con las Antillas, y se atiene estratégicamente a exponer de manera objetiva los hechos documentados relativos a la “americanización” progresiva de los países antillanos, asumiendo, por lo general, un curioso tono distante y puramente *exterior* que resulta extraño, sobre todo si se los compara con el tono más *personal* de otros textos en los que aborda problemas de

---

europea, cuanto son distintos el medio geográfico y el político en que se está realizando el ensayo de nueva humanidad. A eso debe aspirar todo pueblo de nuestro Continente; a vivir la vida nueva, a trocar por ella la vida vieja que les han transfundido los educadores europeos. / Para conseguirlo, hay que ponerse a vivir como vive el pueblo americano; y para eso hay que despojarse del espíritu europeo, que en nada conviene con el propósito instintivo de la sociedad humana en el Nuevo Continente. Y como el pueblo americano vive de la manera original que todos vemos, no por peculiaridades de carácter, ni por excentricidades de conducta, sino por consecuencia lógica de la juvenil ingenuidad con que aplica su sentido común a todo lo que constituye civilización (trabajo, gobierno, educación, religión, fuerza pública), su vida es positivamente nueva: vertiginosa en lo físico, apacible en lo moral, mucho más intelectual de lo que se cree, y de tal modo espontánea en todas sus actividades, que no hay asunto, problema, conflicto, a que la iniciativa de todos no dé solución inesperada” (Retomado en LÓPEZ CANTO, Ángel: *op. cit.*, p. 165).

política dominicana interna (cf., por ejemplo, la serie de artículos titulada "Por la Patria", dedicada a examinar el contrato del Gobierno dominicano con la Improvement y reunida por Julio Jaime Julia en su obra citada *Escritos de Tulio Manuel Cestero*, en los que prima el tono personal). Dicha exterioridad es un revelador de la prudencia estratégica que asume Cestero respecto al problema de las relaciones de los EE.UU. con los países antillanos al abordar este tema desde la perspectiva del historiador. No obstante, la posición personal de Cestero respecto a este problema de la americanización de las Antillas aparece claramente reflejada en los numerosos artículos periodísticos publicados por él entre 1900 y 1916 no incluidos en *Estados Unidos y las Antillas*.

Como abogado, como político, como diplomático, como periodista, e incluso como escritor, Cestero ocupó una posición privilegiada para participar como testigo o como actor en las discusiones que suscitaron los acuerdos asumidos por los gobiernos dominicanos del período 1890-1915 con los EE.UU. Por tal razón, si desde nuestra perspectiva contemporánea los artículos contenidos en *Estados Unidos y las Antillas* pueden carecer del rigor académico necesario para ser considerados como materiales de primera mano para el estudio de esta parte excepcionalmente importante de nuestra historia contemporánea, esto no debe ser óbice para reconocer en esta obra de Cestero por lo menos un mérito que lo reivindica frente a la *pose* predominantemente europeizante que asumió como escritor modernista.

En efecto, la obra publicada de Cestero nos muestra, en la gama completa de los registros que pulsó su estro de escritor, a qué punto resulta compleja y contradictoria la situación de uno de los escritores dominicanos más completos de la primera mitad del siglo XX. Incluso su *nacionalismo*, como hemos venido poniéndolo en evidencia a lo largo de esta introducción, presenta matices y facetas que se oponen a lo que la estrechez de miras impuesta por el sentido común obliga a veces a concebir como tal, debido a la *perspectiva continental*, hispanoamericana, que lo caracterizó.

*César Borgia*, ensayo biográfico publicado por Cestero en México (Ediciones Botas, 1937), es la más tardía de las culminaciones de eso que hemos llamado aquí su "*metáfora obsesiva*",

para referirnos a la constancia con que retorna una y otra vez en su obra la figura del sátrapa epónimo del Renacimiento italiano, César Borgia. De largo aliento y vasta erudición, el libro de Cestero es un trabajo singular, tanto por su calidad estética como por el culto a la minucia arqueológica desplegado a lo largo de esta obra. Entiéndase bien, sin embargo: no por tardía es ésta la menos ambiciosa de todas las tareas literarias emprendidas por Cestero. Indudablemente, el cúmulo de información que rezuman estas páginas no pudo haber sido recabada en unos pocos meses.

Es probable que los lectores acostumbrados a las biografías noveladas a la manera de las de Stephan Zweig o las de André Maurois encuentren un poco aburridas las densas páginas de esta obra de Cestero, cuya prosa no está exenta, sin embargo, de la natural elegancia que caracteriza el estilo de nuestro autor. No es otro el efecto que producen los aparentes "saltos" referenciales de un tema o de un personaje a otro, dando la apariencia general de que el interés del autor *divaga*: mal podría un lector no avezado seguirlo hasta su meta, la cual no es otra que la de trazar, en sus rasgos más definitorios, la *historia* del ascenso, la plenitud y la caída del poder de uno de los sátrapas más famosos del Renacimiento Europeo. En efecto, el texto del *Borgia* de Cestero tiende más a la historiografía que a la biografía, debido, fundamentalmente, a la ausencia de un *núcleo generador* o *matriz* de la narración. Cestero no busca, en efecto, contar la historia de una "vida" singular, sino que su propósito es recrear una época tomando en cuenta el mayor número de aspectos para, una vez creado el escenario, colocar en su centro la figura de César Borgia.

Como se sabe, Borgia es la grafía italiana adoptada por la familia valenciana Borja, establecida a mediados del s. XV en Nápoles y Roma, al ser nombrado papa Alonso de Borja (Calixto III) en 1455. Un año después de este nombramiento, en 1456, Calixto III nombró cardenal a un sobrino suyo, Alejandro VI [Rodrigo Borja o Borgia] (Játiva, 1431-Roma 1503), quien también llegó a ser nombrado papa (1492-1503). Este Alejandro VI ocupó el cargo de vicescanciller de la Iglesia durante cuatro pontificados (1457-1492), llevó a cabo una política de equilibrio entre las ambiciones de Francia y España so-



bre Italia e intentó convertir a Italia en un Estado fuerte en lucha contra las fuerzas disgregadoras de la nobleza feudal. Tuvo diversas amantes (Vannozza Catanei, Julia Farnesio) e hijos, entre ellos, César y Lucrecia. De quien se trata en la obra de Cestero no es otro, pues, que de este César Borgia, descendiente de dos papas, duque y señor de Romaña antes de que esta región volviese a caer en manos del papado, hombre hecho a la imposición omnímoda de su voluntad, a cuyo servicio estuvieron algunos de los más grandes pensadores y artistas de la Europa de su tiempo, como Niccolò Machiavelli, Marsilo Ficino y Leonardo da Vinci.

¿Qué pudo haber empujado a Cestero a llevar a cabo una labor de investigación como la que de seguro realizó para escribir, no una novela, como habríamos preferido, ni una biografía, como era más plausible que lo hiciera, ni tampoco una pieza teatral en la órbita de la *Lucrecia Borgia* de Victor Hugo, sino un libro de historia relativo a la Italia de los Borgia? Habida cuenta que cualquier intento de respuesta a esta pregunta sólo podría caber en el terreno de la especulación, me limito a presentar aquí las tres hipótesis siguientes: a) el deseo de realizar una ofrenda de gratitud a la familia de Juan B. Vicini, uno de los mecenas que más contribuyó al despunte de la gloria de Cestero; b) el deseo de demostrar, de manera argumental, la validez de aquella observación puesta en boca de Enrique Alfau, el personaje de *Ciudad romántica*, para quien: "si dos hombres a través de los siglos se asemejan, tienen un parentesco ideal, éstos son César Borgia y Liltés...", y c) la influencia de un cierto punto de vista modernista relativo a la época que le tocó vivir —respecto a la cual la idea de su analogía con el Renacimiento llegó a convertirse en una especie de *leit-motiv* entre los escritores del movimiento liderado por Rubén Darío—, y sobre todo, de *la vida que le tocó llevar*, constantemente vacilante entre el esteticismo y el poder, o lo que es lo mismo, entre el Ser y el Parecer.

\* \*

\*

La presente edición busca presentar la gran variedad y riqueza de la obra literaria y de otro tipo de escritos de Tulio Manuel Cestero. Voluntariamente me he eximido, al hacer esta introducción, de avanzar juicios de valor que pudieran condicionar la idea que los lectores contemporáneos que desconocen la obra de Cestero podrían hacerse, sobre todo en lo que concierne a lo que otros antes que yo han señalado como sus "imperfecciones". El hecho de que varias generaciones de lectores dominicanos y extranjeros se hayan formado sin disponer de nuevas ediciones de los textos de Cestero aparte de *La sangre* ha contribuido, sin duda, a relativizar muchos de los puntos de vista que condicionaban la manera en que dichos textos eran recibidos y/o clasificados por críticos y especialistas de otras épocas. Afortunadamente para nosotros, en nuestros días, el papel de la crítica tiende cada vez menos a ser el de una guía sobre lo que es "bueno" o "malo" en literatura o sobre lo que "conviene" o "no conviene" leer. Sin cortapisas ideológicas ni categóricos dictámenes que la condicionen, los lectores y las lectoras de nuestra época sólo esperan de la crítica que ésta les revele la mayor cantidad de sentidos de lectura posibles, permitiéndoles así hacerse una idea lo más completa posible acerca de los textos publicados. Nada malo puede ocurrirle a un pueblo que pueda darse el lujo de decidir por sí solo qué sentido y qué valor otorgar al trabajo de sus escritores a partir del conocimiento cabal de los contextos biográfico, histórico, social y político en que se realizaron sus producciones literarias. La ampliación de dicho conocimiento, está de más decirlo, constituye una parte importantísima del desarrollo de nuestra *conciencia social*.

MANUEL GARCÍA-CARTAGENA

**LA SANGRE**  
**UNA VIDA BAJO LA TIRANÍA**



## I

Por el ventanillo del calabozo, un rayo de sol entra jocundo, adorna con ancho galón de oro los ladrillos y cosquillea al durmiente en el rostro. Antonio Portocarero despierta restregándose los ojos con ambos puños, bosteza, la boca abierta de par en par y mira en torno suyo con asombro. Siéntase en la barra del catre y examina la celda de hito en hito y cual si al fin, se libertase de una pesadilla y comprendiese, murmura: “todavía... otro día más”.

Joven, de estatura prócer, la fisonomía enérgica y simpática, la color melada cuya palidez actual aumenta la sombra de la barba crecida. Los cabellos negros, de rebeldes vedijas, la nariz roma y los labios carnosos, de bordes morados, denuncian las gotas de sangre africana que, desleídas corren por sus venas. Las pupilas grandes y brillantes, henchido el pecho.

El preso registra la estancia, tal si la viese por primera vez. En un ángulo, un aguamanil desportillado, de hierro esmaltado, sostenida la jofaina en una trípode. En mitad del testero, junto al muro, una mesita de pino, sin barnizar; al lado de ella una silla, cerca una mecedora, y encima una alcarraza, una copa y varios libros: *Los Girondinos*, dos tomos de *El Consulado y el Imperio*, *Los misterios de París*, *Historia universal* por Juan Vicente González, y los *Tres mosqueteros*. El recuerdo de los amigos que le proporcionan el placer de la lectura, le saca a la

cara la luz de una sonrisa. En extremo opuesto, vecino a la puerta de roble con hileras de clavos cabezones remachados, un cuñete, ceñido por arcos de acero, receptáculo de sus deyecciones, que dos veces por día un penado carga en hombros y vierte en el mar. Sus emanaciones infectan. Estos objetos, una escoba y el catre con una almohada y dos sábanas, componen el ajuar. El enladrillado es frío. Las piedras de las gruesas paredes han sudado durante siglos. Musgo verdi-negro vetea el enjalbegado. La humedad se cala hasta los huesos. Por el día el calor agobia, en las noches invernales el fresco molesta. El aire y la luz entran por el ventanillo de fuertes barrotes de hierro. En las paredes, enlucidas de raro en raro, los cautivos han escrito con carbón sus penas e indignaciones. Entre ellas hay una de su propia letra: "26 de Julio de 1898, a las 9 de la noche". Cuando la hubo leído dos veces, arruga el sobrecejo, exclamando con dolor: "¡un año ya!" y se pone en pie, encaminándose al lavado. Con vigor se enjuaga rostro, cuello, sobacos y muñecas; luego arrima la sólida silla de sábana y majagua, se encarama en ella, y alcanza el poyo.

¡Qué fiesta para sus ojos! El cielo, azul, límpido, sin una nube. El sol derrama oro obrizo sobre Santo Domingo de Guzmán, con amor fecundante inagotable. El mar cabrillea deshiliando sus randas de espuma en la arena de la Playa del Retiro, y muge con ternura de toro en celo en las peñas del acantilado, sostén de la Torre del Homenaje, en donde él está recluso.

La vista complacida recorre la ondulosa línea de vegetación que arranca de los almendros de elegantes amplias copas y los guayabos silvestres de la margen del río, y sigue por los uveros, de hojas de abanico, hasta las ríspidas malezas de la Punta Torrecilla. Las lanchas pescadoras, rezagadas, entran en la ría, a rastras los *chinchorros* repletos. En la cala, entre los pies de los tripulantes, saltan agónicos *jureles* y *carites* de argentinas y róseas escamas. En el Placer de los Estudios, balancean airosos sus blancos, al tope del gallardete tricolor, dos cañoneras de la armada nacional. Una vela cazada vira la punta y enfila hacia la boca, obstruida por la arena acarreada por las dos corrientes. Un bote, al compás de sus cuatro remos, sale. El ambiente, con serenidad jubilosa, afirma que el hombre, señor de esta naturaleza, no ha de sufrir. Sin embargo, Antonio es un contemplador

impotente. Y ¿por qué? ¿Qué leyes humanas o divinas violó? Su amor a la libertad, al progreso, le ha sumido en prisión. La tiranía le oprime paralizándolo sus fuerzas vitales. Las manos entumecidas se niegan a sostenerle y, con ira, se arroja al suelo, siéntase en el mecedor, y entre impaciente y perplejo, se pregunta qué hará para ocupar el día. ¿Leer? No. Los libros le hablarán de poder, de riqueza, de amores, de cuanto es triunfo, alegría o dolor en los hombres. Uno, dos, tres... insensiblemente cuenta los clavos de la puerta. Se levanta, barre; pasea a trancos, empeñándose, pueril, en no pisar las rayas del pavimento, y el nimio detalle conduce su imaginación hacia los días venturosos de la infancia. De nuevo se sienta, gusta la necesidad de enfrenarse con su vida, remontar su curso hasta hoy, hora por hora, reconstruirla, analizarla... ¿Su vida? Sí, ¿qué ha sido su vida?





## II

En el verdor de la sabana, con sus casitas pintadas de colores vivos, de metálicos tejados relucientes, y los bohíos de adobe cobijados de palma, finge la villa, al lejos, un rosal florido. Colinas suaves la protegen de la una parte, mientras por la otra la pradera abre vía al mar cercano. El río cantor la circunda, y sus linfas retratan garridas doncellas cuyos cuerpos acarician las aguas voluptuosas borbotando en los chorros y en la somnolencia de los regatos. En las florestas aledañas la *atabaiba* embalsama leguas y leguas los caminos asoleados. La cabra extrae de las hierbas aromosas leche exquisita, y la abeja, reina de aquel jardín, ahíta de ambrosía, multiplica los panales. Las muchachas de la capital, encuentran en su regazo morbideces para los cuerpos enjutos y paz espiritual para las penas de amor. El aire sano y los baños fluviales excitan el apetito, y la hospitalidad de la gente crea el contento en torno de los limpios manteles. Galana tierra de bucólica, si engendra héroes, les impone la ecuanimidad de la naturaleza y les siembra en el alma un grano de poesía. Tal es el solar de Antonio Portocarrero.

En la soledad del enclaustramiento, ¡cómo le alegra la visión del riente valle nativo, y con qué placer buscaría reposo y olvido en sus montes fragantes! Cada casa, todos los árboles, las vueltas del río, las piedras de las veredas, presentes en su memoria, le evocan mil incidentes que podría ojear ahora cual pá-

ginas de álbum iluminado. Su primer recuerdo data de los cinco años: una vecina entra de improviso en la casa tirándole de la oreja y acúsale de haberle sorprendido con su hijita, escondidos entre la ropa sucia. "Jugábamos a los matrimonios", balbucea *girimiqueando*, y la madre, entre bromas y veras, asienta: "comadre, amarre su gallina que yo tengo mi gallo suelto"; pero a renglón seguido, con un rebenque, le aplica en las espaldas la primera prédica de moral y la más elocuente demostración de la existencia del pecado original. Diablo de chiquilla aquélla, le aventajaba en dos años y fue su iniciador. ¿Qué será de ella? ¡Honestas, casadas, sí, y cargadas de hijos! Los ojos le echan chiribitas.

Hasta los ocho años su vida transcurrió entre juegos con la chiquilla, perturbados por las insinuaciones tempranas del genio de la especie, y baños en el río en compañía de las vecinas. ¡Qué cosas veía!... Y tanto, que alguna guapa moza, advirtiéndole su embelesamiento, exclamaba: "¡Miren qué ojos tiene este malvado!". Cada día le aportaba en sus horas un momento de dichas. A la sombra del mango frondoso que asombra el patio, después del almuerzo, su madre cocía en paila de cobre, de interior estañado, sobre cuatro piedras y a fuego de leña, el dulce de leche, industria famosa del lugar y de la cual era ella especialista. Toñico, como le apodaban, y su novia, en cuclillas, velaban la paila, siguiendo ansiosos los vaivenes de la paleta moviendo la jalea para que no se pegara del fondo. Las bocas se les hacían agua; pero al fin extendida la pasta sobre la pulcra tabla para cortarla en panetelas, se les adjudicaban paila y paleta. Los pulgares rebañaban veloces hasta pulir estaño y madera. La saliva fluía por las barbillas hasta los cuellos. Las disputas menudeaban, y afirmando los moquetes el predominio del macho, desmentían el proverbio, pues, a pesar del amor, no bastaba que uno solo comiese. Otro de sus grandes placeres se lo ofrecía el juego de escondite, entre el pajón de la plaza en cuya linde habitaban.

En los atardeceres, de la hierba emergía deliciosa tibieza. El *abrojo* enjoyaba la verdura con sus estrellas de oro. Los cuerpos chafando tallos y hojas, les extraían sus aromas. Los insectos, viscosos algunos, les hurgaban las piernas, picábanles hormigas, y las espinas arañabanles; acontecía también, y esto era

lo más terrible, que a lo mejor, entre los matojos, erguía *Pepe*, el gallo de la casa: la cresta sangrienta, las barbas trémulas, erizadas las plumas hiriéndoles casi con sus pupilas vidriosas. Molestado en su señorío, empinábase con gravedad cómica, presto a defenderse con sus afilados espolones. ¡Cuántas cosas decía aquella actitud de coraje y reproche! y en tales instantes, cortos felizmente, pues el gallo convencido de sus pacíficas intenciones, dardeaba su cantío y aleteando con ruido tornaba a escarbar gusanos, *Pepe* les infundía más miedo que las correas de su madre, a las cuales llamaban: "Juan Gómez, tanto pica como come". Y a través de los años le impresiona aún la gallardía de aquel reto. ¡Ah, si todos sus compatriotas alegaran así sus derechos, no estarían él y otros en esta cárcel inmunda y el país perdido! Cuando había visitas en las casas respectivas, provistos de la merienda —una galleta sobada y media panetela de dulce de leche,— les enviaban a buscar *gambusinos* bajo un guayacán rodeado de mullido tapiz de hojas muertas, o enlazadas las manos, serios y cuidadosos de sus trajes limpios, iban al patio de un bohío inhabitado a encelar en una espiga de *pata de gallina*, un *ñoño* de jazmines don Diego de noche, para adornar la imagen de la Virgen de Regla, santificada en los hogares. ¡Dichosa edad!

Cumplido los ocho años, sufrió los primeros cambios desagradables en su vida. Terciaba al busto la saqueta de tela con el libro primero de Mantilla, pizarra, cuaderno de escritura, tintero, pluma y *clarión*, tomó el camino de la escuela de varones. En su casa había aprendido a deletrear, y la escuela fue siempre castigo con que su madre le amenazó. Ya no le llevaron más a bañarse con las mozas del vecindario, y terminaron los retozos en la grama con la chiquilla. Medrando el cuerpo, la musculatura se anunciaba vigorosa. Nadador como un pez, exploró el fondo de los charcos del río; jinete audaz, echarle la pierna a un burro y tirarle del pelillo obligándole a corcovear, era su placer. La escuela convirtiéndose pronto en sitio de recreo: la lectura, algataba coreada, y en los ratos de silencio una mosca que volaba con un rabo de papel hacía estallar las risas. El maestro manejaba recia palmeta de roble. Los chicos se untaban ajo en la palma de la mano, suponiéndole al zumo, según fama, la virtud de partir la madera. Y con qué hombría las extendían saboreando de an-

temano la venganza; pero la palmeta resultaba intacta y la mano encandecida. ¡Cuántas ilusiones como esa habíanse desvanecido en sus luchas con la fuerza! Además de las vacaciones reglamentarias del estío, las de Pascua de Navidad, Semana Santa, los domingos y las numerosas fiestas de guardar, los más de los días eran de asueto, ora por partos de la mujer y otras causas domésticas. Cuando las puertas del aula cerrábanse, abríanse las del campo. Aquello sí valía la pena. El río, con sus hondos remansos y su rápida corriente, ofrecía liza a los ardidos, quienes zambullían hasta coger arena con la boca o se dejaban ir aguas abajo. Agazapados en las *cucarachas* del cascajal, atisbaban a las lavanderas que, las faldas arremangadas, bateaban en las grandes piedras marginales, y a las bañistas, al salir, modeladas las formas por la camisa mojada, o cuando tendidas boca arriba, y el agua borbollante les cubría el pecho de encajes y las descotaba o alzaba la fimbria, descubriendo ocultas delicias. Si la imprudencia de alguno les vendía, arrancándoles a la contemplación golosa de un blanco muslo venusto, perseguido por gritos y maldiciones airadas, partían cual potricos por sobre los *cayados* calientes. Pero mejor eran las carreras en burro, en pelo, en la sabana, y más todavía una pelea. Dividíanse en dos bandos, uno en cada ribera, *baecistas* los unos, *azules* los otros, afilados de acuerdo con las simpatías partidaristas de las familias. Servíanles de proyectiles los duros *cocorrones* del guayabo, y se batían, reidores, regocijados, arremetiéndose en el agua misma, con las peripecias de la refriega, hasta que una de las dos guerrillas ponía en práctica el “pie para qué os tengo”, o un guijarro lanzado por mano artera, hacía una baja, que conducían a la casa entre gritos de protesta, mientras el aporreado sollipaba presintiendo que encima del chichón recibiría una cueriza.

Antonio, de tarde en tarde, placíase paseándose solo por la sabana. Echado sobre la hierba rica en esencias, observaba el cielo azul, muy alto, hasta la hora en que los *chivales* entran en la población, la abuela a la cabeza, y en pos de ella, en ringla, el cabrío barbudo y apestoso, las hembras, con los cabritos pegados a los pezones, en tanto que berreando los chivos triscan con las madres. Así, iguales, sucediéronse los días medidos por el toque, a la del alba y a la oración, de las alegres campanas de la iglesia, hasta la madrugada de noviembre en que, a horcaja-

das sobre un caballo, emprendió el camino de la Capital. Contaba a la sazón catorce años. Desde meses antes, un tío, informado por su madre de su inteligencia y progresos en la escuela, de la que era el primer alumno, había escrito pidiendo se lo enviaran para que ingresara como interno en el Colegio de San Luis Gonzaga. La partida, prorrogada de semana en semana, al fin se fijó para después de las fiestas de la Virgen, aprovechándose así la compañía de los capitaleños que viniesen a ellas.

¡Nunca fueron las fiestas como aquel año! Desde las vísperas se animaron las calles solitarias por el tráfico de campesinos que vienen a mercar, y de las pandillas de muchachas, que afanosas y parleras, recorren las tiendas en miras de las novedades recién llegadas en la Capital. En la iglesia se hacen los preparativos, y en las casas el trajín doméstico se aumenta con la labor de pintarlas de nuevo. La cosecha de café fue buena, y todos tenían *monis* que gastar. Formada por los mejores instrumentistas, y entre ellos, el bombardino, natural del pueblo. A la alborada, a la salida de misa y de las salves, a los acordes de danzas y valeses, sumábase el estrépito de los triquitraques, cuyos mazos apagaban los granujas con pies y manos, de los *montantes* y de las detonaciones de las *cámaras*. ¡Y qué misa, la del día de la Virgen! La iglesia de bote en bote. En la tarde Nuestra Señora de Regla recorrió en procesión las calles principales, barridas, desherbadas exprofeso y cubiertas de pétalos multicolores. Seis doncellas cargaban las andas florecidas. La Virgen, con su joyante túnica blanca bordada de oro, manto azul y corona de pedrería, entre cálices, turíbulos, diosa de aquella Arcadia, ponía en cada pecho el contento de vivir o la promesa de un milagro. Teorías paralelas de muchachas tocadas de albos velos, con cirios encendidos hechos de la cera más fina de las colmenas, precedían: una de ellas, la chiquilla, su ex-novia, que, grave, casta, ni le miró. ¡Quién hace cuenta de cosas de niños! Los bailes, rumbosos como jamás, y hasta le pareció a él que ni las feas comieron pavo, y las notas de las danzas sugerían más elocuentes las declaraciones de amor a los ladinos capitaleños. ¿Y las corridas de anillos y macutos, y las cenas? No, si todo fue magnífico, hecho adrede, para que él no lo olvidara. ¿Y el *Peroleño*?...

Érase el *Peroleño*, legítimo descendiente del ilustre Don Pedro Leño, perniquebrado, pequeño y redondo, el lampiño rostro

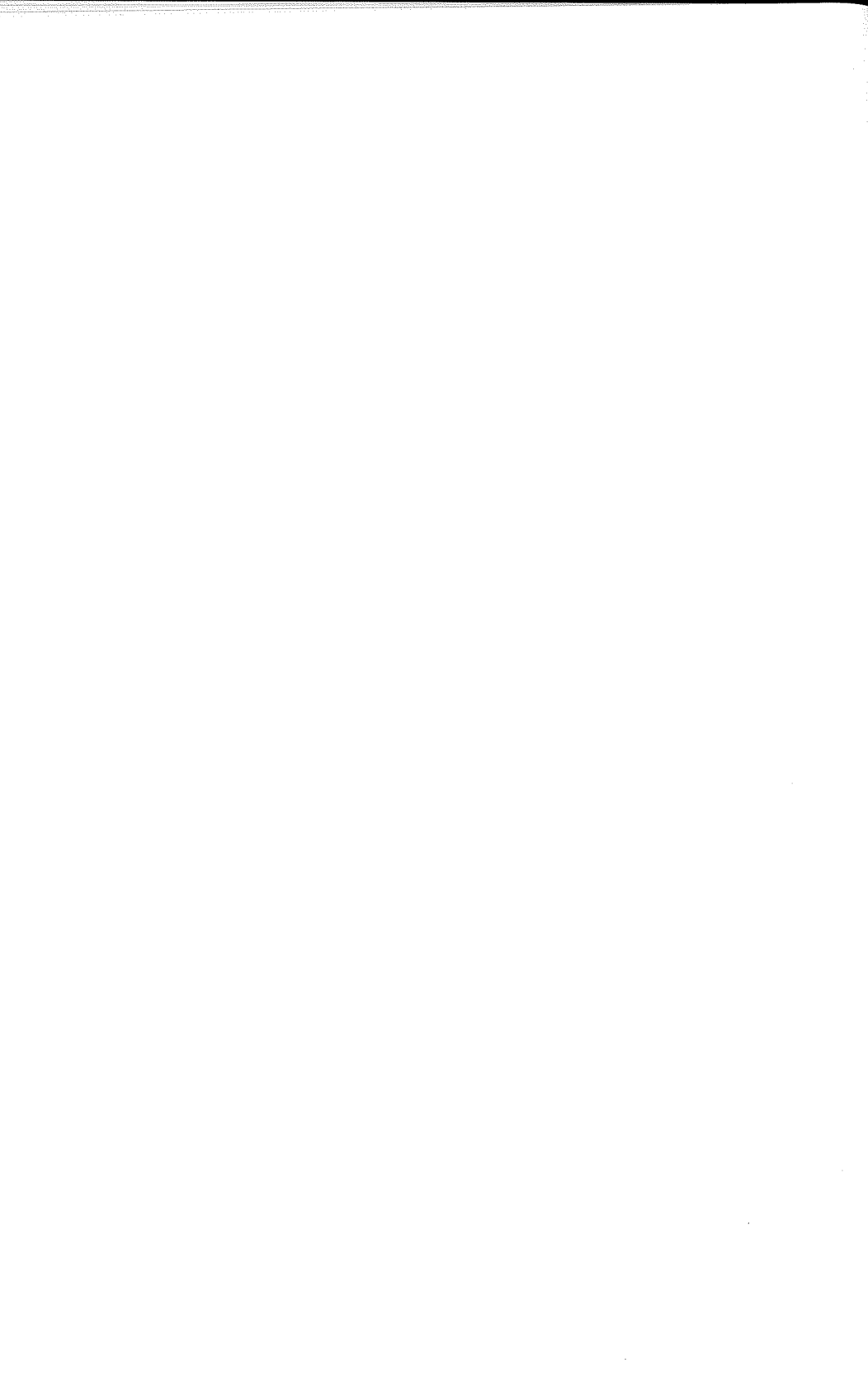
malicioso, en los labios finos y rojos, sonrisa despreciativa. La nariz remangada; negro el mostacho; la cabeza de escaso pelo lacio, plantada en un cuello arrecho, se iluminaba con la lumbré de los saltones ojos azules y picarescos, hasta la desfachatez. El pecho abultado y los hombros anchos desafían los golpes del contrario. Colocado en su trono, de modo que se moviera al menor contacto, lucía espada, cruces y medallas; cimera empenachada y adarga abrazada en la diestra. En la izquierda sostenía una calabaza o vasija llena de agua de *tuna*. Los jinetes contrarios, a escape, le pegaban con la siniestra, y el muñeco a su vez, aplicábales un lamparón bermejo. La victoria era de quien salía ileso del encuentro, y para él, la ofrenda de un lazo con ancha moña rizada que antes se ostentó en corpiño femenino, o palma que, las más de las veces, correspondió al triunfante *Peroleño*. Toñico sentía cominillo, irresistibles ganas de correr; se le antojaba fácil el éxito: alcanzar el lazo de la ex-novia, ser admirado y aplaudido. Y tal empeño puso, que alguien complaciente le prestó caballo, por una carrera nada más, e hipándose sobre los estribos, pasó, alcanzando al muñeco con tan leve pasa-gonzalo, que apenas si unas gotas señalaron su primera derrota.

¿Y el testamento del *Peroleño*?...¡De rechupete! El noveno día, caballero en un borrico, seguido de ruidosa cabalgata de damas y galanes, paseó el pueblo. En las esquinas fue leído el testamento, en verso, con sal y pimienta, satirizando a las autoridades y notables. Al maestro también le tocó su *chinita*; y cómo la rieron los alumnos, exclamando: ¡"Ya nos las pagó todas juntas!"

Y después, la despedida de su madre, llorosa, repitiendo consejos y recomendaciones: "estudia, sé bueno que eres la única esperanza para mi vejez". A cada vado del río, el corazón le da vuelco. De entre los cendales de la aurora, las lomas surgen azules o verdes, según la distancia, y su mirada zahorí distingue con arrobamiento el *guano*, la *yaya* y el *magüey* que las tupa, y en la vera del camino, hasta a los *cayucos*, *alpargatas* y *guazábara* ve con afecto olvidando las veces que sus garras le sangraron. Desde sus nidos, ocultos entre las madejas áureas de los *fideos*, *chinchilines* y *julián-chivíes* salúdanle con sus píos onomatopéyicos, alborozados con su partida que les libra de un

enemigo, mientras las campanillas aljofaradas y las carmíneas flores del *carga-aguas* y las *cabritas*, con la frescura de sus cerezas, le invitan a quedarse. Los viajeros satisfechos, caminan a pares, escapeando de trecho en trecho, comentaban los incidentes de las fiestas. Alguno se confesaba preso entre las redes de una linda pueblerina; otro insinuaba observación maleante acerca de este o aquel acto, que hacía prorrumpir a esotro: "por eso nos llaman *búcaros* a los capitaleños".. Y así, entre bromas y chischisbeos galantes, las lindas amazonas y sus cabellos corrieron las catorce leguas, excediéndose de ojos y boca estrepitosa la alegría.

¡Cómo ha volado el tiempo y mudado los hombres y las costumbres! Su riente pueblo de bucólica ya no será el mismo; pero con todo, con qué placer iría a limpiar su cuerpo de las inmundicias de la prisión, tirándose de cabeza en *Los tres charcos* o en las chorreras de la *Piedra del Chivo*, para que el agua corriente le lustrara el espíritu puliendo huellas dolorosas...





### III

Cuando Antonio, conducido por el tío Tomás, traspuso el umbral de "San Luis Gonzaga", el día siguiente de su llegada, sintió que algo se desgarraba en sus entrañas. El severo edificio, de dos pisos, adyacente a la iglesia de *Regina Angelorum*, abría sobre la calle numerosas ventanas altas y bajas y una sola puerta, flanqueada ésta por dos cañones enterrados boca abajo. Convento de monjas dominicas hasta fines del siglo XVIII, cuartel en 1822 y en 1863.

A su vista, el muchacho se había detenido vacilante, sobrecogido, y su tío hubo de empujarle por el pasaje abovedado comunicante con el claustro. El negro portero, que guardaba la entrada como antaño la hermana tornera, tañó una campana. Detrás de ellos venían, en hombros de dos rapaces, el catre de tijera, con su forro de recia cotonía, un lebrillo y un baulito de cedro, herencia de los abuelos, en el cual el cuidado de la madre había ordenado dos mudas de rayadillo y dos de *pearl river* vuelto del revés, seis camisas y otros tantos pares de medias; jabón, peine, una latita de betún de la marca "El Gallito", un cepillo, un par de guillotinas de marroquín morado, aguja, hilo, botones, sus libros y útiles de escritorio, y en un rinconcito, envueltas en papeles de seda y estraza, pañetelas de dulce de leche, y un escapulario de la Virgen de Regla relleno de alcanfor.

El claustro se ofreció a la mirada de Antonio hecha a registrar el campo con todos sus detalles en pocas ojeadas. Era un cuadrilátero en cuyo límite alzábase el primer cuerpo del edificio en todo su largo. A la derecha, un cuartelillo ruidoso; a la izquierda, la iglesia y viejas paredes, y al fondo, el refectorio, la cocina y un lienzo más, también caduco. La mayor parte del espacio ocúpalo el jardín. Dos palmas airosas le forman portada, y lo encuadra una verja de madera descaecida, apoyada en pilares de mampostería. Los arriates, formados por botellas vacías clavadas de pico, están plantados de *cien hojas*, *mosquetas*, *purpurinas* y un *nido de amor* que se atavía con espléndidas rosas. Erectas cañas de azucenas, suspenden blancos cálices odorantes; carmesíes *lágrimas de Venus* que acendran una gotita de miel; la humilde flor *de todo el año*, inodora; amarillas *copadas* reventonas como su pariente el clavel; celias, modestas rivales de la margarita, aunque las estrellas de sus corolas no hayan sido jamás interrogadas por amantes. *Aguaceros*, nardos, albahaca y reseda, que saturan la noche con sus aromas capitosos. La *cambutera* con sus corales escala graciosamente la verja. El jazmín del Malabar, reta a sus vecinos con el armiño de sus pétalos. Un cerezo que, cuando enfrutecido, riega granates; mientras los pomposos girasoles siguen el curso del astro, la celeste rueca hila el linón róseo de la *Vara de San José* y el niveo o con purpúreas vetas, de los lirios. La *Sangre de Cristo* resplandece por sus cinco pétalos, cual cinco llamas prendidas por la flecha del pistilo, y su prima, la cayena, es un coágulo sanguino. Cuatro naranjos de pomas de oro, amparan bancos de piedra y nutren orquídeas cuyas flores semejan mariposas. Con discreción de pobres, conviven con los orgullosos rosales, la *cara de hombre*, de hojas caprichosamente matizadas y el *Corazón de Jesús*, que rodea su vela blanca con guarda-brisa violeta; la tónica *yerbabuena*, la malva, la salvia y la ruda, de zumos benéficos; el hinojo, propicio contra el ajojo, y el llantén de hojas y espigas eficaces para colirios y tisanas; y entre la coraza verde de las hojas fulge la flor de *cigarrón*, ígnea mano crispada. La verdolaga extiende rastreando el terciopelo de sus hojas. El cuartelillo está cubierto por las hojas rígidas de la efímera y nocharniega *flor de baile* y las guirnaldas de la trinitaria. Entre el jardín y el edificio, un almendro crece a prisa, como si estuviera ganoso de

favorecer la ventana del Rector, y en fila, defendidos por cercas de cañas, sendos raquíuticos ejemplares de manzano, avellano y peral, y una mata de *rabo de ratón*, al añoso tronco mútilo, alza un solo ramo nevado. Junto al aljibe redondo arbolillo de granos rojos escuda del sol una tinaja de hierro. A la puerta de la iglesia, *malangas*, de hojas verdes o manchadas de blanco, y dos naranjos gemelos, de frutos regañados por las propias mieles, y en el último término, al fondo, un *flamboyan*, que cubre con sus ramas sin hojas el brocal del pozo y cuyas vainas negras restallan derramando las duras semillas.

En el marco de la ventana más occidental, apareció la cara pálida, ascética, sonriente del Padre Billini, y con su vocecilla aguda y el índice, a la par, les señaló la puerta de acceso a su departamento. Antonio subió detrás de su tío, por la escalera de ladrillo; y en la presencia del Padre, a quien se le había enseñado a venerar como a un santo, tal era la fama de su caridad, se mantuvo en pie con el sombrero en las manos, apretándole las alas. Mientras su tío expresaba la gratitud de la familia por la merced de recibirlo gratis o correspondía a las preguntas del Padre que indagaba por los de la villa, parientes y conocidos, él examinaba con suspicacia campesina al cura, canijo, nervioso de ojos inquietos, nariz aguileña y finas manos de cera, que se agitaba dentro de la sotana de merino, tal una lámpara azotada por el viento.

La mano rectoral sonó por dos veces una campanilla, y momentos después, acudió un vejete menguado de estatura, fuerte, sarmentoso, ceñudo, con luengas barbas canosas. Era don Marcelino, el prefecto. El padre le entregó el nuevo interno, y Antonio, después de abrazar a su tío, siguió a aquél por salas y pasillos, escaleras abajo y arriba, hasta el dormitorio, vasto salón con ventanas a un ángulo del patio y al coro de la iglesia, al que se llegaba por un pasadizo húmedo y estrecho, y escalera, comunes ambos al campanario. Los catres, cerrados, se mantenían sobre sus patas por una cuerda enlazada en una de las cabezas, cubiertos por sábanas pringosas y teñidas de sangre de chinches. Don Marcelino le señaló su sitio, del que tomó posesión, colocando catre y baúl. Y tras un imperioso *venga*, echó a andar a su zaga hasta las aulas. En el curso primario ingresó el recién llegado, sin examen previo, sin encuesta alguna que cla-

sificara sus conocimientos, sin que le percibiera el profesor que declamaba a gritos la lección.

Érase una sala, partida longitudinalmente por vigas blanqueadas, a manera de columnas. A los lados pupitres colectivos con sus bancos de pino, y en los intercolumnios otros más pequeños. Hasta un ciento de alumnos los ocupaban y producían constante rumor de colmena irritada. Cuando Antonio, perplejo, despistado, se acogió al asiento más próximo a la entrada, sintióse oprimido por una sensación angustiosa, que había experimentado dos veces ya en su vida: una, la zambullida inesperada y por primera vez en un charco hondo del río, y la otra, el día en que vagando solo por la sabana, se extraviara. Poco a poco, a medida que sus ojos reconocían el ámbito, fue recuperando ánimo. Aquí y allá, descubrió caras de compueblanos que le habían precedido. Uno de éstos, le llamó con la mano desde el extremo opuesto, y Antonio, escurriéndose le alcanzó. A su paso estalló un coro de risas: le habían lanzado un monigote de papel con una pelotilla mascada que, pegándosele al cuello, temblaba por la espalda. Corrido, acosado, se refugió silencioso junto a su amigo y continuó la inquisición. Del techo pendían dominguillos que la brisa zarandeaba.

La sala tiene ventanas enrejadas a la calle, por las cuales se traficaba en golosinas y solía asomar la cara algún muchacho callejero que arrojaba por entre las rejas un grito chusco, o un alumno que prevalíase de la ocasión para mofarse del maestro. Este, mulato, fornido, alto, las greñas aceitosas, largas las uñas y con orla negra. Le revoleaban los ojos chispeando en las órbitas. Vestía de dril, y la americana tenía siempre las sobaqueras señaladas por una mancha sarrosa. Tocábase con sombrero alón de fieltro blando, grasiento. De memoria sin rival y puntualidad intachable. Ni lluvias torrenciales ni ciclones le intimidaban, entraba y salía a la hora exacta, marcada en el reloj de níquel con gruesa cadena de plata. Recitaba, con sus puntos y comas, todos los libros de texto, y de tal modo mecánico, que aludía las preguntas que no estuvieran formuladas con las mismas palabras que él aprendiera; y si los discípulos, azuzados por otros profesores, suscitábanle discusiones para obligarle a razonar, él imponía la autoridad inapelable de la letra impresa. A las siete en punto de la mañana descargaba otras tantas veces

sobre la mesa un mazo, recto el índice y con voz tonante, comenzaba la clase de Religión: "Diez años después de haber ascendido Nuestro Señor Jesucristo a los cielos, vinieron los apóstoles San Pablo y San Bernabé". Y proseguía, recorriendo los rangos; interrogaba sin que nadie le contestara; él mismo con rapidez ensartaba la respuesta. A cada hora, hasta la meridiana, variaban la asignatura y el número de porrazos, no el método; e igualmente de dos a cuatro de la tarde. Su paciencia superaba a su memoria; si en cortísimo tiempo aprendió sin faltarle una tilde las doscientas páginas de un tratado de Agricultura, jamás se violentó contra aquella hampa infantil. ¡Pobre maestro! Antonio evoca su figura con simpatía. La política le separó de las aulas y le encaramó en la judicatura y cátales ahí en el manicomio. Por las mañanas, desde un muro del ex-Convento de San Francisco, entre otros orates que vociferan, él truena predicando a las vecinas y a los raros transeúntes. El Presidente Lilís, le sentenció diciendo de él, cuando alguien recomendádoselo enumeraba entre sus conocimientos el latín: "malo, malo; negro que sabe latín se vuelve loco".

Mientras profesaba, los muchachos, sordos a sus lecciones, entreteníanse, unos labran con un cortaplumas la madera de los bancos y pupitres, otros graban en ellos palabras obscenas; quienes pintando monos en los cuadernos o peleando pajaritas de papel engomado. Disputaban, reñían, y cuando el escándalo invadía las otras aulas, don Marcelino, airado, implacable, aparecía. Los ingenuos echábanse de bruces y esconden las caras. El viejo desfilaba pegando, sañudo. Adivinaba los delincuentes o los denunciaba alguna venganza empapada en lágrimas. El demonio castigador al acercarse fingía equivocarse con el vecino, volteaba por sobre su cabeza una pita del guiso del pulgar, en dos, y cuando el muchacho regodeábase, pues, creyáse en salvo, recibía el formidable latigazo. Excusábase el Prefecto, que seguía la maniobra hasta que huía la víctima o se doblaba sollozante bajo el flagelo cruel. A veces les golpeaba en las corvas con una maceta de roble; además palmeteaba a troche y moche. Otros castigos consistían en arrodillarlos con los brazos abiertos, o con la cabeza debajo de los travesaños de bancos y sillas, o hacer en el suelo determinado número de cruces con la lengua: las frentes sudorosas manchá-

banse con el polvo rojizo, desollábanse las rodillas y sangraban las bocas. Para las faltas graves existía el calabozo: covacha oscura, debajo de la escalera principal, con puerta al pasillo de ingreso y ventilada por una claraboya. A los impenitentes metíanles de pies y también de manos en un cepo, y así pasaban horas aduncos o tendidos sobre el piso duro y meado, o a *ley de Bayona*, que se aplicaba en cuclillas, atados a una vara por debajo de las corvas y sobre los codos.

A la verdad, aquella congregación, era una jauría; pero su fiereza no igualaba al inquisidor. Antonio no olvidará mientras viva la sorpresa dolorosa de una madrugada: soñaba hablando en voz alta; Don Marcelino oyó sus relaciones y le despertó mace-rándole con la soga las flacas carnes desnudas. Viejo terrible, para ellos encarnaba a Satanás, ni perdonó jamás ni acarició nunca enternecido o vicioso. Siempre zahareño, el cigarrillo en los labios. Sólo el alcohol le dominaba, y cuando la tisis le extinguió el aliento en los pulmones, según publicara un periódico local, confesó haber sido uno de los que en la calle del Turco, en Madrid, asesinaron al General Juan Prim.

Durante todo el primer día, Antonio permaneció quieto, receloso, estudiaba el terreno, a caza de mutuas simpatías en los rostros vecinos, constantemente renovados, pues ninguno tenía puesto fijo. En el internado se mezclaban orígenes y colores, huérfanos y ricos, expósitos y vástagos de familias potísimas, y a éstos se agregaban los externos que sólo concurrían a las clases. Los había vestidos con lujos, pulcros, calzados de cabritilla; pobres, de limpias ropas reveladoras de los afanes maternos; otros harapientos, con las orejas terrosas, la piel curtida, el pelo enredado, piojos, pero ligados todos por dos sensaciones: hambre y miedo, al servicio del más rico y del más fuerte.

A las cuatro, concluidas las clases, alineados o en pelotones, en el espacio medianero entre el jardín y el edificio, bajo el ojo de don Marcelino, el profesor de Gimnasia les hizo mover a compás las extremidades, saltar, y ejercitarse en barras paralelas, escalas y argollas. Luego el Prefecto mandó las evoluciones militares, y cuando al fin, después de más de hora, su voz ordenó "rompan filas", la reata se desbordó en todas direcciones, con alegría bulliciosa de la toma que arrolla la presa. Antonio fue a sentarse en el cuadro formado por bancos de madera en-

tre el aljibe y el pozo, sitio de descanso, luego del recreo y la cena. Alguien le colocó una pajita en el hombro, señal de reto. Le miró sin ira. Entonces otro gritó: "banilejo chinchoso", aludiendo al cuento que pretende que las chinches fueron traídas a la capital por los habitantes fugitivos de Baní cuando la invasión de Dessalines. La puya se le clavó, hirióle en los amores por su pueblo, cuya nostalgia sentía con intensidad. Se plantó, y como viera uno o más de su tamaño, que reía y mostrábele los puños, rápido, la cabeza gacha, le embistió derribándole de soberbia morrada en el esófago. Los demás se arremolinaron. Antonio buscó en torno suyo otro pollo. El vencido se levantó, jadeante y entonces acataron todos al triunfador, advirtiendo el cogote recio y las manos encallecidas por las jáquimas, mientras le decían "yo soy tu amigo", "compai Toño, con usté no va ná", y otro sentenciaba: "su madre del que acuse". La riña había terminado en el mismo instante; pero Antonio conquistó de sus pares respeto y también un mote, el ovejo, y desde entonces, al menos en su presencia, Baní no tuvo más chinches.

La congregación sumaría hasta unos ochenta, entre los siete y diez y ocho años de edad. En el recreo dividíanse en corros o se aislaban. Los mayores conversaban o leían, los demás jugaban a los toros, fingiendo uno de bicho con un palo en los dientes a guisa de cuernos, oa bailaban trompos, que recogidos en la palma de la mano eran lanzados de punta al canto de monedas o botones, y ya al morir, de cabeza, a lo cual llamaban *la moteca*: el ochavo o el botón, en una o varias veces, debía salir del espacio demarcado por una raya; otros dábanse a los bolos. El mayor interés estaba en las disputas por los distintos valores de las bolas de vidrio, de colores, clasificadas en razón del volumen y pintas en su germanía, *bolones*, *bolas*, *fifises*, *gaticas*, *aguas* y *güesos*, y por los turnos de salida para determinar quién el *mano*, el *trasmano*, el *trastrás* y el *porra* o sobre si el contrario al disparar un *por todo lo que coja* o un *ponte allá*, que *mató*, había o no robado tierra. También se jugaba al *hoyo*, que consistía en introducir monedas desde una distancia convenida en un pequeño agujero escarbado en la tierra, ganándose tantas cuantas en él cayeran. Tales partidas efectuábanse a resguardo de la mirada zahorí de don Marcelino. Los más pobres contentábanse con la rayuela, o con el *chato*, es de-

cir, el mismo juego de bolos adaptado a los medios naturales, una lasca redondeada y semillas de cacahuete. Las tiñas menudeaban y la gritería mantenía siempre en el tono más agudo, por lo cual las intervenciones del zurriago eran frecuentes, o los belicosos firmaban la paz en el calabozo, pues ningún sedante más eficaz que aquella suerte de caponera para calmar iras y olvidar agravios.

En las primeras semanas, el temor a don Marcelino y la morriña hicieron de Antonio un colegial modelo, promoviósele a la categoría de *ayo*, la que le otorgaba autoridad de segundo sobre una sección de diez, vigilada por un *decurión*. Para tales comisiones escogíase a los mejores o a los más hipócritas, duchos en "tirar la piedra y esconder la mano". Mas, pronto se adaptó; conociendo a cada uno de los condiscípulos, sumó amigos y restó simpatías, descubría que también allí sobraban medios de solaz, como en los charcos del río y en el *pajón* de las sabanas. El patio, situado detrás del claustro, le confió sus secretos. En las mismas celdas de las monjas, intactas aún las cuatro paredes de algunas, crecían *guineos*, *lechosos*, *mangos* y *caimitos*. La *escobita* respetaba tan sólo las construcciones pétreas de antiguas tumbas. El *cundeamor*, tejiendo mantos de verdura, cubría las tapias, convidando al *zumbador* y a los chicos con la pulpa roja de sus abiertas cápsulas de oro. El *chayote* y la *ahuyama*, la *patilla* y el *melón* extendían sus sarmientos desgarrando las pantorrillas de quien buscara en su maraña el gordo fruto escondido. Las *parchas* y *caguazas* cuelgan, y para alcanzar sus nectarios, preciso es trepar por los bejucos tramados que suelen ceder al peso, o subir agarrándose de los agujales. Para Antonio, ninguna distracción vale como tenderse boca arriba, aspirar el olor de la tierra y el aroma de las plantas en aquellos boscajes, algunos de los cuales pudieron ser consumidos por el fuego bíblico; *peccato gomorrhoeum* dijo el santo sienés.

Transcurridos los primeros días, la vida del colegial se le va haciendo soportable; al cabo del primer mes acepta, y antes del segundo, destituido de su cargo honorífico de *ayo*, ha recorrido la escala de los castigos y sido clasificado entre los revoltosos. Su inquietud de azoguillo, sus ojos y piernas habituados al campo sin vallados, padecen en el espacio estrecho de las aulas...¡Y luego, tan uniformes y reglamentados los días!



A las cinco de la mañana, invierno como verano, la voz imperativa de Prefecto despegábales la sábanas, y diez minutos después, hechas las ablusiones con poca agua, peinados, vestidos, a la hila, dirigíanse al salón de estudios, en donde, ante una imagen de cuerpo de la Purísima, cantaban las primas en latín. Y ¡qué latín! ni los esclavos africanos de Roma lo entendieran. En seguida, en fila india, al refectorio a desayunarse con una tacita de café claro y un mollete de pan de dos onzas incompletas. El trayecto lo amenizaban con una canción en francés, ¡y qué gabacho! Aún retiene una frase de las que ululaban en coro: *te peti-pié de la yurné*. Una hora de estudio, interrumpida por quejas de vecinos quisquillosos, causantes de una dosis temprana de rebenque, y por el permiso, que por parejas se les concedía para ir al patio. De siete a once, clases. Luego otra hora de estudio, y a las doce el almuerzo: un plato de sopa, en el cual nadan fideos, y otro de plátanos salcochados, arroz frijoles colorados, y entre días, carne guisada, completaban en éstos el denominado *bandera nacional*, y como postres dos guineos, o mangos, o jobos, o caimitos, según la estación, cosechados en el propio colegio. De nuevo al estudio, comenzaban las clases a las dos. De cuatro a cinco, gimnasia y ejercicios militares; luego, una hora de recreo, en el que las expansiones naturales eran comprimidas por la vigilancia de Argos. A las seis, en ringla, para la cena —pocillo de cacao y un pan seco, con *boca*— y ésta sazónada al ir y venir un coro en español, pura jerigonza, sin concierto ni sentido, tal como la frase del “saber la luz”, convertida en “Isabel la aguja”, y así por el estilo. El recuerdo de tales cosas le hace reír magüer las amarguras de entonces y los dolores de hoy. Una hora más de estudio, y tras de cantar las *Completas* en latín de cocina, a la cama. Tres campanadas ordenaban silencio. Los sábados se suprimía el estudio en la prima, pero en cambio repetíanse los ejercicios militares y se cantaban las Letanías, y antes de dormir, baño general. Aquello era de verse; como lo había baños en el plantel, el convento en pelota, en torno al brocal del pozo, se enjabonaba vaciándose encima cubos de agua acarreados por cada quisque. ¿Y los domingos? ¡Tremendos! Obligados a levantarse para asistir a la primera misa, la del alba, comulgaban aquellos a quienes le cumplía, y luego, sentados en el salón de estudio, sin el alboroto y regodeo

de las cátedras, bostezando; y cuál sería el fastidio, que algunos (entre ellos él), faltaban para que los encerraran en el calabozo. Allí lo pasaban mejor. Sólo los primeros domingo de mes se les permitía salir hasta el atardecer.

Pero tan monótona existencia, a pesar del tirano que la regía a precio de cardenales y encierros, tenía sus variantes. Durante el día, el patio con sus escondrijos era palestra: a pares o en pandillas, se ventilaban las cuestiones de honor, con puños, pies, cabezas, uñas y dientes, y alguna vez cuchilla traidoramente esgrimida, o a pedrada limpia. Don Marcelino, a vergajazos, arremetía al modo de amigable componedor, y el calabozo apaciguaba los ánimos. Además, el patio tan provisto de frutales como un huerto, les brindaba, de enero a diciembre, los bananos, con sus óptimos racimos que, separados en *manos* y escondidos entre las cepas, a los doce días cabales estaban maduros. Esto llamábase hacer un *nido*. En primavera y verano, mangos y caimitos, recogidos en la madrugada, goteados o trepando por las ramas a favor de las paredes; en otoño jobos, cuya madera frágil causaba frecuentes caídas, y en invierno, naranjas. La rapiña de éstas constituía la más escabrosa empresa: por claustro y patio, según las consejas, en la noche vagaban las ánimas en pena de aquellos cuyos huesos suelen encontrarse excavando el suelo o que reposan en la tumbas de cal y canto que aún existen. Había pues, que no temerles. Todo era de los valerosos. Sonadas las doce, desnudos, provistos de una funda de almohada, a gatas, se deslizaban hasta los naranjos, y empinados sobre los poyos de piedra o resistiendo clavadas de espinas y rasguños de los muñones resinosos, consumaban el despojo, y los árboles que la víspera fingieron grandes vasos de malaquita incrustados de áureas gemas, amanecían libres de las pesadumbres de las pomas, manifestábanse entonces el polvo en el piojillo de las horas. También se robaban las gallinas en complicidad con el propio cocinero, para *sancochos* y *locrios*, devorados en conventículos. Esta era hazaña de los mayores; pero como Antonio poseía la maña necesaria para captar las gallinas que dormían en el *higüero* del traspatio, ahogándolas sin que gritaran, participaba en ellas. Cuando acaecían tales deprecaciones, se practicaba un registro, encontrábanse baúles y pupitres atestados de naranjas, o se disponía una confesión gene-

ral; mas el secreto se conservaba fielmente. ¡Zoquete quien revelara! Antonio aprendió en sus propios carrillo que importaba más callar, y así, por la rejilla del confesionario, no pasaron más pecados que los comprendidos en los cuatro primeros mandamientos.

Los domingos primero de mes eran gloria pura. Desde las ocho de la mañana, uniformados de rayadillo, gorras de paño azul con viseras de hule, y en una cinta negra en letras doradas "Colegio de San Luis Gonzaga", se desbandaban por las calles capitaleñas quienes tenían en la ciudad familia o encargados, pues forasteros y huérfanos quedaban en libertad en el jardín. Las aventuras de tales asuetos eran tópicos para el mes: el baño en la playa de Güibia, disputábanse a nadar hasta *peñita*, hasta *curazao* o hasta *santómas*, que así nombraron las tres peñas que casi cuadran el hondo balneario; irrumpían en las quintas vecinas desguazando mangos, cajuales, naranjos, mameyes y cocales, y las excursiones a comer guayabas a los montes Galindo, caimitos en Pajarito o limoncillos en San Carlos; y los paseos en bote hasta los tres Brazos, con paradas en el pueblo de Los Minas, para comprar *casabe* de ajonjolí, *jarto reso* y conservas de coco y naranja; o por El Placer de los Estudios, más allá de la punta de La Torrecilla, con los correspondientes baños en los remansos del río a la sombra de ceibos y copeyes o en la playita del Retiro; y al pequeño mercado del Ozama, para hacer *otomías* a los campesinos que allí traficaban. De tales correrías regresaban algunos hinchadas las caras por la ponzoña de las avispas, heridos los pies, o el brazo en cabestrillo y con el relato, hecho entre risa y pavor, de haber tragado agua en un cantil.

Pero entre todos los del año, dos días magnos, señalábanse en el calendario del Colegio con dos cruces: el del patrón San Luis Gonzaga, y el del Rector, San Francisco Xavier. Al primero se le hacía el novenario, presidiendo su imagen, revestida de cándida sobrepelliz, la capillita del estudio, y ante ella cantaban a coro —"pide a Dios que yo te imite, santo joven Gonzaga"— intercesión que, si la hubo, jamás mereció la merced divina. El segundo sobresalía por la copia de regalos, en su mayoría golosinas —frutas de trémulas natillas, reposado arroz con leche, espolvoreado con canela, pudines de a dos libras, blanqueados con *suspiro* y adornados con grajeas, confites y una banderita

en el ápice,— que entraban majestuosas en manos de la negra azafata, vestida de limpias y sonantes sayas. Desde la víspera de ambas fiestas suspendíase toda suerte de castigos, se indultaba a los presos y se penaba a quien fuese con chismes y quejas a los superiores, siendo lícitas todas las diversiones. Además, y eso era lo de *p p* y *w*, el asalto o las bateas de las vendedoras de dulces que, después del mediodía, acostumbraban poner tienda bajo la propia ventana del Rector o a la sombra de los naranjos de la Virgen. El Padre pagaba, y como esto lo sabían las interesadas, traían su íntegra.

Antonio se ríe, y con qué ganas, al recordar aquel su salto felino, para caer sobre la repleta batea de la mulata curazoleña, que a pesar de la garantía miraba espantada cómo aquellas manos ágiles tal un instrumento de tortura, se abrían y cerraban apuñando los piñonates *melcochosos*, el alfajor empolvado como presumida señoritinga, el *bienmesabe*, de pasta tan suave como los bizcochos esponjados, los frágiles y levemente dorados merengues, de corazón fundente; las pastas de leche, el azucarado *huevo-mejía* sobre papelitos de veriles plegados; los *chupa-bebis*, empaladas las distintas figurillas acarameladas; las *botellitas*, llenas de fragantes licores, que al romperse corren por las barbillas, y los gordos canteros de *pan de batata*, ¡cuánta cosa buena! Los bolsillos atestados, en cada dedo un dulce, las palmas agobiadas, pegadas en las orejas, corrió a encerrarse con su botín, en busca de un rincón oculto entre cepas y sarmientos para darse un atracón. El Padre en viéndole pasar, rompió a reír, exclamando en tono tanto más alegre cuanto era raro, “¡muchacho gandío, gandío!” Dos veces, únicamente, le oyó la voz cantarina, esa y una madrugada en que a filo de las tres, orinaba por una ventana del dormitorio que cuando surgió de las tinieblas mudas, a compás del chorro: “¡ey, ey! ¿quién es el soldado meón?” Era el Padre que venía a despertar los acólitos que le ayudaban a misa.

Así discurrían semanas, meses, años, cual cangilones de noria. En las primeras vacaciones de verano se hospedó en casa el tío Tomás; pero cuando pasaron las mariposas de San Juan, que los pilluelos cazan en las calles con varitas de coco, y le manearon, con prohibiciones, los pies, baqueanos de los caminos de Güibia y de La Fuente, y de los guayabales de Galindo y la Fa-

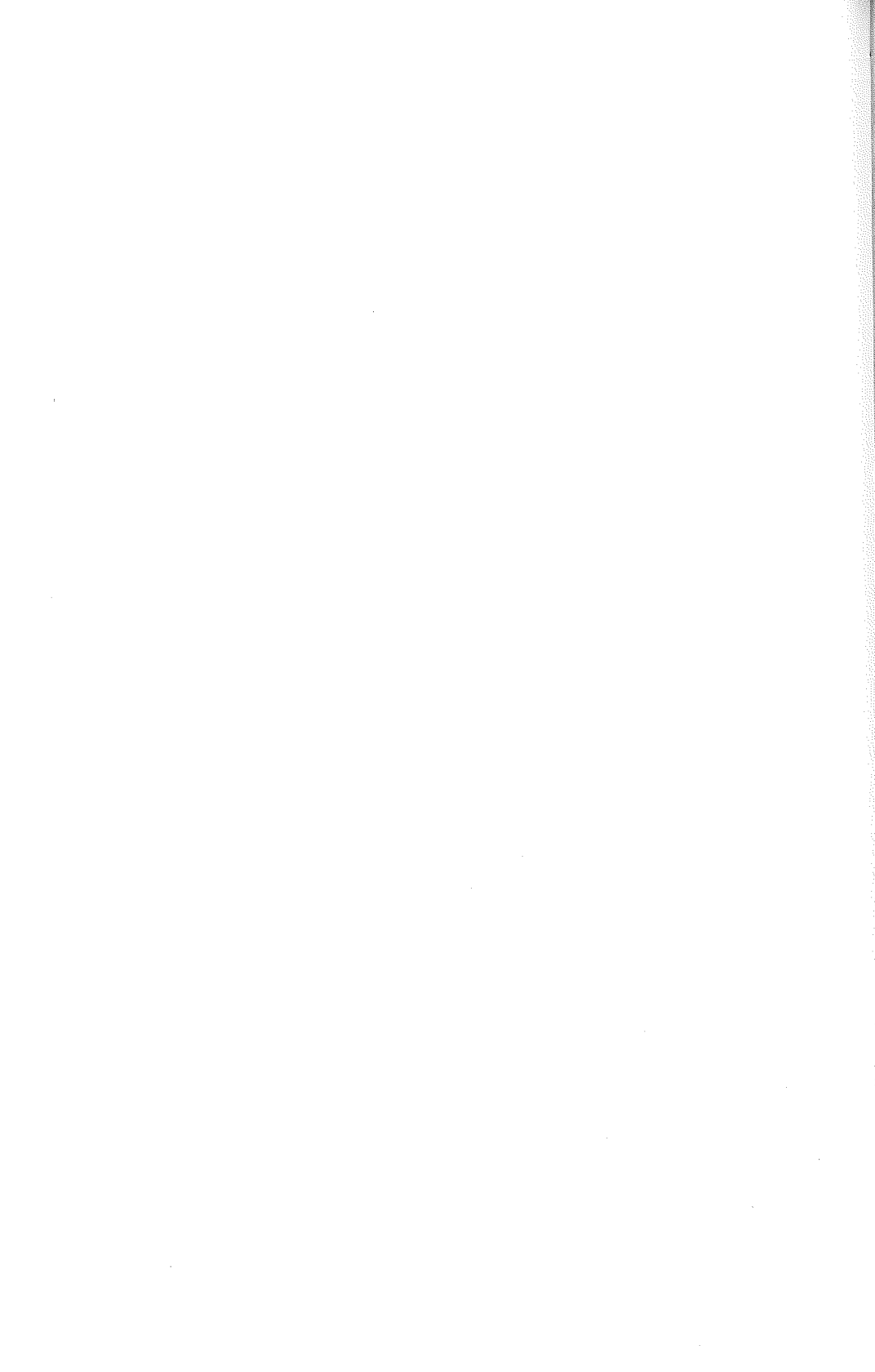
gina, se fastidió echando de menos el bullicio del colegio. Los primos eran tímidos, chinchosos, criados entre las faldas de la madre, y ésta, dispéptica, regañona, le tenía ojeriza. A cada paso, su voz estridente gritaba: "este condenado me está perdiendo mis hijos"; y en la mesa, todo medido, sin derecho a repetir, él, que después de las *mosucas* del colegio, tenía ganas de sentirse *pin-pin*, sonándose la piel de la barriga como un tambor; ¿y no había inventado ¡mal rayo lo partiera! que del pollo, su presa preferida era el pescuezo, y a chupar carreteles le condenó mientras los demás engullían tiernas pechugas, sabrosos mulos y alas, deleitándose con el amargor del palomo, de esos pollos silvestres nutridos con hierbas aromáticas? En las vacaciones siguientes, se quedó en el colegio. Allí estaba más a sus anchas. Don Marcelino vigilaba menos y se emborrachaba en el grado tal, que una noche, con engañifa por supuesto, le zamparon en el cepo. ¡Cómo bramó el viejo inquisidor hasta que el propio Padre lo libertara!

En los primeros exámenes de fin de curso, Antonio demostró los buenos elementos aportados de su pueblo, ganó varios premios. En septiembre ascendió. Por otra parte, el río Tomás había mejorado de situación económica y le enviaba la comida; así, tres veces al día, los muchachos repicaban su *goleta*. El Padre le hizo monaguillo y lo trasladaron al dormitorio de los que pagaban, próximo al departamento del rector, con altas ventanas enrejadas a la calle de la universidad, desde las cuales se espiaban los patios de las casas fronteras. Entonces, alternaba levantándose a las tres de la mañana para ayunar a misa, confesaba y comulgaba con más frecuencia, y en las fiestas solemnes, en ayunas, se desvanecía de rodillas en las duras gradas del presbiterio. En la prima-noche, novenas, salves, tercios. ¡Cómo escamoteaba padres-nuestros y ave-marías rodeado de beatas hediondas a *andullo* y a cucaracha! Empero, de las frecuentaciones de la iglesia, de las suntuosidades litúrgicas, ninguna huella queda en su espíritu. Fue, en realidad, un oficiante desaparegado, atento más que a las puertas del Paraíso a *capar* el dinero que los feligreses depositaban en el cepillo, engullirse los recortes de las hostias, y aprovechar los cabos de velas y cirios para fabricar gallos y boliches. En las procesiones, con la sotana de púrpura, hacía notar por sus travesuras: si le confiaban el incen-

sario, balanceándolo de manera que las brasas cayeran sobre la gente apiñada en las bocacalles del trayecto, si la naveta, echando el incienso en cantidad producía humo negro y el olor ingrato. Al cabo de dos años, cansado de encontrar aquel diablillo en la sacristía, y tras una maldad de a folio, el Padre le arrojó a puntapiés, y púrpura y sobrepelliz dieron en el calabozo, finando su servicio religioso sin haber cultivado la matita de mística reseda. Mas, en cambio, fue un buen alumno, inteligente, aunque desaplicado; predilecto de los profesores, quienes en él vinculaban el éxito de los exámenes; acumulaba *sobresalientes*, y cuando de gala, en el gran salón de actos, reuníanse las familias de los alumnos, los jurados y los profesores, reventaba de satisfacción, sintiéndose alabado cuando atravesaba el salón con su carga de premios. ¡Si en tales instantes triunfales le hubiese visto su madre, que en el pueblecito batía el dulce de leche sin cesar para vestirle; si le hubiese oído, de puntillas en la tribuna, pronunciar con genial desenfado el discurso en español, pues es esas ocasiones recitábanse hasta en latín, griego, francés e inglés, para maravilla de la concurrencia! Cierta vez, el colegial a quien se le confió el griego, se le olvidó el texto pacientemente aprendido, y sin vacilar, seguro de que sólo el catedrático caería en la cuenta, conjuró los verbos *ser* y *amar*, y descendió saludado por salva de aplausos entusiasta, mientras el maestro, encarado como *pitahaya*, le fulminaba con las miradas.

Los éxitos le acercaban más y más a las puertas del plantel, alentando envidias y rivalidades. Sus conocimientos podían más que su cuerpo, y en veces, no podía reñir por parejo con quien remataba una disputa con un "tu tío es un ladrón", aludiendo a que aquel era empleado de aduana; pero sí castigó siempre, sin medir el tamaño del contrario, las injurias alusivas a su madre. Estas punzábanle conmoviéndole hasta las lágrimas, y el *hijo de...* expiraba bajo su puño en los labios ensangrentados, cuando una piedra certera no le rompía la cabeza al infamante. El escozor de semejantes agravios removíale las entrañas haciéndole llorar entre las sábanas. Cuando un enemigo caído le gritó que su padre fue al lugarejo a darse baños porque estaba podrido, le mordió, le pateó, le escupió, con rabia hasta dejarle túmido el rostro; mas el dardo, su primer dolor de hombre, permaneció muy adentro.

A medida que sumaba ciencia, le placía más la soledad. La Historia le enseñaba con sus espejismos el secreto del poder, sus placeres y sus beneficios; en los guarismos que escribía con tiza en el pizarrón, resolviendo problemas aritméticos o ecuaciones algebraicas, presentía la fuerza del oro; empero atraíale con sus encantos de poesía y misterio el estudio del cielo. Estas nociones científicas alimentaban su mente, encalabrada por la lectura de las novelas de capa y espada que le prestaba el guardián complaciente de la biblioteca pública anexa al instituto. Sus imágenes de la gloria y la grandeza humanas vagamente supuestas, eran dos estampas: la una un cromó, Pío XI promulgando el dogma de la Infalibilidad, en el concilio de mitras deslumbradoras y Monseñor Strossmayer irguiendo su rebeldía en el púlpito; la otra un grabado de *El Coreo de Ultramar*: el entierro de Víctor Hugo, de quien se había sorbido *Los Miserables*. En las tardes, durante el recreo, Antonio apartábase de los entrenamientos propios de sus años, y recogíase con un libro en una apartada celda del patio, en la cual las lianas habían tejido una hamaca. Instalado en ella, leía con avidez, y, de rato en rato, entregábase a divagar, imaginando una vida gloriosa de luchas y triunfos. Vefase muerto, en un féretro, seguido de tropas y de muchedumbre, o bien subyugando hombres; y en duermela delicioso, enredábase en mil cálculos por los que llegaba a ser presidente de Francia. Rompía el silencio una lagartija reptando entre el follaje, y que, de repente, levantando el cuerpecito que lucía al sol la membrana traslúcida del cuello, atemorizada quedábase mirando a aquel poderoso, hasta que una ráfaga al retozar con las anchas hojas de los bananos, le ofrecía deada de miel en el áspero cáliz de las flores.





#### IV

Corría el año 1886, que por cierto no fue de gracia. Presidía la República un general de treinta años, con fama de valor e inteligencia. Meses atrás, la Capital estupefacta vio cercada la casa del ex-presidente Guillermo, herida su señora, muerto un yanqui y él, perseguido, después de apagar a tiros las lámparas, escapar por los patios, huyendo hasta ganar la provincia de Azua, en donde alzó en armas y, vencido por su rival Heureaux, acosado, solo, a la postre murió por su propia mano.

Dos candidaturas presidenciales se disputaban el triunfo. La una proclamaba a Ulises Heureaux, alias Lilís, que ya había ejercido la magistratura, y quien, aunque huérfano de popularidad, tenía en su haber los resonantes éxitos militares del Cabao y Boca del Vía. Era inexorable, no retrocedía ante los obstáculos ni le temía a los muertos; sus virtudes: audacia, energía, valor; además, la gente ignorara creíale brujo. La otra, a Moya, joven de atractivo talante, laborioso, inteligente, con algo de *donjuanismo*, congregó en torno suyo a los *azules* liberales, a la juventud recién nutrida por las doctrinas de Hostos, y a cuantos poseían aspiraciones y soñaban con el progreso, aun cuando en las mismas filas militaran, sirviendo de cimientos a la empresa, conmlitones de los tiempos pasado, y Benito Monción, señor de horca y cuchilla de Línea Noreste.

La atmósfera se caldea pronto, y los periódicos, recogiendo las palpitaciones de ambos partidarios, soplan las llamas. La tarde de un domingo, entre estandartes, banderas, músicas, vivas y cohetes, desfila por las calles brillante y numerosa manifestación *moyista*. Los adictos se agradaban luego, repitiendo que cuando la cola estaba en el arquillo de la calle Santo Tomás, ya la cabeza había alcanzado la plaza de la Catedral por la del Conde. A la octava siguiente, fue el turno de los *lilisistas*, inferiores en cantidad, en banderas y en indumentaria. Los Comités Centrales dirigían con tesón la campaña, y al pie de los Manifiestos impresos, apretábanse millares de firmas de vivos y difuntos en pro de cada uno de los candidatos. A las adhesiones sucedíanse las protestas por usurpación de firmas. A la oratoria cordial de Federico Henríquez y Carvajal, pugnando por Moya, oponíase el ingenio del poeta Scalan y el del coplero popular Juan Antonio Alix, que servían a Lilís en décimas chispeantes. La juventud recién salida de las aulas de San Luis de Gonzaga y la primera hornada de la Escuela Normal, rociaban la arena con su partidismo ardiente, en el cual confundíanse el amor a la ciencia y las simpatías por el caudillo. Ambos candidatos tenían para su guarda y defensa escolta de valientes. En la Librería, frente al parque, en la mañana y al crepúsculo, tertuliaban hombres notables, llevando la voz cantante, con el imperio de sus nobles pasiones, Mariano A. Cestero y José G. García, más agresivas en el uno y no menos tenaces en el otro. Y el mismo Presidente solía concurrir aportando comentarios picantes, exprimidos de la malicia campesina y de la observación urbana. Referíase, cierta mañana, con calor, que en la casa de Lilís, custodiada por centinelas, había aparecido escrito con carbón un letrero que decía: *abajo el negro mañé*. García opina que sólo el propio Lilís podía haberlo puesto, a lo cual opuso el Presidente: "no, el negro llora de noche". Y un coro de carcajadas acogió la ocurrencia maleante. Una madrugada, Moya montó a caballo, tomando el camino del Cibao.

Por las ventanas del colegio entraban las lenguas de fuego que abrasaban las calles. Los externos traían el eco de los sucesos, de las conversaciones y disputas escuchadas en las salas, y el vocerío de las fiestas cívicas transponía los altos muros. En las aulas, se dividían en *moyistas* y *lilisistas*, y entre los plátanos, a pedradas, se libraban batallas.

Antonio, cuyo tío es partidario de Moya, se siente solicitado por este candidato a quien había visto alguna vez jinete en potrero overo de larga cola, y que no se cayó un día que se le encabritara. Además, entre todos los que luchaban en la prensa y la tribuna, su tipo predilecto era uno de sus profesores, el fogoso, altivo, Miguel Angel Garrido.

Los comicios duraron tres días del mes de julio. En la capital, los *moyistas* protestaron. Apoyado por la autoridad, un negro lacertoso y bellaco, con un gran perro al lado, en el atrio mismo del Palacio del Consejo, en donde se efectuaba la función electoral, coaccionaba. Votaron las tropas, primero de uniforme, después de paisanos. A los campesinos se les afeitaba, y trasvestidos, cambiaban de nombre para sufragar dos veces y hasta tres en un colegio, amén de repetir en San Carlos y Pajarito, se les conducía en rebaños, y en las propias barbas de las Comisiones fiscalizadoras le sustituían los votos. Los boletines por Moya lucían en el reverso los galanos colores nacionales, los de Lilís, la imagen de Nuestra Señora de la Altagracia. En todos los pueblos de la República ocurría otro tanto, perteneciendo la supremacía al grupo que contara con la autoridad. En pequeñas comunes se registraron miles de electores, y de una se cuenta que el Comandante de Armas, sentándose a la mesa de la Comisión, puso en ella su clásico machete de cabo y arengó: "señores, las elecciones son libres; pero al que no vota por el compai Lilí, le trozo la cabeza".

El 21 de julio se pronuncian Moya en La Vega y Monción en la Línea. Se organiza con actividad una columna a las órdenes de Lilís para combatir la revolución. Un mediodía, se conmovieron los rocosos cimientos de la ciudad: había explotado la dinamita que dos franceses preparaban aceleradamente para Lilís: en las rendijas de los tabiques de madera, en el techo de la casa junto al mar, se encontraron piltrafas de carne y los troncos cercenados. Heureaux salió una hora más tarde al frente de sus tropas. Y las propagandas comenzaron en la medida de la expectación. Villanueva le espera en el "Sillón de la Viuda", se afirmaba, y ya se le veía caer en la emboscada en aquel estrecho pasaje de la montaña. Billini, candidato a la vicepresidencia, fue preso y muchos otros más. El Gobierno cae al primer empujón, se decía, y se combinó un golpe de mano;

pero delatados, una noche, fueron cercenados en las casas donde estaban reunidos y capturados los jóvenes que debían realizarlo. Las más disparatadas noticias corrían de boca en boca. Lilís entró en La Vega desocupada previamente por Moya. El sol alumbró una mañana la ejecución sumarísima de tres presos políticos, y por la calle del Arquillo, en el *negrito* (ataúd común del Hospital militar), pasaron los tres cadáveres destilando sangre. Los ciudadanos pusieron sordina a las voces, practicando el *cuarto* evangelio con sigilo. En alta noche, las alegres canciones de una parranda rompen el silencio, suena un disparo de revólver. A la mañana siguiente, la estatua del Gran Almirante de la Mar Océano, que sobre el pedestal de granito, frente a la Catedral, esperaba el momento solemne de la inauguración, aparece, caídos los lienzos sobre el zócalo, y un balazo en la cabeza, señalando hacia el Cibao, como si el escultor, al extenderle el brazo en tal actitud, hubiese previsto los sucesos de aquellos días...

En la segunda quincena del mes se celebraron los exámenes. Antonio había estudiado poco. Ahora a las diversiones del patio se unía el interés por las noticias políticas; sin embargo valióse de mañas con su natural despejo: soplab a los vecinos para que oyese el examinador y protestaba cuando lo hacían con él, granjéo los *sobresalientes* de costumbre, y en la repartición de premios recitó el discursito, y un cuarto de hora después estaba en el calabozo, pues le habían sorprendido escondiendo en su pupitre los dulces que le cometía brindar a la concurrencia. Pasó las vacaciones en casa del tío Tomás. ¡Buenos tiempos aquellos! Conquistó la negrita sirvienta de la casa. El tío Tomás, aunque *moyista* puro, conservaba su empleo en la Aduana, porque, según argüía, era amigo particular del Presidente.

Las nuevas llegaban del Cibao con asombrosa rapidez. No existía alambre, pero, sí el telégrafo da los campesinos. Los de ambas facciones las aliñaban según sus deseos, enmarañando la madeja de las propagandas, y el Hoyo de Lima, La Ceiba de Madera, el Aguacate, lugares que Antonio ignoraba a pesar de sus estudios de geografía patria, se hacían familiares a causa de los pleitos en los corrillos queriendo transmitirlos telepáticamente al caudillo. La muerte de los generales Cartagena y Tavá-

rez, aplanó a los *moyistas*, pues eran tenidos por hombres de empuje. ¿Por qué habían dejado llegar a Lilís hasta La Vega? se interrogaban. En tales hablillas, entreteníanse, tratando de explicarse el retroceso de la revolución. De día y de noche, por las calles trajinaba gente de armas. Tomás García y Linares, Comisarios de policía, eran el espanto de los *moyistas*. Cuando rondaban por una calle, los escondidos salvaban los muros medianeros preparándose a correrías por toda la manzana. Las lavanderas: domésticas en los patios cantaban:

*General Benito  
Yo se lo decía  
Que en el Aguacate  
La vieja salta.*

*Si tú eres Moya,  
Yo Lilt,  
Si no te gusta,  
Yo pá mí.*

Aquellas vacaciones fueron realmente las últimas de su infancia. Desatendido de la caza de mariposas y lagartijas, sólo le halagan las conversaciones de la tertulia de su tío a la prima, y organizó, bajo su jefatura, los *mataperros* del barrio afectos a Moya, y a pedradas en la Sabana del Estado, extra-muros, o en Galindo, con guayabas, debatían sus prematuras controversias políticas, hasta que una noche, un negrito, jefe del enemigo, le hirió con una lezna en la rodilla, hasta el hueso. Menuda follisca se armó en la casa; curada y vendada la herida, el tío Tomás, con el paraguas viejo, le sacudió el polvo. También solían ir a la brida, saqueando los ventorros, para lo cual, mientras unos distraían con regateos a la ventorrillera, otro clavaba un anzuelo en un racimo de *guineos*, o en un haz de cañas y hasta en un tocino, para después, tirando el cordel escabullirse con la prensa, en tanto la burlada llenaba la calle con el escándalo de sus maldiciones; o bien, concertaban una riña entre dos de corpulencia distinta, el mayor esgrimía un garrote, cuya punta había sido embadurnada de la más ruin materia. El pequeño exigía: "sin palo", y la disputa se prolongaba

hasta que un transeúnte intervenía, ¡tanto mejor si era una beata! El del palo le suplicaba que se lo agarrara y cuando éste así la punta, tiraba de él y corrían todos como alma que lleva el diablo. El olor avisaba al emporcado su mala ventura. También, provistos de un cordel que mantenían tenso de acera a acera, y corriendo en dirección contraria a los pasantes, les derribaban en el arroyo.

Fue Antonio, con sus secuaces, la desesperación de aquel Hilario, manco, y fañoso, a quien gritaban *ángel de un ala, gallina de una pata*, y quien les apedreaba con furia, y de Rivié, siervo y beato de la Catedral, con voz de emasculado, descaecido, los fondillos flojos, larga americana de dril, entontecido por aquellas burlas.

En casa del tío Tomás, congregábase en las primas noches, en la puerta del patio, al abrigo de miradas inquisidoras, una mano de amigos íntimos y correligionarios, los cuales glosaban a su antojo las noticias del día. Desde luego, que las propagandas daban jugo sustancioso a la charla, y cada uno desarrollaba allí sus inéditas aptitudes de estratégico, criticaba las operaciones militares y exponía su plan, el único que produciría el triunfo en *brinco y medio*, según la gráfica expresión. Para unos, el gran golpe habría sido prender al Presidente Wos y Gil cuando estuvo en La Vega:

—Y no hay que darle vueltas, ha sido esa una debilidad de Casimirito.

—No, pues que Alejandrino es *azul*.

—Bueno, y ¿por qué no esperarían, caray, a Lilis en el Sillón de la Viuda? Eso sí era darle en la yema.

—Pero, compadre, si ese fue el plan de Villanueva, pero Mariano Cestero se opuso, sosteniéndole a don Pablo, en su misma cara, que no era hora de hacer *capú*.

—Las intransigencias de los sabios nos perderán, hay que ser prácticos.

—No y no, Mariano tenía razón; don Pablo es *rojo*, y, si llega primero, puede entenderse con Gautier y Damián, y *aployarnos*.

—Todo eso será así; pero lo que yo sé es que revolución que no avanza retrocede.

—Y Guelito, caray, el hombre de Santiago, que se deja prender asando batatas. Eso me da mala espina.

—Pero chico, no seas pesimista, ¿cuándo se ha visto perder una revolución que baja del Cibao? ¡Ya verás sorpresa uno de estos días! Les contaremos un cuento a estos *lilises*, cuando vean al manquito volver con el rabo entre las piernas. Y si se perdiere de momento, los Tiburcios se meten en las lomas y será como cuando la de Los Pinos, y le darán mucha agua a beber al Gobierno.

—Ah sí, porque esos son como el *maquey*, hay que darles candela.

—Dejémonos de ilusiones. El negro es brujo.

Y se relataba entonces que Lilís poseía dos muñequitos, a los cuales consultaba en unión de la vieja María Vicenta Pavillo, que vivía en una casita semejante a un palomar; y de Mauricio Vega, zambo sexagenario, de hirsutas barbas de troglodita, habitante de un bohío de yaguas en el patio del ex-convento de Dominicos, rodeado de laureles-rosa de sangrientas flores tóxicas, el cual transitaba por las calles, en compañía de una nietezuela, cuyas escrófulas rebosaba en hojas y sucio barboquejo.

Y suerte que no pudo llevar la *dinasmita*, como dice Luperón, que si no, *hicotea mea domine*, no nos salva ni la Chiquitica de Higüey, concluía uno.

Una noche cae en la tertulia, como piedra en charco de ranas, una vieja, de almidonada bata de prusiana, muy ancha, la cabeza envuelta en un abrigo de los que llaman de piel de cabra, que le emboza el rostro, con aspecto de lavandera en solitud de algo a cuenta de la ropa. Cuando se descubre, el asombro rompe en carcajadas estrepitosas. Es uno de los amigos, que se ha escondido, y con tal disfraz sale a tomar lenguas.

—Pero chico, qué imprudencia.

—Sólo a ti se te ocurre esto.

—¿Y si te topas con Tomás García?

Y las miradas escudriñaban recelosas, no ande por allí el temido esbirro.

El recién llegado refiere el fastidio del escondite, las carreras por los techos, salvando paredes, algunas erizadas de fondos de botellas, y los accidentes por las calles esquivando las puertas abiertas, y al fin pregunta:

—¿Pero qué hay de nuevo y de cierto, caray?

—Hombre, dicen...

—Sí, “dicen que viene y no viene ná”, como cantaba el viejo Silverio claveteando las suelas, en tiempos de Báez, y le mojaron las nalgas con agua salada.

Antonio, desde su rincón, en la penumbra, inmóvil para no ser advertido, escucha ávido, sin perder palabra. En tales noches, no le importan las diversiones callejeras, y olvida que le aguarda con sus caricias silenciosas la negrita oliente a aceite de coco.



V

La llave gira en la cerradura, el cerrojo rechina en las anillas, chirrían los goznes y la puerta parte, al abrirse, la estera que la luz ha extendido sobre los ladrillos. El alcaide entra, portador del cestillo de mimbre, y seguido de un penado astroso.

—Uenos días.

—Buenos días.

El carcelero, barcino, reconcho y vulgar, macizo, sesentón, con el manajo de llaves pendiente del cinto, avanza hasta la mesita.

Antonio, por hablar, por oír una voz humana siquiera fuese la propia, interpela:

—¿Quién lo trajo?

—El viejo...

Se encamina a la mesa, evocando la figura de aquel negro viejo, con ancas de eunuco, belfos flácidos, y húmedos, argollas de plata en las orejas, quebrada cintura, que caminaba a trancos, puesta en la cabeza la tabla de *pan de gloria*, que pregonaba por las calles al son de:

*Pan sobao... é.*

*Tostaíto... é,*

*Pa tomá con té,*

*Pa bebé café.*

Como en la casa hay criados, él se presta a traerle las comidas, casi por caridad. La cestilla, desflecados los bordes y rotas las asas por el trajín, contiene el desayuno. Sin duda que el alcaide lo recibió a las ocho de la mañana y se lo sirve a la diez, después de un registro minucioso. El preso, habituado a tales penalidades, extrae la cafeterita de hoja de lata, un pan partido en dos, untado de mantequilla norteamericana, y una *arepa* de maíz amarillo. Entre bocado y bocado, sorbe por el pico el café frío; mientras el penado carga en hombros el *baché* con las excretas que, agitándose, expanden sus pestilencias. El alcaide se balancea en el mecedor. Tiene ganas de charlar, pero la altivez de Antonio le cohíbe. Siempre seco, nunca le da pie. Masca callado con desgana visible. Tras el último sorbo, el preso le recomienda:

—Mande decir a casa que me envíen ropa limpia y libros.

El alcaide recoge la cesta y de un tirón cierra la puerta haciendo sonar con fuerza el cerrojo y la llave.

Supino sobre el catre, Antonio ensarta de nuevo el hilo de sus recuerdos.

Cuando el 1° de septiembre volvió al Colegio, cambió de clase. Sus compañeros fueron entonces jóvenes que le superaban en más de tres años; él era el único que vestía aún calzones, y por cierto que, encogida la tela por las continuas lavadas, se le *engarabitan* por encima de las rótulas, sin que a su vez la chupa bajara más allá de la rabadilla, obstinada en durar sin estirarse a la par que el dueño. Dos simientes trajo en el espíritu, las cuales, al fermentar, le habían de distraer de los estudios: las pasiones políticas hervorosas, en cuyo ambiente respiró durante las vacaciones y que continuarían entrando en ráfagas por las ventanas, y la imagen de una muchachita, hermana de uno de los condiscípulos, entrevista en el patio en las visitas de los sábados, y a la cual había hecho platón al sol y bajo la lluvia en la esquina, y escrito cartitas, que arrojaba al balcón cuando estaba sola. En ambos frutos en agraz mordió con ganas, y sus jugos acidulados le producían sensaciones perturbadoras.

Comenzó de nuevo el desfile interminable de los días. Las noticias se reflejaban en las caras de los externos que repetían lo oído en sus casas, y así, adobadas por los intereses de cada

bando, difundíanse por aulas y claustros las alternativas de la guerra hasta que se supo que Moya y Monción habían traspuesto la frontera. Lilis había triunfado, y al entusiasmo en los *mo-yistas* sucedía el temor a las persecuciones y venganzas, que con la altanería de los vencedores, avivarían los odios.

Antonio, a fin de ganarse las *motas* para los *jalaos*, que compraba por un agujero practicado en un muro del patio, por donde se comunicaba con una casa del vecino callejón, y las golosinas que traían las dulceras, puso mesa de memorialista, escribiendo las cartas amatorias que los compañeros enviarían los domingos de salida con las criadas, o lanzarían los audaces con su propia mano. Así se inició en las letras, y la tarifa que regía su industria marcaba sus admiradores: en las de a tres por un real, se refería a César y a la conquista de las Galias; en las de a *medio*, a Napoleón. Un profesor encomió un borrador que le fue aprehendido en un libro de texto. Sus compañeros le distinguieron, y, a su vez, se sintió superior a ellas, aumentándose sus simpatías por aquel de sus maestros que tenía en los tobillos la huella de los hierros, y traía a las aulas el rumor de sus polémicas, que escribía en la mesa desvencijada de la clase las cartas a la novia, y la prosa inflamada y restallante de sus artículos, soplos caldeados del ágora. A solas, Antonio, ensayaba sus gestos, el porte viril de su testa, deseando imitarle en todo. Ningún elogio le placía tanto, y su satisfacción rebozó el día en que le encargara repasar la lección: parecióle recibir el mandato de comunicar a los demás la influencia que le dominaba; sin embargo, era una simple lección de geografía, en la cual las maderas tintóreas de Chile se mezclaban con aquellos nombres de ríos y montañas que las hazañas estupendas de conquistadores hispanos y libertadores americanos han hecho célebres. Cierta día le pilló aceptando una dádiva, *un medio*, para perdonar una falta. La pluma, que en tal momento lanceaba al tirano, cayó sobre el papel. La recia palmeta de roble se alzó indignada, aduriéndole la diestra pecadora. Ningún castigo le dolió tanto. Lloró con ira aquella debilidad, que le rebajaba ante su modelo.

Entre los profesores se contaban un extranjero libre-pensador, tenaz, laborioso, quien, ¡extraño contraste! siendo probo, caía en servilismo político nada grato —jamás tuvo simpatías

de sus discípulos, a pesar de la largueza con que les repartía en premio libros y dinero y de que nunca les pegó;— y otro, nutrido de ciencia, timbre del plantel del cual procedía, un tanto indiferente a la inquietud de aquellas adolescencias, que seguía las explicaciones dibujando a la pluma, y si las truhanerías le sobornaban, les echaba. Además, por las aulas pasaban de tiempo en tiempo figuras errantes de proscriptos o traídas por el oleaje de la vida, a los que el espíritu filantrópico del Padre Billini acogía. Dos no olvida Antonio, al venezolano Miguel E. Pardo, cuando hacía sus primeras armas con la pluma, el recuento de cuyas campañas periodísticas y duelos les distraía en la asignatura de lectura razonada que regentó, y un inglés, alto, de fluvial barba blanca, pulcro, las manos finas, que decía descender de los Courtenay de las Cruzadas, y profesaba las de francés y astronomía en mal castellano. Tales aves de paso, arrojaban una semilla al azar, o dibujaban en sus memorias perfiles que al discurrir de los días les hacían reír o añorar.

Antonio cumplió los diez y seis años. Se creía un hombre y reñía con los profesores, y hasta con el mismísimo don Marcelino se atrevió, colgándosele de las barbas.

¡El Prefecto no les inspiraba ya temor! La tos, rompíale el pecho cavernoso, sacudíale, y los chicos, con el ardimiento de la sangre nueva y sana, alzaban el puño.

Transcurrió un año más. La reclusión pesábale. En las noches se escapaba con dos o tres de los mayores para asistir a las zarzuelas que en el Teatro de la Republicana se presentaban, o recorrer los barrios en busca de *sancochos*, en la época en que se celebran las fiestas consagradas a los patronos, y arriesgábanse de cuando en cuando por el de las meretrices. Tascaba el freno. Las lecturas en la quietud del patio excitaban sus ansias. No le bastaba vagar, quería realizar, e impaciente medía el lapso que le separaba del fin del curso, de cuyos exámenes saldría armado Caballero de la ciencia con su título de Bachiller. ¡Cómo se pondrían la madrecita, que en el pueblo riente, mueve y mueve la paila de dulce de leche, y la novia, pues había sido correspondido por primera vez, y por intermedio del hermanito de ella recibía cartitas que le sabían a almíbar!

El carnaval de este año señala un hito en su existencia, delumbrándole primero con su lujo, e hiriéndole luego hasta pro-

vocar su indignación. Eran los días del *Empréstito*. Aquello no se había visto jamás. Los diablos cojuelos, de tosca careta, cencerros, puercas vejigas, descalzos, sustituidos por pandillas organizadas por jóvenes. Antonio formó en una de ellas. Todos los diablos del mismo color, rojos o negros, lucían carátulas finas, profusión de cascabeles, y campanillas, y racimos de grandes vejigas de vacas, bien infladas y hasta limpias. La vieja *roba la gallina*, que enantes recorría las calles, con un macuto lleno de maíz en el brazo izquierdo y una escoba enastada en la diestra, seguida de vagabundos, que volteaban en cada esquina al grito de

*Roba la gallina,  
Palo con ella,  
Ti-ti-tí,  
Manatí,*

huía desalojada de sus dominios por las comparsas de indios emplumados y relucientes de cuentas, que en torno de un mástil encintado, enhiesto en las bocacalles, trenzan danzas, por las que remedan a los negros Minas, que en las Pascuas del Espíritu Santo venían desde su aldea fluminense de San Lorenzo a bailar sus tangos africanos al son de los cañutos, compuesta de parejas distinguidas que sobre tallos de caña brava bailaban con elegancia. Las mojigangas barrocas, de vecinos de los *solares* del Almirante y Aguacate, oriundos de Curazao, que acompañándose de acordeón y güira vociferaban hasta altas horas de la noche

*Rumbamba, rumbamba,  
Mi caballero,  
Rumbamba, rumbamba,  
Por ti me muero,*

callan corridas a la vista de la máscara que figura la Cámara de Diputados, tan perfectamente imitada que pocos hablan y hasta copian el físico de algún representante popular, o pasmadas por el espectáculo de un navío que navega sobre ruedas; y los grupos de dominós, payasos, frailes, monjas, murciélagos y Parcas, que disfrazando la flor y nata capitalena de seda y raso,

alegran y perfuman la calles en la primanoche y bailan en las casas donde hay piano. Los engalanados coches de plaza y los particulares, en las tardes del domingo, lunes y martes conducen al Presidente, a los notables de la política y del comercio, quienes derraman sobre las mujeres, sentadas en las aceras o asomadas a balcones y ventanas, copia de rosas, arroz pintado, confites, pomos de esencia, ovillos de hilo, objetos de fantasía, muñecos, y en el ardor del combate, cuando en las tiendas hay que pueda servir de proyectil más o menos galante. La locura carnavalesca, alimentada por las libras esterlinas del banquero holandés, agitaba las manos de los privilegiados que al sol primaveral encadenaban la autonomía financiera de la República. Antonio, se sintió arrebatado por el torbellino, recibió y devolvió los objetos que esparcía la insensatez desde los coches; pero cuando el Miércoles de Ceniza puso la cruz en las frentes, apagando el júbilo de los cascabeles, y el viento barrió los restos del arroyo, pensó con tristeza y vergüenza que su maestro, preso en la Torre del Homenaje, por haberse opuesto en la prensa al Empréstito, le reprochaba su debilidad, y con el mismo impulso que le empujara días atrás bajo una careta bicorne, escribió un artículo corto, cotejando las teorías de los economistas sobre el empleo reproductivo de los empréstitos con las escenas de Carnestolendas, y las flores y joyas con que los magnates, divididos en banderías adversas, obsequiaban a tiples y coristas en el Teatro, para terminar amenazando a aquellos con el anatema de los Padres de la Patria. Lo copió con su mejor letra, enviólo a *El Eco de la Opinión*, y al siguiente domingo le deleitó la lectura de su prosa de estudiante, ceñida a las reglas de la Retórica. ¡Cómo había manejado los tropos! ¡Y qué sonoridades tenía su nombre impreso! El lunes temprano, los sabuesos de la Gobernación le husmearon; pero contra ellos prevalecieron las puertas de San Luis Gonzaga y la cólera del Padre Billini. El tío Tomás, que conservaba su empleo en la aduana, y de quien las malas lenguas echaban las cuentas del sueldo con sus gastos y los ahorros convertidos en casas, vino a verle y le regañó, aconsejándole: "muchacho, déjate de lirismos, y sé prudente, que Lilís no olvida ni perdona".

En julio se graduó, pero no le fue dable ir a abrazar a su madre; debía permanecer en el asilo del Colegio. Leyó con furia,

sin orden ni método, incitado por los títulos o la fama de los autores, mezclando los juristas con Sué y Víctor Hugo, los economistas y los poetas, deleitábanle los versos de Mármol contra Rosas, los doce Césares de Suetonio y los discursos de Castelar. De tales graneros, extrajo algún provecho, indigestando mente y memoria de hechos y nombres históricos, frases rotundas y palabras sonoras y brillantes, que luego habían de vibrar en su prosa con redobles de atambor.

Después, ingresó en el profesorado, sin vocación, como medio de vida, hasta la tarde de un domingo en que, a la salida del circo de toros, tensos aún los nervios por las lances de la corrida, un oficial de la Policía le puso la mano en el hombro a la voz de "venga conmigo, de orden del Gobernador"... Lilís tiene, en verdad, excelente memoria. Ese día y en el mismo sitio, se hicieron numerosos presos: decíase que Moya y los expulsos se movían. Desde entonces, ¡cuántas veces había entrado por la puerta monumental de la Fortaleza ascendiendo las gradas de piedra de la Torre! Unas por sus escritos, otras por conspiraciones o porque acaecían levantamientos en el Cibao. Su nombre figuraba en las listas de la Gobernación y, cierta vez, se le inculpó conjuntamente con otros correligionarios del incendio de la cocina de un bohío de San Carlos. Había habitado todos los calabozos de la torre: éste, el de *Peinado*, donde Báez mantuvo durante seis años al general Jacinto Peinado; el del *aljibe*, húmedo, casi subterráneo; el del *pañuelo*, que tiene la forma de un pañuelo esquinado; la *Capilla* con su ventanillo que permite robar al celo de los carceleros el espectáculo de unos metros de calle; el de *Colón*, donde se dice, sin ser cierto, que fue encerrado el Descubridor por Bobadilla; el del *Profeta*... ¡Qué horror! ¡Entre estos muros siniestros, en este ambiente mefítico, había vivido lo florido de su juventud, enterrando sueños de gloria y amor!





## VI

A la hora meridiana, la atmósfera escalda en la celda. Antonio, boca arriba, el busto desnudo. El calor le angustia.

—¡Que vida! ¡Ni una ráfaga, ni una gota refrescantes; y Dios sabe hasta cuándo!

—¡Ah! libertad tan querida, tan ansiada...

¿Siempre le oprimirá la tiranía, que obliga a los ciudadanos a andar encorvados y mudos, cual si fusta candente brillara amenazante sobre las cabezas gregarias? ¡Y a tal rebaño de castros, el tirano en sus papeles públicos y él en sus artículos denominan pueblo dominicano!... ¿En dónde están los varones? Y la simiente de hidalguía, ¿se ha podrido acaso en el fango? Sin embargo, a menudo caen espigas al surco, a pleno sol en el caldoso, o en las sombras, en las propias calles capitaleñas, y hay aún, pocos en verdad, corazones leales que en el exilio y en la misma tierra palpitan por la patria. Del ochenta y seis a acá, cuántos tráfugas, si ya casi no restan nombres que tachar entre los firmantes del manifiesto sustentador de la candidatura Moya-Billini. En la rebotica de la Librería, en su telar de encuadernador, Enrique Peynado señala con una raya en un ejemplar del manifiesto a quienes se pasan, mientras don José, a través de sus lentes, escudriña la rúa comentando los sucesos cotidianos, y escribe la historia en humilde pupitre de pino, manchado por la tinta nada más. También Lilís no desdeña entremeterse de ra-

ro a la tertulia, con su voz meliflua, sazonarla con uno de sus cuentos, de doble intención, que corren de boca en boca por el país entre risas y alabanzas. ¡Parábolas del Anticristo criollo!

—Y la prensa, ¿qué es? se interroga Antonio. Ni entidad, ni poder, ni cosa que lo valga. Semanarios anodinos, un diario de información, revistas literarias efímeras, y hojas impresas, más o menos periódicas, que un italiano industrioso edita; y hoy ni éstas... ¡Cuántas plumas rotas! Los paladines del ochenta y cuatro contra Gollito, y los del ochenta y seis contra Lilís, peregrinan unos por playas extranjeras, otros anotan cifras en los libros del comercio, y algunos, hartos de ayunos, se han apropiado al festín; mas a pesar de la ola de cieno calcinante, aún combaten péñolas: Eugenio Deschamps, Miguel A. Garrido, cuyos penachos han atraído tantas veces el rayo. Pero, ni siquiera se es libre para elogiar, ni se anuncian los movimientos de los cruceritos de la armada. Es un círculo de hierro al rojo blanco, y en que se descuida se achicharra.

Y por todas partes, en lo más recóndito, la mirada de Caín que penetra hasta el fondo. Ni el hermano es de fiar. Las paredes oyen, espían. Enmurado yace el pensamiento. La vida es una pesadilla. Y las esperanzas se alejan cada vez más. Moya, después de nueve años de destierro, arruinado, regresa caducas las aspiraciones. Luperón, con todos sus prestigios de caudillo restaurador, derrotado y burlado en los comicios de 1888 por atabales mandingas, tocados a las puertas de sus comités electorarios, destruida la edición del primer tomo de su autobiografía en oculto auto de fe por la propia mano cesárea, desaparecido por siempre bajo el oropel de los funerales. Marchena, fusilado en La Clavellina, tras un año largo de prisión, por haber lanzado su nombre al debate en 1892... ¿Quién, pues, el caudillo mesiánico?

¡Y cómo le escuecen a Antonio las fatigas electorales del 92! Lilís había promulgado su decisión de retirarse del poder. —Estoy cansado —afirmaba. Ya no hacía el cuento de la novia y la escalera; se disponía a bajar a pesar de pesares. Se pensó en oponerle el rico comerciante Juan I. Jimenes apoyado en la espada de Máximo Gómez. Los *lilisistas* se dividieron en partidarios de Nanita y de Figuereo, cofrades. Una tarde, el cañón anunció la muerte del primero, ministro de Guerra y Marina.

Las gentes cargan el cadáver a la cuenta de Lilís; sin embargo, no era ese el momento, había ocurrido a destiempo, pues según expresión del mandante, "ese era el saco en que iba a co-ger toíta la oposición". Figuereo, ducho en hermenéutica criolla, retira su candidatura. Surge entonces la de Tomás D. Morales, que sólo él tomó en serio. Eugenio Generoso de Marchena, llega de París unos días antes de los comicios y presenta la suya. En derredor de su bandera reúnen cuantos de veras anhelaban la caída de Lilís. Se le atribuye carácter, valor, riqueza, conocimiento de la estructura íntima de la tiranía, agregándose: "Lilís le teme".

En los días de las elecciones, Antonio recorrió las calles a caballo, cabestrero, arrebiataba sufragantes de San Carlos y Pajarito al Parque Colón. Los ánimos se enardecen. El segundo día hubo las protestas de rigor. Y Lilís, irritado, en la esquina frente a la Casa comunal, en donde la campaña tañía convocando a los ciudadanos, arrebató a uno de sus agentes un puñado de votos, rómpelos y ordena: "que no voten más mis electores". La candidatura Morales-Rivas había triunfado. Marchena, días más tarde, en el muelle, al embarcarse provisto de pasaporte diplomático, fue preso; y en seguida, también Antonio y los principales partidarios. Empero, la comedia no había terminado allí. Lilís reúne a los generales y gobernadores del Cibao, y les anuncia que para evitar efusión de sangre, el general Morales había resuelto renunciar a su favor. Al pobre candidato le dejó entelerido tan estupenda declaración. ¡De buena había escapado!

—Lilís logra el máximo de poder. González, ministro de Relaciones Exteriores, se fuga en un cañonero español y denuncia tratos para arrendar a los Estados Unidos la bahía de Samaná. El 27 de Febrero, el Pacificador inaugura su tercer período, y por ante las tropas formadas frente a la Catedral, va a prosternarse en tanto el Prelado entona el Te Deum bajo las naves góticas. Y, de allí en adelante, el telón se alza para la tragedia, la ruta está indicada por cadáveres. Marchena y ocho más en Azua. Una hora después de la ejecución, Lilís convoca al pueblo en la plaza de armas y, trepado en una mesa da la horrible noticia: ¡todos eran azuanos! y muestra una bomba, que dice preparada contra él. Pide un cuchillo, y abriéndola con sus propias

manos, descubre las entrañas explosivas. Y sin tropas, permanece una semana, transita de un lado a otro, de día y de noche; audaz, no le teme ni a las iras de los hombres ni a las espinas de la guazábara.

Tres años más tarde, Ramón Castillo, ministro de Guerra y Marina, que reside en Macorís del Este, acusa al Gobernador Estay de tentativa de asesinato en su persona. Lilís le llama a la Capital. En el Consejo, Castillo, mulato bravo y soberbio, gallea. Lilís le soporta arreglándole el revólver que el otro se ha echado hacia adelante, le hace un cuento, que a las claras dice: "tú, a mí, no me matarás". Luego, los lleva a un careo, los apresa y transpórtalos a su *patio* de Macorís y, en La Punta, fusila a Castillo, en presencia de Estay, negro ardidado y zahareño; y cuando éste, que cree su prisión fingida, porque así se convino, dirigiéndose al director de la ejecución, exclama: "General, ¡así se hace justicia!", éste le responde: "pues ahora es tu turno", y en la misma orilla quedan derribados ambos, cuyas rivalidades animó el Pacificador. Lilís reúne luego a los notables en la sala de actos de la Gobernación, les anuncia la nueva espeluznante, y confía el gobierno del distrito a un leguleyo. Cuantos de sus amigos, engañados por sus propias manifestaciones, alentaron la ambición de sustituirle o se acercaron a otro candidato, afirman con la elocuencia terrible de sus muertes, que el poder es suyo y nada más que suyo. A él no le importa que sus tenientes roben, maten, violen; pero ¡ay, de quien busca con sus actos el aura popular o tiene veleidades políticas! Lilís no les perdona que pongan *pedras* en ajeno bien o colchón de plumas para caer. Isidro Pereyra y Joaquín Campo, gobernadores provinciales, mueren, el uno en la calle, al salir del teatro, el otro en un camino. Su voluntad cargó las armas asesinas. Y Pablo Mamá, que vive, a pesar de la autoridad que inviste, en los montes de Neyba en casa inabordable si no reconoce al viajero, y taimado y matrero, ojea las sabanas, observa las huellas, detuvo la mula ante un gajo tendido en la vereda, y allí se abatió fulminado por la emboscada. La villa que conserva en su sociedad la tradición de los caballeros fundadores, la da como feudo a un negro sin letras, bigardo corajudo. Así, en todas las regiones, mantiene la enemiga entre la autoridad y el pueblo, y es, centro del sistema, el árbitro supremo. Formidable tela de araña que

se extiende por todo el ámbito de la República; insaciable pulpo que chupa oro y sangre.

Antonio tiembla al considerar la trama de intereses ingentes, de la cual el sátrapa es remate. Toda culpa tiene en él refugio. La avaricia, medro. Dispone de las vidas como le peta, y el oro le acorre porque incita la angurria pagando dos y tres por ciento al mes por los préstamos que se le hacen. Su vida y su poder significan el goce pacífico de tales beneficios. Todos son sus cómplices. ¿Y quién resiste a sus órdenes? Un panzudo y repulsivo esbirro, muere en las calles de la Capital, a manos del Jefe de la Policía nocturna, porque no cumplió una de aquellas órdenes de exterminio. ¿Y quién protesta, si él, aunque dice riendo, que no leerá la historia, demuestra horror por la letra impresa? En la propia cabeza Antonio lo ha aprendido. ¿Y no se cuenta, que en la fosa del poeta Juan Isidro Ortea, ejecutado preagónico, Lilís arrojó un ejemplar del periódico en el que éste le atacara, murmurando palabras vengativas? ¿Y no murió envenenado en esta cárcel (acaso en este mismo cuarto), Custodio Santo, pobre negrito, por un artículo mal pergeñado? ¿Y en el extranjero, no ha recibido Eugenio Deschamps dos balas en el pecho, y Abelardo Moscoso puñaladas en la espalda?

Así ha creado el silencio. Emite papel moneda sin garantía. Un dólar vale veinte pesos en billetes. Las cosas alcanzan precios fantásticos. El país se arruina, mientras él afirma en discurso que esa moneda es tan eficaz contra la avaricia como la de Solón. ¿Y quién chista, si los cadáveres aconsejan resignarse? Las vidas están a merced suya y el oro es su aliado.

No obstante, hay que derribarlo, se dice Antonio. ¿Y cómo, si suyos son los hombres de armas, si ha rendido o muerto a los adversarios, y tiene dinero, parque y pericia? Una idea le martilla las sienes. Pero, ¿quién sería capaz de la hazaña libertadora? ¿En dónde está el héroe que matando, y tal vez muriendo, redima? ¡Quién sabe! Un escalofrío le sacude. Recuerda una escena trágica. En el ardiente crepúsculo, en el patio de la Fortaleza, mira a Manuel Cruz Bobadilla, marmóreo, rubia la barba, el panamá inclinado hacia delante, encarnar el pelotón. Se le acusó de fraguar la muerte de Lilís. El tirano, presencia el fusilamiento. El olor de la sangre le embriaga, las narices se le dilatan, le chispean las pupilas y ordena imperioso: "traigan a los

otros". Ansía sangre, toda la sangre. Voz amiga le recuerda cuánto cuadra a su grandeza la clemencia. El negro poderoso se enjuga, con ademán felino, frente y nuca. Los conjurados descienden. ¡Son los que van a morir! Pero no, la fiera, calmada, les muestra como lección saludable el cadáver del compañero, amortajado por las rosas del sol occiduo. Él es el amo. Impera por el hierro y por el oro.

Antonio, conmovido por tal recuerdo, siéntase al borde del catre. Sus propios pensamientos le infunden pavor. ¡Sin embargo, un día será! Cuantas veces se abre la puerta, se interroga: ¿ya? Si despierta al conticinio, en escucha de los más leves ruidos, espera la visita de los ejecutores que, al pie del *Aguacatico*, que fructifica a la vera del río, le darán cuatro tiros o, si come, sospecha que los manjares han sido envenenados. Se oprime la frente entre las palmas; luego, sacude la altanera cabeza, desahogando el dolor y la cólera impotentes en un grito mudo: "¡maldito negro!"

## VII

El ruido de la puerta al abrirse, arranca a Antonio de su soliloquio. El alcaide entra con la cantina del almuerzo. El preso, en pie, retira la cuchara y el tenedor de estaño y, uno a uno, los platos, y arrimando una silla se sienta a comer. La sopa, cubierta por una capa de grasa fría, la carne guisada y el plátano salcochado, duros como suela, el arroz con habichuelas tan revuelto, cual si le hubiese escarbado una gallina. El carcelero se desploma en el mecedor, la camisa desabotonada. Gotas gruesas de sudor le corren hasta la empella, cintilando en los pelos de tetillas y ombligo. Resopla como un escualo varado, y después de aspirar con fuerza, exclama:

—¡Caray, qué calor!

Antonio engulle a prisa, callado.

El alcaide continúa:

—Mañana voy a ver cómo te paso al Salón; allí estarás fresco y te divertirás mirando pal río y pal corral de los criminales.

—Se lo agradeceré mucho, papá Quin.

—Sí, hombre, caray, que ya tienes un año aquí. ¿Cuántas veces te han metido?

—¿A mí? quince con ésta; pero nunca he permanecido tanto tiempo ni tan solo.

—Ahora hay pocos presos políticos. La República está como una balsa de aceite.

—¿Y qué hay de nuevo? —inquire.

—Na; no pasa na. El Generai está por el Cibao, y el Palacio vacío. Cuando él se va, no parece ni que hay gobierno.

—¿Y en qué anda por el Cibao?

—Dicen que a recoger la papeleta. Eso de la papeleta, sí que no me gusta. Figúrate, caray, que estos zapatos me han costado cien pesos hace una semana, y hoy, con un peso, no se compra en la plaza una libra de carne.

—Y el comercio ¿qué dice?

—Ello, repinga su miajita; pero al que no coge el billete, ya tú sabes. —Y se pasa el índice por debajo de la papada, haciendo una mueca lúgubre.

—Pero esa situación es insostenible, —replica Antonio con viveza.

—No creas na, muchacho. Lilí sabe más que los blancos de la Impruvén y les sacará más cuartos.

—Pero el país es quien a la postre pagará los vidrios rotos; usted, yo y todos, que con los derechos por las nubes no ganamos ni para comer.

—Yo ni entiendo de eso, ni me meto. El Generai lo arreglará to; con él no hay quien puea.

—¿Usted cree?

—¿Que si lo creo? No jeringues, muchacho, si aquí no ha parío madre otro igual, ni lo pare. Déjate de caballás y arréglate con él. Mira que yo los he visto, que mordían las rejas de rabia, salir de aquí y al otro día ser papacotes. A más de un gobernador le he remachao endenantes buenos pares de grillos. Será Presidente hasta que se muera. Ese negro es el demonio y no hay quien se menee.

—Dicen que es brujo —le interrumpe Antonio.

—Ello pué que lo sea. Lo que te digo es que sabe más que yo mismo lo que pasa en la cáice. To se lo cuentan o lo adivina. Yo tengo un compadre seibano, que cree que Lilí es *galipote*.

—¿Y qué es eso?

—Ah, caray, ¿tú no sabes lo que es un *galipote*?

—Palabra que no.

—Pues un hombre que tiene la virtud de volverse animal: perro, gallo, hormiga; y dime si con un marchante así, hay quien se atreva.



—Pero de veras, papá Quin, ¿usted cree en eso?

—Te diré: yo no lo he visto, pero mi compai sí. A él, siendo pedáneo, le dieron la orden de prender a un vividor de su sección, que era brujo, y al pecharse con él, cerquininga de una mata de la sabana, se volvió puerco.

Antonio rompe a reír. El alcaide se incorpora y concluye:

—Sí, ríete; pero oye lo que te digo por tu bien: arréglate. No seas sonso, mira que Lilí está untao y no le entran las balas.

—¿Y la que le pegó en la nuca en El Cabao?

El barcino, que arrastra los pies, cierra tras sí la puerta. Antonio se queda de nuevo frente a la realidad atroz, que la conversación con el carcelero ha hecho aún más evidente: la potencia de su enemigo.

¿Cómo ha escalado la presidencia este hombre, hijo de haitiano, nieto, por la madre, de un prócer venezolano, según se dice, con un poder tan absoluto? ¿Qué hado le solivia constantemente desde las aventuras en la frontera sur, más que de guerra, de abigeato, hasta el Palacio?

Antonio se explica que dominaran Santana y Báez; ¡pero Heureaux!...

Los veinte y dos años de la ocupación haitiana habían subvertido las costumbres patriarcales de la colonia en aquella época denominada "España Boba", poniendo en íntimo contacto nuestra sociedad débil con el invasor fortalecido en una guerra feroz, distinto de origen, idioma, tradiciones y costumbres. Su presencia en la Española arroja al Continente y a las Antillas españolas, la cultura y la riqueza; clausura la Universidad, arruina los templos y rompe los pétreos escudos nobiliarios de los portones señoriles. La empresa separatista ofrece campo propicio a Pedro Santana que, nativo de la frontera, odia al haitiano, y en cuyas manos puso la espada libertadora el consejo de los conservadores, temerosos de los sueños de los jóvenes duartistas. Por buenas y malas artes, descuella, siega laureles y se abre paso al poder. Porque había sido jefe de milicias y tenía, por consiguiente, el hábito del mando, se le confía la dirección suprema de la guerra, y porque hubo de vencer, le escogieron por caudillo los *afrancesados*, es decir, los que por no confiar en la capacidad del dominicano para el gobierno, buscaban las fuerzas necesarias en el protectorado de una potencia. En su

hato del Prado, del cual vino y a donde caído o alejado del poder, solía retirarse, aprendió en la lidia con los toros las mañas que sirven para sojuzgar pueblos. Es un hombre del agro; para él valen el árbol y el ganado más que los ciudadanos. Encarna el principio de autoridad. En 1847, un decreto castiga el robo con la muerte, sin que los procesos sean conocidos por los jurados, y cuatro meses después se ejecuta a Bonifacio Paredes, culpable de haber robado un racimo de plátanos. Cuando el enemigo de allende la frontera y los del lado de acá le asedian y se despeña en la anexión a España, su voluntad en la diaria brega con los subalternos y con los capitanes generales que le substituyen, rompen las reglas de la disciplina; y se indigna cuando uno de aquellos oficialitos rosados, de brillantes uniformes, corta una palma, el árbol más útil de la tierra, porque engorda al cerdo con sus granos, brinda al hombre para regalo del paladar la pulpa tierna del palmito, yaguas y tablas para fábricas, y a las abejas exquisito licor. Voluntarioso, bravo, zorro, bufa como los toros; fuerte cuando manda, es el mismo que sus contemporáneos han visto acoquinado, con un par de chancletas debajo del brazo, en el muelle, camino del destierro, y que desposeído de la autoridad que venera como a cosa suya, muere sin honor en la patria anexada.

Báez, que es alternativamente amigo, sucesor y émulo de Santana, es una figura de jefe nato. Rico por su casa, con la acometividad de los mestizos, en la época haitiana ha sido corregidor y diputado. Su valor cívico es grande. Cuando en el curso de una discusión tumultuosa, el Presidente Jimenes invade la sala de sesiones del Senado con un grupo que esgrime pistolas, espadas y puñales, produciendo confusión inenarrable, Buenaventura Báez que preside, con ademán de petimetre se descalza para no ensuciar la mesa del bufete, y de un salto, erigiendo sobre ésta su pequeño cuerpo, se impone a todos y restablece la calma. Su caballo es el mejor, y él cabalga con maestría. En su mansión reina la abundancia, y en aquel tiempo de pobreza, en que los personajes más conspicuos se sientan en las primas-noches a tertuliar en las puertas vistiendo ropas viejas, él come en vajilla de porcelana de Sevres, a franjas rojas, —el color de su divisa— pintada a mano, y con sus iniciales doradas. Cuida de mantener su predominio: cierto día, uno de sus

edecanes se le presenta calzado con botines de charol, iguales a los suyos; imperioso, le ordena quitárselos y le increpa por su falta. Cinco veces le alzan sus partidarios hasta la presidencia, sin que una sola, en las tantas revoluciones que acaudilla, aparezca en los campamentos. En el peñón de Curazao, bien regado, espera que vayan a buscarle para ofrecerle el poder conquistado a costa de la sangre de sus huestes fascinadas. Cuando pasea por Europa, escribe a los que vagan hambrientos en el exilio, sus triunfos en las Cortes: ha bailado un rigodón con Isabel II; Luis Napoleón le promete cinco mil zuavos que, equipados y pagados por el emperador francés, le restaurarán en el poder tan pronto como arregle la pendiente cuestión de la Iglesia, para lo cual tiene concertada entrevista con el Papa. Y tales epístolas se leen con deleite, y son creídas, y aquellos hombres se lanzan al campo, y de nuevo, Báez, figuración del principio aristocrático del Orden, rige la República.

Heureaux aparece por primera vez en la Historia, apuntando con su arma al general Salcedo, en la plaza de Moca. Durante años es uno de tantos guerrilleros; un oficial, criatura de Luperón, aunque no tiene como éste ideas, ni ideales, ni le escudan las sergas de la guerra restauradora. Valor y audacia, sus méritos. Castigo de propietario depredado o desquite, le ha roto lo diestra de un tiro. Es el dardo que desde Puerto Plata, Luperón imperante dispara contra el Palacio de la Capital, y dos veces, a la cabeza de tropas cibañas entra triunfador en ella. Cuando sus corifeos le creen instrumento dócil, él se sirve a sí mismo, limpiando su camino, e implacable, cumple el mandato siniestro, sin borrar la vida del propio cuñado, que captura y fusila. Suave, meloso, achícase, meliflua la voz, tolera desórdenes, al alcance de todos los abrazos, se mete al fin en el Palacio, y una vez en él, granjea cómplices venciendo, compra y mata; pero no veja ni se abandona a sus pasiones realizando venganzas inútiles. Él sabe olvidar agravios, aprovechar al enemigo de ayer y penar al traidor; premia con largueza a los servidores; procede por cálculo; frío y profundo psicólogo, conoce los hombres y los maneja como a títeres. El oro y el hierro adquieren en sus manos virtudes inagotables, y disimula sus preocupaciones de raza, rodeándose de blancos. Cuéntase que el famoso violinista negro Brindis de Salas, de paso en Santo Domingo, fue multa-

do por infracción a las ordenanzas de policía. El Presidente Heureaux intervino condonándole la pena. El artista le visita para darle las gracias y le enristra enfática peroración, expresándole cuán orgulloso sentíase de que uno de su raza hubiese llegado tan alto. Lilís, con un relampagueo que de sus ojos le corta el hilo, apoyándole la mano en la rodilla, termina la audiencia con esta frase: "Mire, ño Bindis, venga otro día, que yo estoy hoy muy ocupado". Negro es la palabra más ingrata a su oído y el insulto que jamás perdona...

Entre apoteosis, Antonio ha visto expuesto el poder de Lilís. Después del fusilamiento de los nueve en La Clavelina, recorre triunfalmente la República, agasajado, honrado por todas las ciudades, y al regreso a la Capital, saludado por salvas de cañones y discursos de ancianos, mozos y señoritas. Desde el río hasta la Puerta del Conde, y desde la colina de San Miguel hasta el mar, la ciudad se adereza para recibirle. Las casas tendidas de colgaduras, en balcones y ventanas la bandera nacional luce la alegría de sus colores, y calles y parques tejidos de garambainas, guirnaldas y palmas. Los empleados fieles erigen un castillo en la esquina de Palacio; el Ayuntamiento, la colonia española y la prensa, alzan arcos bajo los cuales, periodistas y damas, le piden la libertad de los presos políticos; el Concejo le prepara un banquete; en su honor se convida a los niños a un bazar; se hacen obras de misericordia; se queman fuegos artificiales: iluminánse las plazas a la veneciana; se pintan y empaquesan las embarcaciones, y una cadena que ostenta la inscripción "Paso al progreso" cierra la barra, para que, cuando entre en la ría, la rompa el crucero "Presidente" a cuyo bordo está el feliz magistrado; el poeta nacional le da la bienvenida, y tres generales le saludan en malos versos impresos en seda y desfila por entre soldados de gala hacia la Catedral.

En la prima noche, un viento fresco agita las banderas, desgreñando el follaje de sauces y laureles tachonado de farolillos. Los vecinos, al acostarse, atrancan puertas y ventanas. El mar, furioso, escupe sus espumas hasta el faro. Después de las doce, el viento silba, brama, ruge, sacude las puertas, descuaaja árboles, derriba casas. La lluvia impetuosa inunda. De hinojos, ante las imágenes iluminadas por lucecillas votivas, las mujeres rezan: "Dios te salve María, llena eres de gracia". Los osados se

arriesgan a callejear. Por el arroyo corren torrentes desbordados, vuelan en las tinieblas planchas de cinc amenazando cercenar cabezas, y familias desvalidas abandonan las habitaciones destechadas. Las centellas alumbran la escena trágica. El viento y el mar acordan antífona estupenda. Es el Ciclón. A la mañana siguiente, las últimas ráfagas cimbrean los cocoteros y juegan con los restos de castillos, arcos y adornos. Los árboles arrasados impiden el tráfico por los caminos vecinales. "¡No hay leche!" gritan las madres ante las cunas tibias. Clamor de miseria surge de los hogares en ruina; mujeres desoladas buscan los hijos perdidos; rimeros de tablas, de planchas de cinc, cumbreras de bohío, herrajes de balcones, amontonados; hembras encinta, hombres contusos; los faroles por tierra, y los laureles del Parque mostrando al sol sus raíces. Y el Pacificador, incansable, va de puerta en puerta pidiendo a los ricos una limosna para los pobres...

Desde que la banda de cornetas y redoblantes ejecutó la *Diana* en la Puerta del Conde, aquel 27 de febrero, espectación febril sacude la ciudad. Ni el mensaje presidencial leído por el propio Lilís en el Congreso, ni el *Te Deum*, ni la inauguración del nuevo edificio de la Aduana, ni la retreta con fuegos artificiales interesan a sus moradores. El baile de trajes que la *Sociedad Entre Nous* ofrece en el local del *Club Unión*, y que se anuncia magnífico, acapara toda la atención. Durante un mes ha sido pasto de las lenguas. Figurines y grabados, representaciones de personajes históricos, han corrido de mano en mano; se discute, modificanse modelos hasta elegir guardándose el secreto para evitar imitaciones. En las calles se advierte inusitado ajetrete de domésticas que van a las tiendas por muestras y telas, y en las primas noches de las muchachas que se afanan en busca de adornos y perendengues. En casa de las modistas, atareadas a no poder más, se reúnen a garrulear, dando entre risa y beso, su tizeretazo a las ausentes.

—Niña, María se está haciendo un traje de *Margarita*, todo de seda, pintado por ella misma.

—Le resultará un primor, porque no se puede negar que tiene gusto. ¿Recuerdas qué linda estaba en el baile en casa de...?

—Y Antonia P. de *Trovador*, de raso... ¡y qué avíos, chica! le costará un ojo de la cara.

—Quién como ella, si tiene el gobierno en casa.

—Y las... que te cuento van las cuatro, y con qué lujo, seda y piedras finas...

—¿Y tú?

—Ya verás, de *Locura*; pero chica, el viejo está imposible, se oponía al raso y ahora pretende que no le ponga cascabeles. Diz que las cosas están muy malas y no se cobran los alquileres de las casas.

—No creas nada. Dale duro en el codo para que abra la mano, que bien puede.

—¿Y tú?

—De gitana. Abelardo lo pintará.

—¡Una obra de arte!

Los caballeros no se han empeñado menos. Los sastres rechazan los encargos. Lechuga, transforma sin cesar crines de caballos en pelucas del siglo XVIII. Ricos y pobres, grandes y chicos asistirán a la fiesta. En las esquinas los jóvenes dialogan:

—¿Qué tal? ¿Has conseguido el traje?

—En ello ando. Tengo vendidos tres meses de sueldo y estoy negociando otros tres. No me salva ni la *burburaca*.

—Pues, ya estoy listo. Mi amigo, el ministro H..., me ha prestado su firma, en una letra a sesenta días.

—¿Y tú?

—Yo he comprado en casa de los Bazil un terciopelo blanco que por mareado lo dan barato; pero como de noche no se le ven las manchitas... Mis hermanas me hacen el traje de *Pierrot*, los borceguís rojos me los presta un amigo, y la golilla me la acredita Rocha Hermanos. La cuestión es ir, pues se lo he prometido a la muchacha.

—¡*Qué turpén eres!*

A las 8 de la noche, la acera frente al Club, está ocupada por multitud abigarrada. En los balcones y tejados vecinos, racimos humanos. A las nueve empieza el desfile de los convidados, los unos en coche, los otros a pie. Un rumor de admiración sigue por el amplio portal a cada recién llegado. ¡Cuánto lujo! Nunca viose una fiesta igual... Y con los comentarios picantes regodéase la masa pedestre.

Los tres salones del Club resplandecen iluminados *a giorno*. Lambrequines de papel de colores y guirnalda de flores natu-

rales paramentan los arcos de las puertas, los espejos recién dorados y las arañas de cristal; grecas enlazan las guardamalletas. Del brazo de los galanes las damas se pasean exponiendo sus gracias a la vista de los que han hecho del balcón tablador para contemplar el espectáculo. Cuando rompe el primer vals, se confunden, se entreveran armonizándose, luces, colores y líneas. Francisco I rutila, cuajado el sombrero y el peto de diamantes: es un ministro poderoso. Carlos V, es un banquero millonario; un centurión romano, lanza en asta y escudo al pecho, que no le solapa los vellos pectorales; reinas, hechiceras, trovadores, vampiros, palomas, esperanzas, floristas, margaritas, novias suizas, repúblicas, mariposas, rigoletos, poesías, musas, se deslizan, por el entablado pulido, entre los brazos de galanes caballeros de Carlos III, clowns y pierrots. El presidente viste calzón negro de seda, calza escaarpines de charol con hebillas de oro y medias negras, y se toca con sombrero panamá forrado de raso gris, en cuya cinta deslumbran gruesos brillantes y un espejito frontal. Le acompaña un alto personaje, que se ahoga ceñido por el frac violeta y la chistera gris embutida hasta las orejas, mostrando, mohino, gordas pantorrillas rurales. A su entrada, la orquesta toca el himno nacional. A *sotto voce* alguien pregunta:

- ¿Cuál es el traje de Lilís?
- Dicen que de etiqueta parisiense.
- ¿Y el del otro?
- De Lorenzo XVII de la Mascota.

Y las risas estallan a dúo.

En los huecos de los balcones aposéntanse las mamás que vestidas de colores serios como sienta a sus años y estado, custodian a las muchachas, y mientras éstas se divierten, ellas hacen trizas los elegantes trajes ricos. La envidia investiva.

—¡Mira a Fulanita, qué lujo! Después serán los dolores de cabeza y los cobros, si el papá no tiene en qué caerse muerto.

—¿Y esta Princesa? Pues si es fulanita, ¡quién se lo había de decir a su abuela, yo que la conocí de cocinera!

- ¿Y aquella mulatica, tan apurada, de dónde ha salido?
- No niña, es quimá pa sol.
- ¿Cómo?
- Que está quemada por el sol.

Y Zutanita, qué hermosa y bien puesta. No hay que negárselo, la pobre.

—Pero se está quedando, ya anda cerca de los treinta. No sé en qué piensan los jóvenes.

—Chica, pero si ha tenido tantos novios. Ahora la cargan con un ministro casado. Yo no lo creo, ¡qué va! pero la gente es muy mala y cuando el río suena...

—¡Ave María Purísima!

—¿Qué te sucede?

—¿No ves ésa, de azul marino, que está en aquel rincón?

—Sí, y...

—Pues que no es casada, y se atreve a presentarse aquí.

—Te equivocass, se casó hace dos semanas en intimidad, para poder acompañar las hijas a los bailes. Es muy buena.

—En mi tiempo no se veían estas confusiones. Cada oveja con su pareja; pero ya se ve, hoy todo está revuelto, ni sociedad, ni religión: lujos y nada más.

—Mira al negrito cubaneándose con... ¡y el tío expulsado! Fíjate con qué dulzura le habla él, y ella le pone los ojos en blanco. ¡Qué mujeres, Dios mío!

—Le estará pidiendo un salvoconducto para el tío.

—No seas tonta... una aduana para su padre.

Al terminar las piezas, algunos mozos se arriman a la cantina, en donde estacionan de preferencia los que no bailan; allí escancian champaña, y entre alegres risotadas relatan sus impresiones. Hay quien prefiere templarse con una copa de coñac o de ron del país.

¡La cuadrilla! ¡la cuadrilla! claman voces. En los tres salones se organizan sendas tandas. En varias sesiones ha sido esmeradamente ensayada. La tanda presidencial elige por escena el segundo salón, favorecido por mayor número de espectadores. El Presidente, ceremonioso, baila con garbo. Cuando avanza solo, luce su marcial apostura; no pierde un compás, sonrío a las lisonjas cortesananas murmuradas con un rictus que le contrae los labios bezudos, enseñando los dientes, fuertes y blancos... Con el ademán felino que le es familiar sécase frente y nuca sudorosas. Las damas saludan, se contonean con gentileza; los caballeros se mueven mecánicamente, temerosos de equivocarse. Al final de cada figura, las parejas de la cabecera indican la próxi-



ma, suscitando discusiones rápidas, pues un error es un delito. En la *Poule*, el golpe de un cuerpo contra el pavimento interrumpe la danza. Carlos V se ha desplomado, y junto a él ríe su compañera, deliciosa pastora de Watteau. El *buffet* se abre luego de la media noche. Con el ímpetu con que el ganado se escapa de los corrales tras el ordeño, desbordándose por los poteros, la multitud lo invade, atropellándose. Un viejo, sin desguantarse para no perder tiempo, traga pastelillos y emparedados; la grasa mancha la cabritilla y con la boca atestada, previene a los vecinos: "coman *turcos*, muchachos, que están número uno". Los pies aplastan melindres, dulces, aceitunas, caídos de manos impacientes. En la primera embestida, dos tinajones de frutas cristalizadas desaparecen. Por la escalera de servicio, al soslayo va un galán escondiendo bajo las faldas de la levita un *puddín* de dos libras. Por el balcón, amigos complacientes, arrían a los que están en la calle botellas de champaña. Las damas olvidadas, se indignan contra los *gandtos* que no las sirven. En su tiempo, afirman, no era así.

El General se retira temprano, sin probar una gota de licor; no hay en la fiesta quien le supere a cortés, baila con decencia sin arrimarse a las damas, y para todos tiene una amable palabra oportuna. Las ligas de la etiqueta se aflojan, cabezas antiguas se muestran sin peluca. La comparsa de los payasos triunfa con sus blancos *mamelucos* amplios, pintarrajeadas caras y cráneos, y en pechos y espaldas reptiles cabalísticos. El champaña atiza la sangre. La orquesta ejecuta con más brío; sus cobs y cuerdas excitan, sacuden, acarician mientras güira y pandereta cosquillean los nervios, aceleran los giros; y los labios secos, se cierran conteniendo un alarido de voluptuosidad revelada en las pupilas lánguidas, las manos calenturientas y las testas que desfallecen graciosas. A las cuatro de la madrugada, las últimas parejas descienden la escalera de mármol. El *carabiné*, danza final, es bailado con los chales sobre los hombros femeninos, las mamás soñolientas aguardan en el primer peldaño. Luego, en los salones desiertos, mustios, en los cuales penetra ya la luz blanquecina del alba, un grupo masculino apura las postreras copas. Dos poetas, venezolano el uno, dominicano el otro, improvisan a puja, y las rimas galantes cantan las bellezas de cuantas han zarandeado los corazones. Carlos V les es-

cucha complacido, en tanto que un pintor le embroma golpeándole el abdomen con el clac. El sol los derrota. Por las calles doradas, a pie, Antonio Portocarrero se dirige a su casa en compañía del cronista López que, a la tarde, reseñará en el diario la suntuosa fiesta mágica, y que con su disfraz de *pierrot*, calamocano, escandaliza a las beatas que salen de las iglesias, marcada en la frente la cruz de ceniza.

El recuerdo de la tercera de aquellas apoteosis, acongoja al preso. Érase el aniversario de la independencia. El Parque Colón, embanderado, enguirnaldado, rebosa de gente. Entre el Palacio del Ejecutivo y el sardinel de la plaza, elévase una tribuna a la cual se accede por amplia escalinata. En esa cima, el Pacificador se yergue, de gran uniforme, constelado el pecho de condecoraciones europeas y terciada la banda tricolor. Le rodean funcionarios y diplomáticos. Por los escalones asciende una teoría de capullos, infantitas en capullo, el pelo suelto, que personifican la libertad, la república, la justicia, las artes, y entregan al Presidente la espada de honor, costeada por subscripciones públicas. En la empuñadura de oro fulgen brillantes y rubíes. El Pacificador la ciñe, y su ojo de halcón contempla el concurso. ¡Es el Señor! Su hierro, esgrimido por su mano potente taja en la hacienda y en la carne del pueblo. ¡Es el Señor! El himno nacional vibra, y las tropas le presentan las armas...

Al amanecer, el Presidente se levanta, y en el baño comienza a recibir las primeras visitas, que entran a su morada por la puertecilla de la calle Luperón: el jefe del Cuerpo de Serenos, que le trae el informe de las ocurrencias de la noche, el médico que le pasa la sonda, amigos íntimos, proxenetas, espías. Luego, envuelto en una bata color de castaña, en la cabeza un gorro encarnado, aparece en el balcón de la calle de Las Mercedes a cumplir un dulce rito: dar de comer a las palomas realengas que se congregan allí, arrullándose y disputándose el maíz. Cierto día, una anciana enlutada, el manto a la cara, les perturbaba, obligándolas a alzar el vuelo, asustadas. ¡Es una madre que desde el arroyo implora por la vida del hijo, a quien en aquel mismo instante ejecutan en la Fortaleza! Con su voz suave, Liliís da los buenos días a sus vecinos, y de nuevo en sus habitaciones continúa las audiencias mientras se viste y desayuna. Es tan cuidadoso de su persona, se dice, que con sus propias ma-

nos hace la raya al pantalón. Es pulcro, no hiede, su continente es gallardo. A las 9 sale en coche, de américa negra de alpaca, chaleco blanco, corbata de color, pantalón de casimir a cuadros o de dril blanco, y fino jipijapa con estrecha cinta negra. Se sienta en el coche, tirado por yegua mora, con las piernas abiertas y la diestra manca apoyada en el bastón de concha de puño de oro. Va al Palacio. De paso, se detiene en casa de algunas de sus mancebas o con un mendigo o con algún personaje.

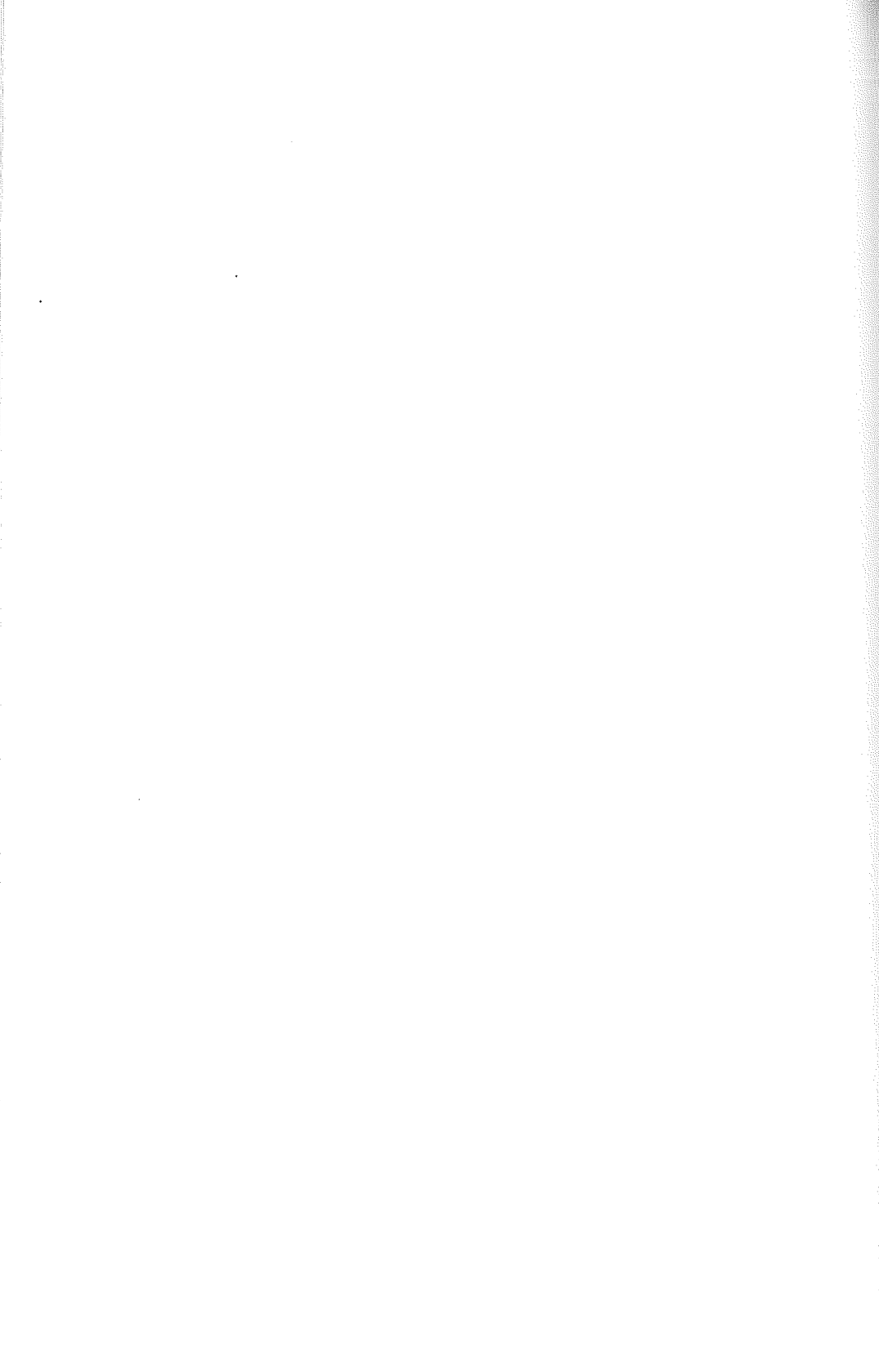
En su oficina de Palacio, en la cual trabaja sin descanso hasta las 5 de la tarde, con interrupción de una hora para el almuerzo, se contiene toda la vida nacional. En aquel sencillo despacho, sin lujo ninguno, en el cual le acompañan sus secretarios privados, recibe y escribe: es oficina de mandatario y de comerciante. Su capacidad de trabajo es extraordinaria, su actividad incansable, y teniendo excelente memoria, anota sin embargo cuanto le dicen y cuanto observa, escribiendo con hermosa letra la pequeña historia vil de su época. Si raptan una doncella, interviene para castigar o proteger al Don Juan, según le convenga. Casa, arregla los matrimonios desavenidos y divorcia; vela por la fidelidad de sus queridas y las de sus amigos; combina siniestros planes políticos y organiza bailes y bromas a los íntimos; con la misma pluma con que ordena una ejecución, firma una dádiva para una iglesia o una carta de amor. No cede a sus tenientes el puesto de peligro. El Erario es su hacienda: dispone de él. Toma dinero a préstamo al 3 por ciento mensual, y otro tanto paga a los fiadores de sus letras. Debe millones: no importa. Emite papel moneda, desvía hacia sus bolsillos las rentas y amontona deuda de millones sobre la República. De los diplomáticos extranjeros se aprovecha: les halaga, da la mano para agarrarles por el pie, y con el mismo desboco con que arregla los asuntos internos, trata las cuestiones internacionales. Minucioso, él mismo disfraza a los que en una tarde de carnaval encarga una alta obra de venganza; a quien ordena un asesinato, le da el caballo ensillado y le prescribe emplear el puñal, arma más segura que el revólver, y escolta en un crucero un balandro, convertido en patíbulo; e instruyendo a un gobernador supersticioso, para el asesinato de un hechicero, suminístrale dos cartuchos embrujados con una cruz en el plomo. Mantiene el arsenal bien provisto de fusiles y cañones; sus allegados

le prestan propósitos de conquista, y al efecto visita el vecino Estado con pompa, distribuyendo regalos; pero ello no empece para que firme protocolos secretos acerca del territorio discutido y negocie con los yanquis. Habla francés e inglés; es fino en sus maneras, e ignorante de las teorías científicas del gobierno y la historia de los pueblos. Crea instituciones a semejanza suya y a la medida de sus necesidades; no lee, aunque alguien asegura haber visto en su alcoba un libro de Núñez, el presidente de Colombia, acotado por él; y él mismo se jacta de que le inspiró la reelección de 1892 la lectura de la *Vida de Marco Bruto*, de don Francisco de Quevedo y Villegas.

Es un sátiro. En la capital mantiene diez y ocho mancebas, amén de las aventuras que la miseria y el temor le proporcionan y de las hetairas portorriqueñas. No conquista, compra. Blancas, mulatas, negras, de distintos países las posee. De París le han provisto una doncella, y ante su vientre fecundado, él dice riendo que necesita un hijo blanco para meterlo a cura. El ridículo de un cuerno, lo cobra con la muerte; cree mantenerse vigoroso merced a inyecciones de Brown Sequard y a pociones copiosas de Elíxir Godineau. Al crepúsculo pasea en coche por la ciudad, y lo mismo visita a un diplomático o familia principal o interviene en el milagro de una histérica o platica con una de sus barraganas, como prepara un fandango para que sirva de ambiente propicio al asesinato que a la media noche, bajo su inspección, cometerán los serenos en persona que le estorba. Estos, policías de seguridad nocturna, son el espanto del vecindario; ¡malhaya quien tenga que hacer con ellos! El culatazo es la expresión favorita de su autoridad y las carabinas que gastan se disparan solas. El Presidente ha premiado con cien pesos a uno que dio muerte, defendiéndose, y sin someterle a juicio, al jefe de su Estado Mayor, y castigó con el máximo del arresto al jefe del cuerpo por no haber obedecido la orden de hacer fuego sobre un baile de prostitutas en el cual habíase armado un zipizape y uno de cuyos concurrentes era el comandante militar de la plaza. En tales bailes, extramuros, se solazan la juventud elegante y los funcionarios del gobierno; el champaña y la cerveza desbordándose de las copas *enchumban* el piso; los hombres riñen disputándose las hembras, y cuando las querellas degeneran en trifulca, los serenos ocupan las puertas apun-

tando con sus armas sal interior, sin percatarse que haya o no ministros en la sala. Dos de éstos han sido cogidos en alegre compañía, en coches que pasean la ciudad con los faroles apagados; otro hace montar guardia a la puerta de una zorra para obligarla a serle fiel, y en el ardor de una de esas bacanales, eminente magistrado se ayunta sobre la grama con una grofa. En las noches, en traje civil o disfrazado, Lilís anda la ciudad, que vive siempre bajo su mirada zahorí, y en las de fiesta nacional se confunde con la multitud apiñada en el parque de Colón y se pasea de chistera, casaca de paño azul con botones de oro estampados con las armas de la nación. Él es el supremo árbitro, dadivoso y temido. Corrompe, humilla, impera.

Antonio al evocar tales escenas mide la pesadumbre que aniquila al país; la montaña hecha del almodrote de todos los crímenes, de todos los intereses y de todas las pasiones en cuya cima el tirano, látigo en la diestra, se yergue con su carnavalesco frac rojo.



## VIII

A las cinco de la tarde un ayudante del alcaide le trae la cena: en el mismo cestillo del desayuno, una poción de cacao, un mollete con mantequilla y un piñonate de coco. También le han enviado dos libros y un hatillo. A tragos gordos, intercalados con bocados de pan, Antonio sorbe el chocolate de agua. Luego, mientras paladea el dulce, hojea los libros, a la rústica: I de Zola, y *Cosmópolis* de Bourget. Tras la cubierta amarilla, lee manuscrito: Arturo Aybar. ¡Ah!, éste es envío de su amigo Arturo Aybar, que ha regresado de París. ¡Qué punto!... apóstol, luchador, intransigente, se transó con Lilís y hélo ahí cónsul de París. Cuántas veces, calentada por sus declamaciones ciceronianas, movida por sus insinuaciones, la pluma de Antonio atacó al tirano y fue encarcelado; en cambio, el predicador se metió diablo, y ahora le envía esos dos libros para que ellos le muestren en su celda los placeres que serían el precio de su conciencia: la tentación. ¡Si él quisiera, apagaría la sed de una sola vez! Y desata el lío envuelto en un ejemplar del *Listín Diario*: calzoncillos y camisilla. De la ropa blanca y lustrosa se desprenden olores de carbón y cera, y a través de los muros, mira él su mujercita inclinada sobre la tabla, que pasa con brío y paciencia la plancha: heroína silenciosa.

Y acogiéndose al mecedor, Antonio revive sus amores, tragedia sin sangre ni muerte, pero ¡cuán dolorosa!

¡Como la conoció Púber la veía, mañana y tarde, en compañía de una hermanita en dirección del Colegio "El Dominicano", desde la esquina, en donde él y otros hacían plantón para ver entrar y salir a las muchachas, sin que jamás atrajera su atención aquella chiquilla flacucha y sin gracia. Luego, la retiraron de la escuela, la fimbria de la falda tocó el calzado, y dejó de encontrarla, hasta un día de San Andrés.

Desde mediados de noviembre, la chiquillería se proveía de *tunas* en los batiportes anunciando el famoso día del santo crucificado, raya de rojo las paredes de las casas y las ropas de los compañeros y de las negritas sirvientas que transitan por las calles. La víspera se inicia el juego. En la mañana comienza la faena de preparar las municiones, lavando los cascarones de huevos que han sido cuidadosamente almacenados durante el año, y que en varias casas constituye industria. Sobre el brasero, en cazuela vidriada, se funden unas libras de cera, y en torno de la tina de agua de tuna perfumada con "Agua de Florida", se reúnen dos o tres mujeres, y mientras una llena los cascarones, la otra corta parches de trapo, redondos, que la tercera impregna de cera caliente y con ellos tapa los agujeros, entretanto un muchacho coloca aquellos proyectiles en cajones, canastos y barriles. Al mediodía, empieza el trajín de chiquillos que, con el *macuto* al hombro, vienen a comprar su par de docenas, con los cuales molestarán a las señoritas ventaneras, amagando hasta hallarlas descuidadas. El caserón revienta en la reja salpicándola, o en la pared chorreándola, o entra traidor, y sobre el corpiño de la hermosa pinta flor purpúrea, arrancándole un grito de susto. La ventana se cierra con estrépito. Al atardecer, algunos jóvenes, entusiastas impacientes, recorren las calles a pie o en coche y lanzan proyectiles a diestra y siniestra. En la noche la gente se recluye en las casas calafateando las rendijas, y se mantiene a oscuras los salones.

El día 30 desde el amanecer, los combatientes están listos. En las casas donde se juega, los criados acarrear agua de pozos y aljibes, colman bateas, baños, toneletes y latas que, transportados a balcones y azoteas, constituyen el material de guerra de la tropa femenina. En estas casas se congregan las muchachas. Los adversarios, vestidos de dril blanco o de colores desteñidos, en grupos pedestres o a caballo, o en coches, o en carretas, car-



gan los cascarones en barriles, canastas y macutos. Alguno de estos grupos lleva un charanga que con sus sones alegra la algarada. La mañana es propicia a los jugadores furtivos, quienes protégense de los balcones con los paraguas, se escurren con mucho tiento junto a las paredes, y cuando descubren una cabeza medrosa, en acecho del lechero o del panadero, disparan el cascarón que ocultan en el bolsillo y se escapan, en tanto detrás de la reja rompe un ¡ay! A las diez, ahí están las luchadoras en balcones y azoteas, cubiertas las miedosas con mascarillas de alambre. Desde el arroyo, los hombres sin cesar arrojan cascarones, a tiempo que de arriba cae sobre ellos una lluvia roja, azul, amarilla. La faena excita a ambos bandos; se grita, los cascarones vuelan agresivos. Los más pudientes, los ofrecen a las muchachas, y los proyectiles, blancos y frágiles, se entrecruzan innúmeros. De raro en raro, se oye un grito, y del balcón o de la calle se retira un combatiente con la mano en el ojo averiado. A veces el accidente es ligero; mas suele ser grave o por lo menos exige fomentos constantes y reposo. Cuando la lidia, entiéndase la ducha, inflama, los de la calle asaltan la casa. Las muchachas les esperan a pie firme, y se mojan cuerpo a cuerpo, se empapan, se sumergen en los baños, o se *empelucan* con polvos de color: hay quien haya dejado un diente o medio carrillo en el canto de una batea. Después de tales encuentros, fuerza es cambiar ropas ensopadas. Un armisticio para almorzar, que el combate se reanudará en la tarde con más bríos. A las cinco, algunos, no por más galante, sustituyen los cascarones con flores y confites; en la noche, éstos visitan las casas, rociando a las muchachas con polvos y esencias finas, y aquellos, armados de una jeringa, introducen por las rendijas o por el ojo de la cerradura, chorro que hace estallar las lámparas, o echan *pelucas* a los transeúntes. Sonadas las diez, muertos de cansancio, después de una confortante fricción de *bay-rum*, cada cual rememora en casa, delante de un pocillo de chocolate, los lances de semejantes horas de locura que dejan párpados hinchados, brazos molidos, manchas multicolores en las paredes, y en el arroyo briznas de cáscaras de huevos, amén de uno que otro herido de puñal o revólver, pues no todos reciben de buen grado, y más si no juegan, una libra de harina o de almagre en la cabeza. Tal era el inculto y deleitoso San Andrés, carnaval barato con que nuestros abuelos de la Colonia

se desquitaban por adelantado de las penas del Adviento, y que el progreso ha desterrado de las costumbres dominicanas, importando en cambio los bailes blancos.

En un asalto, Antonio se encontró de improvisto frente a frente con aquella chica, magra y nada bonita. Furiosamente se bombardearon con *higüeras* de agua, cerca, tan cerca, que sentían el calor de sus alientos. Se detuvieron, turbados, flácidos los músculos. Ella, apretados los dientes, le miraba altanera, retándole. El traje ceñíale las carnes, mostrando los pechos erectos y la cadera firme. Un golpe de agua en pleno rostro ahogó la mirada lasciva, y el galán respondióle con el botón de rosa roja que le adornaba la solapa.

El domingo siguiente, la vio pasar grave y serena, al salir de la misa, en el atrio de la Catedral, y así los otros domingos, hasta que por pascua de Navidad, la encontró en una *jaranita* en casa amiga, y bailaron una danza. No era una buena bailadora, pero ya le parecía simpática, graciosa: algo de ella entraba en él. La noche de San Silvestre, la casualidad los reunió en tertulia para esperar el cañonazo en la cena tradicional: *pastelitos, lerenes, mantí largo y congo*; y con las expansiones del año nuevo, entre los abrazos efusivos de los amigos, se insinuaron bromas denunciadoras de una afinidad alectiva, ya sospechada por los demás. Y Antonio comenzó a pasear la calle, a pararse en la esquina. El día de Reyes, organizaron entre varios un bailecito a escote, pidiendo la sala a una familia respetable, y ella le concedió el primer valse y una danza. Después, las fiestas finaron, y con ellas las ocasiones de hablarse. Continuó haciendo el oso, de plantón en la esquina y esperándola a la salida de la misa dominical, para llevarle la silla hasta la casa vecina del templo, que las presta, o en donde las guardan las que habitan lejos. Comenzaba a sentir impaciencia, el Carnaval parecíale demasiado distante y recurrió a las cartitas. Hubo de comprar la criada para que las llevase, la primera y la segunda le fueron devueltas sin abrir, pero la tercera presentaba señales de lecturas, y las restantes fueron bien acogidas. Ya tenía esperanzas. A veces un chubasco inoportuno interrumpía el plantón obligándole a guarecerse a escape en una de las casas o debajo de un balcón, entre risas y burlas de las vecinas fisgonas. Las malacrianzas del hermanito de la muchacha, a quien había de regalar *motas* pa-

ra dulces, y las puertas de la casa cerradas violentamente por la madre, decían a las claras que sus propósitos eran conocidos. Buscó un confidente entre las amigas de ella. Esta afirmóle: "le eres simpático; pero chico, tienes que darle pruebas, y además no le caes bien a la mamá". Alimentada la llama por miradas furtivas y sonrisas, discurrieron los días, hasta el Carnaval, cuyas tres noches aprovechó cambiando de disfraces para no ser descubierto por la vieja perspicaz. En el bullicio de las máscaras le susurró algunas palabras al oído, nerviosas, anhelantes, y sintió fuego en las manos de ella cuando estrechaban la suya. Pero eso no era mucho, necesitaba oírle decir que le amaba. Al fin, el 27 de febrero en la noche, el Parque Colón, rebosante de multitud que choca y se confunde, les fue favorable. Ella paseaba con su hermana y un grupo de amigas, pastoreadas por el papá, quien arrellanado en un banco divertíase con los fuegos artificiales. Se acercó, y mientras volteaban al compás de la charanga, él, expresivo y sincero, le habló de su amor, de sus esperanzas, de sus proyectos, y la chica muy quedo, dijo sí. Ante su alborozo le recomendó cautela, mucha prudencia, porque en su casa se oponían, y prometió escribirle. Ella misma tiraría la carta por el balcón en el momento de cerrarlo al día siguiente.

A las diez, la charanga partió tocando marcial paso doble, la muchedumbre se derramó por las calles adyacentes, y Antonio, contemplando la fina silueta que se desvanecía, sintióse feliz. Aquella noche Lilís le pareció menos perverso, pues el amor existía en sus dominios.

A la siguiente, la cartita cayó revoloteando. Antonio espío ansioso todas las puertas, y cuando las de la cuadra estuvieron cerradas, la recogió, leyóla a la luz de un farol. ¡Cuántas cosas dulces contenía aquel pliego escrito con letra menudita y buena ortografía, y cuyas frases, aun las más amorosas, revelaban una mujercita orgullosa y leal! El correo se estableció, valiéndose de la criada, o por el balcón, y alguna vez por medio de la hermanita complaciente. Pero conversar, ¡cuán difícil! Un minuto, si acaso, los domingos. Había que esperar Semana Santa, y ¡qué larga y mortificadora aquella cuaresma! Entretanto había que contentarse con hablar por letras de mano, suerte de telégrafo que manipulaban con extraordinaria rapidez, desesperante para los curiosos.

La Semana Mayor era un acontecimiento público en Santo Domingo del Puerto. Quince días antes del Domingo de Ramos, principiaba el ajetreo de las costureras y el movimiento en las tiendas. El espectáculo de la Pasión de Nuestro Señor exigía vestidos y sombreros bonitos y de moda. Hasta el preciso momento en que las carracas sonaban, se oía el ruido de las máquinas de coser; porque eso sí, tan pronto como encerraban el jueves en la Catedral ni circulaban vehículos, ni bestias, ni se barría con escobas, ni se daba un martillazo. Un silencio de dolor envolvía las cosas, magüer las gentes rieran y los amantes aprovecharan para sus citas las ceremonias litúrgicas y las procesiones.

El primer número del programa correspondía al Sermón de la Magdalena, el jueves del Concilio. Desde el púlpito de la Catedral, la elocuencia del Padre Meriño cerníase sobre las cabezas de los feligreses que invadían las tres naves. Alto, hermoso, nieve en la testa altiva, envuelto en la púrpura episcopal, el orador, con frase sobria y perpicua, convencía, conmovía, subyugaba, discurriendo en torno de la vida de aquella pecadora redimida por el amor que inspiró las sublimes palabras de la Cena en casa de Simón. El Viernes de Dolores, misa solemne, y horas cantadas durante el día, y en la noche rosario y sermón en la Iglesia Mayor. El Sábado, el paso de Jesús en el Huerto salía de la iglesia del antiguo Convento Dominicó para recorrer las calles de Universidad, Comercio, Plateros, Mercedes, Nueva de las Mercedes, y Universidad hasta la propia iglesia, itinerario común a todas las procesiones siguientes. El Domingo, en el interior de la Metropolitana, y en cada iglesia, celebrábase la fiesta de los Ramos, en conmemoración de la entrada de Jesús sobre la mansa borrica, a Jerusalem, repartiéndose a los fieles palmas bendecidas, propicias contra las tentaciones y los rayos. A los privilegiados se les obsequiaba con pencas de hojas entretejidas y adornadas con cintas, las cuales, colocadas en las ventanas, prevalecían contra las obras del demonio. En la noche, Jesús Cautivo salía de la iglesia de la Merced. En Lunes, de la Catedral, Jesús en la Columna, que en los tiempos coloniales, cargaba la Cofradía de los Sanjuaneros, presidida por el Meso Polanco. El Martes, Jesús en la Peña (Exce Homo) o la Humildad y Paciencia, de Santa Bárbara. El Miércoles, era el día de

la iglesita del Carmen: misas desde la madrugada hasta las doce del día, y la mayor a la diez; horas cantadas después; a las cuatro de la tarde, sermón encomendado siempre a un reputado predicador. Sonadas las cinco, procesión de Jesús Nazareno, la imagen más venerada y prestigiosa de todas, la mejor como talla, de humano parecido. Se cuenta que el imaginero oró varios días para que Dios le inspirase. Llevarlo en hombros, es señalado honor que se atribuyen y debaten los de la hermandad. A la ceremonia concurren el Gobernador de la Provincia y un batallón de infantería con bandera, pues las Ordenanzas reconocen al Nazareno el grado de Coronel. El Jueves, consagración de los óleos en la Catedral y procesión dentro de la iglesia para encerrar el Santísimo Sacramento. El Presidente de la República, embrazado el guión de plata, marcha con ritmo de cuadrilla delante del palio episcopal, y a las campanas ladinas suceden las roncadas carracas. En la tarde, Lavatorio en la Catedral y en Regina Angelorum. En la noche, adoración del Santísimo en todas las iglesias: Cristo yacente, con un cepillo al lado para recibir limosnas de quienes posternados besan sus llagas. Calles y templos tiene aspectos de jubileo. Después de las diez de la noche, de la Capilla de San Andrés, la procesión del Sexto Dolor: la Virgen con el Hijo en brazos. El Viernes, el Paso de la Cruz en la Catedral. El Presidente con la llave del Sagrario al cuello, hace tres genuflexiones, deposita un ósculo en el cristiano pie y una morocota en el cepillo. Le siguen uno tras otro los altos dignatarios, mientras el prelado y los canónigos cantan:

—Pópule meus. Agios o theos. Pópule meus, quid feci tibi? aut in quo contristavi te? Respónde mihi. Quia eduxi te de terra Ægypti, parásti crucem Salvatóri tuo.

—Agios o theos, —impreca un coro

—Santo Deus, —responde el otro, y la antifona continúa por sobre las cabezas abatidas.

—Agios íschyros.

—Sanctus fortis.

—Agios athánatos eléison imás.

—Santus immortalis miserere nobis.

Jueves y Viernes son los días de exhibir el lujo. Al primero corresponden los trajes azules, rojos, gualdos, blancos, encintados; al otro, los tonos serios, lila, gris o negro. Por la tarde, en

la iglesia de la Merced, el sermón de las Siete Palabras, y el Descendimiento de la Cruz, seguido de la procesión del Santo Entierro, en cuyo cortejo forman el Arzobispo y el clero diocesano, el Gobernador de la Provincia, un batallón con la bandera enlutada y armas a la funerala. El pesado sarcófago de cristal, rodeado de macetas de flores de seda, lo cargan los *isleños* de San Carlos y le preceden minoristas, portadores del gallo, la corona de espinas, la lanza, los clavos, la esponja, las escaleras y el paño de la Verónica. Y luego de sepultado en una capilla de la iglesia Mayor, la concurrencia juvenil luce sus galas en el Parque de Colón. En la noche *tinieblas* en Regina, y pasadas las diez, sale de Santa Bárbara la procesión de la Soledad, la Madre Dolorosa, que peregrina en busca del Hijo. El Sábado en la mañana, misa en la Catedral, el clero de cruces sobre las gradas del presbiterio, entona las letanías, luego bendice el agua y el fuego, y a las diez, a la voz del oficiante, *Gloria in excelsis Deo!* el velo negro que cubre el altar se rasga y aparece la Resurrección. Las campanas propagan la buena nueva; en las calles estallan cohetes y triquitraques y se ajusticia a *Judas*, muñeco de trapo, que cuelgan de una soga tendida de casa en casa, y contra el cual se disparan piedras y tiros, hasta que, derribado, la chiquillería lo arrastra y quema. Como por ensalmo, se reanuda el tráfago de coches y carretas; los caballos de los lecheros relinchan, y dan su nota grave los burros portadores del pan y del carbón. El comercio abre sus puertas. En la noche se baila: ¡Cristo ha resucitado! ¡Hosanna! El domingo, a las cuatro de la madrugada, misa en la Catedral, procesión del Santísimo en torno de la iglesia, y, en seguida, la imagen de la Resurrección —Jesús con un estandarte rojo— es conducida a la Merced, acompañado de San Juan, la Virgen, María Magdalena y las dos *mariquitas*. Y la Semana Santa fina.

En tales días la ciudad se anima, los vecinos se echan a la calle en pandillas con los críos de mano o en hombros, para ver pasar las procesiones, formadas de esta guisa: la cruz alta y los cirios; filas, de uno en fondo, de niños, adolescentes y hombres destocados, a un lado y otro de las aceras, cada cual con su vela encendida y protegida por el guardabrisa de papel; el paso del día, cargado por los de la hermandad, detrás un coro y orquesta de cuerda. Le sigue San Juan Evangelista, de roja capa y

pluma en ristre; la Magdalena, con pobre túnico violeta, llevados casi en vilo por la gente joven, y, en último término, la Virgen, transfiya por la espada de los dolores; tres sacerdotes con capa pluvial, y el beaterio, que runrunea el rosario; cerrando el desfile, una compañía de infantería, que marcha a paso lento y levanta nubes de polvo. Las filas se clarean o se nutren, según se detenga el Santo ante la puerta de un devoto que ha pagado un motete. No faltan las pelazgas cuando el que va delante sorprende al de atrás goteándole la americana de casimir con la vela, o cuando ha recibido en la cabeza un golpe de *cocomacaco*, pelota de cera endurecida y con perdigones que, sujeta por una cuerda elástica al puño de la camisa se alarga y encoge rápidamente, escondiéndose en la manga, o bien cuando quedan prendidas dos beatas por los mantones de lana a flecos, con uñas de *maya* encontradas. Durante las ceremonias en los templos, los jóvenes, en pie en las naves o agrupados en las puertas, se entretienen charlando, miran o hacen señas a las muchachas, y montan la guardia en el atrio para chicolearlas a la salida. La romería del Jueves a los *monumentos* con su entrevero de gente favorece las travesuras; hay zagalejo que esgrime tijeras para cortar las trenzas, o que riega cerillas en el piso para que en ardiendo se asusten las mujeres, quienes se recogen las faldas chillando; algunos diabólicos confabúlanse para robar los cepillos, lo cual efectúa el designado untándose de sebo la suela del zapato, y al acercarse para besar el Cristo, empujado por el cómplice, introduce el pie y lo apoya con fuerza para que las monedas se adhieran; el tal sale de estampía, a la pata coja, simulando perseguir al otro. En las esquinas, la multitud se agolpa para ver pasar las santas imágenes, y las manos salvas aprovechan.

En aquella Semana Santa, los camaradas de Antonio idearon formar una compañía para velar el *Monumento* de Regina Angelorum, del Jueves al Sábado, al mando de un capitán. Ese año aumentó la concurrencia de muchachas en Regina, que siempre fue la iglesia predilecta; ¡había que ver a Pancho Peynado y a Lucas T. Gibbs, el más largo sargento que haya sido, uniformados y con el fusil terciado! El Padre Billini sonreía complacido; ¡los normalistas, los ateos, rendían parias a Jesús! Antonio no formó en aquellas filas milicianas. No, él tenía necesidad de to-

do el tiempo. Durante las funciones matinales en la iglesia de turno, colocado en donde su novia pudiera mirarle sin volver la cara, la contemplaba a su sabor. El misterio de la Pasión, las voces gangosas del coro, el lujo chillón, le importaban poco; acariciado por el aroma del incienso, contemplaba aquella muchacha, a quien había calificado de fea, pero en cuya tez ambarina, en los ojos negros y luminosos, en la boca de grana, en la cabellera que si suelta le caía hasta las corvas, el amor había impreso una gracia nueva, una idealidad magnética; y por entre los fieles, de hinojos, cuando el oficiante alzaba la hostia sobre el cáliz, sus ardientes miradas comulgaban trasmutando la carne y la sangre.

En las noches, al pasar de las procesiones, en las esquinas, atropellados por la muchedumbre apiñada, entre el polvo y los olores fuertes, se apretaban las manos y musitaban la dulce lección del amor. Para ellos no existían las amigas, ni las imágenes, sólo inquietábales el temor de que los sorprendieran el padre o los hermanos.

Aquella Semana Santa terminó, dejando a los vecinos de Santo Domingo del Puerto tópicos para un mes de relatos, comentarios y chismorreos. Luisa le había dicho, al despedirse en la plazuela de la Merced, el domingo de resurrección: "ahora hasta corpus", y el amante, de facción en la esquina, por las tardes y primasnoches, empezó a contar los días. Una vez el balcón permaneció cerrado. El hermanito no le pidió *motas*. En la noche, igual mutismo, y asimismo al día siguiente. Acudió a la amiga confidente. Esta lo recibió con las manos en la cabeza.

—¿Pero de verdad que no sabes nada?

—Absolutamente.

—Pues figúrate que le han puesto un anónimo a la familia, por debajo de la puerta, y como la madre es la primera que se levanta, a coger la leche, lo leyó y... la gran trifulca. No te cuento más.

—Sí, quiero saberlo todo.

—Bueno; pero no me vayas a meter en líos. La vieja empezó por aconsejarla que peleara, porque tú no eres más que un candidato perpetuo a la cárcel, que la harás desgraciada con la política, que si tu familia esto y lo otro, bueno, y que patatín y patatán; pero Luisa dijo que nones, y entonces fue lo gordo: la ma-



dre se enfureció y le cayó a moquetazos, no digo más, la galleta hereje. El padre intervino; pero todos están contra ti, no te pueden ver ni en pintura; sólo la hermanita, Herminia, te apoya. ¡Qué te parece!

—Son unos infames.

—Oye: dice Luisa, que en estos días no pases por la calle ni le escribas; que tengas paciencia y consideres lo que sufre, la pobre... Ya puedes estar satisfecho, chico, porque te quiere con toda el alma.

Antonio rondó por la casa a todas horas: el balcón siempre hermético. Transcurrió una semana. Al fin, descubrió, ¡qué gozo! dos brasas que brillaban detrás de las celosías; sí, los ojos de ella, y cuando el diálogo mudo se iniciaba, se le acercó un oficial diciéndole:

—El Gobernador quiere verlo. Venga conmigo.

Él sabía bien lo que tal invitación significaba. El Homenaje. Desde por la mañana le avisaron que por el Cibao había movimiento, que no se dejara ver; pero propio era ese momento para esconderse, y ahora... ¡Nunca le pareció Lilís más abominable!

El carcelazo duró seis meses. El día en que lo pusieron en libertad, corrió a casa de la confidente.

—¡Qué gusto, chico, y qué alegría para la pobre Luisa cuando te vea!

—¿Y cómo está? dame noticias.

—Buena, ¡y qué bien se ha portado! No, si tú no te la mereces; sólo a misa, a rezar por ti, ha ido en todo este tiempo. La familia se ha mudado.

—¿Adónde?

—Al papá le han quitado el empleo y están malpasando; figúrate, sin criada; la mamá cocina y plancha, y las muchachas cosen para fuera, y hasta lavan.

—¿Pero dónde viven?

—Ya te lo diré. En la calle de la Merced, cerca de la iglesia, una casa de portón grande, con dos ventanas, pintada de azul, ¿la recuerdas?

—No, ¿de quién es?

—De quién va a ser: de Alardo. Pero si no tienes pérdida; enfrentico de la pulpería de seña Catalina.

—¿Medio-Tocino?

—*Angelina*... esa misma.

Antonio estableció su campamento en el ventorrillo de la esquina, en el cual, para granjearse la voluntad de la ventera, compraba cigarrillos y fósforos. Érase una negra alta, fornida, cincuentona, la color caoba, en la cabeza atado siempre un pañuelo de madrás, y la ancha bata de prusiana morada arremangada en las caderas y arrollada hasta el codo. El establecimiento ocupaba el espacio de una mediana habitación. En el aparador de pino, sin pintar, mostrábanse en frascos bocones que antes contuvieron ciruelas pasas: cigarrillos del país, hilo, azul de bolita, agujas, madejitas de lana y horquillas, caramelos y café en polvo; y en otros que fueron de aceitunas: nuez moscada y canela; paquetes de velas y de fósforos; conservas de coco y de naranja envueltas en hojas secas de plátano. Pendidos: macutos y escobas de Baní, ristras de ajos y cebollas, *chichiguas* y un manojo de pulidas higüeras; colgando de las alfalfijas, racimos de guineos, amarillos, taraceados de negro los *manzanos*, verdes veteados los *martinicos* y gruesos cárdenos los *mampurios*. En el mostrador, en cajones, fideos, pan, arroz, azúcar, frijoles colorados. Semejante a fuste de columna la pila de tortas de casabe. En el arroz, los huevos frescos, del propio corral. Una damajuana de manteca de cerdo con tapón de tusa, y al lado el vidrio con el embudo; una lata de mantequilla norteamericana; en una bateíta, tomates, ajíes, perejil, puerros, berenjenas y aguacates. Debajo del mostrador, latas de petróleo y de melado; por delante un barril de sal con el cuartillo de medirla, sobre otro y en una batea, las frutas de la estación: cajuiles, mangos, guayabas, mamones, papayas, algarrobas, pasto de las moscas; y en cajoncito, alineadas las botellas de *prú* espumosas. En el suelo, plátanos, cocos, ñames y batatas. En uno de los rincones, un rimero de petacas de carbón esmeradamente estiladas, y en el opuesto, haces de cañas de azúcar, y pendoñes, con los cuales se arman los papalotes, amén de un montón de leña. En dos cordeles, a lo largo del cuarto, ostentan sus magras y gordos, una cecina (a la cual seña Catalina llama carne de mal nombre) y un tocino del Seibo. Al mediodía, hay *majarete*, harina con dulce y *funde*, en platos y tacitas. En la tarde, una tabla de dulce de coco hecho con melaza, cortado en

cuadros y colocados los *jalaos*, famosos en la ciudad, en hojas de naranjo; ítem más, *alegría* de ajonjolí. La ventera, doblada más que sentada en una sillita baja, en espera de los compradores, *maja* café, revolcando con brío el pilón; desgrana mazorcas de maíz o saluda cocos y batatas. Sus manos no están nunca ociosas; respira a sus anchas el husmo de verduras y carnes, y los olores del café tostado y de las fritangas que trascienden de la cocina. Señá Catalina, que se levanta cuando las campanas de Regina tocan el Avemaría, para ir a mercar sus frutos a los campesinos que vienen por el camino de Güibia, cierra sus puertas al tan tan de las nueve sonantes en la Catedral. Tiene una hija, mulata galana que la suple a ratos en el ventorro y que se ocupa en los quehaceres de la casa, es hija de un general y está *aplazada* con un oficial del Batallón Pacificador. La madre dice: "es un sinselvir, que no le da ni pa jabón; man que le vamo a jacer, eso es de familia: a nojotras nos tiran los melitares". Cuando no duerme, fuma un *tabaco* que los dientes han convertido en escobilla, o masca *andullo* y escupe por el colmillo hasta la acera, con singular destreza, y si reposa con las piernas cruzadas, se distrae bailando la chancleta en la punta del pie desnudo. Los parroquianos, los muchachos y las negritas sirvientas del barrio, la sacan de quicio, regatean, pellizcan las frutas, piden *ñapas* o devolviendo lo comprado, y cuando se *encariba*, las manos en jarras, le increpa: ¡"Condenao, a la perra que te volvió a parí, carijo!"

Antonio le interrogó un día: Señá Catalina, ¿por qué le dicen Medio-Tocino?

Y ella, riendo, respondióle:

—Ajá, niño, eso fue cuando la España. Endentonces estaba yo moza, y una real jembra. No te pué figurá tú los blanquitos que me cortejaban. Una mañanita estaba yo en el mercao, echá palante, curcuteando una pollona pa encontrale la gordura, y un maldecío cabo epañó, me dió una nalgá diciendo: paisana, qué buen medio tocino, y ahí tá; pero la gente é mu mala, jizo un acumulo endespués, ansina mesmo; pero yo me río, vivo pegá al mate pa no necesitá de nadie, y mi, para la chuma jablanchina.

Y con mímica despectiva, alzóse la falda con la siniestra, se pasó el índice y el mayor por las narices, los sacudió castañe-

teándolos, y volviéndose, enseñó el tocino entero, rematando la gráfica acción con una sonora carcajada, que le sacó al sol doble hilera de dientes fuertes y níveos.

—¿Y qué tal era el cabo?

—Un güen mozo, como toíticos los españoles.

Y la negra juntó los dedos cabezones y los besó, expresando de ese modo su delectación por los últimos conquistadores.

Antonio continuaba profesando en San Luis Gonzaga; pero más que en el aula y en su casa, se le encontraba en el ventorrillo a las ocho, cuando iba para las clases, a las doce al regresar, a la una, a las cinco de la tarde y después de la cena, hasta que la vieja con un bostezo ruidoso le intimaba la orden de retirarse. Conversaba con Luisa en la ventana, encelada la joven por el cancel de madera que defendía el interior de las miradas inquisidoras. La oposición de la madre se mantenía tensa, siempre irritada, y el hermanito menor, cuantas veces hacía una diablura por la cual habían de pegarle, al llegar a la esquina, disparaba una piedra y entraba en la casa gritando: "Mamá, le zumbé una piedra a ese vagamundo". Y la madre engreíale, librándose el pillastre de la cueriza dos veces merecida.

Para tener a la ventorrillera contenta, Antonio le regalaba de vez en vez, un pañuelo de madrás de vivos colores o algún pomito de esencia barata. La seña Catalina le instruía de los movimientos de la casa, avisándole cuando Luisa salía y por qué calle tomaba, y hasta solía también intervenir en el servicio postal. Si Antonio se refería a los perjuicios que su permanencia podía ocasionarle, ella replicaba con malicia:

—Ni por pienso, niño. Mejó, así me cogen meno fiao.

Y le mostraba la cuenta de la familia. La ventorrillera apuntaba en la memoria los créditos, y cuando sumaban un pero, hacía un palote con carbón en la pared, detrás de la puerta.

—Las probe, tan mal que etán. Tu pué creé; hay día que no comen ma que arró, habichuela y plátano. Son buena gente, la vieja jabla, pero no e mala ná, por eso yo le fío tó. Tú ve ese tocino, pue lo que falta se lo han comío ellos. Yo los conozco desdeñantes, mi mamá fue cocinera d ela familia de la niña Rosita, y los vio crecé a tós, y mi taita nació en el hato del agüelo de Don Pedro. El otro día la muchacha le regalaron una ecofiesta a mi nieto. Son buena, la probes.

Y la negra, con su parlería, repasaba la vida del vecindario y de más allá; las altas y bajas de las familias, según los avatares de la política; y abierta de piernas, manoteando en muslos y regazo, concluía:

—Ansí mesmito é, que te lo digo yo, que vide al mundo dá mucha vuelta. Tú me las... pué tú no te figura la plata que tenían: esa gente de muchas campanita; el primer piano, primerito, trajeron aquí fue pa ellas, y ya lo ve, las probe, hasta por allá trá, por el Tripero, vive una sin tené en qué caese mueta... Muchacho tú no sea pendejo, a tu mandao en cuantico empuñe, y deja que jablen. Yo conoco en este pueblo a tó Dió, si mi amita-des son de cogollito, a mí me jié la brosa, y lo mesmo fue mi ji-ja, hasta que dio su mal paso, an pué.

Un mediodía estival, mientras los novios pelaban la pava a la reja, sonaron voces destempladas en el interior. Luisa suplicó: “vete pronto que ahí vienen mis hermanos”. Antonio se dirigió al ventorrillo. Por la puerta, abierta con estrépito, aparecieron los dos hermanos sin sombrero, furiosos, con sendos garrotes.

—¿Dónde está ese vagabundo? —preguntaban a la par.

—Ahora va a saber lo que es bueno.

Desde el umbral, la madre les acuciaba. El chiquillo saltaba de regocijo en la esquina. Antonio, en pie en la acera, se llevó la mano al revólver, así contuvo el ímpetu de los agresores. Por entre los hierros de la ventana, Luisa le dirigía miradas de angustia. El padre, que dormía la siesta, saltó de la hamaca, en mangas de camisa y pantuflas. La seña Catalina, indignada, con un plátano a medio pelar en la mano, les increpó:

—¿Qué e eso? Ustede tan loco y do contra uno. ¡Manita con la gente!

El padre y dos o tres vecinos, atraídos por el alboroto, promediaron, haciendo entrar a los hermanos. La puerta se cerro y marchóse Antonio mohíno y agraviado. Minutos después, toda la ciudad conocía el suceso, las lenguas se calentaban, favorables o adversas. El tío Tomás, y el padre de Luisa, que eran amigos de infancia, conferenciaron, y resultó que le concedieron a Antonio autorización para visitar la casa en las primas noches y en la tarde de los domingos. La escena cambió como por encanto. El *paso* se estableció cerca de la puerta, en dos mecedoras bajo la mirada de la vieja que, ya apaciguada, solía regalar-

le con un palito de piñonate o de *malarrabia* o de *suspiro*. El padre se dormía con el benjamín en las piernas mientras la hermana, en la acera, se mecía y abanicaba esperando su turno entre bostezo y bostezo, esto es, el novio, al cual se opondrían en la casa, al que apalearían, para terminar por mimarlo. Cada noche, dos horas, durante cuatro años, y en los mediodías y atardeceres, en la reja, en voz baja, confiábanse proyectos, esperanzas e ilusiones, reconveníanse por naderías, y aun al despedirse una *post data* en la puerta, por lo que la vieja, asomándose a la ventana después de relejear el cielo, exclamaba: “¿cómo que va a llover?”

En el último año de las relaciones, Antonio mejoró económicamente, fue nombrado director de una escuela nocturna con un ayudante y pocos alumnos, lo que le permitía asistir de siete a ocho; y poco a poco, como pájaros acarrear briznas para construir el nido, fue comprando muebles de lance y dábale a la novia para la habitación que ella misma confeccionara. El padre de Luisa emprendió un negocio, y de acuerdo todos, se resolvió que el matrimonio se quedara a vivir en la casa; para el efecto, se mudaron a otro más amplia, renovaron a crédito el estrado de la sala.

El día de las bodas, ha sido el único feliz de su vida. Desde temprano, empezaron a llegar las domésticas de las amigas con bandejas y ramilletes de flores, que eran colocados en jofainas de agua para que no se marchitaran, y más tarde, las íntimas de Luisa que habían de pasar con ella el día. En el almuerzo, en cuyo condimento doña Rosita puso sus primores, reinó la alegría en todos, hubo vayas alusivas que provocaron pucheros de risa, y muchachas que tocadas por el vino lanzaron bolitas de migas de pan a la nariz de los galanes. Por la noche, en el salón recién encalado, los invitados sentáronse en filas paralelas. Los colores de los trajes femeninos y el negro uniforme de levitas, americanas y de alguna que otra casaca masculina se concertaban. En el centro, mesa redonda de caoba, adornada con el ramillete de azucenas y rosas blancas, en cuyo ápice tiembla un angelito de biscuit; allí el tintero y la pluma. A las ocho en punto, el Oficial del Estado Civil, sentado frente a sus librotres, carraspeó; entonces salió la comitiva nupcial del aposento: la novia envuelta en amplio velo albo, sonriente, resuelta, del brazo

del papá; Antonio ceñido con la levita, con la suegra, y detrás los testigos. Cuando todos estuvieron en sus puestos, en torno de la misma mesa que sirvió para el matrimonio de la madre y de la abuela, el funcionario, color de tabaco, canijo, feísimo, con la boca llena de saliva, masculló los actos y los artículos del Código, y en pie, enlazadas las manos, les tomó la promesa que unía sus cuerpos y sus bienes... El libro registro circuló para recibir las firmas de novios y testigos. El hombre de la ley fuese en dirección del comedor, en donde llenó el pañuelo con un par de botellas de cerveza y un pedazo de *puđtn*, para él y su mujer. El matrimonio religioso habíase celebrado en la madrugada, velado, según tradición familiar. De hinojos oyeron la misa, y comulgaron. El oficiante les unció con la cadena, cambiáronse las arras y anillos; fueron bendecidos. La desposada, en el aposento, recibió besos y congratulaciones, mientras Antonio en la sala, iba de abrazo en abrazo. Luego volvió ella a la sala, para repartir a las amigas las flores de azahar del ramo prendido en el pecho; a una predilecta tocó la corona, a otra los guantes; la gente moza se apresuró, en parejas, a meterse debajo del velo, pues tales amuletos y prácticas tienen la virtud de facilitar los matrimonios. Los chicos de la familia ofrecieron a la concurrencia el tradicional *puđtn*, cortado en trozos y servido en platicillos, así como el vaso de cerveza espumosa, y por grupos, a eso de las diez, fueron marchándose aquellos testigos de su ventura. Luego, en la alcoba de ladrillos, iluminada por una lámpara rosada, Antonio desprendió el velo y estrechó contra su corazón a la virgen grave que se daba íntegramente...

La luna de miel fue realmente plácida. La suegra, aliviada de los quehaceres de la cocina, se tornó festiva, agradable, y ya habían comenzado a comprar encajes, batista y lana para la canastilla cuando la eclipsó Lilís con la más injusta prisión. Entonces comenzó el calvario de Luisa...

¡Maldita política!





## IX

La celda en tinieblas. Se dijera que las paredes han rezumado sombras. El ventanillo recorta un lienzo de cielo claro, claveteado de oro, y entre dos barrotes fulgura Venus. El cejo se cuela sutil. Antonio, a tientas, se dirige a la cama, y sobre la almohada empata el soliloquio.

En esta misma prisión le anunciaron el nacimiento del primogénito y aquí también, en la plataforma de la torre, lo hubo de recibir en sus brazos, merced a un permiso del Gobernador para que la esposa le visitara. ¡Pobre muñeco! Cuando lo excarcelaron, encontró el hogar en la miseria. Había sido preciso deshacerse de los mejores muebles y de algunas prendecitas, para capear el temporal. En los planteles, por causa de la ausencia prolongada, le reemplazaron. Había que trabajar y buscó medios: en el periodismo, ni pensarlo; menos aún en el comercio. Ayudar a quien es mal visto por el Presidente, es comprometerse, y más tratándose de uno de los "impenitentes enemigos del orden". La cerrazón del horizonte, completa. Sentíase rodeado por muro infranqueable: la tiranía. Sitiado, acorralado, tal un pestilente, y con hijo, que no ha venido por cierto con una hogaza debajo del brazo. En aquella cabecita cubierta de hebras rubias, que tan grato calor daban a sus mejillas cuando lo aññaba, asentó sus sueños, los que tejiera su imaginación infantil. Este los realizaría. Cada hora medía

una angustia. ¡La casa, la leche, la criada del niño! ¡Cuántas puertas cerradas en su presencia! Sólo mostrábanse benévolo los contrarios: el propietario de la casa, a quien debía meses, personaje de la situación, no le notificaba desahucio, lo haría cuando le conviniera; y la leche que criaba al hijo, de los potrereros de otro; y la botica que acreditaba las medicinas y la tienda, y la pulpería, y el médico. Sí, lo aprisionan en su red formidable los intereses creados. Ni siquiera interroga el porvenir. Y las gentes murmuran, porque le debe a éste y al otro, y la suspicacia escudriña en su vida. “No trabaja, quiere vivir de la política”, mal dicen.

Al niño le han salido todos los dientes, le han bautizado, y come ya pan mojado en salsa de habichuelas. Es lindo, pero su lengua no ata las sílabas. La abuela recorre la escala de la familia, citando los casos de muchachos pesados para hablar. Los meses transcurren; tampoco anda, ni siquiera gatea, y si le obligan a hacer pinitos, las piernecitas se doblan. Se arrastra por sobre la estera. Inútiles los andadores, los fortificantes y las fricciones de aguardientes balsámicos. Comienzan las consultas facultativas y las opiniones de los amigos y las recetas caseras, hasta que un doctor recién llegado de París, sentencia: “un macrocéfalo”. ¡Qué dolor! La inquisición del galeno penetró la ascendencia hasta el abuelo, y Antonio recordó, las mejillas ardiendo, la injuria del colegio: “tu padre un podrido”. La madre no desespera. “Los médicos se equivocan eso se ve todos los días... tal vez en el extranjero”, decía para fortalecer sus esperanzas, encomendándose a la Virgen de la Altagracia, ¡tan milagrosa! Y en promesa, para ganar su misericordia, se vistió un año entero de *listado*, oyó misas de rodillas, y continuó moviendo el pedal de la máquina de coser sin quejas ni reproches; mientras él, atónito, espía el vientre de nuevo fecundado. Y ¡cómo le laceraron esta vez los gritos de la púérpera! ¡Qué distinta la emoción! Antes, los había escuchado impaciente, gozoso: era la corola que abría para dar a luz el fruto inmortal de su sangre; ahora, el corazón se le oprime, líquido álgido circula por sus venas... Cuando la comadrona saliendo del aposento le avisó: “una niña, nació muerta”, fogata impetuosa le caldeó, sintió vergüenza de sí mismo, pero respiró libre de la duda terrible que le había atormentado durante los meses de la preñez.

En la calle, le enfadan los conocidos, que preguntan y receta. Mortificalo tal interés, acaso maligno. La idea de inspirar con-miseración, humíllalo exasperándole. Cuando alguien dice, "el pobre", le hiere. En la casa, el torcedor es cruel: si el niño reptando se le acerca, si le llama *pa* o si aferrado a una silla grita cimbreado. ¡Aquella lava había sido engendrada por él! En los ojos de la suegra lee la acusación implacable, y sospecha las que en su ausencia taladran los oídos de la esposa: "Bien que te lo repetí, deja esos amores. Ese es el castigo de tu desobediencia". ¿Y ella misma, la elegida, cuando se ase a la esperanza de ir al extranjero en busca de los recursos de la ciencia, no le sugiere: "claudica, arroja lejos de ti el pasado infecundo, demuele la obra hecha, que no produce pan ni salud?" Ella y todos son sus adversarios suyos. Si sufrida, honesta, altiva, le ama; pero no acepta sin reservas la comunidad, ¿no es con él una en carne y espíritu? ¿no comparte ya con su orgullo e integralmente sus empresas? Los pesares del noviazgo, los preceptos del Código y los del apóstol, dolores y placeres, les apretaron, y hoy el hijo les separa. Aquel guiñapo humano exige sacrificios, y ella no vacila, reconoce el derecho, ciega y amorosa. ¡Y por qué, Señor, tan tremenda expiación! ¡Ah!, los que asesinan y roban al país poseen el contento en el hogar y se recrean con hijos sanos, que hablan y corren, y el suyo se arrastra por los ladrillos húmedos del piso o se agita con movimientos de arácnido, y su lengua que sólo articula monosílabos inconexos le grita: "sacrificame tu vanidad, tus ilusiones, tu dignidad; pon tu conciencia en almone-da"; y cuando al fin se rinda, el coro voceará: "se ha vendido para gozar. ¡Esos con los virtuosos!". Antonio muerde la almohada con ira, ¿pero es que eso mismo es posible? A los vecinos, el tirano todopoderoso les tira un mendrugo, y les concede además sol y aire libres... Y por un hilo tenue los conduce hacia la montaña de oro, a través de la charca, para que se atasquen hasta la nariz en el *fango purulento*. ¿Y qué poder humano ni divino transmutará el veneno que corre por sus arterias? Muertos y vivos le precipitan pero ¿cómo romper la cadena de agravios y sufrimientos en la que cada minuto soldó un eslabón? No, el odio es también una fuerza y ya se las pagarán. Lágrimas ardientes le rescaldan las mejillas, y frunce los párpados de miedo a ver materializarse recuerdos y pensamientos. ¡Había revivido su vida!

La puerta, al abrirse, taja el silencio. La llama de un candil rasga las sombras. Antonio, despertado, se incorpora. El alcaide entra, seguido de dos ayudantes, y le ordena:

—Amigo, voy a querer me haga el favor de venir.

Los ayudantes cargan catre, silla, mesa y además trebejos. EL preso sigue al carcelero por celdas y pasillos, y en la que se detiene, Antonio reconoce la antigua *Capilla*. Se alegra del traslado: este calabozo tiene vista al patio de la fortaleza y a la calle. Uno de los ayudantes se le acerca con un par de grillos. Se apoya en la cama para que se los ponga. Los anillos muerden la piel, y los martillazos sobre la chaveta remáchanle en el hueso. La voz del hierro rebota en las piedras. Antonio prorrumpe:

—¿No hay otros más estrechos? Dense gusto, que ya cobraremos; después no se quejen.

—Amigo, no se sulfure, que esto no es cosa nuestra, y *puerco no se rasca en javillo*. Buenas noches.

Boca arriba, se consuela, pues piensa: cambio de calabozo y grillos de noche; algo serio sucede en el país cuando interesa asegurar los presos. Yo dormiré mal, pero mis enemigos entre sábanas finas, temen. El poder, el dinero, se les escapan; la hora de la venganza está próxima. Y con ese néctar en los labios se duerme.

## X

Las cornetas de la diana que cantan "despiértate soldado", le sacuden. Los gallos, desenroncan las cintas de sus quiquiriquís. La claridad se tamiza por el ventanillo. Antonio se calza. Su primer cuidado es acomodar los grillos, y, al efecto, desperranca los calzoncillos que se mudó ayer, y haciendo tiras, rodea los anillos de modo que se amortigüe el roce del hierro, teje con tres de éstas un cordón, que anuda por la mitad a la barra a fin de mantenerla suspendida y aligerar el peso. Más adelante, limará la chaveta, y entonces dormirá sin ellos y aún se librárá durante el día. Y avanza un pie, antes que el otro, para ensayar, va al lavador y se ablusiona; después, a saltos de rana, acarrea la silla, y arrimándola a la pared, sírvase de ella como eslabón, ase los barrotes, y a pulso, se asoma al ventanillo.

Oficiales y soldados trajinan por el patio. Algunos paisanos salen a la calle solitaria por el postigo de la puerta monumental, todavía cerrada. ¿Qué demonios ocurrirá? ¡Daría lo indecible por saber! Se baja, salta hasta el mecedor; va al catre, toma un libro, vuelve a repetir. Está nervioso, tiene cominillo, se desperece. En el patio, entre la torre y la puerta, han colocado cuatro cañones, frente a frente, que brillan, pulidos por los primeros rayos solares.

A las seis, mira abrirse las hojas de roble a grandes clavos. La guardia de prevención se forma presentando las armas, y la

bandera nacional asciende lentamente, saludada por toque marcial. Pero la han izado solamente hasta media asta. Las cornetas a la sordina y los tambores destemplados indican duelo. Y en seguida, un oficial se acerca a uno de los dos cañones, un cabo toma del arcón un cartucho, abre la recámara, la cierra, coloca el tirafrictor, se aleja unos pasos y dispara. La pieza recula, el humo sube. El estampido rueda por el ámbito de la ciudad dormida entre la colina y el mar. ¿Qué pasará? Las manos le escuecen, tiene envarados los pies; no importa, continúa suspenso atalayando. Aunque la masa de la Catedral con sus cúpulas, como las espaldas corcovadas de un gigante, limita la calle Santo Tomás, por la primera cuadra adviere gentes presurosas y bien vestidas que entran en casa del Gobernador, frontera al cuartel. Los balcones cerrados. En el patio se yergue un árbol enfrutecido de pomos de oro, y junto a él dos *cayucos* altos, espinosos, cargados de flores marchitas. Por la galería cruza una negra con una jarra de leche hacia la cocina; un chiquillo en cueros corre... En la terraza, que da a la calle Colón, aparece un grupo: cuatro o cinco personas, que hablan con aparato de misterio, ¿quiénes serán? Y se empeña por distinguirlas. Esa que no ha tenido siquiera tiempo de vestirse completamente, en mangas de camisa, desabrochado el cuello, es el prócer. Un rayito de azul cabriola en la calva... ¿De qué tratarán? ¡Ah! ¡poder de adivinar el pensamiento! No le es posible mantenerse más tiempo en vilo. Gana el mecedor. De nuevo la voz del cañón retumba. ¡Ajá! entre los dos disparos ha transcurrido un intervalo largo: son honores, pues. ¿A quién? ¿Al ministro de la Guerra? No, desecha la idea, es un buen hombre, y no se atreve a aceptar la otra tan grata. Sería tan triste equivocarse, ¡si fuera Lilís! ¡Cómo le pesa no saber de memoria las Ordenanzas Militares! Y se complace observando cómo el sol hila sutilísimos alfombras sobre los ladrillos.

A cosa de las ocho, un ayudante le introduce el desayuno, y se marcha sin pasar de los *buenos días*. Antonio registra el pan: ¡nada! y por el pico de la cafetera comienza a apurar el café. Se detiene, hay un obstáculo que represa el líquido; busca, es un papelito cuidadosamente doblado. En abriéndole lo pone al sol. Es letra de su mujer, y ávido lee: "Hay mucho movimiento desde ayer tardecita. Mataron a Lilís en Moca". De nuevo lee y

relee; la noticia le pasma. El pecho se le hincha, aspira con fuerza, la sangre circula vivaz. Bailaría de gozo. Se frota las manos. Le parece que un puño invisible le ha roto el grillete, derruido las paredes. Se siente libre. Improvisamente arruga el ceño: "si fuese mentira"... y de súbito abate cabeza y brazos. "Este hombre es muy marrajo, un engaño más no le importa, y es capaz de fingir su propia muerte para averiguar quiénes se alegran". "¡Caramba, pero eso sería demasiado fúnebre!" ¿Cómo vencer las dudas?, ¿saberlo todo?, ¿dónde y quién le dio muerte? Y su imaginación concede al desconocido las virtudes creadoras de los héroes.

Nunca le ha parecido tan lento el ritmo de las horas, ni tan insoportable la pesadumbre del silencio. Leer, ¡imposible! Va del ventanillo al mecedor. En el patio sigue el trasiego. Las tropas están acuarteladas, la guardia de prevención reforzada. Se acuesta. El isócrono tronar del cañón interrumpe sus cavilaciones.

A mediodía, con el almuerzo, entra el alcaide. En viéndole, estalla:

—¿Cómo está Papá Quin? ¿qué hay de nuevo?

—El *desmandingue*, amigo.

El viejo se desploma sobre el mecedor. Antonio, sin cuidarse de la cantina, insiste:

—¿Pero qué es?

—Qué va a ser, que lo mataron ayer de tardecita.

—¿A quién?

—Al Generai.

—¿En dónde? ¿quién?

—En Moca, carijo, un hijo de Memé Cáceres y otros.

—¿Pero es verdad?

—Hombre sí.

—¿Y los capturaron?

—No, qué va; cogieron el monte... pero los *pecharán*, aunque el monte sea más grande que la iglesia.

Antonio, las pupilas brillantes, la boca húmeda, las manos azogadas, exulta.

—¡Al fin... al fin!

—No te alegres; mira que ese hombre va a ser mucha falta pa toos.

—No crea eso, alégrese usted también, que ahora vamos a tener derechos, libertad.

—No creas todo monderó, eso es palucha; Lilí ha sido un padre pa nosotros, y a este país no va a haber quien lo gobierne. Tú no conoces la gente.

—No, no, verá usted cómo habrá más prosperidad; Lilís ha sido un tirano y no otra cosa, que los ha explotados a todos ustedes.

—Así será, pero yo “visto y después Lisboa” —y el viejo se golpea con fuerza las rodillas.

—¿Y usted no me decía que Lilís estaba untado, que no le entraban balas?

—Ello... así decían.

—¿Y usted cree que está muerto de verdad verdad?

—Ello...

Y el alcaide, confuso, se rasca la cabeza en la cual bullen dudas.

El rosario de las horas es interminable para el preso; un día sigue a otro, y componen una semana; las conversaciones con el alcaide, los mensajes clandestinos de su esposa, a veces dentro de una arepita frita, de un dulce, o escritos en el fondo ahumado de la cafetera con un alfiler, exacerban su impaciencia. A retazos sabe que los matadores de Lilís escapan de la persecución; que en la frontera Noroeste hay gente en armas. Ha visto desfilar fuerzas del Batallón Pacificador, con la frazada terciada, parque y un cañoncito. En la calle, en la mansión vecina, en el cuartel, el tejemaneje de militares y civiles denuncia la agitación exterior, y él está retenido allí, fastidiado, inútil, en instante tan propicio a su energía. El alcaide sólo suelta noticias vagas, pero se ha suavizado. Antonio, en los mediodías continúa su prédica, ponderándoles las libertades que ahora disfrutarán todos, el bienestar del país. Y el viejo replica:

—Muchacho, tú no conoce esta tierra. Eso no pué sé. Eso está muy bueno en los papeles, que aguantan too; pero yo te digo, “no creas tooo, no creas too”.

Mientras tanto, le quita los grillos, registra menos la comida y se hace más comunicativo.

Una tarde, cuando el tedio de la espectación se trueca en pesimismo, se abre la puerta, y en su marco aparece la figura parisiense de Arturo Aybar.



Antonio le observa de arriba abajo y exclama:

—¿Pero eres tú?

—Sí, el mismo que viste y calza.

Y se estrecharon en un abrazo afectuoso.

—¿Has venido a visitarme?

—No chico, preso también.

—¿Tú? ¿pero no eres de la situación?

—Si y no; ya verás.

—Cuenta, cuenta.

Siéntanse el uno en el catre y el otro en el mecedor, Arturo Aybar después de carraspear para limpiarse la garganta, y de estirarse los puños de la camisa, comienza su peroración:

—Recordarás que cuando me convencí de la inutilidad de las revoluciones contra el poder de Lilís, y Enriquito nos invitó a tí, a mí y a unos cuantos más...

—Yo me negué

—Sí, no te satisfizo la oferta; pero no me interrumpas.

—Pues bien, yo acepté, porque convencido de que cambiando elementos gastados y malos por nuevos y buenos, se mejoraba indudablemente, y además que yo no servía a Lilís, sino al país. Al efecto fui nombrado Cónsul General en París. Hace un mes más o menos regresé, llamado por el Presidente, y héteme aquí.

—¿Pero por qué te prenden?

—A eso voy. El Gobierno es una olla de grillos, cada uno de los jefes tira de la manta con el propósito de empuñar la herencia de Heareaux. Los que operan en el Cibao piden dinero y armas; pero los que mangonean aquí no aflojan, porque temen el encumbramiento de aquéllos, y el Gobierno está dividido por dos tendencias; sostiene la una, la pura doctrina *lilisiaca*: el chicote; y la otra propenso a la evolución en sentido liberal, civilista, y Manolao, que en cincuenta años de vida pública jamás ha caído, rompe el equilibrio, ladeándose a la izquierda. Mientras tanto, los mozos de Moca triunfan, aunque tienen detrás fuerzas numerosas, y ayer no más han cogido a San Francisco de Macorís, y en la Línea se pelea; la revolución tiene a Juan Calvo... Esto gotea como los guineos maduros.

—Bueno ¿y tu prisión?

—Ya llegamos. Como comprenderás, fiel a mis convicciones y a mi historia, he apoyado la evolución para ir preparando el

terreno, e inicié la lucha con un artículo en favor del Manifiesto de Manolao; me movía para ligar los jóvenes; pero Loló ha dado un batutazo y me zampa en la cárcel para demostrar que es más fuerte que Enriquito. Pero en la *bajatta* lo espero, ahí vienen, y a paso de carga, los de Moca.

—¿Y cómo y quiénes mataron al negro?

—Un momento. ¡Caray, qué calor!

Y Arturo se desviste, colocando en el catre las ropas cuidadosamente dobladas. Una vez en paños menores narra:

—Hay varias versiones, pues cada uno relata a su acomodo; pero esta mía es el evangelio, porque la tengo de muy buena tinta, por gente de adentro. Verás: Horacio Vásquez propuso esperar a Lilís en el camino con un grupo igual al que le acompañara, y atacarlo; eso hubiera sido muy caballaresco, pero muy fácilmente Lilís se hubiera escapado. Mon Cáceres rechazó el plan, como antes todo proyecto de revolución, y con razón, porque Lilís era invencible. La culebra se mata por la cabeza. ¿Y quién se atreve? Y Mon tomó para sí la empresa en la cual habían de colaborar otros muchachos. Lilís sabía desde La Vega que algo serio se tramaba, y sin embargo, despachó el Estado Mayor por delante para Santiago, y se quedó solo con un oficial y el Secretario para seguir aquella misma tarde. A los conjurados ya les arreglarían las cuentas, según sus órdenes, las autoridades locales. ¿Tú conoces a Moca?

—No.

—Bueno, pues fíjate bien. El almacén de los Lara forma esquina; a una calle da la tienda, que también tiene puerta a la otra, en la que están las oficinas, y como la casa es la última de la calle transversal, detrás de ella hay una barranca, y una guásima, en cuyo tronco amarró Mon Cáceres su caballo. No olvides ese detalle. Lilís estaba sentado en la acera, en la puerta de la oficina, de espalda al árbol, con botas y espuelas calzadas, habalndo con don Jacobo. Como oyera en la tienda la voz de Mon Cáceres, a quien hubo de conocer la noche antes en el Club, preguntó: ¿qué hace ahí ese joven Cáceres?”, y en el acto, vio a Mon enfrentarsele, en la diestra un revólver y en la siniestra una daga. Mo es alto, hercúleo, buen tirador y gran jinete. Lilís se irguió. El primer tiro, dicen que se lo dió por la espalda Jacobito de Lara que salió por la puerta del patio. Mon estu-

vo siempre frente a frente a Lilís, quien tomó el revólver que llevaba en un bolsillo trasero del pantalón con la izquierda, y pasándolo a la manca hizo un disparo. Avanzaba increpándole, y con el panamá le hacía visajes de brujo, retrocedía cuando Mon le amagaba con el puñal. El último disparo fue a quema ropa, apoyado el cañón en la boca, así se ve en la fotografía del cadáver, el *bembe* chamuscado y tumefacto. Otros dispararon; pero la verdad es que cuando el lance se trabó, se quedaron solos Lilís y Mon, como dos gallos. Dicen unos que Lilís mató a un limosnero, al cual rato antes le había regalado una papeleta de cinco pesos; otros que fue Pablito Arnaud que hacía fuego desde la esquina. Mon, cuando al fin cayó Lilís, cargó de nuevo el revólver, le examinó para cerciorarse de que estaba bien muerto. ¡Le parecía mentira! Y saltó sobre el caballo y escapó con Pablito a grupas. Al aplicar la espuela con fuerza la enterró en el higar, y como se desangraba tuvo que abandonarlo en Estancia Nueva.

El cadáver quedó tendido en la calle, sin que nadie se acercara. El oficial que le acompañaba acudió a los tiros; pero le cerró el paso Manuel, un hermano de Cáceres, y se batieron. Aún caído Lilís infundía pavor, y a Mon mismo debió de asombrarle aquel hombre que acometía impávido a pesar del plomo que le destrozaba el pecho. ¡Qué toro!

—Era valiente; pero tenía que ser: entre él y la sociedad había pactado un duelo a muerte.

—Oyeme. Ahora todos encuentran la hazaña fácil, y despídense de los que la pensaron, y más aún, le esperaron más de una vez, escapándoseles de milagro.

—¡Ah! eso ya lo supongo; pero ese Mon es un héroe epónimo, y qué ganas tengo de darle un abrazo.

—Sí; también su responsabilidad es grave, y hasta ahora la carga es para él, pues los otros se sacuden.

—Mejor, la gloria será toda suya.

—Sí, aunque lo malo es que en este caso la gloria cae dentro del Código.

—Es verdad, dura *lex sed lex*. Sin embargo, el matador de Lilís es un libertador, ha hecho servicio eminente al país...

A Arturo le mandan las comidas del Hotel. Un azafate bien surtido dos veces al día, y un desayuno succulento. El aburri-

miento de Antonio se disipa; ya puede seguir el curso de los acontecimientos; comentan y discuten; las noticias de los éxitos de la revolución o la varadura del crucero *Restauración* en las *patas de ñame* del puerto de San Pedro de Macorís, ponen entre ambos barricadas. Antonio estalla:

—¡Hay que acabar con el *lilisismo*! Es obra gigantesca, lo comprendo, peso sólo así se salvará el país.

—Pero chico —replica Arturo— y ¿quienes son los aptos para esa empresa? ¿Quienes los puros? Si el que más o el que menos tuvo que hacer con él: unos directamente, otros por trasmaño; lo que importa es establecer el orden y administrar.

—¿Cómo? ¡Ah! de modo que vamos a seguir por el mismo camino, a olvidar culpas; no, no aflijas. Hay que sanear por el hierro y por el fuego. Al que no quiera lo haremos digno y libre a la trágala.

—Oye, Antonio, así pensaba yo, no lo ignoras, hasta que los tropezones me hicieron levantar los pies y mirar hacia el suelo. Los intereses creados son mayores que lo que te figuras. Los revolucionarios necesitan a los gobiernistas, y a esta hora ya se está tramando una malla impenetrable para los intransigentes como tú.

—Tú hablas así porque te conviene.

—¡Ah!... ¿pero tú crees que le temo a los que vienen? No hombre, si cuando lleguen a Palacio, se cuidarán de buscar a los prácticos para que los ayuden. Échale agua al vino; acuérdate de que has pasado muchas crujiás, y prepárate al desquite.

—No me importa, aspiro a que gobiernen los honrados.

—¿Pero cuáles son?... media docena. Lo primero es el orden, y ese será el fruto de la transigencia, si no, tendremos *jandinga* para rato.

—¿Y el pueblo? ¿Acaso no apoyará a los que le han librado de la tiranía?

—Estás repitiendo, palabra por palabra, lo que yo decía hace años, cuando era un iluso. Créeme, el pueblo en este país baila al son que le toquen, y si le apalean, *pe bu*, silencio; y así será mientras no lo eduquemos cívicamente, tarea que requiere tiempo y paz.

—¡Pues estamos frescos! Con esa cantaleta nos jeringan desde el 44.

—Sí, compadre, esa es la realidad, aunque te contraríe. Oye mi consejo: consigue un Consulado y vete al extranjero. Como tú, yo encontraba pésimo cuanto hacía el Gobierno, y a nuestra capital fea y fastidiosa, y hoy después de conocer a New York y a París, te juro que no somos tan malos y que abundan bellezas junto a las cuales pasamos indiferentes. Una cosa son las teorías en los libros y otra la acción, y cuando hayas contemplado, por ejemplo, desde el Puente Viejo a media noche a Notre Dame, la luna entre las dos torres o al Sena lamiendo el Louvre que la luz matiza, aprenderás a sentir la voluptuosidad de nuestro ambiente y a descubrir las sensaciones estéticas contenidas en los arcaicos sillares de La Primada, como dice don Fellé. ¿Has visitado de noche las ruinas del Alcázar de los Colón?

—No me vengas con esas filfas, que tú sabes bien que yo tengo razón, y no se mezclan inpunemente las manzanas buenas con las podridas. Al grito de abajo el *lilisismo*, limpiaremos la República.

—Bueno, así será; pero sigue mi consejo, sal por la boca del Ozama.

Y Arturo se balancea en el mecedor o recorre la celda, exponiéndole las visiones tentadoras de París, la alegría del Barrio Latino, en donde la primavera resta gravedad a la Ciencia; Montmartre, pánido, bajo las aspas rojas del simbólico Molino, que exprime tantas vidas; el Bulevar, y también las cátedras, y las bibliotecas, y los museos, y el gran mercado, y las alcantari-llas, concluye:

—¡Que escuela! *frère*; la Virtud y el Vicio comparten aquel reino encantado, y la voz de los sabios y las risas de las *cocottes* se armonizaron seductoras. Y óyelo bien: nunca apreciarás el valor de sus teorías en nuestro ambiente encendido. La realidad, la verás desnuda, tal cual es, a través de una copa de champaña, en compañía de una griseta, en un café de la plaza de la Sorbona.

—¡Nunca! La verdad es una, aquí o allá, y porque amo la libertad lucho para que rija nuestra vida.

Y Antonio, en calzoncillos, señala a su contrincante un muro del calabozo.

—Lee esos versos de Zenea, los escribió la mano viril de otro intransigente como yo, y si la realidad es la que pintas, yo la repetiré con el poeta:

*Tengo el alma, Señor, adolorida  
Por unas penas que no tienen nombres,  
Y no me culpes, no, porque te pida,  
Otra patria, otro siglo y otros hombres.*

*Que aquella edad con que soñé no asoma,  
Con mi país de promisión no acierto,  
Mis tiempos son los de la antigua Roma,  
Y mis hermanos con la Grecia han muerto...*

Y Arturo corea el arrebató lírico con una risotada, rematándola con el refrán popular:

—¡Ay, Nana!

## XI

En aquellos días caniculares, los dos presos, trasladados por el alcaide, a quien los éxitos de la revolución han amasado, al *salón*, el mayor de los departamentos de la torre, cuyas ventanas miran al patio de la Fortaleza, al río y al interior de la mazmorra, se aburren, languidecen. En las mañanas y tardes, un par de horas les distraen las evoluciones de los soldados, que a la voz de *uno, dos* repiten durante los cuatro años del enganche los mismos ejercicios, y que a la postre, a fuerza de planazos y constancia de los instructores, llegan hasta desfilar, sin marcialidad, en columna de honor, los aniversarios patrios, por delante de la mansión presidencial, y a seguir a paso lento, arma terciada, las procesiones religiosas. ¡Pobre soldados de una democracia! La injusticia les recluta entre la hez urbana y la gente moza campesina, que no compra a tiempo la autoridad local con potranca fina u onza pelucona, de esas con la efigie del rey Carlos VI, que la avaricia entierra. Mientras visten el uniforme de dril azul, son mal pagados, duermen en duros camastros, sufren la horrible tortura del zapato, jamás apropiado a sus pies; les apalean, y si desertan les fusilan. Por las calles, carabina al brazo, custodian las yuntas de penados que, a rastras la cadena, limpian las vías o trabajan en las edificaciones de los magnates, y en horas francas, hacen oficio de mandaderos, y en las primas noches, el Kepis ladeado hacia la oreja, se balancean so-

bre las piernas abiertas, esperando en las esquinas el condumio con que les regala la criada corteja.

Después del toque de paseo, Antonio y Arturo matan el tiempo jugando a la brizca o al tute; leen o disputan acerca de las últimas noticias. Ninguna idea les concierne y enciérranse con frecuencia en silencio hostil. Antonio pasea a zancadas a lo largo de la estancia, las manos atrás y Arturo, amodorrado en el mecedor, cuenta las rejas, y si la brisa refresca un tanto, monologa.

Se conocieron en los bancos de San Luis Gonzaga, estudiaron en los mismos libros, jugaron juntos, y desde entonces datan sus divergencias. A la verdad, aquella no era una escuela, pues no modelaba los espíritus, haciéndolos semejantes. De niños las dirimían a puñetazos, ahora con palabras a veces agresivas. Arturo recuerda con cierta ternura la última vez que riñeron, ya adolescentes, por un quítame allá esas pajas, de noche, en la Plazuela de los Curas: revolcándose, se arañaron, pegaron y mordieron, y en seguida, jadeantes se dieron las manos, y sacudiéndose mutuamente los trajes empolvados, fueron a calmar la calentura con sendos helados en el café La Diana. El odio a la tiranía los unió, tuvieron los mismos ensueños; pero el uno más astuto y frío, aprovechó del impulso ingenuo del otro.

Arturo, que se acusa de tal pecado, reconoce y admite, él que tuvo puesto en la mesa del festín, la fiereza con que Portocarreiro se ha estrellado contra la tremenda realidad, sin miedo ni fatiga. Es como un dardo: ciego, hierde o se quiebra. Cree que su misión es combatir, exterminar, y ataca sin mirar a su alrededor; no conoce los hombres y acepta con la mayor candidez que la tiranía desaparece con Lilís. Y como él tantos otros, que se dicen intelectuales, porque poseen título académico, o son lectores de novelas, o empollan de año en año un articulejo, o hacen frases y chistes más o menos ingeniosos en los corrillos. Sí, de pipiripipao, nunca supieron el dolor que cuesta alumbrar una idea. Para ellos, no es por cierto el consejo virgiliano: cuida el árbol para que tus nietos recojan los frutos.

Con la perspicacia de los ojos que vuelven a ver, y que por tanto pueden aislar seres y cosas, observándolos por los cuatro lados, Arturo registra ayer y hoy en busca de un hilo para guiarse mañana. La tiranía de Heureaux, se dice, no ha sido adventicia, como Antonio y muchos piensan. No. Los veinte y dos



años de dominación haitiana disgregaron las castas coloniales, y fueron los restos de éstas los que dieron molde a las dos facciones contendientes en la primera república. Caudillos y hues-tes concordaban; las pasiones eran sinceras, comunes; de ahí el fervor, la abnegación y la implacable saña de sus bregas. En Santana predomina el instinto, en Báez el intelecto; pero ambos llegan a su hora. Con la levadura de los restauradores triunfan-tes de España, adviene un factor nuevo. Los hombres tienen prisa de gozar; la disciplina social desaparece; las clases se mezclan; el peculado asoma. El *baecismo* sobreviviente, impera con más vigor que antes frente a los *azules*, quienes, por senti-mentales, no se concilian en una sola aspiración bajo un jefe único, y a la postre, contagian al adversario. Fragmentados am-bos, rotos los ídolos, se inicia la era de los caudillejos ignoran-tes, sanguinarios; las regiones se imponen, las figuras efímeras se suceden en Palacio, y en tal ambiente de asonadas, fusila-mientos y asesinatos, se destaca un austero ideólogo, una men-te patricia caída en la dictadura y un poeta epicúreo, hasta que la anarquía engendra a Heureaux, cuya voluntad suma todas las ajenas dispersas, cercena cabezas, estudia los hombres y sus flaquezas y mete al país en el puño de su diestra manca. Pero como a su sombra maléfica no se ha creado ni una oligarquía vigorosa ni una conciencia nacional, tornamos a las andadas, a los pronunciamientos, a los golpes de estado, a los gobiernos estériles. La exaltación revolucionaria presumió, sin género de duda, que basta vitorear la liberta para alcanzarla y encumbra-rá un civil, un hombre de levita, o un novel general enamorado de las doctrinas de Hostos, que no comprende, y las mismas manos lo derribarán al día siguiente.

¿En dónde el corazón que nos nutra con su sangre generosa?  
¿En cuál cerebro anida el pensamiento mentor? ¿Los viejos?  
Uno, dos, tal vez cuatro; pero no, encastillados en sus virtudes,  
satisfechos de lo que han sido, inexorables en el juicio, permanecerán aislados, respetados, no queridos, temidos más bien;  
son demasiado honrados para algunos, troncos sin savia para otros. Como el griego, apurarían la cicuta sin temblar; mas no sabrían encontrar el ritmo de la vida en la cabellera del discí-pulo juvenil. Y sin embargo, la ocasión es de perlas. ¡Quién se atreviera!

El diablillo del orgullo le tienta. La empresa es hermosa. Expulsar de sí al sibarita que se place en la lectura de libros bien impresos, en la hembra entre encajes y perfumes, en la mesa rica, en el vino añejo, en la cama mullida, en la obra de arte; bajar de la torre de marfil a la arena, ser un hombre como los otros; amar, odiar, dar y recibir golpes; atisbar en las almas, decir la palabra que alienta, redime, consueta o fulmina; sacrificarse por una idea, vencer, triunfar. El laurel... ¡pero qué va! los capitaleños se reirían de él, aquí no será profeta uno a quien han visto en *mamelucos* volando *chichiguas*. No, de los campos cultivados vendrá el varón fuerte, que tenga, como quería el florentino, de la raposa y del león...

—Oye, Arturo, esta frase es de Castelar.

—Déjate de pamplinas. Más te importa leer a Maquiavelo y estudiar a Lulú.

Y de un salto, Arturo, se planta en una de las ventanas orientales.

En la anafaga del río expira la tarde. Del corral de los criminales suben ruidos de cacharros, de cadenas, acres vozarrones de bestias en brama. Los hombres, medio desnudos, duermen en calabozos infectos, padecen hambre, miseria del cuerpo y del alma, acoplamientos infames; el capricho apareja el asesino con el ratero; la existencia es la más dura condena, así la arriesgan frente a los fusiles de los cabos de vara al primer descuido, o salvando el muro y las rocas, sin temer a los dientes de los tiburones ni el mar, vadean la ría; y cuando, por merced arbitraria o por la de su arrojo, a espalda de la ley se libertan, esparcen tales miasmas por los campos.

Del antro asciende una voz fresca que entona una canción penetrante, sugestiva, la misma que a la vera de las reja sollozan las guitarras a la luz de la luna; pétalo, ala, la letra vulgar conmueve acercando los hombres a través de los gruesos muros, destila una lágrima de las piedras siniestras:

*Símbolo de mi amor  
Inmenso y triste  
Guardo el blanco pañuelo...*

\* \*  
\*

Las cinco de la tarde.

Antonio baja a saltos los escalones de piedra y atraviesa como flecha el patio hasta ganar la puerta. ¡En libertad al fin! Tiene alas en los pies. En la calle esperábanle dos amigos en un coche. Por el trayecto hasta su casa le enteran del acontecimiento del día, la renuncia del Presidente Figueroe, y de que la revolución que avanza por el Norte y el Este, toca ya con las culatas de sus fusiles a las puertas de la capital. Pero ésta no debe permanecer inerte, es preciso dar un golpe y derribar el Ministerio que asume el Poder Ejecutivo. Y esta noche será. Hay, pues, que apresurarse. Antonio acoge el proyecto con fruición. Sí naturalmente, ¿cómo es posible que la victoria sea íntegra para cibaeños y seibanos? No, ha de ser de todos. El pronunciamiento se impone, y de una vez. Manos a la obra.

Por las calles del tránsito, desde las puertas y aceras le saludan, afusivos, vecinos y transeúntes. Él lee en todas las pupilas un acuerdo tácito. Cuando el coche desemboca por la esquina próxima a su casa, sujeto a la puerta, temblequeante, se empuña el hijo, que aúlla *amá, apá*. Le ha anunciado, y una impresión, mezcla de alegría y tristeza, le oprime. ¡Cómo ha crecido! Antonio le carga en vilo y entra con él en la casa. Un abrazo los confunde a los tres. El contento se pinta en los rostros familiares. ¡Caramba, ya era tiempo! Y ahora ¡a triunfar, a realizar los sueños! Le hacen coro; pero a qué remover las penas del cautiverio, lo que importa es el porvenir que empezará dentro de dos o tres horas.

Y Antonio abraza con fuerza afectiva, que promete días de prosperidad, de dicha. La cuñada, jubilosa, le presenta un gran plato de natillas con sus iniciales en canela espolvoreada, que saborea en compañía de los amigos. El hechizo del ambiente le encadena; pero hay que arrancarse de allí, la palestra lo espera.

Los ojos de la mujercita reflejan inquietud resignada, y cuando se dispone a salir, ella le acompaña hasta el umbral, y con voz insinuante pregunta:

—¿A qué hora vuelves a cenar?

—No sé, no me esperes; pero no tengas cuidado, y en la oreja siembra el secreto, fecundándolo con un beso.

Desde las siete de la noche en el Parque de Colón nótase la presencia de corrillos y el ir y venir de gente moza armada. Algunos han vestido chamarra de dril; otros, de *bombito* y saqué cola de pato, embrazan largan carabina y cruzan al pecho la cartuchera repleta, y no falta quien se tercié el machete de cabo.

Aunque el nuevo Gobernador simpatiza con la revolución, conviene pronunciar la Capital, echar por tierra el Ministerio, porque, ¿quién quita?... Se cuentan entre sí los comprometidos. Antonio, abrazado, felicitado, va de aquí para allá cuchicheando, concierta pareceres. ¡Abajo el Ministerio! grita una voz, y a su impulso el grupo se dirige por la calle del Conde a la Gobernación de la Provincia, y sin que la policía, cuyo cuartel está en la planta baja, les moleste, escalera arriba gana el despacho del Gobernador. ¡Viva la revolución! ¡Muera el tirano!... Un bastón de ébano fracasa el cristal del retrato ecuestre de Lilís. Descuélganlo, y manos y pies le hacen trizas.

La fogosidad los ciega y los concita. El contentamiento los impele, y se echan de nuevo a la calle. Hay que galvanizar la ciudad. Un *chalet* que irradia luz por sus cristales atrae las miradas. Pedrada certera rompe una vidriera, y otra, y ciento, hacen añicos las ventanas. El objetivo de la épica jornada ha sido descubierto; sí, el enemigo se esconde en las casas, edificadas con el oro del pueblo: tiembla entre su lujo. ¡Pues, sus a él! Y las piedras golpean las mansiones de los engrandecidos. El grupo, inflamado, acusa lapidando. En cada calle erige un pretorio. Una voz apunta: “¡a donde Manolao; sí, con él!...” Pero otra detiene el coraje, reflexiva: “hay que tomar precauciones, tiene azuanos armados en su casa”. ¡Es verdad! Y la multitud piensa que sería inútil manchar con sangre tal proeza cívica, y recuerda que el general Figuereo ha renunciado al poder. ¡Ese rasgo merece más respeto que los fusiles de sus azuanos! Y los gritos llevan el ardimiento de la pasión regeneradora a los habitantes de La Primada, que se están quedos y a cal y canto, mientras ellos les devuelven el bien sumo de la libertad.

El pronunciamiento culmina en una Junta Gubernativa, uno de cuyos miembros perteneció al Ejecutivo derrocado, y el grupo se disuelve, roncadas las gargantas, desmayados los brazos, de

unos a montar guardia en la Gobernación —es necesario estar alerta, los caídos pueden reaccionar,— los otros a relatar los hechos, a repartir desde ya la parte que a cada cual le corresponde, en el *Casino* o en el *Club Unión*, en donde el ministro de Relaciones Exteriores entretiene un corro con su charla amena.

Antonio rehúsa la botella de cerveza fría con que le invita un su correligionario, y, a pesar del triunfo, toma camino de su casa, presa de vago malestar.



## XII

Muy de mañana, Antonio, dejando el lecho, empierna unos pantalones remendados, y, en camisilla, los pies desnudos en holgados chanclos, toalla al hombro, baja del piso alto, en el cual están la sala y los dormitorios, a la planta terrera, compuesta de zaguán, comedor, cocina y cuarto de baño. Provisto de un vaso, lo llena de agua y asómase por la ventana de la cocina, se enjuaga la boca gargarizando, se frota los dientes con el índice a guisa de cepillo, y escupe las bocanadas al patio. Luego se sienta en la clásica sillita criolla a esperar el café, cuyas borras hierven, cantarinas, en anafe cerca de la puerta.

La suegra preside en el ámbito, flaca, cetrina la rugosa piel de trigüeña; un pañuelito blanco anudado en el occipucio, la protege de resfriados, y con ademán cordial le alarga el pozuelo del café tinto, caliente y aromoso. Mientras lo paladea a sorbitos, Antonio examina la estancia. Dos puertas le comunican con el comedor y el patio, una ventana lateral se abre sobre éste, y alta claraboya mira al colindante. En la pared del fondo, el aparador de pino, en cuyos tramos escurren boca abajo la loza a flores, recién fregada, las ollas vidriadas y las pulidas cucharas de higüero. Al lado, en la mesa cuadrilonga, de la misma madera añosa que revela la frecuencia con que el cuchillo raspa las manchas que la afrentan, reposan, recostadas en el muro, las pailas estañadas de hacer dulces, el almirez de piedra y

la hachuela de picar carne, el frasco de bija con su muñequita, la higüerita con la sal, cuchillos, tenazas, macetas, bolillos, machetes y otros enseres; debajo de la misma, el pilón de algarrobo de moler café y rajas de *cuaba* para juntar candela. En un ángulo, el barril del carbón; entre la ventana y la puerta del patio, tiene su sede el fogón: hasta cinco anafes de hierro de diversos tamaños asentados en poyo de mampostería, y detrás de estos, en fila, reclinados en el tabique, los calderos. De un clavo cuelgan colador de metal, espumadera y *guayo*.

En el umbral de la puerta del patio, la señora en cuclillas, despercude cacharros, faena que abandona para preparar el café de los madrugadores o cuando en el portal suenan la tapa de latón del panadero o las vasijas de la leche. Entonces se escucha su voz que cuenta: "uno, dos, tres", y reclama, "cámbieme ese mollete que es de ayer", y "Este que está blandito como barriga de viejo" o "llene bien la medida", o "esta leche está bautizada y se le ve el azul de la batata". "Eso no es tener conciencia".

Antonio, después de sorber la última gota azucarada, sale al patio y lo revisa con mirada curiosa. Todo está igual. No; ha envejecido también. Es un cuadrilátero, plantado de árboles, cerrado por tres tapias erizadas de fondos de botellas que lo guardan de los rateros. En uno de los extremos mecha un humilde jardincillo. La mitad la ocupa el gallinero, cercado de cañas de Castillas atadas con tiras de *yagua*, en el cual ponen y encloca al amor de un gallo una docena de gallinas, que es fuerza mantener con las alas cortadas. Un *limoncillo* las ampara del sol con sus ramas, y un cocotero cuyo tronco forma un codo, brinda tribuna a sus estrepitosos cacareos; un casco de tinaja de hierro, el bebedero. Antonio observa complacido una blanca pollona moñida, que en un pie en el borde de aquél, se mira coqueta en el agua y lustra con el pico las plumas pectorales. El sultán engalla la cresta cárdena.

En el jardincillo, entre arriates de caracoles marinos enfloran *mosquetas* y *cienhojas*, espira el *llantén* y brilla el terciopelo de la *yerba buena*. Hay también hinojo, *salvia* y *závila*, ruda y albahaca, y *túa-túa*, cuyas hojas purgan arrancadas hacia abajo, según decir, y hacia arriba son eméticas, concuérdase el placer estético con la utilidad de la medicina casera. En cajoncitos, un geranio escarlata y un clavel de olor, defendidos de la



adefagia de las lagartijas, por cáscaras de huevos enhiestas en varillas de coco.

En uno de los ángulos, en cuartucho cobijado de cinc, está el retrete, que infesta el recinto y hasta la misma casa. Aquí y allá; restan dominio al sol, naranjos, guanábanos y limosneros, y por encima de la pared medianera extiende el ancho abanico de sus hojas y carga las hermosas esmeraldas peludas de sus mazorcas un *pan de fruta*, que regala con su sombra el lavadero: una batea de roble sobre un barril vacío, tres piedras carbonizadas y la lata de lejía. De tapia a tapia y de árbol a árbol, dividen el espacio los cordeles de tender la ropa. En la opuesta esquina asienta sus reales el pozo, que surte agua fresca a dos casas. Musgo fino tapiza el brocal de piedra, y de la boca surgen graciosos helechos.

Antonio, asida por la abrazadera la lata que fue de mantequilla, se allega a él. En el seno profundo espejea la líquida pupila, de la cual afirma la conseja popular que, el día de San Juan, las muchachas casaderas que se asomen ven retratado el futuro, aquél cuyo nombre será el mismo del primer pordiosero que en tal día haya tocado a su puerta. La mirada escruta la pétreo garganta cavernosa, y el húmedo vaho le penetra. Bienhechora sensación de calma y de poesía le acaricia. El claro ojo le fascina. Se aparta, de súbito, sustrayéndose a un pensamiento: ¡sería tan fácil acabar, dormir para siempre, en la paz de lo hondo del pozo! Rocía el carrillo para que no chirrié, y echa el recado, sogas de *majagua* con dos bambúes. Y del pretil al baño acarrea el agua. En el silencio se escucha el raudal vertiéndose en la batea.

En el baño, Antonio, boca arriba, las piernas encorvadas, el tronco sumergido hasta la nuca, goza de la impresión voluptuosa del agua fría. Burbujas les cosquillean por la espalda. ¡Qué delicia! Y pensar que más de un año estuvo privado de ella... Sentado, mientras se estruja la piel hasta enrojecerla y se enjabona copiosamente, dice para sus adentros: "no importa lo que cueste, es urgente que El Homenaje no sea en lo adelante el domicilio de los dominicanos que piensen en voz alta contra el Gobierno, y es necesario también que ésta sea la última revolución" y se enfrasca en sus planes de sanear, liberar y restaurar el país.

Con la higüera se empapa la cabeza.

Cuando, de regreso a su cuarto atraviesa por la cocina, la leche que hierve forma un cúpula de nata y se derrama sobre las brasas. La suegra acude presurosa, la trasiega repetidas veces para enfriarla. Antonio se detiene, le interesan estas faenas domésticas, en las cuales descubre la belleza sencilla, y sigue unos instantes el curso del lácteo chorro. Sube las escaleras ágilmente.

En su cuarto encuentra ya listas sobre la cama y en el espaldar de una silla, las ropas, repasadas por la mano amorosa de la mujercita, que está allí, rondando, para ayudarle a vestirse. Le sujeta los pantalones por los bajos para que el pie entre recto, y avienta los cabellos que han caído sobre la perchera. Antonio mata con la esperma de un cabo de vela el filo del cuello, para que las hilachas no le molesten ni el sudor lo ablande. Quiere una corbata roja, expresión de su radicalismo, pero no la posee. Mas, Luisa acude a uno de los hermanos y vuelve con una, flamante, encarnada; ella misma le hace el nudo, y empiñándose al final, le besa. ¡Cómo le ama y admira!

Antonio, parte el revólver W. and S., lo aceita, y cargándole lo vuelve a la canana colocada en el costado izquierdo; ceñido el saqué se planta ante el espejo: las solapas caen bien, y en la espalda ni un pliegue. Está un poco estrecho, tanto mejor, así marca las líneas varoniles del tórax, y si huele a bencina, ya cesará en cuanto le dé el aire. Cala hasta las cejas el sombrero de yarey, de alas acanaladas, la copa circuida por cinta negra de dos dedos de ancho, y en el bolsillo de pecho guarda el pañuelo de seda blanco perfumado de *Ylan Ylan*. Aún hay más: dos pesos para los cigarrillos. Y en compañía de la esposa, hace molinetes con la varita de corozo y baja al comedor, donde le espera un desayuno extraordinario.

El mantel de alemanisco azul, color encubridor, doblado en cuatro, está puesto en una de las cabezas de la mesa de caoba, mueble secular. En un plato, huevo frito y media vara de longaniza; un plátano maduro, de los mentados *dominicos* de los campos de San Cristóbal, asado con cáscara en la hornilla; un pocillo de leche, un pan de corteza dorada, y en un platillo, *medio* de mantequilla. La habitación es adyacente al zaguán. La amueblan un tinajero de pino pintado, base de la piedra mus-

gosa que destila el agua gota a gota a la panzuda tinaja, estregada a diario con estropajo de hojas de guayabo; un cajón alacénado con puertas de tela metálica, en el cual se guardan bajo llave la loza, las golosinas y el azúcar por mor de los muchachos; unas perchas o cosa así, destinadas a las tablas para secar al sol los cajuiles y al mármol para estirar y cortar los caramelos; baúles viejos, sobre los cuales atadijos de ropa recién almidonada.

En torno de la mesa la familia se sienta. El suegro, rechoncho, encorvado ligeramente, con un reflejo de bondad en el rostro rasurado, ha vuelo del mercado a donde él mismo va con la negrita sirvienta a hacer la compra. Todos interrogan, desean saber qué fue lo de anoche. Antonio, entre bocado y bocado relata el pronunciamiento. A la verdad, se siente mohino; aunque no lo confiesa, no está satisfecho. Él había preferido una pelea, sangre, los culpables colgados de los faroles, como tremenda lección; pero ¿cómo referir que las piedras vejaron a quienes más de una vez han favorecido a la familia y a él mismo? Del embarazo le sacan tres conmlitones que llegan presurosos. Vienen a buscarle. La cosa está que arde.

—Es necesario que nos reunamos en seguida para constituir una Asociación Cívica, que vele porque no se emplee a los *lilisistas*. No pediremos nada para nosotros, bien entendido; pero que no se les dé a ellos, porque eso sería injusto, inmoral—, dice uno.

—Lo que importa es abrir los ojos y no dormirse sobre los laureles, pues ya hay un complot para reaccionar; en él están metidos hasta el gollete los jefes de San Carlos y Pajarito, y de momento rompen los tiros, —noticia otro.

—Eso no lo logran, aunque yo sé que desde esta madrugada están sacando carabinas y cápsulas; pero lo más gordo es que se trasladan el dinero de Palacio para sus casas; los han visto con los claros del día, cargan sacos llenos en un coche, —asegura el último.

Don Pedro los ha oído suspenso. El primero ha sido empleado de la tiranía hasta ayer; el segundo, mozo inofensivo, pacífico, excelente bailarador; y el tercero, ¡santo Dios! ¡qué transformación tan rápida! de espía y alcahuete le reputaban...

El buen hombre les dice persuasivo:

—Vayan despacio, que hay mucha gente mala, y no deben creer sus intrigas. ¡Qué sacos ni ocho cuartos, si en las cajas no hay más que papeles!

—¡No, don Pedro, usted es muy sano, esta gente es capaz de todo, nosotros los conocemos!

—Vamos, que debemos impedirlo.

—Sí, lo primero es ir a la Gobernación para poner en cuenta a la Junta.

Y los cuatro salen a cumplir el arduo deber de salvaguardar la paz de la ciudad, los dineros del Estado y los servicios públicos.

La magna lucha duró seis días, en los cuales la juventud, ojo avizor hacia San Carlos y Pajarito, veló las armas. Por la Puerta del Conde seguían entrando los lecheros, y la vieja barca cruzaba el río con los pasajeros trafagadores...

Se confeccionó una lista de candidatos a mejorar las instituciones desde las oficinas, y la Junta forcejeaba, vigorizada por la intransigencia de una cabeza dantoniana, contra el asalto de las pasiones irascibles y de los nuevos intereses voraces. Un día, el aire embalsamado por las *pomarrosas* de las sabanas orientales, trajo nuevas explosivas: el jefe revolucionario de esas provincias se proponía entrar en la Capital, con su taifa de paso tardo, armada de largos machetes y al hombro el saco de yute en que almacenan frutos y objetos realengos, que no desamparan ni en las marchas penosas ni en las refriegas. La Junta se opone. Vale más esperar a los del Cibao, que sea el triunfo uno solo. En las esquinas, en corrillo, o medio a medio de las calles, los comentarios corren quemantes, manos inexpertas lubrican los fusiles aún oxidados, y a los oídos de la gente moza las canas duchas insinúan:

—Cuidado con los del Este, son matreros, ambiciosos y amigos de hacer *coca*! Acuérdense de Santana...

En la tarde del sexto día, por debajo del Baluarte del Conde, pasan los revolucionarios, a lo largo de la empavesada calle de la Separación hasta La Fuerza. En el grupo de jinetes que precede, las manos entusiastas señalan figuras conocidas: el Jefe, alto, cual tallado en mármol, la negra barba en punta; Ramón Cáceres, el Héroe, hermoso, jinete insigne, un tanto ladeado, la cara de risa, ¡homérica risa que durante doce años resonará

preponderante en la política nacional! Sobre sus cabezas caen pétalos, revuelan aplausos y aletean las aclamaciones. A su paso, mirando a los balcones engalanados, y a las que en ellos agitan manos febriles, los mal intencionados murmuran: "¡son las mismas que bailan con el negrito!" y los rapazuelos callejeros, que enantes corrían tras los carruajes en los bautizos rumbosos, tararean las canciones procaces, en las cuales la chusma ha sacudido el lodo de sus chancletas sobre las faldas de seda.

Los soldados de la revolución desfilan, mirando el hembrerío de los balcones, con una palmita de *guáyiga* en los sombreros rotos: es la divisa de las tropas que desde Santiago a la Capital cuentan en su jornada una sola baja: un oficial herido en un muslo por el cuchillo con que hacía rajás una caña.

En los días siguientes, un nuevo espíritu animó la ciudad. Las serenatas a los triunfadores sucedíanse por las calles, los discursos premiaban el esfuerzo de los caudillos. Cada plaza se convirtió en sucursal del ágora, y la palabra *meeting*, importada por un negro autodidacto, graduado de doctor en una Universidad del Norte, que pasea su vehemencia de chistera y levita, cuyos faldones ahueca el viento, se adhirió al vocabulario político. La juventud audaz, encaramada en sillas claudicantes, derrama sobre el pueblo las doctrinas constitucionales de Hostos. El ejemplo de los Estados Unidos y de Suiza se cita como meta de la democracia. Eugenio Deschamps, recién llegado, lee las cuartillas de sus arengas, y estalla el látigo de siete colas de su verbo indignado, rico en dicerios. Miguel A. Garrido, de gallardo talante, enciende los cohetes de su prosa; Antonio Portocarrero desenvuelve como en un cinematógrafo las visiones de los catorce años de tiranía, y gime con los presos, hace sonar los grilletes y saca de la tierra en que se pudren los cadáveres de las víctimas. Arturo Aybar habla del orden, de la libertad, de la educación cívica, de la necesidad de que los hombres idóneos gobiernen, y del olvido de lo pasado. Y el pueblo, borracho de palabras, palmotea. Algún orador novel alude al sol y al cielo, otro hace cambiar las sonrisas que produjera esta poesía, por un gesto de espanto, anunciando: *¡se maquina en la sombra!* Las miradas se vuelven buscando a los impenitentes *lilisistas*, y las diestras apuñan bajo las chaquetas la cachas de los revólveres. Los papeles impresos, con títulos alusivos, aumentan: las

piedras de la épica noche se han transformado en tipos de imprenta. Se elogia, se insulta. El ditirambo y la diatriba se codean, y al pie de los artículos se leen todos los signos del alfabeto o seudónimos más o menos jacobinos. Se ha descubierto que existía una lista de puño y letra del tirano, en la cual están anotados los que debían morir por el hierro de sus esbirros. Todos están en la nómina, uno explica: "yo porque no le saludaba", otro, "yo porque no le quise aceptar un puesto". En el Jordán de la Revolución zabullen todos, y limpios de culpas, bregan por hacer la felicidad de la Patria.

Portocarrero está asombrado: nunca supo que tuviera tantos admiradores ni la tiranía tales enemigos. En una asamblea lanza su candidatura a Diputado, que sus oyentes acogen con aclamaciones, y levantándose el pantalón, exhibe la mordedura de los grillos, su mejor título para legislar. La candidatura gana prosélitos. "¡Se lo merece y sabrá defender nuestros derechos!", dice la gente. Pero una noche, con gran sigilo, bajo un laurel del Parque, un compañero de la Asociación le confía que el Gobierno no le apoya, ni tampoco el candidato a la presidencia.

—¡A mí! ¡Eso no es posible!

—Sí, a ti. Dicen que eres muy intransigente, que lo discutes todo, y no eres un hombre práctico, ni tienes ideas gubernamentales.

Mas, el presidente futuro, en una conferencia, le comenta, diciéndole: "Necesito ese puesto para una combinación; usted tendrá otro en mi Gobierno, distinguido y de confianza".

A diario, la prensa registra nombramientos. En los bancos del Parque se despelleja a los agraciados. Ningún mérito se les reconoce. Vientos de *Fronza* desmadejan el ramaje de álamos y laureles. Los vencedores se dividen en dos grupos, igualmente *istas*, roídos de ambiciones indiscretas. Algunos jefes *lilisistas* venidos de las provincias, pasean por las calles, señalados a la burla pública desde los periódicos, con sus panamás alones. Cuando la naciente oposición da en el blanco, la pasión grita en el Parque: "Horacio está que trina, dice que va a desenvainar el *encabao* y a entrar a planazo limpio a *La Bandera Libre*. ¡Usted verá!" En las palabras, en los pensamientos, en los actos, se advierte una sombra: Lilís. Se le niega, se le abomina, se le combate, pero está presente, suena en todas las bocas y obsede las

imaginaciones. Es cátedra de política criolla; se repite: "él hacía esto así", o "acuérdense de Lilís que tenía experiencia y sabía en donde apretaba el zapato". Acusación o ejemplo, domina, amenaza. Ese muerto gobierna.

Un día de Noviembre, la levita inglesa abrochada, reluciente el parisiense sombrero de copa, cruzado el pecho por la banda tricolor, el elegido jura la Primera Magistratura. El Metropolitano, bajo las naves de la Catedral, entona el *Te Deum laudamus*. En la tarde, a son de bando, en las esquinas alternas, se lee el Decreto presidencial que nombra el Gabinete. Cada apellido que cae de los labios del pregonero, es presa de las lenguas implacables. En los días siguientes, los cibaños retornan a sus lares, el *Listín Diario* continúa publicando las listas de nombramientos, y el Presidente, cuatro veces al día, a zancadas, atraviesa el Parque, un cigarro en la boca, los faldones al aire, seguido de dos edecanes, de azul y oro. El pueblo, en tanto, le pone motes chocarreros.

Antonio espera cada día, impaciente, la carta del Presidente que le anuncie su puesto. Los compañeros que ya alcanzaron su tajada en el botín, le aconsejan calma. "Don Juan, le dicen, habla siempre de ti con cariño, y está preparando una combinación. Ten paciencia". Arturo Aybar, ratificado en su Consulado en París, mientras prepara las maletas, enseña a los contertulios del Club a descorchar las botellas de champaña, sin ruido, y sin que el espumante vino se derrame. Los acreedores que presienten el fracaso, asedian a Antonio: siempre hay un cobrador de facción en la puerta; otros le asaltan en la calle. La suegra murmura, y él nota un ardor de súplica en las pupilas de su esposa.

¿Qué hacer? De arriba, de abajo, hay algo que le repele. La palabra intransigente, ha sido escrita como un *inri* sobre su cruz. Los amigos le traen del Palacio consuelos: el *majarete cuajará*. Los periódicos suelen publicar gacetillas, en las cuales se recoge el rumor: "se dice que nuestro querido amigo el brillante periodista Antonio Portocarrero, será nombrado próximamente secretario de Estado de..." En Palacio se le ha ido descartando poco a poco de todos los cargos. Es un "espíritu de contradicción", ha sentenciado. "Tampoco es serio", agregan, "tiene muchos *ingleses*".

Se rebela contra la sorda, mansa y taimada hostilidad ambiente. ¡Ah! el triunfo para los otros, aun para sus propios contrarios menos para él, condenado al dolor, a la miseria; acorralado, desconocido, maldito. No, nunca; y airada, incisiva, la pluma rasga las cuartillas.

Luisa, viéndole escribir, le interroga con timidez:

—¿Otra vez?

—Si quieren lucha, la tendrán. ¡Y sabrán lo que es candela!

Al crepúsculo, descalzos, a trizas la sucia camisa, el rollo de periódicos debajo del brazo, los rapaces vociferan:

*El Listín Diario a rial, artículo caliente de Portocarrero.* Las manos les arrebatan el papel, y arrellanados en los bancos públicos o en los mecedores de bejuco, devoran la prosa vibrante, en cuyas cláusulas adquieren las palabras extraño sentido, y producen sensación de fragua. “Pero, este hombre nunca está conforme. ¡Pobre mujer!” —opina uno—. “Ese es un despechado” —afirma otro. Los *lilisistas* se soban las manos con gusto, y un Secretario del Despacho, acariciándose las patillas, acusa: “ese huevo quiere sal”.

Al día siguiente, se cruzó en la calle con el Presidente: la chistera parisiense y el yarey portorriqueño permanecieron inmóviles en las respectivas testas.



### XIII

En las columnas de *La Libertad*, interdiario que ha fundado y dirige, Antonio derrama su ira contra el Gobierno, quebrando lanzas por la Constitución, pues a su juicio, los nuevos mandarines la violan desahogadamente. Los errores de los jefes comunales analfabetas, arrójalos sobre la cabeza de turco del Ejecutivo: el Palacio es el único responsable. Elocuente, fuerte, rimbombante, su prosa estalla, desmenuza al contrario. A su vez, los plumíferos empleados le atacan. Un seudónimo impenetrable, inquiera cómo ha vivido hasta hoy, que industria costea su existencia, e insinúa que aceptó los favores de la tiranía; otro le amenaza con el Archivo del Tirano, suerte de bubón cuyo pus pringa todas las caras. Sus cartas circulan de mano en mano, y la maldad adoba y cuchichea que, entre tales papeles, han aparecido virginales camisas ensangrentadas con monogramas.

¡Marea de sanies! En la calle, la gente le estrecha la mano con efusión o esquiva el saludo, según sirva o ataque sus intereses. Los *lilisistas* le elogian, los *jimenistas* le denigran. Este, le dice al oído: “siga, amigo, que este *Pan sobao* se las trae, y es preciso defender los vitales intereses del país”; aquél, que ejerce autoridad, con sonrisa maligna le susurra: “Usted no sabe como anda la procesión por dentro, el santurrón quiere embestir. Esto es un cuero tieso, le pisan una punta y se levantan las otras tres, y Horacio, hum...”

La redacción, establecida en una accesoria de la imprenta, con mesa de pino, tres sillas y otros tantos cajones vacíos por mueblaje, es un mentidero. Allí se reúnen los opositores y también quiénes gustan de encandilar a salva mano. Las propagandas, los chismes, las noticias, convergen y se transforman en prosa candente. A horcajadas, sentados sobre la mesa y en los rimeros de periódicos sobrantes, charlan, porfían, mientras Antonio escribe, y los reportes voluntarios acarrear gacetillas, y un misterioso colaborador que se disfraza con un seudónimo desliza su manuscrito envenenado, recomendando el secreto; el cronista de salones deshoja flores a los pies de las damas concurrentes al último sarao, y los forasteros visitan para que les pongan un saludo de bienvenida. En los días en que de antemano se sabe que *La Libertad* viene picante, lectores impacientes aguardan a la puerta.

Antonio no mira hacia atrás, ni examina quiénes le impelen. Su enemigo es el Palacio, madriguera del despotismo para él, y trueno contra los mismos procedimientos que solo han cambiado de antifaz.

Al oído del Presidente se insiste: "Usted es muy bueno, Lilís le habría metido en la cárcel, por lo menos". "Este país no se puede gobernar así". En el parque, los discutidores se enfurecen.

—Esa es la obra de los *lilisistas*, que nos están dividiendo para vencernos.

—Sí, y don Juan debe pelar el ojo, y agarrarse, porque la mulita corcovea.

Portocarrero siéntese satisfecho. Es el blanco de todas las flechas; admirado, odiado, aplaudido o denostado; su fuerza se enfrenta al poder, que al fin capitulará. Los que entretienen sus ansias haciendo combinaciones ministeriales, incluyen su nombre en primera línea. Cada error gubernativo es una piedra más en su pedestal. El Presidente continúa recorriendo las calles a trancos, con sus edecanes a la zaga, y los domingos oye devotamente la misa en la Catedral, acompañado de su familia. El edificio cruje al golpe de las piquetas demoledoras; pero él, cabeceado, repite con acento afrancesado su estribillo: "Ni un día más, ni un día menos".

Una tarde, los granujas vocean: *La Libertad*, con "la caída del Ministerio", "lo que le dicen a don Juan". Tres secretarios de

Estado han renunciado, y Portocarrero enristra una catilinaria al Presidente, enumera los errores en que ha incurrido, le acusa de acoger a los *lilisistas*, y lo que es peor, de usar las mismas prácticas corruptoras. "La Constitución es un trapo, cuando debe ser tan sagrada como la bandera nacional", escribe; y barajando los nombres que se indican para el nuevo Gabinete, su péndola, sin piedad ni rebozo, excluye, acusa, clava en la picota o elogia sin tasa, aclama o anatematiza.

En los mentideros del Parque Colón, se comenta el artículo; alguno afirma que Portocarrero será al fin ministro, y se le reconocen cualidades. Cuando llegan en busca de los laureles de la jornada, las manos se tienden afables, sólo una le repulsa. El paladín le mira retador, y el otro estalla:

—Usted no es más que un sinvergüenza, y mi tío es un hombre honrado, que muchas veces con su dinero le ha matado a usted el hambre.

El bastón del periodista se alza. El *bombón* del insultador rueda roto, los testigos se apartan y los revólveres relucen. Portocarrero se planta en la avenida; el otro se escuda con el tronco de un álamo, y entre los gritos de los presentes, lo dos hombres se bombardean, *pum, pum*, saltan, zigzaguean, o perfilados detrás de los árboles hasta que las cámaras se vacían; entonces los otros promedian y la policía acude. Muchas puertas se han cerrado, y la guardia de la Gobernación está firme. Los combatientes, ilesos. Los espectadores la cuentan de *chiripa*, a todos les ha pellizado el plomo las orejas.

La única baja, es una borrica que pasa por la calle cargada de petacas de carbón y haces de caña de azúcar, la que herida en una pata, amusga las orejas y lanza un rebuzno formidable.



#### XIV

La noticia le precedió. En la casa estaban conmovidos, y aunque les habían avisado que nada le ocurría, lloraban lamentándose. Luisa, los ojos acuosos y enrojecidos, le abrazó, junto a la puerta. Todos querían saber.

—No ha sido nada, una pelotera sin importancia. Todo ha terminado. ¡Un mentecato!... ¡hombrearse conmigo!

Después del lance, Antonio se sentía más varonil. Las balas habíanle respetado. El tributo de tantas manos que estrecharon la suya alabándole por haberse portado como un hombre, le satisface.

Su popularidad medra. *La Libertad* relata el duelo, enumera los disparos, los movimientos, los incidentes y hace constar que ni insultos ni tiros le detendrán en su camino. “Nuestro querido Director, termina, se debe a la Patria, y en sus altares, si necesario fuere, ofrendará la vida”. “Esta vez sí que llego”, se repetía a sí mismo.

En todas las combinaciones ministeriales publicadas por los periódicos se le nombra. Los cobradores le han concedido una tregua, y hasta los tenderos le saludan con una sonrisa prometedora de nuevos créditos. Los amigos le asedian, algunos le piden puestos, musitándole: “ya sabes que siempre he sido tuyo”, y no falta quien, de acera a acera, le diga cariñosamente: “adiós, ministro”. Él sonriente, replica: “Todavía no sé nada de

cierto, ni sé si me convenga aceptar. El Presidente está bien inspirado, a pesar de sus errores; pero los compromisos, y las responsabilidades..." Y con qué deleite promulga sus planes de gobierno: no importa el Departamento que se le destine, él está preparado. En Interior, hacer cumplir la ley con energía. En Hacienda, economías, gastos reproductivos, y fuera las asignaciones. En Relaciones Exteriores, poner a raya a los diplomáticos extranjeros, rechazando, textos en mano, sus reclamaciones dolosas y sus pretensiones humillantes. En Fomento, caminos, puertos, inmigración; si Instrucción Pública, escuela y educación cívica. El país necesita, concluye, administración, mucha administración honrada, y nacionalismo; sí, nacionalismo, para salvar la independencia amenazada.

—Así es. Hombres como tú e ideas como esas, son las que convienen, si no, nos hundimos —asientan los oyentes.

En la casa, se mantiene alerta, esperando al conserje de la Presidencia, portador de la tarjeta de don Juan, que le convide a una entrevista. Esta vez parece seguro. Antes había anunciado distintos nombramientos: Cónsul general en New York, en Hamburgo, Interventor de Aduanas, los que, según él, le fueron ofrecidos pero los declinó.

Reclamos y palabras hostiles le obligan a mentir para engañar la espera dolorosa en aquella miseria que abate su vanidad. Luisa, calla siempre. La suegra protesta: "ésta no lo cree; pero se muere antes de confesar que él es un embustero". Con acritud agrega: "no lo nombran ahora tampoco, ya verás como se le *pela*"; y la abuela doña Altagracia, que sorprende las murmuraciones, se adhiere: "¡porra para él!", y volviendo el brazo derecho, hace un cuerno.

La familia se reúne en torno de la mesa dos veces al día, a las doce para la comida y a las siete para la cena, y mientras toman la sopa y yantan el plato cotidiano, compuesto de carne guisada, arroz blanco, habichuelas rojas y plátanos salcochados, y en la noche sorben el pozuelo de chocolate unos, otros de café con leche, y alguno de infusión de jengibre o de hojas de naranja, chacharean hasta acalorarse de los sucesos del día. Antonio, displicente frente a la taza de chocolate humeante, con lentitud unta de mantequilla el mollete de pan.

La suegra, con retintín, le interpela:

—¿Qué fue el bando de esta tarde?

—El nombramiento de los nuevos ministros.

—¡Ah!...

Y se produce el silencio, sólo interrumpido por los sorbos y la masticación. En una esquina de la mesa, el unigénito forcejea por alcanzar un pan, tembloroso, balbuceando, *apá... apán...* Antonio, molesto, le alarga un pedazo y cuando ha terminado con su ración, relata:

—Don Juan me mandó un recado ayer, ofreciéndome el Ministerio de Hacienda o el de Correos y Telégrafos; pero le contesté que no podía aceptar.

—¿Qué sueldo gana un ministro? —pregunta la suegra con viveza.

—Ninguno de los dos me conviene —prosigue Antonio sin responderle—. La hacienda está muy embrollada, y no voy yo a exponerme a fracasar, desenredando esa madeja de la *Improvement*, los belgas, los franceses y la Deuda flotante interior, puesto que mi criterio radical, de cortar por lo sano, no habría de ser adoptado por el gobierno. Y en Correos y Telégrafos sería una figura decorativa, obligado a asumir las responsabilidades de los errores cometidos y de los disparates que seguirán. Si me hubiera ofrecido la Cartera de Interior, tal vez me habría sacrificado, y eso para tratar de unir a Horacio con don Juan, porque las cosas andan de mal en peor, y pronto llegaremos al rompimiento y a la revolución.

Luisa aprueba con energía: "has hecho bien, es una tontería comprometerse a última hora".

Sones musicales lejanos llegan hasta el comedor. Doña Altaricia pone oreja en escucha, y anuncia:

—Oigan, música. Debe de ser la serenata que le traen a Antonio porque lo han hecho ministro.

—No señora, si no ha querido —refunfuña la suegra.

—Ah, yo... Como decían...

Y Antonio sale disparado, en busca de aire. En el Parque los bancos están concurridísimos. En el ángulo sureste, entre la Catedral y el Palacio Nacional, se sientan comerciantes, abogados y políticos graves, amén de algunas parejas de amartelados que se agradan en el claro-oscuro protector. En el ángulo nores- te, parroquianos del café vecino, conversan a gritos. En los ban-

cos fronteros a la calle Separación, tienen su sede, bajo un laurel, un tipógrafo mudo, un zapatero curazoleño y un pirotécnico, los cuales disertan sobre política internacional, analizando los cablegramas del *Listín*. El tópico palpitante es la guerra entre Francia y Alemania que, a juicio del zapatero, estallará de un momento a otro. De la mitad de aquel lado hasta la esquina de la calle de Plateros, son dueños los galleros, que forman coro en derredor de un álamo. Aquí, las altas voces reseñan las últimas riñas y enumeran las condiciones de un *giro* o de un *matatobo*. La batuta la lleva un hombre fornido, blanco, descotada la camisa, que habla y gesticula sin cesar, replica a todos los argumentos, domina todas las voces, y afirma contundentemente:

—A mí de gallos no hay quien me enseña, porque yo sé hasta cuando les duele la cabeza.

En el segundo y tercer banco del frente del Palacio Municipal, con un álamo por el medio, se juntan los políticos activos: empleados, periodistas, abogados, médicos y gente de lengua chispeante. Allí, entre bromas y veras, se monda a cuanto ciudadano recibe la gracia de un nombramiento. La honradez tiene una condición fatal: la cesantía. Los nuevos ministros están en la mesa de disección, los bisturíes afanosos escudriñan en los pliegues de lo pasado. Unos atacan y otros defienden. Alguien, exasperado, clama inconforme:

—Bueno, ¿pero qué han hecho esos tales para que los nombren ministros? ¡Comprométase uno para que otros gocen!

Y un burlón, que quiere buscarle la boca, aludiendo al grado de coronel que las Ordenanzas militares reconocen a Jesús Nazareno, agrega:

—Y lo peor es que han nombrado a Jesús.

—Ahí está, y ¿qué méritos tiene Jesús para eso? Está visto. Este país está perdido.

—¿Y qué Jesús es ese?

—Hombre ¡Jesús Nazareno!

Y el coro se desternilla de risa.

Antonio esquivo el Parque de Colón, en donde se sentiría mortificado, y se acoge a la penumbra de la Plaza Duarte. Y allí, solo, frente a la Iglesia del antiguo Convento de Dominicos, cavila.

La última ilusión se ha pulverizado. ¿A qué seguir combatiendo? Y lo que es peor, ¿cómo continuar? Su oposición ha



perdido autoridad, y el público se cansa al fin de las palabras altisonantes. Esta tarde, el dueño de la imprenta en que se edita *La Libertad*, le ha exigido con urgencia: se le deben tres semanas. El administrador dice que los agentes del interior no remiten fondos, y que las ventas disminuyen. Y ha mostrado las cuentas muy claras, y él mismo está muy alcanzado, tanto, que ha tomado a cuenta seis meses de sueldo, y se ha cargado la cantidad; porque eso sí, él es un honrado padre de familia. El editor ha fallado el pleito, conminándole al pago. Esperará una semana más, necesita el dinero, las cosas están muy malas, tiene que hacer pagos en Europa, y, por otra parte, el Gobierno, en vista de que se tira en sus talleres un periódico de oposición, no le da trabajo de sus oficinas. Y los brazos abiertos, inclina la cabeza, y agrega: "más no puedo hacer". Uno o dos números más y *La Libertad* habrá muerto.

En el hogar, la situación es intolerable. Luisa y su hermana trabajan de seis a seis, y con frecuencia su mujer mueve el pedal de la máquina hasta muy entrada la noche; cosiendo para la calle. Herminia lava y hace dulces. El patio está siempre lleno de tablas con cajuales secándose al sol, y en la cocina borbota el almíbar en la paila estañada. ¡Pobre muchacha, y cuando se case continuará igual! La suegra cocina y plancha, y el suegro, que nunca maldice, a cada artículo suyo teme que le despidan del empleo que tiene en Palacio, y eso sería el *acabóse*. La casa no la pagan hace años, está en ruinas, y el casero no la repara para que se muden. Los cuñados apenas ganan para sus necesidades. Luisa no se queja; pero late en su reserva una protesta; y el hijo crece, se estira, ha logrado caminar, temblequeante, los brazos abiertos y un hilo de saliva colgante del labio belfo. ¡Qué horror! A menudo lo encuentra en la calle, haciendo de policía o de cura, hazmerreír de una trulla de chiquillos que le burlan, lo torturan y le enseñan a balbucear obscenidades. Es la pesadilla que le abrumba. De esa tiranía nadie le libertará, ni poder ni riquezas.

En la oquedad de la plaza, sus ojos descubren dos cuerpos que se abrazan bajo un árbol —una negra sirvienta y un soldado—: animalidad vibrante; y escucha gotear los higuillos de los ramos sacudidos suavemente por el terral.

—Sí, hay que tomar una resolución —se dice—. En el Gobierno nada es posible; ya que he quemado las naves, sólo resta Ho-

racio. Más allá de las lomas, el Cibao que quita y pone Presidentes. Hay, pues, que enviar el fuego, y mientras tanto, otra vez a ludir los fondillos, desasnando muchachos, en las sillas de las escuelas.

De regreso, encuentra a Luisa que cose a la luz de la lámpara de petróleo, colgante en mitad de la sala.

—No debes matarte tanto, no hay necesidad, muchacha, —la dice entre cariñoso y reprovivo.

Y ella, que alza las dulces pupilas, le contempla satisfecha, y se excusa:

—No, si son para ti. Las que tienes se están deshaciendo y quería darte la sorpresa el día de tu cumpleaños.

Y una sonrisa melancólica encarna levemente la boca fina, marchita.

Antonio le toma la cara por la barbilla, y alzándola, la besa en los ojos murmurando:

—¡Qué buena eres!

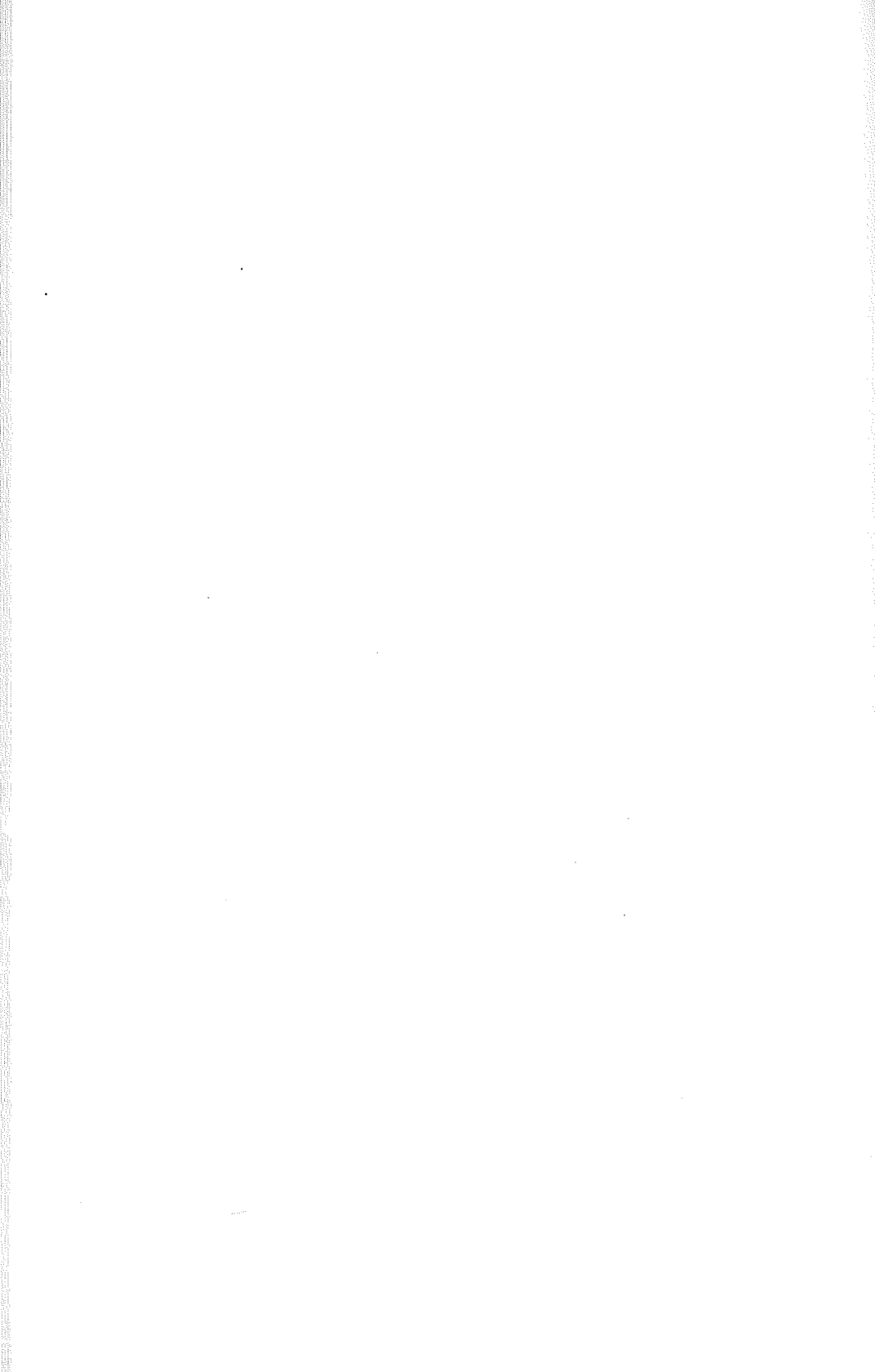
Se sienta a su lado y sigue atento el pulgar que pliega las alforchitas de la pechera. Luego pasea la mirada por la estancia, cuyos muebles nunca le parecieron tan viejos. Los mecedores de bejuco de Viena, que fueron el lujo de sus bodas, descascarados, rota la rejilla, tantas veces renovada, se zarandean de un lado a otro bajo el peso de las personas; el sofá, cojo, se apoya en la pared; las sillas, desvencijadas; la mesa del centro, llena de máculas. El polvo ornamenta la cal de los muros con extraños arabescos; entre vigas y alfarjías, la humedad dibuja fantásticas figuras. En el testero se destaca el retrato de cuerpo entero de uno de los antepasados de Luisa: señor potentísimo de la Colonia, en cuyo pecho prominente ostenta, bordada, la roja espadilla de una encomienda. En el marco, descaecido por los años, el buril talló entre hojas de laurel y bellotas, armas y atributos de guerra; ogaño una arañita prende sus hilos leves a uno de los ángulos superiores del cuadro. La mirada de águila hecha a regir hombres en las filas y a dominar negros en el hato, conserva su altivez y bajo una cicatriz que parte la frente, la nariz aguileña y el mentón pronunciado, denuncian la energía de quienes por el mar o en la tierra impusieron su voluntad heroica.

Antonio siente la presión física de aquellos ojos que le dirigen reproches, y le parece que la diestra que reposa entre dos

botones de la túnica militar, se abre indicándole un camino, y aquellos labios sensuales, le interrogan:

—¿Qué has hecho de grande en tu vida? ¿Por qué dilapidas tu energía en palabras? ¿Qué obra digna de las tradiciones de esta tierra, realizan los hombres de estos tiempos? ¿Sois libres, prósperos, venturosos? Nosotros izamos nuestras velas al viento desconocido y desentrañamos del océano un mundo. Conquistamos imperios, matamos indios, esclavizamos negros, fundamos ciudades, edificamos hermosas catedrales, defendimos nuestros bienes del asalto de los corsarios y enseñamos al bucanero de Occidente el hierro de las lanzas castellanas, y cuando el Rey nos cedió al francés, al frente de mesnadas campesinas vencimos a los soldados napoleónicos, y restituimos al Rey la Española. Fecundamos la tierra y el vientre de nuestras mujeres. Veinte hijos sanos, pregonaron mi estirpe, y la negrada de mis ingenios proclamó que fui amo pródigo de mis caricias y de mi oro. Y vosotros peleáis sin cesar, una revolución sucede a otra, desde que la Colonia se hizo República, y la bandera cruzada ondea sobre las piedras yertas que cobijó el pabellón de los leones. Combatís, es cierto, por empleos, con el mismo ardimiento de nuestra sangre... ¡miseras hazañas!

El ruido monorrítmico de la Singer, palpita en el silencio.



## XV

Doña Altagracia, la abuela, es una mujercita seca, pina, a pesar de sus noventa años. En el rostro arrugado y moreno, brillan, entre los párpados abotargados, las pupilas vivas, y se destaca aquilina la nariz. Nadie la ha visto llorar. Sin embargo, en su largo vivir ha sido traspasada por los siete puñales. Sufrió reveses de fortuna; cruzó el mar en buques de vela, rumbo al exilio; las pasiones de la política le encarcelaron esposo, hijos, hermanos; cerró los ojos a los padres, y besó la carne muerta de los vástagos; gozó diez veces el dolor de la maternidad, siempre serena, fuerte, bíblica.

Almáciga preciosa. Su memoria comienza ya a desvariar; pero irreducible cuando le rectifican, se atiene a su dicho y acude al testimonio de su libro de apuntes. Es un cuaderno con tapas de cartón, en el cual, desde los albores del siglo, con malísima ortografía y letra redonda, de gruesos perfiles, que con los años ha ido perdiendo serenidad, ha anotado los sucesos de su casa y los de la calle. Así, en sus páginas se asocian la noticia política, las ejecuciones y los pronunciamientos, con el nacimiento de hijos, nietos y biznietos; la exaltación y caída de los caudillos; el primer diente o el primer pinino; la muerte de los seres más queridos y la primera comunión; las prisiones, las expulsiones, las angustias de los asedios, y el ruido pasajero de bailes, mojigangas callejeras y fuegos artificiales. Empero, ni una

sola vez agrega al relato, lágrima o comentario; la pluma consigna el hecho y nada más. Cuando recibe en su morada interior la eucaristía, escribe: "he cumplido con Dios", y al registrar la muerte de un hijo: "Dios le tenga en su santo reino". Y frente a Lilís, que triunfa corrompiendo y humillando, ella que ha sido perseguida y martirizada en los suyos, exclama sin ufanía: "¡nunca le he dado la mano!"

Las modas pasan, los hombres nacen y mueren, ella conserva inmutable la forma del traje y las mismas amistades. En la casa, viste bata de prusiana morada, a flores, alto el talle; un pañuelito esquinado cúbrele la cabellera nevada, partida en dos trenzas que rodean la cabeza y se juntan en moño; medias blancas y *guillotinas* de marroquín morado, hechas especialmente por José Mena, buen hombre de figura quijotesca, que toca la trompa en la misa cantada de los sábados, en el convento de Dominicos. Sale dos veces al mes: una para adorar el Santísimo, el domingo tercero en la Catedral, y pasar ese día en casa de una su amiga de infancia y comadre; otra, el en que se pone de hinojos ante su confesor. En tales efemérides, luce sus sayas negras de viuda, prende a las orejas zarcillos de azabache y oro, tócase con manto de merino a flecos, adorna el cuello con un pañuelo blanco sujeto por un medallón con el retrato del esposo, y calza botín de *ternel*, con lacito en la punta y dos borlas en el remate de la caña; devocionario en mano, camina erguida y despacito, junto al nieto, que la auxilia en los accidentes de las aceras, y carga el paquete con la muda de entrecasa.

Con los años ha perdido la ecuanimidad, y es cada vez más terca; porfía y curioseosa, aunque siempre recato en el juicio, y tal amor por los suyos que no les conoce defecto. Recorre la casa sin cesar, husmea, regaña a los nietos, y a los impenitentes les planta en el cráneo un *cocotazo* dado con sus nudillos huesudos. Cose, zurce y pone plantillas nuevas a los calcetines. En su alcoba se consume constantemente una lamparilla de aceite ante la imagen de Nuestra Señora de las Mercedes, de la cual es devota, y los miércoles ante la de Jesús Nazareno, a quien ha consagrado su prole; y una palma bendita renovada cada Domingo de Ramos, protege el lecho. Un armario de caoba, que era de su madre cuando ésta casó, y cuya madera fue cortada y

labrada en tierras propias, guarda la ropa; en arquilla de cedro, los papeles y novenas, y en cestillo cuyos mimbres crecieron hace cincuenta años, hilo, agujas, botones, dedales, la madejita de lana, tierras y un cabo de vela. No bebe agua de aljibe, sino de pozo, de los pozos profundos y poéticos, depositada en negra alcarraza española; tampoco usa vaso sino una higüerita, y otra higüera grande le sirve de jofaina. Cubre la cama con colcha de retacitos de diversos colores, por ella misma confeccionados y añadidos. Dos veces al día escancia agua endulzada con papelón. La silla de comodidad procede de su padre. Los días modernos no le impresionan, para ella indiscutiblemente el tiempo pasado fue mejor, y la grandeza ancestral la libra de injurias y de vanidades efímeras. Su casa poseyó capilla, esclavos, baños, trapiches, y sus raíces espirituales se han afirmado hace ya trescientos años en la tierra quisqueyana. El domingo primero de cada mes, después de misa, la visita un su primo, que viene en calesa y con chistera. Hablan una hora de las cosas que fueron y de las que son, tales sus achaques. Desde el muro, el retrato del abuelo coronel de milicias, cuyas hazañas rememoran, les sonrío, y cuando se despide, doña Altigracia cuenta, cómo él pudo alcanzar en el comercio, sin meter un solo contrabando, posición desahogada; fue desde joven honesto, tanto, que siendo hijo natural, un día el padre de ella, mayorazgo, hízole comparecer a su presencia y díjole: "Sé que eres merecedor de llevar el nombre de mi hermano, y desde hoy te autorizo a usar nuestro apellido".

Cada noche, después de la cena, la familia se reúne en la sala, y la tertulia animada y a veces reidora, dura hasta las diez. Los jóvenes se marchan tras el último trago de chocolate, pero ingresan dos visitas: el novio de Herminia, mayor de veinticinco y un viejo amigo, quien desde chico frecuenta la casa. Alto, tez cobriza, digno, ebanista de oficio, siempre de excelente humor, no tuvo la tiranía enemigo más firme, nunca se descubrió al paso de Lilis ni le aceptó una sonrisa. En la tertulia inicia las bromas y corta el nudo de tristeza con que suelen atragantarse. El novio es un buen muchacho, de pocas palabras, que llega invariablemente a las siete y media y se despide a las diez. Empleado en el comercio, gana cuarenta pesos y espera que le aumenten cuando las cosas mejoren, para casarse. Todas las tar-

des, después de la faena, se asea, acicala y perfuma, y prepara su espíritu para el coloquio amoroso, pues es preciso que su amada lo crea el más elegante, fino, discreto y varonil. Herminia, la novia, que ajetea desde que amanece, después de recogidos los peroles de hacer dulce y la tabla y las planchas, se baña, y compónese con blusa de *batistilla* adornada de encajes y cintas, falda de lanilla azul oscuro y zapatos de tacón alto. Florece la negra cabellera con una rosa, y se sienta en el balcón a leer novelas de Dumas, de Feval o de Pérez Escrich, hasta que llega el novio.

Don Pedro, en mangas de camisa, una pierna sobre el brazo del mecedor, charla con su amigo en torno de los sucesos de la política. Jamás habla mal de nadie, ni alimenta dudas; cree en los hombres, y si le engaña uno, pone su fe en otro. Sano de cuerpo y espíritu, gracias a un optimismo ínsito, resiste a los más duros embates de la miseria y se conforma con su empleo, cuya paga a duras penas satisface los primeros menesteres de la vida, por la que pasa sin odios ni envidias. Ni preocupaciones ni pesares le quitan el apetito; es un buen diente cuando hay qué y a toda hora; a veces, después de los postres, la esposa ha de ver con lástima que se ha quedado una taza de sopa de la que se guardó a medio día y se va a perder. —"Tráemela" —reclama con gozo—. "Muchacho, no la tomes, que te va a hacer daño", aconseja doña Altagracia; pero él ase con ambas manos el tazón, sopla la capa de grasa fría que cubre el líquido, y la apura con deleite. Y si la madre o la consorte le reprochan "qué gan-dío eres", replica risueño: "lo mismo era papá y no murió del estómago", y en seguida intercala, con gran escándalo de doña Altagracia, que niega indignada, alguna de las tantas famosas indigestiones paternas.

Luisa, aunque también toma parte en la tertulia, al mismo tiempo cose o teje o cuida del hijo que anda de un lado para otro, acarreando objetos estrafalarios, los brazos en balance, las piernas temblorosas, y cae a menudo, hasta que se duerme sobre el sofá, quedándose allí cual pelele desmadejado. Doña rosita en un rincón, apelotonada, las piernas en cruz, lee un grueso novelón y, entre párrafo y párrafo, coloca un chiste mordaz. Para ella casi todos los vecinos de la ciudad tienen un apodo, originado por defecto físico o por historieta chusca, que les



pone con gracejo hilarante. Incansable en el trabajo, virtuosa, consciente de su destino que será igual hasta la tumba, si la dispepsia la atenacea se rebela, y es entonces cuando sus saetas se clavan en el yerno y da recias nalgadas al nieto.

La voz de la abuela es la que más suena en la tertulia, nunca le falta tema, pues remueve pasado y presente. A Antonio le gusta oírla y la hace hablar, ora interrogándola, ora contradiciéndola. Y ella, altanera recuenta, confunde fechas y nombres, revive días y hombres pretéritos. Un siglo entero en su memoria. Y es su conversación pintoresca, si evoca, tal como se la contó su mamita, los percances del año de Toussaint L'Ouverture, cuando éste vino del Guarico, y los alzamientos de los esclavos. "Mi mamita reunió los suyos, ciento, y les dijo: mis hijos, ustedes son libres", y todos, toditos se quedaron en el ingenio y en los hatos, trabajando hasta pagar su rescate. ¡Cuándo los negros de hoy! ya todo está cambiando, hay mucho libertinaje y poca religión".

—Doña —suele decir Antonio, —he oído hablar de un tío de usted que era muy mujeriego.

—¡Malhaya quien lo diga! —replica.

—Pero si cuentan que una noche, trepaba para entrar por la azotea y se cayó del alero y estuvo tendido en la acera hasta que el fresco de la madrugada le devolvió el sentido. Y que otra vez un amigo guasón metió por debajo del portal de la casa, en la cual había entrado de tapadillo, un mazo de triquitraques, que despertaron azorado, al padre y le encontró en la alcoba de la moza.

—¡Quita de ahí, que son patrañas! Mi tío Miguel fue hombre muy bien, casado dos veces y que a sus hijos naturales les dio nombre y les encaminó. Nunca salía a la calle de noche sin pedirle la bendición a su taita, y si es verdad que iba a visitar a sus amistades, envuelto en la capa, la espada debajo del brazo y un farol en la mano —porque entonces no había alumbrado, —volvía temprano, y ni jugaba ni tenía deudas. Entonces cada uno vivía de lo suyo.

—El *Listín* anuncia que viene una compañía dramática.

—Así será ella —dice la abuela—. Ya no vienen cómicos buenos, ni mantones de chinas, ni *crea* fina de hilo, como en mi tiempo. Antaño era otra cosa. Ninguna señorita correspondía a

un enamorado si aquél no tenía con qué casarse, y además cumplía con su madre. Y en los bailes, todas muy bien puestas, y los jóvenes, de casaca azul con botones de oro. ¿Emborracharse? ¡Eso nunca! Se comía pastelitos y se bebía *sangría*.

—Pero no había teatro.

—¡Ofrézcome al Señor! Si no hacía maldita la falta. Cuando vino Pizarrosa, un gran actor como no vienen agora, en el patio del Café de la Reina se levantó un tablado para el escenario. Cada familia llevaba sus sillas, su potiza con agua, y copas. Mi taita hizo colocar un escaño grande, de caoba, donde cabíamos seis personas. Y se representaban muy buenas comedias y misterios, y sin la inmoralidad de hoy en día. También venían *marromeros*, y muy buenos. Por cierto que, una noche, uno que saltaba una docena de sillas a lo largo, fue a caer abrazado a mi amiga Pepita Contreras, la misma que después vino a ser mi madre. ¡Ave María Purísima, qué pena! Ella se puso como la grama, se retiró, y mientras estuvieron aquí los titiriteros no se asomó más a la ventana. ¡Qué diferencia de las muchachas de hoy en día, que están siempre callejeando o con los dientes al sol en las rejas!

—Pero doña, si en aquella época la gente, después del toque de las oraciones, se sentaba en la puerta en chancletas, con pantalones viejos, a fumar la cachimba, y el único refresco era el vaso de agua de *melao*; ni existía moneda, sino cambalache.

—¡Alabado sea Dios! ¡qué mala lengua tiene ese demonio! ¡Ojalá los de hoy! Mucha onza pelucona se guardaba, y cajones de pesos columnarios, y miles de cabezas de ganado en los hatos. Ojalá ustedes se dieran un trasunto a aquellos hombres. ¡Cata uno ahí!” —Señala el retrato del coronel de milicias, y prosigue—: éste fue rico, muy rico, y bravo, de los campeones de la Reconquista. La herida de la frente se la hizo un franchute con quien se batió frente a frente en Palo Hincado. Su compadre Don Juan Sánchez Ramírez, le quiso mucho, y cuando estuvo en la Corte, el Rey Don Fernando le agasajó tanto... ¡Esos sí eran varones!... ¡Y las mujeres! Mientras mi abuelo sitiaba la ciudad, mi mamita, su esposa, entre las murallas, rezaba, hacía hilas, y se comía el cuero de las butacas sancochado. Entonces había valor y virtud.

—Esas son historias...

—¡Anda a la porra, condenado! Ustedes se mofan de los viejos, y se han dejado guberciar catorce años por un negro *mañé*... ¡Quién se lo hubiera dicho a mi compadre el general Santana!

Y la anciana, erguida, triunfante, se refugia en su alcoba a pasar ante el retablo de Nuestra Señora de las Mercedes, por el ánima de vivos y de muertos, quince casas de su rosario.



## XVI

La campana del vigía, desde la torre del Homenaje, desgranó dos repiques, y en el semáforo, cuatro bolas y la bandera roja señalaron vapor del oeste. Media hora más tarde, en El Placer, frente a la calle del Tapado, el "Julia", de la matrícula de la Habana con su ronco silbato pide práctico y desgarró la ambiente serenidad matinal. Gentes presurosas bajan en dirección del muelle. De acera a acera, se preguntan: "¿No vas al río?" "¿Qué hay?" "La Compañía de Roncoroni que llega".

Desde un mes antes, en gran cuadro de felpa, en el café "La Tertulia", se exhiben las fotografías de los artistas dramáticos, mientras se diligencia el abono; y allí, toman helados los parroquianos y examinan las bellezas que el retoque presta a las mujeres, el talante aristocrático de los galanes, y escuchan la cuerda de sus triunfos pregonado por la prensa extranjera. "Es la mejor compañía que ha venido", concluyen convencidos por la locuacidad amena del agente.

En los balcones de la Capitanía del Puerto, los curiosos atalayan la barra; una grey humana se mueve por la vera del muelle, flagelada por el sol, que ya pica. En El Tanque, tranquilo remanso que el Ozama forma al pie de la muralla, granujas en cueros bañan caballos, y un cochero, los pantalones árremangados hasta la rodilla, lava su vehículo. Amarradas, en fila, goletitas y blandros costeros cabecean. Detrás de la jaula de hie-

rro, que es el depósito de la Aduana, coches y carretas estacionan; los aurigas y los carreteros se confunden con los espectadores, los unos con sus fustas, los otros armados de un cuchillo cachi-cuerno a la cintura y del garrote de guayabo con que castigan las bestias. Los estibadores medio desnudos, torsos de bronce o de mármol negro, esperan apoyados en las carretillas. Al término del muelle, frente al pequeño mercado, en el limo fangoso de la orilla, las canoas de los campesinos. Aun quedan restos del tráfico de la madrugada: pilas de petacas de carbón, trojes de yerba de maíz, frutas y *casabe*.

En la puerta de una casilla de madera, un hombre en mangas de camisa expende vasos de leche que hierve en anafe, muy a la vista, sobre el mostrador; en otro colmado, una mulata gruesa, abultados pechos flácidos, en cuclillas, con las piernas muy abiertas, fríe lonjetas de tocino y mielosos plátanos maduros que vende ensartados en varillas de coco. Más allá, una negra comercia en arepas con *entresijo*, conservas criollas y *prú*.. —El suelo está tapizado de cáscaras y relieves descompuestos. A espalda de las casas, límite del mercado, alza su ramaje centenario la Ceiba colombina, una gruesa cadena enroscada al tronco vencedor del tiempo y de los hombres. De una a otra banda del río, cruzan yolas, y deslizándose por el cable, lenta, majestuosa, la barca va y viene, por delante de la mitad que resta del puente de hierro, que allí semeja esqueleto de enorme animal atascado. Malla, cuyos reflejos vivos hieren las pupilas, reviste el agua, rota a veces, por la aleta de tiburón. La floresta ribereña trepa por la ladera oriental y despide por cada una de sus hojas fulgores metálicos.

Cuando la masa oscura del "Julia" aparece en el estuario, llenando la boca estrecha, los espectadores se sienten sobrecogidos, dijérase que entre las rocas hirsutas que soportan la torre y la estacada del muellecito el vapor se ha clavado; pero no, avanza silbando. En el puente de mando, los índices señalan la figura familiar del capitán Vaca, alto, grueso, las patillas largas, la gorra blanca con galón dorado, y junto a él, el negro piloto. Frente a la Aduana, gira merced a los cables, el vapor haciendo la sía-boga; los pasajeros pasan de babor a estribor y el público que atiende a descubrirlos saluda a los conocidos. La maniobra dura cerca de una hora. La multitud, apiñada, suda impacien-

te. Al fin, puesta la escala, comienza el desfile. "Ese es Roncoroni". "Ha envejecido", observa uno. "Mira, esa alta, bonita, es la Adams". "¿Compai, qué hembra!" Algunos se colocan cerca de la escalera para ver las pantorrillas. Un coro de saludos acoge a Alcón, el barba, que trae en cada brazo un niño; la característica le sigue, cargada con un loro y un perrito, y las segundas partes, las mujeres, verdes aun por los efectos del mareo, despeinadas, vestidas a escape, algunas en bata; los hombres sin cuellos, con cachuchas, los críos gritan, sucios. La farándula pasa, ante la mirada pública, sin los prestigios emotivos y deslumbrantes de las candilejas, y se reparte en los coches, entrando en la ciudad por la puerta de San Diego, escoltada por una turba de mocozueros.

Durante el día, hubo ciudadanos de facción en la acera del teatro "La Republicana", para presenciar la descarga del equipaje, los fardos de las decoraciones, que intervienen en las querellas de los carreteros; otros que cuentan las monedas en la taquilla, y muchos, que no pueden asistir al espectáculo, se solazarán en el ensayo general, a mediodía, en sala donde flotan las nubes de polvo que levanta la escoba.

A las 8 el teatro abre sus puertas tal como reza el programa, media hora después principiará la función, que no se suspende por causa de mal tiempo. Dos vallas humanas forman pasadizo en la puerta central. En la acerca de enfrente, una línea baja luminosa marca los puestos de pastelitos, dulces y *mantí* tostado, alumbrados por un candil de aceite; en las casas vecinas también hay expendio de pastelitos de harina de Castilla y de *catibía*, de rico relleno, servidos calientitos, amén de la cerveza fría y del ron. El teatro, austero edificio de sillería, es la antigua iglesia de jesuitas. Por fuera conserva su aspecto secular, ásperas columnas adosadas al muro. En el interior, se ha edificado con madera, la sala; una herradura dividida por barandas forma doble serie de palcos, altos y bajos, sobre ésta una galería, y en la platea, más de cien butacas. El escenario, el foso y los camarines de los artistas, en el que fue presbiterio. No hay ventilación. La bóveda ensordece la voz de los cantantes. La sala, la noche del estreno, está de bote en bote, como escriben los cronistas. Los espectadores de *infantería*, se aglomeran detrás de los palcos, invadiéndolos.

La Compañía se estrena con una de las obras preferidas del público: *Felipe Derblay*, de Georges Ohnet. La campanilla del apuntador suena, y en tanto se alza el telón, en los palcos ruedan sillas acomodadas a prisa. Inclinadas sobre la barandilla, las mujeres siguen ansiosas las escenas y los hombres discurren, a veces en voz alta. El telón cae. El público masculino diseminase por las dos naves laterales. Los muchachos de la cantina destapan botellas y corren de un lado a otro llevando bandejas con cerveza y dulces a los palcos. Se forman corrillos en los cuales se enristran polémicas. Hay que abrirse paso a fuerza de codos para circular.

—¿Qué te ha parecido?

—Bien, bien; pero Roncoroni se muerde los puños demasiado, y a la Adams le encuentro un no sé qué.

—¡Ah! no; no hay comparación, es inferior a la Salas, aquéllas sí hacía una Clara... ¿te acuerdas?

—Y Roncoroni, chico, sabe llevar muy bien el frac, ¿no es verdad, frer?

Antonio Portocarrero preside un grupo. Está furioso porque no le han dejado entrar en el escenario a saludar a los artistas; mañana se cobrará en su crónica del *Listín*.

—Pero, creen ustedes —predica— que estos es arte. No y no. Ohnet es un pobre diablo, ganapán de la pluma, cuyos libros se venden, es cierto; mas la alta crítica no le tiene en cuenta.

—Sí, pero gusta.

—Naturalmente, todas las mujeres se sienten Clara, y los hombres se creen vengados de sus ocultas humillaciones familiares por Felipe. No, señores, arte es el de Ibsen. ¿No han leído ustedes a Ibsen, el coloso? ¡Qué *Enemigo del Pueblo*! Esa es la humanidad, esa la pintura de la realidad; ¿y *La Dama del Mar*?, qué fuerza de símbolo... y no estas piezas, donde todo se arregla al final. ¿Qué problemas plantean?

—Y *Hamlet*, ¿qué te parece?

—A mí me gusta más el *Puñal del Godo* y *Flor de un día* —interrumpe un mercachifle del Navarajo.

—Pero, socio, si eso está mandado a recoger. ¿Quién se acuerda de este, ni de otras vascuencias por el estilo?

—Bueno, ¿y *Don Juan Tenorio* y el *Gran Galeoto*? Ahí hay yema.



—No me haga reír. *Don Juan Tenorio* es para los isleños de San Carlos, y Echegaray no tiene en todo su teatro un verdadero tipo de cerebral. Eso, un cerebral.

—Y ustedes ¿en dónde han visto na mejor?

—Amigo mío —pontifica Portocarrero— cada uno entiende de su oficio. Yo no le discuto a usted de telas, pero no me toques a la literatura. Lea mañana mi crónica.

—Amigo, no arrugue que no hay quien planche. Usted no sabe que yo soy aficionado; he pisado las tablas y mucho que me aplaudían. ¡Hablarme a mí de teatro! —Y obeso y currutaco, los pulgares en los bolsillos del chaleco, palmorea en el piqué blanco a puntos rosa, haciendo sonar la gruesa cadena de oro y el dije, un corcel encabritado sobre una cornalina.

La campanilla del apuntador les separa, y el tropel, atorados por el único bocado, empujándose, los espectadores ganan sus localidades. En el próximo entreacto continuarán los debates, y aun a la salida, en el trayecto, hasta los respectivos domicilios, y en los días siguientes, glosarán los episodios, imaginando si después de la reconciliación serán o no felices Felipe y Clara, o si la justicia castigará a su tiempo a Lázaro de la *Dolores*, drama incompleto, según la opinión de sobremesa de un viejo publicista, porque la policía no actúa prendiéndole y el juez penando el homicidio.

Durante los intermedios, la orquesta toca vales y danzones. En la platea sólo quedan algunas señoras que, incómodas en las luneras de hierro y madera, se abanicán. En los palcos ondula la línea de trajes femeninos de colores tiernos, las sillas cambian de posición por causa de los mozos visitantes. Algunos, en pie, por entre las lunetas, charlan con las muchachas acostadas en el antepalco, otros desde los pasillos miran y hacen señas a las dulcineas, a quienes la vigilante oposición de los papás les veda acercarse. Las bombillas eléctricas y potentes lámparas de kerosene rescaldan el ámbito.

A la tarde siguiente, los lectores del *Listín*, leían dos columnas de prosa vibrante, sonora, en la cual Antonio Portocarrero, con el seudónimo de un personaje de Ibsen, relata sus sensaciones, dando de paso su pellizco a las primeras partes de la Compañía por la ejecución de la obra. Al autor lo aplastó con una frase de Lemaitre. La crónica está esmaltada de citas, de nom-

bres de dramaturgos y artistas de todos los países de la época. Había exprimido en ellas sus lecturas.

En la noche, en el Parque Colón, Roncoroni se hizo presentar y prodigóle elogios; y paseando bajo los laureles, se traba pronto entre ambos amistad sincera. Antonio descubrió que el cómico era una buena persona, culta y discreta, asqueada de las cábalas de entre bastidores, alentada por la sola ambición de ganar dinero para volver a Italia a descansar; y el artista entrevió las luchas dolorosas, las injusticias y persecuciones que el escritor padece, y le suscita deseo de emigrar, de tentar la fortuna más allá del horizonte nativo. El cómico era, además, excelente cocinero y, con frecuencia, a mediodía, reuníase ante una fuente de macarrones sazonados con salsa de pollo y tomate, o de fideos a la cazadora o de una olla de arroz a la milanesa, a cuyo condimento contribuyeran hongos, trufas y marsala, espolvoreada de parmesano. En tales momentos, inspirados por el vino de Chianti, acotan el margen de sus vidas respectivas. El artista se había arruinado más de una vez, y duélese de su tarea ingrata, encarnar tipos que no le placen, de la existencia diaria, ruda brega con los otros y con sí mismo para, sin duda, quebrar de nuevo. Antonio, no había conocido el placer, ni una sola hora de voluptuosidad, de triunfo, de poder. ¿Cómo romper con la red en que ambos forcejean? El uno tiene en la Península, familia que convierte en futilidades el oro de su cerebro; el otro, preso en los hilos misteriosos de un reato. Cierta día, el artista le recibe alargándose un recorte impreso: "mira, eso me lo ha traído hoy un negrito descalzo, bajo un sobre cerrado dirigido a mí". Era un artículo en que meses antes un seudónimo fisgaba con saña en la vida de Antonio, casi un pasquín. El cómico, en payama, erguido sobre el pavés de ladrillos, lealmente indignado, exclama con voz rauca y marcado acento italiano: "—Esto es miserable, mío caro. ¿Y per qué lo hacen? Si has cometido errores en tu vida política, no me importan, tienes talento y nobleza de espíritu. Escápate, fúgате de esta prisión". Antonio sonrío con tristeza, aquello le hierre humillándole. ¿A quién daña su amistad? ¡Ah! sí, el aroma de los manjares ha trascendido...

Cada noche de función Antonio en el escenario se distrae con el trajín de entre bastidores: los chismes de los artistas urdidos

en los ensayos, que luego detonan en palabras malsonantes lanzadas por sobre los tabiques de los camarines. Sentado en el umbral del de su amigo, observa atento el tropel de los tramoyistas, en el sube y baja de los telones que a veces se resisten a medio camino, provocando la hilaridad del público; los apuros para amoldar a las cajas las decoraciones; las carreras de los utileros que acarrean los viejos tereques con que se amueblan las casas ricas: sillas de bejuco, sofás desvencijados, camas de hierro crujientes, toscas mesas de pino; los gritos de los comediantes, que reclaman una espada o una peluca; la confusión de los comparsas, muchachos de la ciudad que, metidos en los trajes, presienten las rechiflas que provocarán cuando les reconozcan sus compañeros de las altas galerías; y las llamadas desesperantes del traspunte que cortan riñas y coloquios.

Antonio, por las confidencias del director, conoce a la compañía por dentro: celos, perfidias, envidias. En torno suyo sienten el fuego de las pasiones, disputándose sus elogios. Nadie pide sin desmedro para otro, todo mérito se empina sobre el defecto ajeno. Julieta se mofa de la calva de Romeo; Hamlet murmura de Ofelia, y Desdémona cuenta cómo los ruidos de Oteló estuvieron a punto de hacerla romper en carcajadas al estrangularla. A su vez, Don Juan censura la frialdad marmórea de Doña Inés, y los demás se maltratan con furor infatigable. Es mentira lo que cada uno cuenta, según la opinión de otro: ni virtudes ni éxitos; los bombos de que se ufanan han sido pagados con monedas o caricias; para esta gente, que cada noche declama pasiones y dolores extraños, la escena es un taller donde amasan el pan, y, sin embargo, el menor reproche impreso le irrita, mendiga los aplausos, y por un parrafito, cuántas intrigas y pependencias, en las cuales las miserias de la vida se exponen a la luz de los candiles, en los pasillos o estallan vociferantes en aquella atmósfera inficionada por las emanaciones de la letrina, el olor de las aguas sucias, los cosméticos, el polvo y los trastos viejos.

De raro en raro, pasa un mozo de cantina con una botella de champaña, obsequio de algún conquistador. En los entreactos, los pollitos invaden el escenario, boquiabiertos, miran arriba y abajo, impiden los movimientos a los tramoyistas, quienes suelen pelear a la policía para que los desaloje, si le hacen caso, y

se emocionan frente a los cartuchos cerrados, acechan a fin de entrever pecho, brazo o pantorrilla desnudos.

Amojonada, felina, pálida, la cabellera negra formándole casco de azules destellos, los ojos grandes y febriles. Ella es la única que nada le ha pedido. Los demás le reprochan desamor de artista y liviandades de mujer. El director se desespera en los ensayos sin lograr una vibración de su cuerpo a líneas de harpa. Poco a poco, Antonio va interesándose por ella, dándole relieve en sus crónicas. Es la querida del consueta, el hombre desaseado que suda y grita dentro de la concha. No es bonita; sin embargo, las miradas de los machos la acarician desde la sala. Las frases rimbombantes de las crónicas le son casi indiferentes, apenas si lee el ejemplar del periódico que él le ofrece. Los amigos, enterados del embullo creciente, bromean: "Pero si es una gata tísica". "No digas, a ti siempre te han gustado las feas". El director le previene: "no vale nada, va con cualquiera que la pague, y la carne de teatro, ya lo sabes, cara y mala". No obstante, se siente atraído. Entre dos escenas, ella le ha referido una historia, vulgar y triste: tiene un padre anciano y un hijo paralítico en su tierra. Las demás son injustas con ella, porque las desprecia; no nació para esta vida de bohemia; pero desgracias de familia, la muerte del esposo... Y tales desventuras le conmueven. En el fondo de las pupilas negras, hermosas, brilla, cuando se encuentran al azar detrás de los batidores, una llamita turbadora, y Antonio le oprime las húmedas manos descarnadas.

A medida que la temporada avanza, la admiración del público se divide, formándose bandos rivales, que rebaten con tempestades de aplauso y a golpe de ramilletes de flores, ofrendados desde los palcos más próximos a las actrices. Las mujeres son partidarias de la primera dama, que es toda una señora, afirman, y cada noche se acrece el homenaje floreal. Los hombres se dividen en dos o tres campos. Antonio, que capitanea uno, al servicio de su dama pone su pluma, y en las crónicas baraja las cualidades que le inventa con las penas que ella le relata, granjeándole simpatías. Las noches de los beneficios, los partidarios se manifiestan con esplendidez en canastillos floridos y regalos. Los poetas entusiastas desde la escena recitan poesías en honor de la agraciada. La ciudad se

regocija y amortigua las pasiones políticas con las aventuras de las comediantas.

Por las noches, después de la función, Antonio y Roncoroni, bajo los laureles del Parque, discurren acerca de las piezas, los sucesos de entre bastidores y la política. El empresario está satisfecho de la temporada: los sábados y los domingos se llena el teatro, y el público acude goloso a los estrenos; pero a la verdad, no gusta de las piezas modernas, precisa sacudirle los nervios; aturde a Antonio a consejos, invitándole a marcharse con él: su pluma le hará brillar en una gran ciudad vecina, libre, contento, dueño de sí mismo. Aquí ¿qué porvenir tiene? ¿cuál es su aspiración? ¿ser ministro? ¿ganar trescientos pesos durante unos meses, a cambio de injurias y claudicaciones? Y en cuanto a ella, le repite, no vale la pena de perder el tiempo; por el contrario, sería peligroso echársela a cuestras, pues tales huesos pesan mucho en la ruta. A su vez, los amigos le incitan: "¿qué espera, por qué no le manda un coche a la salida de la función, como han hecho otros?" Antonio les oye, pero también ella habla. Sí, es la calumnia, porque no va con ninguno. Todos la asedian, el director también; pero él es el único que le agrada. ¡Si el querido no fuera tan celoso! ¡No la deja a sol ni a sombra! Ella no le quiere, pero le hace falta un apoyo, pues el mundo es muy malo, y el anciano, y el niño paralítico... y con un sollozo cubre las voces acusadoras. Antonio la cree, porque tiene necesidad de creerla, de vivir una novela; en el arco de su voluntad tiembla la flecha que se plantará triunfadora en el blanco. Sólo una vez la he besado, ocultos por un rimero de telones en el foso, y en la boca ardiente le quedó un sabor a carmín.

Suele concurrir a esas tertulias al aire libre, un hombre raro, gallero de profesión, cuya voz tonante martillea en la noche, refiriendo cosas curiosas, desconcertantes, que su imaginación escarnecida por la locura ancestral descubre en los seres a quienes platica las observaciones hechas en los gallos, y así, vaticina sobre los políticos, con sobrada perspicacia. El miedo lo puebla las sombras de ojos que espían, o bien, explica sus ideas sobre la locura; su hermana y su mujer lo son; a la una, que se creía reina, la curó de un acceso de furia destronándola, y para vencer a la otra, se finge loco; y gesticula, gritando las escenas que en su casa representa o, de repente, interroga a Antonio:

“¿Cuál es la que te gusta? ¿Esa? te diré; me parece muy peligrosa; tiene una cabeza muy parecida a una gallinita moñuda que tuve y que, suave, suavcita, ¡eh!, me tenía revuelto todo el gallinero”. Intrigados por su charla copiosa y estrambótica, vagan por la ciudad dormida o van a comer un *sancocho* o un *locrio* que en San Miguel o por el barrio de la Misericordia han preparado amigos suyos, o a cenar en innoble fisgón, frente al cementerio, en donde sobre mesa pringosa, oyen de la habitación vecina los zipizapes y relatos de los cocheros, saboreando un guiso de palomas. El italiano se exalta en aquel ambiente, romántico remedo de apollillado infolio de caballerías. Las palomas son exquisitas, silvestres, la carne prieta nutrida con frutas fragantes, los huesos mascados segregan un amargo delicioso; la salsa es succulenta y la rebañan con *arepitas* de maíz recién fritas. Los hombres hablan a voces, de hembras, de tiros, de puñaladas. El mozo, pequeño como un gnomo, ostenta un bigote bufo por lo luengo y espeso; el mesonero, viejo, esmirriado, con voz de marica, perdió un caudal de experimentos espiritistas; junto a las brasas del fogón, al sazonar sus guisos, por el vellón canoso y largo que le cubre la testa, semeja un brujo preparando filtros. “Esto es único, y las palomas óptimas. ¡Lástima que no las mojemos con un añejo borgoña, o con uno de nuestros vinos hechos con sol! Es cosa de maravilla”, afirma el cómico.

Antonio, que se ha impuesto, ha obtenido para ella un beneficio, con *la Dama de las Camelias*, pieza de lleno seguro, y se ha atribuido en el reparto el papel de Ninette. Los demás chillan protestando; pero la empresa debe complacer al cronista. En gacetillas hábiles ha preparado al público, incitando la curiosidad con promesas de novedades en la presentación del drama y artístico adorno del teatro. Ella, en persona, ha repartido palcos y lunetas, acompañados de una fotografía en la que el lápiz de Abelardo ha idealizado su figura. Han adornado el severo pórtico del teatro con palmas de coco. En el frontis de palco y galerías, en escudos de cartón, vense las armas de las provincias y reinos de España, sobre banderas, cruzadas, que prestan idéntico servicio desde las fiestas del Cuarto Centenario del Descubrimiento de la América, y guirnaldas de flores de papel en el contorno. El piano de las orquestas desaparece bajo flores, Antonio ha despojado todos los jardines y hasta el campo-

santo; burlado la vigilancia de la policía, cortó la víspera, con su propia mano, cincuenta cañas de azucenas en los arriates de la plaza de Colón, y su mujer y su cuñada han confeccionado ramilletes, liras y canastillos y ostenta el mayor ancha cinta azul. Al aparecer en escena, desde las galerías, los muchachos a los cuales se ha dado entrada gratis, rompen en estruendosa ovación; aplauden y taconeán hasta estorbar por minutos la representación, y un vuelo de pétalos enflora las tablas. Las señoras se indignan en los palcos. Nadie ignora que Antonio es el tenorio. “¡Qué escándalo! —cuchichean abanicándose con ira— y la infeliz pegada a la máquina, y todo por esa ética, ¡valiente sinvergüenza!” “Si mi marido me hiciera una así... ¡Ay, hija, pobres de nosotras las mujeres!” Más, qué le importa a Antonio, es el placer que llega, su hora voluptuosa, un capítulo de su novela. Esta noche, después de la función, mientras el otro se come un *sancocho* en San Antón con un grupo de amigos, ella y él... si todo está listo, al pelo.

A la salida, la orquesta y los admiradores ruidosos le forman séquito y le acompañan hasta la fonda. Antonio hace destapar cerveza; de un salto, un mozalbete, encaramándose sobre una mesa, manda a callar la música, que toca una danza criolla, y comienza a hablar, lamentando no poseer la elocuencia de Dantón, de Mirabeau, de Bossuet, de Castelar, para cantar a la divina artista, y disparado, mezcla nombres de cómicos y de guerreros, de dramaturgos y tribunos, hasta que los aplausos le apagan la voz y una mano le alarga un vaso de cerveza.

Antonio se ha despedido, y en una esquina próxima, ansioso espera en el coche, corridas las cortinillas. La puerta se cierra. Todavía un cuarto de hora más y la ve salir, cautelosa, arrebujada la cabeza en un chal. Su imaginación se inflama. La sangre le arde en las venas. ¡La tiene al fin a su lado! El coche parte hacia extramuros por la solitaria calle de las Mercedes. Excitado la sienta en sus rodillas, la besa oprimiéndola, las manos ávidas aprietan la carne estrujando la leve muselina. Ella, lánguida, le habla de amor, de vivir juntos siempre: “quiero ser tu Margarita Gautier”, le musita lamiéndole la oreja. Él besa, chupa, muerde los labios encarninados. El caballo trota por el camino de San Jerónimo. La luna menguante recorta los cocales, los mangos que protegen las casas de las quintas, los jabillos,

que alargan sus brazos colosales. Entre las cercas, los perros ladrarán, intimidados por el rodar del coche. La tierra fecundada exhala el aroma de flores, frutos y bálsamos. A la entrada de la vereda que conduce a la playa, descienden. El castillo enhiesto desafía al tiempo. Desde el foso, tres almendros en fila coronan las almenas con sus copas redondas. En las peñas, troncos esqueléticos, arrastrados por la última creciente, fingen animales fantásticos. De la línea argentada del horizonte brota, ensanchándose, rumor formidable que desfallece en la orilla con dulzuras de brama. Las olas retozonas tejen randas. Antonio, henchido el pecho, subyugado por la naturaleza, rijo, abraza a la hembra magra, felina, tan deseada. Las lenguas se anudan y, jadeantes como dos perros, se revuelcan en la arena...

Al regreso, silenciosos, se apelotonan en los rincones, Antonio se siente cautivo, rotos los músculos, distendidos los nervios. El caballo trota. El coche salta en los baches. El camino es interminable. ¡Qué asco, tal instante el precio de tantos afanes! Ella rompe el mutismo hostil:

—El sábado se estrena una comedia; necesito un traje de raso rosado y unos zapatos Luis XV, *Doré*; me los regalarás, ¿no es verdad, negrito?

—Sí; —ha pronunciado él involuntariamente. Se pegaría para castigarse. ¡Qué imbécil! Sí, los amigos tenían razón, y pensar que para eso ha escandalizado y ha sufrido su mujer, y encima, la humillación de pedir a un tendero fiadas unas varas de tela. ¡Qué ridículo!... Y el cochero, que ha oído, lo repetirá a su barragana, y ésta lo dirá en el mercado, y cada cocinera llevará la noticia a la casa en que sirve, intercalándola entre los fideos, la carne y las verduras, mientras rinde la cuenta de la compra a la señora. Será el hazmerreír de la ciudad. Y el otro... harto de viandas y licor, estará mofándose... ¡unos zapatos *doré*!...

El coche se detuvo, se despidieron con un beso helado, y ella en el estribo, insiste: “no te olvides; de raso color de rosa”.



## XVII

Partida la Compañía de Roncoroni, la ciudad en las primanoches recuperó su monótona calma. Los hombres, en cafés y parques, a comadrear sobre política; las mujeres a balancearse en las puertas de las casas, en las aceras, y jueves y domingos, durante las horas de la retreta, a dar vueltas en el Parque Colón, cogidas del brazo o aparejadas con galanes, según la moda que las yanquis y las criollas, que estuvieron un mes en Nueva York, han introducido.

Antonio, mortificado aún por el escozor de su lance amoroso, con dos o tres amigos se refugia en la Plaza Duarte, mal iluminada y solitaria. En la penumbra, a salvo de miradas delatoras, es posible conversar, maquinarse, y aun conspirar. La situación política cada día está peor, aumentándose la división entre los dos hombres que usufructúan el poder en un tira y encoge insostenible. La prensa partidaria pega, las intrigas bullen y los personajes moran en los caminos, chapaleando en el lodo, para atajar a los gallos que quieren arremeterse. De boca a oreja se divulgan frases sibilinas. Las dueñas de casa almacenan petacas de carbón; las verduras y gallinas suben de precio, y los campesinos se llevan las hijas que sirven como domésticas, y aprovisionan de sal. La revolución está en el aire, una chispa sola y las llamas crepitarán. El Congreso pide cuentas al Ejecutivo del manejo de los fondos nacionales, y después de acalora-

do debate, acuerda un voto de censura. Los partidarios del Presidente recogen adhesiones al pie de un documento que le da un voto de confianza. *Alea jacta est!* ha exclamado, alisándose la barba, un docto de vara alta. De noche bajo los *haces* de yerba, en carretas y en coches, trasponen carabinas fuera de la ciudad y damajuanas y bidones llenos de proyectiles. Los caballos están ensillados. Una campaña radiosa de aquella primavera, por la calle del Conde, a escape, tendido sobre el cuello del corcel, el revólver en la diestra, disparando, fusilado por sus perseguidores desde la esquina de la Gobernación, pasa un general, cual un centauro. Un repórter de *Le Figaro* de París, enfoca la escena con su *kodak*. Más tarde, los campesinos que han venido a mercar, se arremolinan, clamorosos, aferrados al cabestro de sus bestias, defendiéndolas de la policía que las requisa. Es la revolución.

Muy de mañana, Portocarrero ha recibido la visita de su amigo y contertulio Miguel Gómez, y en el patio, junto al brocal del pozo, conferencian.

Bueno, socio, ya rompieron los tiros. Horacio se ha pronunciado en el Cibao y viene sobre la capital.

—Pero, ¿es seguro?

—¡Cómo! he leído el telegrama en clave que le ha puesto a Corderito; éste, con un grupo, se sale esta noche para Baní, y nosotros, si estás dispuesto, nos vamos por el Este...

—Y...

—Sí, socio; en Guerra, se alzarán Amador y Marcos del Rosario, que tienen su gentecita lista, y Lalo en Bayaguana, y con el nombre que tú tienes, nos adueñamos de la cosa y damos tamaño golpe.

—Pero...

—Sin pero, hay que moverse, si no, nos meten en la cárcel. Desengáñate, en este país los intelectuales no sirven más que para secretarios: hay que hacerse general.

—Sí, sí, yo quiero probar que soy hombre de acción, y que en estas tierra *guapos* somos todos.

—Así me gusta. Compai, si cogemos el pueblo de Los Llanos. ¿Quién le quita a usted ese Ministerio de Relaciones Exteriores y a mí ese Consulado en el Havre?

—¿Y las armas y el dinero?

—Todo está arreglado. Tengo dos carabinas 20-70 y un sable de cabo, ese para ti, que serás el jefe. Oye el plan. Esta noche, en un coche, pongo las carabinas entre un paquete de cañas, doscientos tiros en un macuto, tapados con naranjas de china, y bajo al río. Allí, en La Fuente, nos espera un bote con dos marineros de confianza. En cuanto a dinero, yo llevo diez pesos cambiados en nacionales para que abulten, tú, busca lo más que puedas; y ya sabes, lo llevas en *clavaos*, rinden más; no te olvides de comprarte un sombrero de cana con su divisa roja, y una chamarra de dril.

—Estamos entendidos.

—Hasta la noche, a las ocho.

Por detrás de la muralla, disfrazado con el sombrero de cana alón y el traje rural, Antonio ganó La Fuente, que e, en la margen del Ozama, aguada de los buques. A la luz de las estrellas, se alza el paredón cubierto por manto verde de hiedra. El bote está oculto en la sombra. Momentos después, un coche de punto se detiene en el camino. Miguel registra con la vista el paraje.

—Venga, compadre, soy yo.

—¡Cará! no te había conocido. Déjame verte bien. Antonio se acerca al farol del vehículo.

—Socio, de rechupete ; y en cuanto te tercies el *cabo*, un general; no hay quien te lo despinte. —Y entrambos conducen al bote las cañas y el macuto de naranjas. El cochero, que ha vigilado el camino, un negrito de ojos vivos y finos rasgos, les despide:

—Buena suerte, y ya sabe, *mano* Miguel, cuando triunfen hay que conseguirme mi despacho de capitán y mi racioncita.

—Sí, oro molido que quieras. Has prestado un gran servicio a la causa, y, ya sabes, mañana riegas en el paradero del parque nuestra salida.

El bote boga río arriba. Pronto entran en la parte desierta, sombría. En ambas laderas, los manglares se esfuman con extraños perfiles; en las abras que sirven de atracadero, una ceiba abre sus ramas o un mamey se yergue alto, inmóvil. Alas torpes agitan las hojas, y grillos y ranas conciertan sus discantes. De rato en rato, en dirección contraria pasa una canoa, cargada de carbón, de yerba y de frutos. El campesino, desnudo el torso, los pantalones arrollados, sentado en el centro, la impulsa con el canaleta, cantando:

¡Es! tololé-tololé,  
¡Es! tololé-tololé.

En los *Tres brazos* del río desembarcan. El agua trifurcada susurra entre los mangles de la isleta. El terral les trae olores de vacada. Las carabinas en bandoleras, las saquetas de cartuchos a la espalda, y Antonio sable en mano, se dirigen a la casa del potrero cercano, en donde el mayoral, pariente de Miguel, les proveerá caballos. Mas como éste no ha sido prevenido, se excusa: "los caballos están sueltos en los vasos, y ¿quién puede enlazarlos a tal hora? ¿Por qué no le mandó un recaó? ¡Qué cosas las del primo! Pero ya que están en el apuro, pa que no digan, les prestará el mulo de hacer los mandados; eso sí; que no se sepa, pues no quiere comprometerse". No hay silla, sino aparejo, y los acompañará hasta ponerlos en el camino de Guerra. Al pasito, en tres horas, pueden llegar; la noche está fresca y clara. El mayoral mismo les apera el macho, y les da el pie para montar, recomendándoles no tocarlo por detrás, pues corcovea; es manso, y andador. Callados, atraviesan los potreros, la *yerba páez* crece lozana hasta tapar el ganado. En la guardarraya, una vez corrida la tranquera, el mayoral les dice adiós:

—La Virgen los acompañe. Por ahí, derecho; no se perderá, y cuídeme mucho el mulo y los aperos.

En la soledad del camino el arrebato de Antonio decae. El macho trota de modo infernal, a cada salto el estómago le llega a la boca. Le molesta el compañero que va a grupas; el sable, la carabina, la saqueta, le pesan sobre hombros y costillas; y luego, ni una casa, ni alma viviente a quien interrogar. ¡Qué barbaridad! ¿Cuándo llegarán? A mucho andar, distinguen la puerta de un ingenio, al fondo la casa de calderas, con los índices oscuros de las chimeneas. El aroma de la caña molida les sonsaca; pero no, si entran pueden encontrarse con el Jefe de Orden y ser aprehendidos. Siguen. Al fin, divisan las primeras casas del pueblecito. Ahora, ya Miguel es baqueano, conoce el bohío de un su compadre, con quien en días atrás habló. Los canes ladrarán. Es del otro lado, a la entrada del camino de los Llanos, tiene un *flamboyán* en la puerta.

—Aquella es. ¡Qué descanso! Miguel toca en la ventana.

—Compai, compai, soy yo, Miguel Gómez.

El mastín ladra alarmado. De adentro una voz femenina pregunta:

—¿Quién va?

—Comai, es Miguel Gómez, al compai Juan que me abra...

—El no tá; fue a un velorio y entoavía no volvió.

—Entonces, ábrame, comai, que tengo que esperarlo.

Una mano desconfiada alza la aldabilla de la ventana y por la rendija un ojo escudriña.

—Espérese, compai.

En el interior se oyen murmullos de voces y de ropas. Al fin se abre la puerta. Un candil aclara la habitación. La comadre, en enaguas, los recibe, y luego de un rato de conversación exploradora, concluye:

—El hombre Juan, va a vení ahoritica.

Y aparece éste, pintadas en el rostro las huellas del sueño. Precavido, después de cerciorarse bien, salió por la puerta del corral y registrando dio la vuelta. Miguel le abraza efusivo presentándole a Antonio.

—Este es el amigo que le dije. Hombre de mucho prestigio, de toa confianza de Horacio. Compai, con él tiene usted seguro su nombramiento de Jefe comunal.

—Y el jefe Horacio, ¿es verdad?

—Cómo, compai, si ya está en Antonsí, con tres mil hombres, too el Cibao. ¡Ave María! una pasá na má, compai. Y los muchachos de usted ¿dónde están?

—Ello, escondió en el monte sin armas, y hace falta plata. El jefe Marco del Rosario anda desde ayer por la sabana con unos viejitos, pa comer vacas na má. La plata está casimente sola, pero mi compai, el ayudante, me dijo que el Gobierno mandaba esta noche misma tropa de la Capital... Asina es...

—De manera que todo se ha vuelto bulla; y ahora ¿qué hacemos?

El compadre Juan, indeciso, la cabeza baja, escupe y se rasca el dedo gordo del pie.

—Asigún; yo creo, compai, que lo mejor es aplastarse un tiempcito, hasta que la gente del jefe Horacio llegue a Sabana Grande; vuelvo y digo, si al jefe Antonio le parece.

—¿Pero en dónde?

—Aquí, cerquininga, en ca el vale Pedro Espíritu Santo; es un buen escondedero. Vamo pa allá, él es seguro, hombre de mucha concencia.

Aceptan. Y de nuevo, a horcajadas en el mulo, parten detrás del compadre Juan por la sabana, desvían en camino, alargándolo con marchas y contramarchas estratégicas por entre las *matas*...

La luz láctea del alba mancha el cielo, cuando llegan a un destartalado bohío de palma y *yagua*, inclinado bajo su propia pesadumbre, entre árboles de mangos y caimitos. El perro ladra furioso. El compadre Juan llama, la mujer contesta; después de un parlamento, se abre la ventana, y a la postre, por detrás del rancho, sale el *vale* Pedro, el busto desnudo, armado de un trabuco. El *vale* Juan le explica; él oye con la cabeza gacha, y cuando ha rumiado bien, conviene:

—Vale, yo soy suyo. Asina es. Que los amigos desmonten sin cuidado. Y en voz alta: Tanasia, alevántate, pa que le haga café al vale Juan y la compañía.

La cocina es un cobertizo hecho de cuatro varas, cubierto de yaguas. Tres piedras ennegrecidas, el fogón; latas ahumadas, higüeras, cucharas y un colador, el ajuar. El huésped les brinda los asientos hechos de troncos toscamente labrados por las caras. La siña Atanasia que se agarra con una mano las polleras, tiende la otra a las visitas y pregunta por la mujer del *vale* Juan. Enciende, en las brasas que enterradas guardó el día anterior, una raja de *cuaba*, la mete debajo de la leña colocada entre las piedras del fogón, y, de rodillas, sopla con vigor; cuando llamea, afirma el *burén*, en el cual esparce puñados de café. Con una paleta lo mueve para que no se pegue. El aroma de los granos tostados emerge. Luego, con mano firme los pila, y recogiendo con un pedazo de higüera el polvo fragante, lo deposita en el colador, bañándolo con agua hirviente, y una y otra vez lo pasa. A los forasteros, les brinda en jarritos de hoja de lata con asa, a los de confianza en higüeritas, y muerde en el terrón de *raspadura* con sus dientes amarillos, da a cada uno, para endulzar su poción, un bocado húmedo de saliva.

—¡Siña Tanasia, qué mano, Dios se la guarde! —exclama el *vale* Juan, cuando el primer trago le conforta.

—Magnífico, así no se toma en la Capital.

—Este es café legítimo, corean Antonio y Miguel.

El compadre Juan se marchó prometiendo volver al anocheecer y recomendoles no dejarse ver de nadie; y el *vale* Pedro, desensajmando el mulo, lo amarra con la soga larga en una *cejita* de monte, en donde la yerba medra lozana. Los dos revolucionarios, que se duermen en pie, se internan detrás del bohío y, bajo un mango, se acuestan sobre la tierra. Roncaban como benditos cuando un toque de corneta en dirección del pueblo les despertó. El sol estaba en el cenit.

—Socio, ¿has oído?

—Sí, ese es punto de guerrilla. Las tropas de la Capital que llegan.

—¿Y tú crees que estamos seguros aquí?

—¡Uy! Cómo en la iglesia!

El *vale* Pedro se les reúne. No hay que preocuparse la gente se quedará en el pueblo y por estos lados no vienen ni mosquitos.

El *vale* Pedro es alto, fornido. La tez del rostro y del busto, curtida por el sol, es áspera y dorada como cordobán antiguo. El bigote, largo y lacio, se mezcla con la barba gris ensortijada que le cubre el mentón. Usa camisa cuando va al pueblo; y los pantalones terrosos, única prenda que viste, los sujeta a la cintura con una correa de la cual penden el "Collins" de monte, en vaina historiada de arabescos; un cuchillo puntiagudo y afilado con el que come, pica el tabaco, se escarba los dientes y se extrae las *niguas*, y un venerable revólver de pistón, de esos que llaman *marmitas*. Sus manos son tenazas; la costra de los pies es dura como pezuña. Desde Hato Mayor hasta Santiago de los Caballeros ha engendrado veinte hijos. En otro tiempo fue hombre de guerra. Con el general Miches bajó al Cibao; el trabuco se lo regaló Pedro Guillermo por una acción de flor, que realizó en plena capital, una noche, en la calle del Comercio, deslomando un *azul*; y el machete, que cuelga en la cabecera, lo desenvainó la última vez en La Pomarroza. Allí le rompieron una pierna, de la que aún renquea en los días lluviosos, y por tal mérito, el general Cesáreo le recompensó con el grado de comandante. Desde entonces es ciudadano pacífico; ha aprendido que los Gobiernos olvidan siempre lo que prometen los caudillos revolucionarios. Y el comandante Pedro Espíritu Santo, vive tranquilo, siendo buen amigo de las autoridades. Posee el

bohío: dos piezas de piso de hormigón, sala y aposento; el tejado de yaguas se clarea; el mobiliaje consiste en tres cajones que hacen armarios y bailes; por cama, una *barbacoa* cubierta por una estera. El platanal le regala pan nutritivo, y allí mismo, a un paso, *batatas* y *ahuyamas* frutecen para él; un árbol de higüero le provee de la vajilla, y mangos y caimitos sus maduras pommas; las abejas le engienden con la miel y la cera de sus panales, y las palmas le engordan los cerdos. ¿Para qué trabajar? La mujer se ocupa en las faenas de la casa y del *conuco*; los hijos, *aplazados* todos, hembras y varones, le traen cuando le visitan, morro de huevos o banda de tocino; y si ha menester ron, tabaco o un pantalón, los *empresta* al *vale* Juan o a otro compadre, y si no, para los apuros mayores, ahí está el Ingenio: corta caña una semana, y basta.

Sentado a la puerta, en un tronco de roble, otea la sabana. A una legua reconoce a los conocidos por la pisada de los caballos; de rato en rato, da una vuelta por el fogón, o corta con pulso sereno finas hebras de andullo, que aspira primero con deleite, las desmenuza entre las palmas, y luego rellena el cachimbo de barro rojo bien curado. Sin embargo, el comandante Pedro Espíritu Santo, confía al jefe Antonio y al jefe Miguel, que espera de ellos cuando "en sus glorias se vean" un alguito para lavarle la cara al rancho, comprarse una muda, un revólver *Miste y Ueso*, cacha de nácar, pavón negro, de quince milímetros, y un nombramiento de Alcalde pedáneo de la sección. Regocijado con la formal promesa, conviene en ir al pueblo a brujulear, y antes de partir les envía con la Tanasia, dos plátanos, asados a las brasas, calientes y suaves como bizcochos.

La siña Tanasia, aunque más joven, ha visto cincuenta veces florecer los *flamboyanes*, y ha parido doce hijos. El oscuro pigmento se ha desvanecido adquiriendo un agradable matiz de caoba. El rostro libre de arrugas, las pasas cervunas, brazos y pantorrillas viriles. Cocina, deshierba el *conuco*, carga el agua en calabazas desde el cachón, castra las colmenas, y mata y sala el puerco ajeno, si Dios se lo depara. Nunca fue celosa; es amiga de las mancebas de su señor, y con más de una ha compartido en dulce paz el hogar.

A la puerta del sol, el *vale* Pedro regresa de su excursión: había visto al compadre Juan, quien tan pronto como vibrara la



corneta, se encuevó; pero desde su escondite, en casa del cura, está en atisbo.

—¿Y las tropas? —le interrogan.

—Cómo tropa; sí ello son muchas, toos vestidos de azul, con *frisa* y *cachufuces* nuevecitos, y las cartucheras jartas de tiros. Son del batallón y también trujeron cañones.

—Cañones ¿cuántos?

—Yo vide uno.

—¿Y quién es el jefe?

—Un chiquito, flaquito y feo que ñaman Chavito, hermano del cantor que viene al pueblo pa las fiestas de San Antonio.

—¡Ah! sí, el comandante Chávez, buena carabina y amigo nuestro

—¡Anjá! Y dice el vale Juan, que en esta nohecita no pué vení, porque ello habrá guardia en la boca de los caminos; pero que no tengan cuidao, que en cuantico se ponga al habla con sus muchachos, esos descoloríos capitaleños van a sentir bajo e berraco.

En la casa se acomodan los dos amigos para dormir, teniendo por lecho el piso erizado de pedrezuelas, por almohadas los aperos sudados del mulo. Durante el día se alimentaron con plátanos asados y batatas salcochadas. Antonio se revuelve, intranquilo; las pulgas le corren por las piernas, el suelo es duro; las noticias le inquietan. En tanto Miguel ronca ruidosamente, él medita, imagina: "Hay que moverse, sí, no es posible permanecer inertes. Pero ¿cómo? Escribir a Chávez, hablar con él, convencerle, ¿no son correligionarios? Pero es un militar de honor y no aceptará. Tal vez, ¿por qué no? El Gobierno está caído y la resistencia será inútil. ¡Qué suerte si lo consigue! Con esas fuerzas, bien equipadas, parqueadas y veteranas, tomaría a Pajarito, sitiando a Santo Domingo por esta parte del río, mientras Horacio, con las tropas del Cibao, lo hace por San Carlos y San Jerónimo. No, así quedaría eclipsado por la presencia del jefe superior; mejor plan es entrar a Bayaguana y Los Llanos, cortar el telégrafo, reunir los elementos revolucionarios de esas localidades y atacar rápidamente, de súbito, a San Pedro de Macorís, cabecera de provincia, con puerto y aduana. ¡Qué golpe! ¡Cómo quedarían los charlatanes de la Capital! Y luego, ¿no sería ese éxito brillante, título indiscutible para una cartera en

el Gabinete? Qué cara pondrían sus detractores envidiosos cuando el pregonero, en cada una de las esquinas promulgue: "Secretario de Estado en los Despachos de lo Interior y Policía, General Antonio Portocarrero". ¡Le parece que ya oye los alegres redobles del tambor! Pero no, en el Gabinete no hay suficiente independencia, el Presidente hace sombra, y los errores de éste recaen sobre los Secretarios; más le conviene la Gobernación de Macorís, y quizás la Delegación en el Este. ¡Eso sí! ¡Cuántas cosas haría! Parques, calles, escuelas, veladas, discursos, la fiesta del árbol, acueducto, alumbrado eléctrico. Aquello se presta, cuenta con numerosas colonias extranjeras y, además, diez ingenios que asisten a las iniciativas progresistas. Sí, decididamente, Gobernador de Macorís. De ese modo, su prestigio irradiaríase a las otras provincias, se impondría a la capital misma, tan desamorada de sus propios hombres y tan fácil para los del Cibao. Y el porvenir... ¡Quién sabe!...

Las pulgas voraces le cosquillean chupándole la sangre.

A la mañana siguiente, mientras toman el café, Antonio expone su plan. El *vale* Pedro irá al pueblo a comprar papel y un lápiz para la carta que escribirá al comandante. El medio es infalible, Miguel asienta:

—Después de todo, nada se pierde. Él fue enemigo de Lilís y no ha de gustar ver a Perico y a otros *cacaos lilisistas* peleando por Jimenes. Pónselo en la carta, que eso le hará efecto.

El *vale* Pedro, se rasca la cabeza e interviene:

—Mi jefe, usted me dispensa; pero yo le oí a un Don de la capital, que vino a alcanzar a Cesáreo, que la política no se escribe.

—Eso será cierto; pero esa carta hay que enviarla.

—Pué, yo no la llevo. Ese comandantico tiene la cara muy seria, y, jefe Antonio, su merced me perdone, manque yo esté viejo, las mujeres entoavía me apeteían.

Los argumentos y las promesas son inútiles; el *vale* Pedro es incon vencible. Al fin propone:

—Güeno, pa que no digan, diré a montear, a ver si me pecho con el *vale* Marco del Rosario. Eso sí, endempués no se olviden del revólver, de las moticas pa el bohío y del papel del Pedáneo. ¡A güeno!

En el platanal, al grato abrigo de las amplias hojas de malaquita, contemplando a los gráciles columnas de jaspe que ro-

deadas de cepas mustias y tiernos retoños sostienen grandes racimos, cada plátano es un dedo gigante, y al extremo el floripondio morado donde la abeja vagabunda liba, los dos revolucionarios comienzan a sentirse nerviosos, a dudar, a desesperrarse de la expectación. Los estómagos reclaman algo más que frutas y viandas.

Miguel parlamenta con la siña Atanasia:

—Mamita, ¿no habrá por ahí un pollo o una gallinita? se la pagamos bien.

—Ay, jijo; si la última que me trujo una jija que tengo por la vuelta e lo Mina, se la comieron de viajito, lo maldito perro jibaro.

—¿Y usted no tendrá algún pedazo de tocino? Vea, mamita, que le voy a regalar un pañuelo de Madrás de a vara, para cuando vaya a verme a la Capital.

—¡Ay cristiano! —suspiró la negra, enseñando los afilados caninos.

Por la tarde, el *vale* Pedro volvió del cantón de Marcos, con noticias y un cuarto de novilla. En torno a la lata en que se cuece el sancocho, las interpretan optimistas. El Gobernador del Seibo pronunciado contra el Gobierno; en Bayaguana y Los Llanos, gente en el monte; y de Caño Hondo, una columna que avanza sobre Santo Domingo. No, si el triunfo es un hecho, lo malo es que Marcos les aconseja esperar quietos aquí.

—No, de ningún modo, eso es una pendejada.

—Hay que atacar a Guerra cuanto antes.

—Ma, si el jefe Marco no tiene ma que unos viejitos desarmaos, y lo de la columna que dicen, es humo e sabana.

Los días transcurren sin cambios. Antonio empieza a dudar del éxito de la empresa. El *vale* Pedro trae del pueblo noticias desalentadoras: Puerto Plata, la Línea y el Sur, están por el Gobierno, y fuerzas de éste marchan sobre Santiago. ¡Propagandas! afirma Miguel. No obstante la situación de ellos se hace más difícil, las guerrillas recorren los contornos, llegan al bohío, piden agua, preguntan si no han visto revolucionarios; una vez, apenas tuvieron tiempo de meterse debajo de la *barbacoa*; otra, tendidos boca abajo entre matorral tupido, a dos pasos, han oído hablar a los oficiales reconociéndolos por las voces. Así supieron que en Los Jovillos se ha peleado, que Horacio es-

tá ya cerca, que una columna salió de Caño Hondo con dirección a Guerra, y que el compadre Juan, tan mentado, permanece en casa del párroco, pues les ha ofrecido sus servicios. Ese no es más que un *mancuenco*, ha dicho un tenientico.

¡Diablos! si a alguno se le hubiese ocurrido registrar... De sólo pensarlo, Antonio se estremece. ¡Qué ridículo, entrar a Santo Domingo prisionero, el muelle repleto de curiosos, y en el tránsito, hasta la Fortaleza, astrosos, lamentables, saludados por sonrisas irónicas y burlas! No, sería insufrible, y, sin embargo, de un momento a otro puede suceder.

La angustia de la espera le extenua, ya no sueña con la gobernación, ni con la cartera; se ha transado por la diputación, sí, en la cual, por independiente, será el centro de todos los debates. Peor el recuerdo de la familia le perturba: cómo estará su mujer, sin saber nada de él, pobrecita, y la suegra, dale que dale a la lengua, y el hijo... Y cierra los ojos para no verle resbalando tremulento por las paredes.

Desde la copa de un caimito abarca la pa,pa que se tiende leguas y leguas, unido plano verde, cortado aquí y allá por meandros de hicacos o por robles solitarios, que parecen desafiar el rayo. Al lejos, un jinete pasa bajo el sol del fuego. A la sombra de los mangos, de bruces sobre la tierra fresca, observa atento la labor de la hormiga, de la abeja, de la lombriz viscosa. Entre las ramas, un ruiñeñor canta. ¡Ah la villa nativa, el valle plácido, el río bullidor! ¿por qué los abandonó por las calles polvorientas, los parques empedrados de malas intenciones y las luchas mezquinas de la ciudad? ¿y qué ha ganado? Allí, como sus condiscípulos, habría sido tendero, además tendría chivales, apiarios, un buen caballo para caracolear los domingos por las aldehuelas, bebería leche recién ordeñada, se bañaría en el río y aspiraría a presidir el Ayuntamiento...

Miguel le interrumpe el soliloquio.

—Socio, tengo una comezón en el dedo gordo del pie derecho, ¿qué será?

—Niguas, seguro.

—Hombre, lo que me faltaba.

—Peor estoy yo.

A Antonio, la cabalgata de la primera noche en aparejo le produjo una peladura en la rabadilla, después, le ha salido una

*negrita*, y luego otra y diez más; tiene las nalgas reventadas, los calzoncillos se adhieren a los bezos; cuando camina, aquellos se desprenden lastimándole, y el pus sanguinolento le moja los muslos. ¡Bonita situación para un caudillo! Y los días transcurren... Al fin, un tiroteo graneado les sorprende, seguido durante media hora de descargas cerradas. Atacan a Guerra. ¿Quién?

—La colonia que a venío de arriba, —asegura el *vale* Pedro.

Cuando cesa el combate, la brisa les trae las albricias. “Viva Horacio” se oye distintamente.

—¡Qué voz tan argentina! —exclama Miguel—. ¡Ya era tiempo!

Se escucha el galope de un caballo; el *vale* Pedro, anuncia: “el potro moro del compadre Juan”, y en efecto, rato después, es él, que vestido de rayadillo, con botones militares dorados, sombrero de yarey y divisa colorada, se zarandea enseñando las espuelas de plata.

—Compai ya ganamos. ¿No se lo mandé a decir que esa gente iba a sentir bajo e berraco?...

—¿Pero usted no ha tomado el pueblo?

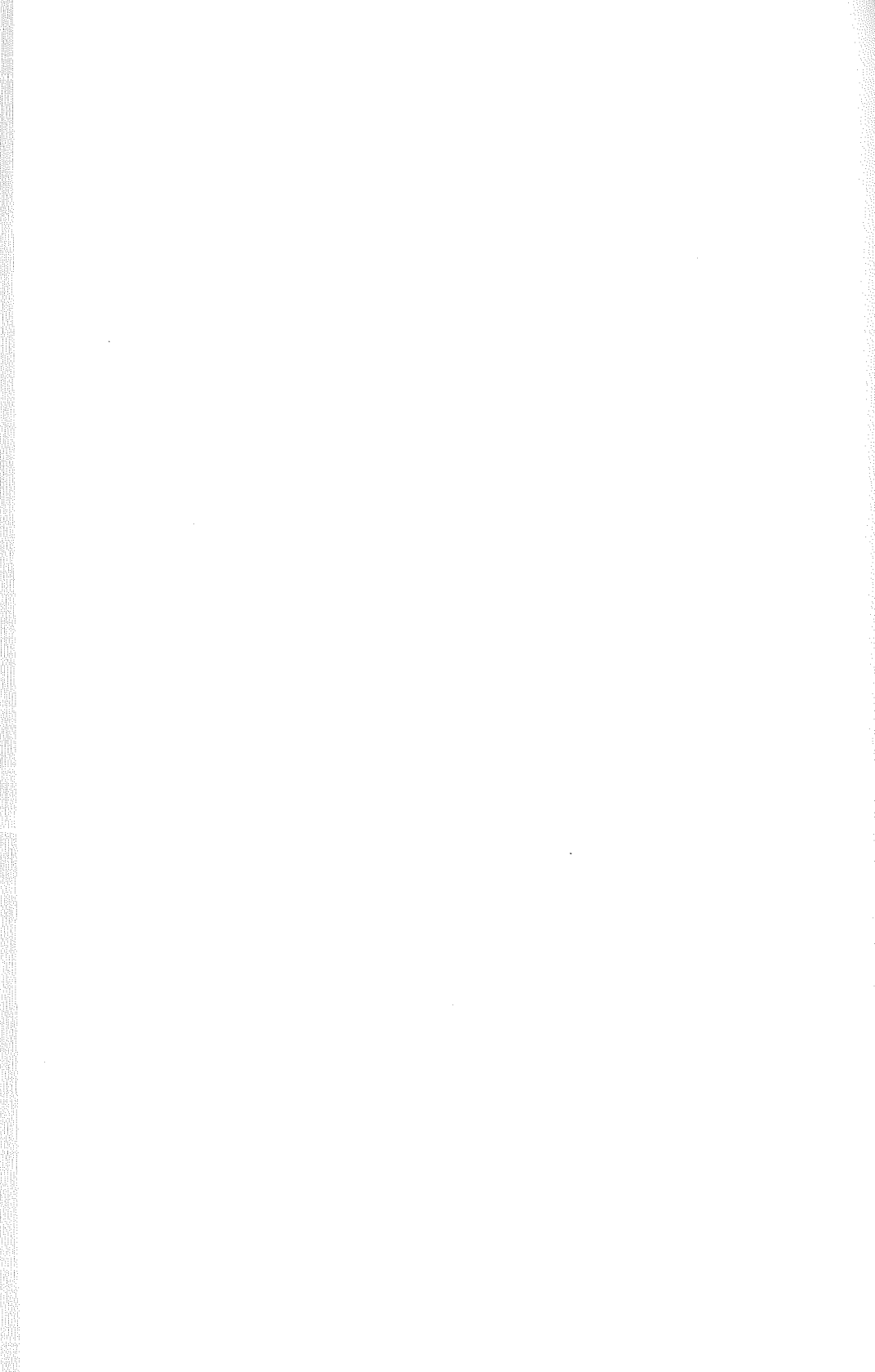
—En compañía del general Rafael, que vino con una columna por Bayaguana; pero en justicia, la acción es mía y de mis muchachos, y es Comandancia no hay quien me la quite.

—¿Qué general Rafael es ese?

—Él los conoce, ahí detrás vienen dos caballos que les manda para que se vayan al pueblo. ¡Viva Horacio! ¡ca...!, —vocea haciendo escarcear el jaco.

En el pueblo, el general Rafael, al abrasarle casi le desmontó del caballo, y Antonio se encuentra sentado ante una mesa de pino, pluma en ristre, convertido en secretario de aquel jefe de operaciones.

La Capital capituló, asilose el Presidente en una Legación. La campaña había terminado sin las hazañas proyectadas. ¡Qué gusto se darán los de los bandos del Parque! ¡Qué suerte la suya! Las posaderas le torturan, putrefactas; no puede andar ni sentarse; imposible montar a caballo; y mientras Miguel entrará por la puerta del Conde, a la diestra del General victorioso, él lo hará por el río, acostado en un lanchón, sobre sacos de azúcar, entre enjambres de moscas...



## XVIII

En la hamaca, Antonio mécese y adormece su impaciencia. Las nalgas pútridas le han recluso en la casa desde el retorno de la campaña. El médico habló de cortar; pero la mujer terca y cariñosa con lavados y aplicación de fomentos de hierbas medicinales, logra restablecerlo sin intervención del bisturí.

Miguel Gómez, visita diaria, le ha mantenido al tanto de los sucesos públicos, del reparto del botín. Los empleados del régimen anterior ni con candela renuncian; todos pertenecen al partido revolucionario, en tanto que los nuevos, los que se echaron al monte o conspiraron desde los escondites, no encuentran platos para sus apetitos. Algunos han asaltado las oficinas en el tumulto de la primera hora, mientras las tropas desfilan por la calle del Conde. El Presidente provisional está abatido, sin orientación en laberinto de intrigas, de concupiscencia, de ambiciones. A mañana y noche le tienen con dolor de cabeza. La *Gaceta Oficial*, al día siguiente de la instalación del nuevo gobierno, en un suelto, expresó que era voluntad de éste que no se exacerbara al vencido atacándole en la prensa, y los directores de periódicos han entendido que tampoco es lícito combatir al vencedor.

Por corrillos de parques y esquinas circulan persistentes rumores de disgusto. En la tertulia, en derredor de la hamaca, se protesta contra los nombramientos: a unos se les ha dado en

demasía, a otros nada. El *lilisismo* entra de nuevo en Palacio. ¿Qué han hecho esos hombres, y cuáles méritos poseen los que el cariño regional empina en los eminentes cargos del Estado? Hasta las futuras curules tienen ya dueño. ¿Y para tales cosas expusieron Antonio y Miguel sus vidas, y padecieron hambre y tribulaciones, y trajo el uno los pies cuajados de niguas y el otro padece aún de las diabólicas *negritas*? Lo que es en otra, concluyen, no los pescan; y en cambio, en los bancos del parque de Colón su campaña es motivo de risa; mil cuentos jocosos se refieren, y Miguel, en alta voz repite:

—¿No dicen esos malditos, que hemos estado cinco días debajo de la cama del cura, y los oficiales de la tropa gobiernista, que le visitaban, viéndonos los pies, se divertían acercándose a la puerta para asustarnos?

—¡Charlatanes!

—Dicen que llevabas el sable colgado del pescuezo, y cuando el mulo corcoveaba te agarrabas de las orejas, y por mal jinete te has pelado hasta el ombligo.

—¡Malsines! —truenan, Antonio, ladeándose—; que se vayan al monte en la próxima y sabrán dónde les aprieta el zapato.

La primera salida de Antonio ha sido para visitar al Presidente. Se presentó en la tarde; el oficial del Cuarto Militar de servicio que le anunciara, le trajo recado de excusa por hallarse reunido con el Consejo de Ministros, y citándole para el siguiente día temprano. En la mañana encontró una colección de ciudadanos de todos colores, clases y cataduras, de los cuatro puntos cardinales de la República, en espera de turno. Estos en solicitud de empleo, aquéllos a buhar, muchos en demanda del pago de sus cuentas de revolucionarios. Quien gastó cinco, cobra cien, pues hay que aprovechar, la patria es de todos.

Los presentes miran al recién llegado con recelo: uno más a contender por el hueso. ¿Qué quieres?, interrogan las miradas, y cuando se cierra detrás del privilegio la puerta del despacho, desazón común turba los ánimos.

Portocarrero, indica el edecán, y Antonio entra. El Presidente lo recibe cordialmente. Alto, fuerte, de mirada límpida, una vaga sonrisa triste le endulza el rostro. Con palabra adusta le habla de sus planes, que no es posible iniciar, del tiempo que se pierde en contentar a los que piden; nadie quiere trabajar, los



empleos no alcanzan... Y los compromisos y las combinaciones... Si esto sigue, renuncia; es terrible lidiar con tanto vagabundo. El calor de la capital le acosa. Echa de menos el campo y su caballo, y termina pidiéndole que acepte un consulado, en isla vecina, con cien pesos, por ahora, pues es necesario hacer economías para pagar las deudas extranjeras.

Aplastado bajo el repentino derrumbe de sus ilusiones, Antonio no acierta a responder. ¡A él, un consuladito, lo que se da a cualquiera!, ¿y su vida de sacrificios, y sus prisiones, y las batallas de su pluma? Se indigna, y a la vez compadece al hombre que tiene delante, armado de buenas intenciones, presa de pasiones que le cercan y de apetitos que tuercen sus miras. El castillo de naipes cae por tierra, y despidiéndose con una negativa, cruza por entre los que esperan, la mirada soberbia, inflado el pecho, la testa engallada, en los labios la huella del no rotundo, nuevo laurel, piensa, con que fustiga a esa trailla. ¿Quién entre ellos repulsaría un consulado?

En su casa estalla. Eso ha sido un insulto; sí, una verdadera ofensa. ¿Qué cree el Presidente? ¿la República es su cosa, su estancia, en la cual puede hacer lo que le place? La suegra opina que ha debido aceptar; cien dólares, son quinientos nacionales y hay que trabajar mucho para ganarlos. Pero ¿y su dignidad y sus aspiraciones? Y además, con ese sueldo no podrían vivir decorosamente en el extranjero, y las deudas acumuladas en tantos años que hay que pagar... Los acreedores le perseguirían como tigres. No y no; ya llegará su hora, estos hombres no durarán en el poder. Es cosas de meses.

En efecto, se nota pronto la labor de zapa, el descontento hondo, la efervescencia solapada que arroja a la superficie palabras imprudentes, el malestar colectivo que precede a las revoluciones. Nadie está satisfecho, los mismos empleados critican en voz alta, y aumenta el prestigio del caudillo caído, hacia quien torna la opinión veleidosa.

El Presidente, enfermo, desalentado, vive a caballo en el camino del Cibao, empeñado en unificar las voluntades de sus amigos, quienes a su vez afirman que él mismo no sabe lo que quiere.

En los campos escabrosos y asoleados de la Línea noroeste iníciase la brega, la protesta armada toma y pierde poblaciones,

desaparece en un crepúsculo y a la mañana siguiente, más pujante, ensangrienta las lomas. El terreno le es propicio, el regnicola es cazador, certero en el tiro, y vive del ganado que pasta en sus sabanas; la frontera próxima le asila. Los cruceritos de la armada fatigan sus máquinas trasegando soldados reclutados violentamente, que desertarán a la primer coyuntura o morirán en las llamas aquellas sin que les calme la sed una fruta ni les perfume una flor. La revolución se propaga por otras provincias y se alza el patíbulo. En los días de carnaval, en los clubs, los hombres del poder y sus contrarios, bajo las caretas, bailan confundidos.

En su refugio de la Plaza Duarte, Antonio, cada noche, oye las noticias de los contertulios y siente latir su rebeldía; diestramente algunos le pintan con exageración el cuadro repulsivo de la dictadura y lamentan el silencio de la prensa. Es el momento, "la *lechosa* está madura y al caer de la mata", insinúan. Vacila, le impele. ¡Nunca fue él segundo en la protesta! En el aire cunden voces tentadoras. Esgrime de nuevo el látigo de sus acusaciones; mas para su artículo no hay letras en las imprentas, los directores de los periódicos le aconsejan "no meterse en eso, esta gente no respeta pluma", y a su insistencia oponen una negativa rotunda. El Homenaje rebose de presos, por calles y plazas de la Capital pululan los confinados, y por las playas de las Antillas vecinas vagan los expulsos. Su enojo crece en razón de su impotencia, le exaspera este miedo que escuda al Gobierno. En casa, mientras comen, a la hora en que la familia se reúne, refiere su nueva desventura. El país está perdido, ningún periódico ha querido publicarle un artículo... Cucharas en el aire, bocas abiertas, todas las caras se vuelven hacia él, perplejas.

—¿Pero este demontre está loco? ¿Pero usted no se alzó por Horacio? ¡Su abuela le llevará la comida a la cárcel! —grita la suegra.

Don Pedro interviene; su misma mansedumbre vibra. ¿No calcula que le expone a perder el empleo, lo único con que cuenta para vivir? Y la mujer, siempre resignada, que comprime su altivez en presencia de los demás, le desautoriza, disuadiéndole. No, él no debe ser el sacrificado, ¿qué ha conseguido con tantos años de luchas, cárceles y miserias, para que otros medren? No, sería una tontería; que escriban ellos, los

que le traen y llevan chismes y le calientan la cabeza para que se lance. "No seas bobo", le reprocha con dulzura. El hijo, sentado en la escalera de piedra, golpea en el plato de hojalata, pidiendo más comida. Todos contra él, ni un solo le apoya; sus sentimientos les son extraños. Y hosco, rasga las cuartillas y las avienta. Las caras le sonríen, respiran contentas y sigue el yantar.

Un mediodía de marzo, tiros, seguidos de descargas, primero en la Fortaleza, luego en las calles, interrumpieron la siesta. Los presos políticos, libertados y armados por un carcelero, han tomado La Fuerza mal guarnecida. El Presidente está en Santiago. La sangre enrojece el arroyo; los penados, descerrajadas las puertas del presidio por la revolución, engrosan filas. Negros feroces, carne de horca, transitan *máuser* al brazo; los jueces se topan en el umbral de sus hogares con aquellos que la víspera condenaran. El Gabinete, sitiado en el Baluarte 27 de Febrero, capitula; la ciudad es la presa de una facción acéfala. Por el Este avanza el Presidente con tropas. Combate y entra a Guerra; dos días después, Pajarito es teatro de una acción reñida; otros dos, y San Carlos es tomado. Los heridos pasan fugitivos por las calles. La facción se atrinchera, cerrando las salidas de la ciudad, con barbacanas de alambre de púa y gruesos tubos de hierro. Treinta bocas de fuego, desde los fuertes de la muralla que cual cintura de piedra rodea la ciudad, vomitan metrallas. El vecindario, angustiado, sigue desde las alcobas aquel duelo, distinguiendo las voces de los cañones. Los del castillo de Santa Bárbara, repercuten en el cauce del río; los de La Fuerza conmueven los cimientos de Homenaje; bajan el tono las piezas pequeñas de San Antón y la Caridad, que a su vez elevan las colisas de la Concepción y San Gil, mientras el del Conde, gruñe por entre los cocoteros como un enorme mastín danés. En El Placer están surtos navíos americanos, italianos, franceses, y dotaciones suyas protegen legaciones y consulados. Las balas granizan en la población. ¡Es la guerra!

Una primanoche, el tiroteo de los sitiadores se aproxima nutrido. Los cañones braman. De improviso, altas columnas iluminan la ciudad, las casas vecinas y los fuertes del ángulo N. O. arden; el de la Concepción ha sido tomado, los asaltantes trepan por las piedras urentes, sables en la boca; el del Conde es

abandonado por los defensores, achicharrados por el calor, y desde una furnia que las lluvias han escarbado en la calle, los hombres, ahumados y enloquecidos, disparan sin cesar. Los heridos, desfallecientes, sienten la caricia terrible de las llamas que devoran cadáveres, suben por la paja de sus bohíos. En el aire inflamado vibran los clarines como alaridos. ¡Es la guerra!

Antonio Portocarrero contempla el espectáculo estupendo, magnífico fuego de artificio colosal. Los altos muros de las ruinas del Convento de San Francisco se destacan bermejós. La ingente hoguera enrisca sus grumos hasta el cielo, azul, profundo, estrellado. Presa de irresistible exaltación, avanza alucinado; a su paso encuentra paisanos, jóvenes imberbes, acarreado cajas de municiones, y a un periodista que corre a la refriega con una larga carabina. Por entre las rejas de las ventanas, dulces ojos felinos vigilan... ¡Es la guerra!

Camina; sin darse cuenta, está ya en el collado de San Miguel; sus recuerdos le guían; sale por un portillo de la muralla, se enreda entre los alambres de la cerca; el revólver cae al suelo, le busca, y rápido, antes de que lo adviertan los de la trinchera cercana, cruza el camino, se desgarran las carnes en las púas de la otra empalizada, y ya está entre los guayabos de Galindo. Desde el cerro, cárdena, domina la iglesia de San Carlos. A partir de allí hasta la muralla se extiende un surco de brasas. Antonio se orienta, rompe las malezas, muerde los bejucos del *cundeamor*, al fin llega a la Fagina, vía que remata en el fuerte de la Concepción. Cada bohío es una candelada; sus pies tropiezan con muertos, y con heridos que se arrastran por la cuesta. Un oficial le ordena: "¡corra a la iglesia, diga que manden refuerzo volando!", y corre. Detrás de las esquinas descubre soldados en pandilla, agazapados. Son los refuerzos que abandonan a los oficiales, es la carne que huye del hierro y del fuego. Antonio les grita excitándoles; algunos avanzan y disparan sobre la ciudad. En el Parque, cubierto en parte por las paredes de la iglesia, las balas silban sinfonía macabra, segando el follaje de los laureles. Los jefes, enronquecidos, fatigados, reúnen los hombres y los empujan: ¡es inútil, no llegarán! El templo, atestado de heridos que bromean, ríen y padecen. Los cañones de continuo arrojan granadas de acero que revientan floreciendo en rosas de bengala, y las llamas, las llamas insaciables, de-

voran seres y cosas, reflejándose en las selvas alledañas, preñadas de mieles y bálsamos.

Antonio, desmazelado, sitibundo, se desploma sobre un banco. ¿Cómo ha venido, y por qué? El horror de la realidad calma el arrebatado impulsivo que le dominó la voluntad. Reconoce rostros amigos. Mil interrogaciones le asedian. No sabe nada; desde el día del pronunciamiento ha permanecido en su casa encerrado, en donde estuvo hasta que el incendio le encalabrino la sangre, y cátao aquí. Mañana hablarán. Un amigo le ofrece lecho. Y cuando su cabeza se apoya en la almohada, una granada rompe el seto, haciendo añicos la luna de un armario. Esta es nuestra retreta, dice el compañero risueño. Y se duermen. ¡Es la guerra!

En los días siguientes, Antonio estudia el ambiente. La tropa, compónenla campesinos de distinguidas regiones reclutados el día mismo de la partida, sin disciplina, y soldados regulares, sin espíritu militar, híbrida milicia, tan fácil al combate como al saqueo, dispútanse unos con otros constantemente por trampas en el juego, o por si los del Cibao son más bravos que los del Sur o el Este, o por las condiciones de un caballo, y prontos a dirimir con los rémingtons su divergencias. Uno de éstos, vestido con un traje de mujer, tocado con sombrero de pluma, pulseras en los brazos, sale al descampado, a la mira de la cortina, a bailar un zapateo endiablado, y allí quedó, pudriéndose al sol la carroña carnavalesca; otro marcha a vanguardia, a la cabeza, el fusil a la espalda; jamás dispara, desvalija los cadáveres, y cuando reúne un puñado de oro, deserta. Empero, libres de la embriaguez de la pólvora o del alcohol, son mansos.

El último revés, el asalto del fuerte de la Concepción, les ha quebrantado el espíritu; las murallas les infunden respeto, y el incendio, al destruir los bohíos que formaban una suerte de reparos contra las baterías de la línea norte, de oeste a este, les deja a merced de los cañones que comienzan a hacer blanco, un jefe es decapitado por una granada, otra se abre en medio de una decena de soldados que tallan en corro y los destripan. Los jefes son esforzados, pero desprevenidos; improvisan sobre el terreno sin estrategia; celos, vanidades y ambiciones les dividen, dificultando la acción unánime e intensa; las victorias nunca son completas, no hay persecución, el empuje de la aco-

metida desfallece en breve; el fruto no se cosecha, y mientras el vencedor se distrae en contar fantaseando la hazaña, el derrotado se retira a salvo o si quisiera, podría reaccionar. Para imponerse a sus mesnadas, rudos y amables a un tiempo, ora doblan o tienen por tierra a un hombre a planazos, ora le abrazan afectuosos, consintiéndoles sus bellaquerías con frecuencia penadas por el Código. De tal manera crean entre unos y otros el vínculo gracias al cual afrontan con decisión la muerte. Ascenden a saltos: el soldado de hoy es general mañana. ¿Qué concepto tienen estos hombres de la vida, si es gala exponer la propia y sacrificar la ajena? Aunque algunos poseen hacienda, les seducen los botones dorados de las guerreras militares y las ventajas del poder; su malicia instintiva les detiene cuando creen que han sumado méritos bastantes para sus aspiraciones. hay quien diga: "no peleo más, ya he ganado la Comandancia de Armas y la quiero gozar". Pero el alcohol les deslumbra haciéndoles olvidar los mejores cálculos. Aman el caballo y el arma: su dios es la Fuerza.

Una madrugada, las columnas se forman: tres que atacarán la capital por el Oeste, antes de que amanezca. Los hombres, descotados, a pie; los jefes, con sombrero, a caballo. Las filas se mueven con desgana, a la zaga de los comandantes: rubio, buen mozo, impetuoso el uno; mulato, delgado, de vivos ojos, reflexivo el otro, y pequeño, vigoroso, sereno, el tercero. Con el sol alto, se enfrentan a las trincheras; la tropa retrocede, flaquean casi al empezar la acción; sin embargo, superiores a la adversidad, lanzan los oficiales contra las obras de acero y alambres; la fusilería los diezma desde la muralla; logra el uno abrirse paso, pero cae fulminado de la mula; el otro iérguese ante la noticia y quiere entrar a la ciudad por una casa edificada a ambos lados de la muralla, y es herido ante la puerta obstinadamente cerrada; el tercero se abraza al cañón enemigo y recibe en el pecho la carga. La gente se desbanda, y abandona los cadáveres; ola deshecha, se desborda por detrás del cementerio y, atravesando las estancias, alcanza a San Carlos. Es un mecanismo cuyo resorte se ha roto. El fracaso desolador y rápido conmueve al caudillo tanto como al inferior, y aquella masa que ninguna voluntad contiene, deserta o se prodiga en palabras contando y comentando el desastre.

Antonio los compara con los actores de la noche hermosa y trágica: son los mismos seres los que ahora huyen por los caminos hacia sus campos lejanos. Al anochecer, desmarrido, contempló durante largo espacio aquellos hombres tan fieros, ahora pánidos, precipitarse, entrechocar las monturas, forcejear por entrar en la barca que cruza el Isabela en Santa Cruz. Un disparo, un grito les pondría en fuga. ¿A qué seguirlos?; por donde pasen sembrarán el espanto, deshaciendo la autoridad opresora que conscientes o ignaros crearon con su brazos armados... Y decepcionado, vuelve grupas. Las sombras invaden la ruta. Llueve con furia, como si el agua quisiera borrar de la tierra las manchas de la sangre, tan inbécilmente vertida. El viento sacude colérico los ramajes, y por entre el monte suena el rugiente rumor del río. Los hombres huyen.

Antonio, las riendas en el cuello de la bestia, recalado, anduvo, anduvo, y, como un espectro, entró en la ciudad silenciosa.





## XIX

De la última andanza, Antonio Portocarrero hubo de volver maganto, y atormentado el espíritu por impías dudas. La realidad, brutal, habíale quebrado las alas a su fantasía. A cada instante las visiones impresas en sus pupilas violan su fe. ¿Sería verdad? El tan doloroso empeño de su vida, ¿habría sido estéril, e infecundo todo grano sembrado en ese barro? Separado de los suyos por los mismos prolongados sufrimientos que les ha impuesto, ¿no alcanzará el éxito, siquiera en el efímero de la posición política, que el azar dispensa? ¿Lo que es tan fácil a los demás, será eterno espejismo para él, no estampará jamás su nombre al pie de un Decreto o de una Ley, y sus ideas habrán de secarse sin el goce del alumbramiento?

La reclusión en la casa cada vez más desgraciada, le acongoja. La abuela, decrépita, sucia, hurta los relieves de la mesa, se cisca y juega con zulla, vaga por las estancias, profiriendo palabras obscenas e impregnándolas de su locura. Ella, y el hijo temblequeante, que expresa con monosílabos las ansias del adolescente, le dan un aspecto de hechizamiento, y el recuerdo de ambos, trepánale días y noches, como un incubo. En las tertulias de los parques se perpetúan las mismas cábalas y malsinorías en derredor del presupuesto. Se acoge, pues, a los paseos solitarios por los barrios populares, en los cuales, por lo menos siente vivir a los humildes.

Por la tarde contempla el mar. Una vela que lo surca o la estela con un vapor, son amables invitaciones a divagar, a soñar. Sobre las rompientes, hierba cuyas hojas aterciopeladas amortigua la dureza de las rocas, brinda asiento a los que entretienen el ocio con el tráfico del camino líquido. Los pescadores tienden el aparejo a la voracidad de los escualos.

El Caribe, si en calma, tiende desde el horizonte paño de ormesí esmaltado de lentejuelas áureas; si lo encrespa la brisa, estréllase contra el acantilado rociando la calle y atavía de espumas hervorosas la roca plana del triperero, e introdúcese por la sopeña para surtir en chorro esbelto. Aquí, medio siglo ha, triscaban sirenas entre las algas: las abuelas que se bañaban en camisa y los muchachos, veían los cuernos al Diablo en la grieta denominada Boca del Infierno. Cuantas veces se detiene en este paraje de la costa, Antonio recuerda una escena de espanto, acaecida años atrás: un viejo pescador, aletargado por el bochorno del mediodía, que fumaba su pipa con el cordel entre los dedos del pie, esperando que los *jureles* picaran, cayó al agua. Al instante, las fieras le atacan, arráncanle vientre y tórax; el cadáver flota con el vaivén de la ola, esquivando las fauces terribles. En las rocas, la familia grita, plañe, rodeada de gente. Un negro, que es el terror de los gallineros, mediante la promesa de diez pesos, átase por un cable por las axilas, un cuchillo en la diestra, se arriesga, *panquea*, apuñala en torno, revuelve el agua ensangrentada; los tiburones desprevenidos huyen, ase el cadáver y gana la orilla, cuando repuestos, seis aletas ya hendían veloces el cristal en persecución del atrevido.

Una cuadra más al oeste, la explanada del antiguo fuerte de San Gil es un punto de vista admirable para las marinas que pintan el ocaso. En el Matadero público, que está al lado, se congregan entre cuatro y seis de la tarde, tablajeros, médicos y concejales, amén de los paseantes, en busca de entretenimientos. En el corral, el ganado que olfatea la muerte, muge patético. La res enlazada por la cornamenta, se resiste, forcejea, tirada por un torniquete hasta sujetarla en una de las columnas de hierro sustentadoras de la techumbre. La puntilla del matarife la descabella, y luego, *añangotado*, desnudo hasta la cintura, el pantalón a la rodilla, la sangre al tobillo, la de-

suella y descuartiza, colgando las bandas blancas y róseas, aun palpitantes. Muchachos haraposos compran los menudos que cargan en petacas, mientras desperdicios y coágulos, vertidos al mar, ceban los tiburones. Enrojecido como un verdugo medieval, un jifero se ha acercado a Antonio, diciéndole con acento malicioso:

—Cuenta conmigo. ¿Cuándo empuñamos la *jicotea*?

En las primas noches barzonea por el altaicín del norte, que el terral de los montes de Galindo refresca y aroma, prefiriendo las callejuelas estrechas e intrincadas de uno y otro lado de las fortificaciones. Por las puertas abiertas examina las habitaciones: la lámpara mortecina ilumina escasos muebles desvencijados. En los umbrales, las mujeres sentadas sobre las piernas, charlan y fuman; los chiquillos, en cerros, retozan en el arroyo, en el césped de las plazuelas o se escurren por los boquetes de la muralla, por cuya cornisa corretean. Dos novios, recostadas las sillas en las jambas, la doncella al interior, el galán afuera, pelan la pava o puntea el segundo la guitarra acompañando a la novia que entona melancólica canción de amor. Calle por medio, dos comadres, recogidas las faldas, los brazos en jarra, riñen a causa de la lejía derramada por un rapaz travieso o de una gallina extraviada; otra, de vuelta del pozo profundo, común al barrio, la lata colma a la cintura, exclama escandalizada: ¡Ave María Purísima! y se santigua. —Los hombres forman corros en las esquinas o en los timbiriches que a guisa de pulperías o cafés, sirven de puntos de reunión. Estos son los que durante el día sudan al sol en los muelles, calles y talleres, aquéllas las que lavan y planchan de seis a seis.

Las mujeres miran a Antonio con picardía; “pájaro de la mar en tierra”, suponen que anda a caza de aventuras eróticas o que como tantos otros viejos y mozos mantiene su pelazga por aquellos andurriales. Los hombres, le dan las buenas noches con respeto; a los conocidos les estrecha la mano y detiéndose a charlar con ellos. Quisiera penetrar sus pensamientos, el secreto de sus vidas, saber qué aspiraciones alienta; pero esquivos, se lamentan de la escasez de trabajo, de lo caro que está todo y, de paso, *tiran su chinita* al Gobierno. Antonio se da cuenta de que algo les separa; acaso le indispo-

ne la altivez ingénita de su figura, desprovista del aura de la popularidad, y en sus frases mañeras, equívocas, nota la desconfianza, pues aun los más expansivos, parecen decirle: si vienes a nuestros barrios pobres y nos hablas, si sonrías a nuestras hembras y acaricias las cabezas desgredadas de sus hijos, es porque buscas escalera para subir. Sin embargo, ellos le inspiran simpatías; pero ¿cómo lograr que las crean sinceras ni menos que comprendan sus anhelos de bien, nutridos con generosa savia cordial?

Y por la periferia cada noche, escapa de las garras de sus propios recuerdos, continúa sus excursiones, y queriendo sentir las palpitations de la ciudad, la circunda. De los altos de San Antón, San Miguel y San Lázaro, baja a las vías nuevas de extramuros, por donde la capital se ensancha en casitas de madera y cinc, pintadas y limpias; entra por la Puerta del Rey a la calle de la Misericordia, cuyas primeras cuadras la forman ruidosos bohíos de tablas de palma; recorre la de San Pedro, en la que alternan el cinc, la yagua y la piedra, y moran pared por medio vírgenes y hetairas, y en donde, detrás del fuerte de San Fernando, ofrendan a Afrodita marinos y soldados, con prostitutas alcohólicas, de marchitas carnes enfermas, mulatas y negras que, en batas de colores crudos y en chancletas, se exhiben con un *túbano* en los belfos, y por quienes las riñas mortales son frecuentes. Más al este, en las celdas donde el tiempo atrás oraban las Clarisas, germina el hampa ciudadana —borrachos, mendigos, cuanto hiede y repugna—, oculta a la vista del transeúnte por las casitas fronterizas a La Fuerza, habitaciones de buenas gentes modestas. Sigue después por los solares del Almirante y del Aguacate, separados por la empedrada calle de la Atarazana, extendiéndose el uno detrás de la Casa de los Colón y el otro entre la puerta de la Atarazana, a espaldas de los almacenes y las calles Comercio y Marina, lugares donde procrean y bullen curazoleñas y martiniqueñas, las que enfaldan y anudan el pañuelo en la nuca con donaire, y preparan los azafates de dulce que se expenden al aire libre. Por fin, Antonio se pierde en las intrincadas callejuelas que corren del Castillo de Santa Bárbara al bastión del Angulo, abrigo de maleantes porteños, y sitio en donde, las vísperas de fiestas, resuenan atabales y

acordeones pautando las guarachas transmitidas de playa en playa por los lobos del Mar Caribe.

En el espacio de dos años, las películas se han sucedido en el cinematógrafo político con rapidez ofusadora. Antonio, desgarrada el ánimo, tan pronto febril de deseos, como desasido de todo, ha seguido el desarrollo de los acontecimientos. Los generales que admiró días antes en los campamentos, vienen a inclinarse ante el nuevo Presidente, quien tras un simulacro de comienzos, en una mañana de agosto, pasa por las calles en carroza descubierta, en el pecho la banda tricolor, entre improvisados dragones de pantalón de grana, a jurar el cargo. El oro del Erario se dilapida. El Presidente, que es un *clubman* culto, prosigue frecuentando los casinos, platica de arte, de ciencias, de caballos, de perros, de logística, y recita versos de Virgilio en latín, o pasea la ciudad, en piafante corcel portorriqueño, plantado en la silla con todas las reglas de la equitación. La prensa, temerosa. Al Ejecutivo se le suponen ímpetus y energía. Se conspira. El Homenaje se llena de presos; los vapores que zarpan, llevan cargamentos de expulsos. En noviembre la capital es sitiada y capitula. *Jimenistas* y *horacistas* se han unido y traen en hombros un cura que ahorcó la sotana, inteligente, audaz. Apenas entra en el Palacio, los *jimenistas* parten en guerra, y en diciembre un cerco de bayonetas se extiende de Pajarito a San Jerónimo, suspendiéndose el tráfico en la ría. Durante cincuenta días, Santo Domingo de Guzmán, encerrada entre sus murallas, se arrulla con la música de cañones y fusiles, su juventud la defiende en las fortificaciones, y las mujeres van a misa, se visitan, y las retretas continúan jueves y domingos, mientras los beligerantes entrecambian plomo. Entonces acaece un hecho insólito, que deprime al soñador: las granadas de navíos de guerra norteamericanos estallan en tierra dominicana, para castigar a los revolucionarios que desde Pajaritos han osado cañonear un buque mercante de la Unión. El nuevo Jefe del Ejecutivo, a la cabeza de una charanga, cada vez que sus armas obtienen un triunfo, discurre por la ciudad, exaltando su gente con vítores y promesas. En febrero, una salida de los sitiados rompe el cerco, y Santo Domingo de Guzmán respira. En el Homenaje no caben más presos, los desterrados pueblan las vecinas islas. El tesoro vacío; hipotecadas las rentas.

En el ámbito de la república, dos guerrilleros señalan, con rastro de sangre, el camino de sus victorias. Atan a la cola de sus bribones la devoción de los civiles y de los mismos intelectuales. Una comedia de elección consagra constitucionalmente al jefe, quien inaugura su período fusilando en la puerta del Camposanto, a pleno sol, dos de sus contrarios. El Presidente vestido de dril blanco, desaliñado, va por las calles inspeccionando las incipientes obras públicas, dialoga de acera a acera predicando con la palabra y la iniciativa el progreso en ese campamento en reposo. Los odios partidarios provocan cismas en los hogares; las amistades se quiebran; de reja a reja se cruzan miradas, y, alguna vez, palabras agresivas; se querellan las mujeres en las tertulias, ruegan en los templos, se mortifican con *promesas*, desertan los bailes; los hombres en tanto, desaparecida aquella devoción ciega que caracterizó las banderías de la primera república, saltan de una a otra sin más norma que el interés del momento. Llegada la noche, manos salvajes dañan las obras públicas en construcción, y las cartas anónimas, echadas en los buzones van por las manos del cartero a zaherir al primer magistrado y al ciudadano. La prensa discute el nuevo pacto internacional convenido con la Unión. Cercena la soberanía, afirman los opositores, mientras al Gobierno se encarama en él, como en tabla de salvación, y flota. Luchas intestinas dividen a los copartícipes del poder; el telón baja sobre el alzamiento del propio Presidente, quien perseguido por tropas, acusado ante la Cámara, habiéndose fracturado una pierna, atraviesa la ciudad una tarde de enero hacia el exilio. Al nuevo caudillo adornan prestigios de héroe; es fuerte, sano de cuerpo y espíritu, y la general aspiración a la tranquilidad funda en su energía y sencillez la esperanza de días prósperos y tranquilos. El Homenaje continúa siendo medio pacificador, y la razón de Estado siega vidas.

Antonio se pregunta, inmutado, si la tragedia se repetirá indefiniblemente cambiando tan sólo la figura corporal del cacique. ¿A qué pues, luchar? Le enoja la Convención; sus sentimientos la repulsan. ¿A quién dirigirse, cómo ganarse la vida? Para los particulares, él es un político, bueno nada más que para vivir del presupuesto; para los gobiernos, un opositor inconforme siempre, al cual hay que vigilar y castigar, y

para los políticos, un intransigente petulante que les enfada con sus actitudes. Miguel Gómez le reprocha inacción e inhabilidad para abrirse camino hasta Palacio, no entiende la *hermenéutica* ni sabe menear el *majarete*, términos con los cuales se significa la destreza para desempeñar o urdir las intrigas y lograr un puesto gubernativo. Él siéntese encadenado al pasado, que le acogota señalándole a la ojeriza de las gentes. “¿Para qué puede servir este hombre? ¿Qué obra has realizado?” expresan las miradas de sus oyentes cuando, demoledor, critica los sucesos.

La prensa alza el tono, traduciendo el malestar del país que discute la Convención. El Gobierno la mantiene; sus contrarios la impugnan. Campaña de palabras desabridas, ayuna de razones reales, que encubren temores y apetitos.

Antonio, obligado a permanecer en casa, por un ataque de gripe, las puertas entornadas, recibe a los jóvenes que le traen los ecos de la polémica y le explanan con ardor sus inquietudes e interrogaciones. “El gobierno se impondrá, y el país naufraga. Es necesario luchar, sublevar la conciencia nacional. Su palabra falta, su verbo dará dirección, la autoridad de su vida es indiscutible. En los bancos del Parque nadie se explica su abstención”. La fiebre lo debilita y el cerebro le duele; les promete escribir más adelante; pero Miguel Gómez insiste:

—No, socio, el momento es de oro. Horacio está a caballo; hable, hable, un catarro no mata.

Entonces, con voz débil, entrecortada por la tos, dicta un artículo corto, vibrante como una arenga. Erguido el pecho en la mecedora, cada frase parécele un lanzazo asestado a la Convención. El auditorio aplaude con ahínco aquel estallido impetuoso de sentimientos, de cólera, de amargura. Su índice vengador señala a los réprobos, los acusa, los juzga, los sentencia y ejecuta; y termina con un rasgo soberbio, emplaza en nombre de la patria a los que comprometen sus libertades negociando la soberanía y evoca los manes de los héroes de Febrero. Magnífico, afirman; y mientras Miguel Gómez se escapa con las cuartillas hacia la imprenta, y los demás corren a pregonar la aparición de la catilinaria destinada a conmover a los diputados y hacer bambolear al Ejecutivo, Antonio solo, hundido en el mecedor, es presa de un tenaza que le aprieta el cráneo.

El Poder Ejecutivo que barrunta la conjura detrás de las palabras violentas de revuelta, echa sus esbirros a la calle y El Homenaje hospeda a los agitadores.

Un oficial, de uniforme de kaki, el revólver de ordenanza al cinto, se presenta a solicitar a Antonio, de parte del Gobernador. La mujer, experta ya, le conduce al aposento. El representante de la fuerza ve al temido luchador, al sagitario, en un catre de tijera, hecho un ovillo, contraída la faz por los agudos dolores que le trituran el cerebro.



## XX

En la tarde cálida de mayo, Arturo Aybar y Antonio Portocarrero, pasean por la ciudad en coche. Respira salud el uno, elegante el traje, la pupila viva, las manos cuidadas, contrasta con la palidez de convaleciente, las facciones demacradas y el terno gastado del otro.

El coche rueda, salta y cruje en baches y zanjas, envuelto entre velos de polvo.

Sentadas en los alféizares de la ventana o en mecedores en las aceras, las muchachas, vestidas de muselinas claras, una flor en la cabellera, leen novelas o *El Listín*, miran con sus ojos brillantes, circuidos de ojeras, los transeúntes que las saludan quitándose el sombrero familiarmente con la diestra, agregando un piropo cuando la intimidad lo permite. En algunas rejas, ella acodada y él afuera, las manos en los fierros, hilvanan el dialogo de amor. Otras parejas, en pie, en el umbral.

Circulan las criadas con la cesta del pan, acabado de salir del horno, las tablillas de chocolate, el queso y la mantequilla para la cena; engarzado en el brazo y a remolque, un niño que forcejea por correr a su antojo.

El cochero, negro, rechoncho, sin cuello, degolletada la camisa, suda, fuma un cigarro, y sin cesar excita al caballejo con las riendas y la lengua; de cuando en cuando le aplica un zurriago, y de luego en luego requiebra a las negritas que, zaha-

reñas, replican con un *¡vaya parejero!* El vehículo es pequeño, ligero, de tres asientos, dos al fondo y uno junto al auriga, que escucha cuanto conversan los pasajeros, quienes gozan además el privilegio de olerle la tagarnina y el sobaco.

En el Parque Colón y en las esquinas, los hombres departen agrupados; algunos con el diario en la mano gesticulan. El día anterior, el Congreso Nacional aprobó la Convención Domínico-Americana, y en la misma noche, después de la larga y emocionante sesión legislativa, el Presidente alístase para partir a caballo camino al Cibao. A simple vista, los rostros revelan la alegría del triunfo o la depresión de la derrota; pero todos se encalienturan y elevan el tono transportados por el ardor de las palabras.

—Creo un disparate, Arturo, que aceptes un ministerio de este gobierno; mejor está en tu Consulado de París, sin responsabilidades.

—No, socio, el error es suyo. En el Gabinete, según lo he prometido al Presidente, serviré al país con más utilidad, y tendré ocasión para adaptar lo que he aprendido en medios civilizados. Verás qué labor realizo.

—Peor te haces solidario de la Convención.

—¿Y por qué no? ¿Crees tú que es ella obra del Gobierno? No y no, es el fruto natural de los desaciertos de tres generaciones.

—No, es sencillamente un acto criminal para mantenerse en el poder.

—Extremista siempre, Antonio. La oposición misma, que tanto clamorea, la habría pactado gustosa. No te engañes, obedece ella a una realidad nacional que se impone a los gobernantes y los apresa, a ellos que se creen dueños absolutos. Recuerda: desde el año 44, todos los gobiernos que han logrado sostenerse, compelidos por los desórdenes internos que nos debilitan y por el peligro vecino, han buscado el equilibrio más allá del mar.

—Sí, esa es la fórmula con que se pretende excusar la anejiación a España.

—Pues bien, fórmula o no, en la sucesión de tales hechos, preciso es convenir que existe algo positivo, que no es la ambición y las pasiones de los caudillos, sólo que nosotros no nos damos el trabajo de analizar el medio para convencernos.

—No y no; la República debió ser como la querían los trinitarios.

—Sí, un sueño hermoso, que la realidad destruyó en crisálida.

—La Convención, óyelo bien, Arturo, es el caballo de Troya.

—No exageres. Convengo con que mortifica a nuestro patriotismo, pero no amenaza la independencia: el mal no está en ella sino en nosotros mismos. Por otra parte, nos pone en contacto con una gran nación, de cuyas instituciones y costumbres civiles tenemos que aprovecharnos.

—A esos blancos le *jié* mucho el negro, —interrumpe el cochero.

—Sí, ya nuestro pueblo baila *tow steps*, y pronto los muchachos jugarán a la pelota.

—¿Y qué? la danza, demasiado voluptuosa, enerva, en cambio el *tow steps* en un baile gimnástico, y el *base ball* da músculos y enseña a los jóvenes a pensar y ejecutar con ardimiento, y eso es lo que necesitamos, audacia y energía, no los espasmos de violencia que son nuestras revoluciones. Créeme, somos un pueblo falto de voluntad; queremos, sí, pero como los chicos que gritan, lloran y patean por un juguete que olvidan a los cinco minutos o lo despedazan para ver lo que tiene dentro y acaban por extasiarse amasando el lodo de la calle. El español, quiso y conquistó la América, proeza estupenda. Los indios quisqueyanos eran más de un millón y se dejaron extinguir en las minas por el jinete blanco, para ser reemplazado por el negro, a quien arrancaron de sus tierras nativas, transportaron y esclavizaron. Aun persisten en nosotros rastros de aquella voluntad heroica del dominador y los resultados del sometimiento doloroso de los otros. El yanqui lo quiere, y óyelo: partirá el istmo de Darién, señoreando los dos océanos, y nuestra isla está en las avenidas de ese gran camino.

—En resumen, tú concluyes que nuestro destino es ser absorbidos por el yanqui.

—No, yo no sentencio; por el contrario, aplico la lección de los hechos consumados: hay que ser fuertes, cultivar la voluntad, amar el pasado, mas no como a cosa muerta sino como a ser vivo, en incesante comunión con nosotros. Cada piedra de esas iglesias, que indios y negros regaron copiosamente con su sangre, es el eslabón de una cadena, en ellas se nutre raíces de

nuestro espíritu; por esos motivos debemos defenderlas de los hombres, del tiempo y del brazo destructor de la naturaleza.

—Palabras, bonitas palabras, socio.

—No, elocuentes páginas de historias. Mira: hay en la ciudad dos ajimeces; cuantas veces pasamos frente a las casas en ruina que ellos adornan y rejuvenecen, nos complace admirarlos. Pues bien, muchas he sentido la curiosidad de saber quién construyó la casa, y las ideas y sentimientos del colono que primero la vivió. ¿Quién era? ¿Lo sabes tú? Ese es un detalle; pero dime, ¿es qué estudiamos nuestra historia tú y yo y los demás de nuestra generación, y los gobernantes?... ¿Entonces? Por eso caemos hoy donde ayer nos rompimos la crisma. ¿Quién conoce la Primada? ¿Qué poeta dominicano ha extraído de estas piedras la intensa poesía que en ellas vibra? Por estas calles paseo Hernando Cortés, en yegua fina que compró en doscientos cincuenta castellanos... Palabras, dices tú, y, sin embargo, ella fue la cuna de la Conquista y amamantó la gente leonina que en la Costa Firme y en las islas se hizo gloriosa por medio de la espada y de las letras. En esta tierra, el español exterminó al indio, cuya rebeldía trasvirtió el estrecho con Hatuey. El colono combatió con los filibusteros ingleses, con los bucaneros; venció al francés, reconquistándose para darse al Rey, primer vagido de la nacionalidad, y exportó al Continente su cultura. Aquí, el negro dio a España un nuevo Cid en Suero, y a la república un prócer en Luperón, y Lilís mismo, aunque nuestras pasiones lo nieguen, es un tipo representativo. De la mezcla, nos vienen el ímpetu y la resignación repentinos, la violencia enfática, la suspicacia letal y la aspirabilidad; pero no lo olvides, hemos engendrado a Máximo Gómez, el último de los libertadores americanos.

—Bueno, ¿y las revoluciones, supones tú que han terminado para siempre?

—¿Aún no, pero las matarán, ferrocarriles, carreteras, y la riqueza.

—Ilusiones... las tenemos en la sangre: genio y figura...

—Pues la depuraremos. ¿Pero quieres admirar un espectáculo tónico?... ¡Cochero, al Palacio Viejo!

Desde la azotea de la que fue Capitanía General, ambos amigos abarcan la ciudad que áurea lluvia inunda. En las aguas,

marinas y fluvial, cintila, reverbera, en el polvo; nubecillas polícromas suben de los casco y las ruedas. Al Sur, el estilete de la punta Torrecilla corta las olas; y la línea verde de los uveros, forma abra al mar azul, remata frente a la Torre del Homenaje, revestida de un manto de brocado. En la margen oriental del Ozama, cocoteros y almendros, y cinco búcares abren los rubíes de sus flores; sobre el firme de la ladera, los restos de la primera ermita edificada en la tierra de América, festonada de liana, y las ruidosas chimeneas del Ingenio La Francia. Hacia el norte, trepan por la cuesta arcillosa, los bohíos de Pajarito, de virutas cobrizas los tejados pajizos. En la meseta, árboles proceros, soberbios *caimito* de hojas bicolores, *mameyes* erectos, de redondas copas, y galanas palmas solitarias. En la margen occidental, la Puerta de San Diego, y a su izquierda, el Alcázar de los Colón, los sillares gafados por los siglos y bronceador por la luz; tres ventana al mediodía, tres al poniente, tres al levante, desiguales, vacías; en los agujeros anidan palomas, que revuelan en torno, las plumas suavemente irisadas. La lámina de acero bruñido del Ozama se descoge entre las riberas, cubiertas de árboles; detrás del codo del río, al lejos, se columbra, cabujón zafirino en mitad de ondulosa raya de azul, el Sillón de la Viuda, cima eminente de la cordillera. Hacia el Oeste, se destacan de los follajes de Galindo, la iglesia de Santa Bárbara, y más cerca, entre las antorchas de los cocoteros, la espadaña de San Antón, y sobre la colina, los muros negros del convento de San Francisco coronados por un laurel. El sol, detrás de aquellas ruinas, incendia el cielo, y las paredes dentadas semejan enorme parrilla. Bajo las bóvedas abatidas reposa Don Bartolomé Colón, mientras que en el umbral, para ser hollado por cuantos pasaren, yace Alonso de Ojeda, el de voluntad demiúrgica. En un balcón, una doncella espera el amor que la hará fecunda. A través de los árboles, descuellan, entre los tejados planos de las casas y se admiran San Nicolás, con la higuera bravía arraigada en la cúpula como un penacho, y la torre cuadrada de la Merced. La Catedral se adivina: ella es la materialización de un sueño. Durante veinte y seis años, españoles, indios y negros la edificaron sillar a sillar, juntándolos con dolores y esperanzas. Cada cual, del artífice inspirado al oscuro picapedrero, dijo ella plegaria a su dios, y la miro con tristeza men-

guada por las tinieblas, la descubrió, crecido el gentil edificio, a la mañana siguiente; y la pequeña villa colonial, enclavada entre los dos mundos, debió de sentir el orgullo de haber realizado empresa perdurable, no obstante las torres ausentes, que habrían sido la meta de la potencia creadora; y así triunfa del hombre y del tiempo con su gracia ingente: el leopardo dejó una garra en sus naves, los terremotos la desquiciaron, la ignorancia la afrentó, pero caliente entre sus columnas los restos del grande y testarudo ligur. El rumor del mar se difunde confundiendo con los sonidos urbanos. Por la puerta de San Diego entran carretas cargadas, burros arrastrando trojes de cañas, hierbas, largas varas que huellan ruidosas, o rimeros de petacas de carbón. Los hombres que laboran en las oficinas de los muelles, suben sudorosos jadeantes, la cuesta empinada. Tufó cálido emerge de la tierra.

—¿No te invita a la acción, toda esa historia petrificada y la lujuria potente de la naturaleza? Atrévete, hombre, sacude el pesimismo, quiere algo con voluntad cierta, constante.

—Sí, es bello; pero ya soy un vencido, tú eres en cambio un triunfador. Hace unos días la gripe que aquí es una coriza molesto y nada más, estuvo a pique de matarme. Presión más fuerte de la tenaza que me comprimía el cerebro era suficiente, y el médico anuncia que una recaída será mortal; bata un poco de ese leve polvo dorado que vuela detrás de los coches... ¿A qué pues luchar? Y lo peor es que el médico afirma que mi carácter, mi altivez, mi intransigencia, no es virtud, sino consecuencia de terrible herencia. Ahora resulta que yo, no soy yo...

—Atrévete, quiere, haz.

—No, soy un vencido. Me conformo con la idea de que le harán justicia a mi cadáver. En mi infancia soñaba tener un entierro suntuoso; pues bien, como he sido maestro a palos, seré conducido en andas, cubierto de flores el ataúd de tercera clase; asistirán los niños de las escuelas, el pueblo, los mercachifles, los políticos, y mientras el sepulturero tapa la fosa, los jóvenes, erguidos en las tumbas vecinas, pronunciarán discursos en los cuales me calificarán de rebelde, ¡el gran rebelde! Pero, lo triste es que cuando todos vuelvan del Camposanto, a prisa en busca de la cena que espera en la Ciudad, mi hijo, mi sangre, traerá en las manos los paños blancos que sirven para cargar

los muertos, y con los brazos abiertos, vacilante, miserable, dibujará al caminar, a la luz de los focos eléctricos, siluetas extrañas, bufas, que harán reír; y créeme, esas risas me flagelarán hasta debajo de la tierra... Es horrible, ¿verdad?

Un sollozo se extinguió de los labios de Antonio; su cuerpo tremó se angustia. Arturo, conmovido, le apretó contra el corazón. La silenciosa tragedia se le revelaba de improviso. Carne tundida por estacas de yangüeces, golpeada por molinos, ¿es su ánimo la de un hombre o la de toda la gavilla de averiados adoradores de Dulcinea, cuya es la prole de débiles turbulentos, con mentes inferiores a su tiempo, que lapidan en las tardes las estatuas por sus propias manos modeladas en la mañana, mientras los generales ignorar triunfan y les uncen?

En el Acrópolis, al declinar el día, Arturo había experimentado una intensa emoción ante la imagen de Atenea, cincelada exquisitamente. Ceñido al casco, la diosa de formas virginales, la siniestra en la lanza y abierta la diestra en la cadera, los pies descalzos, fija la pupila beata en la tierra en donde perfuma una flor o crece una espiga. Minutos después, desde el Partenón contempló la ciudad blanca, de la cual ascendía concierto de fuerzas poderosas. Nuevos griegos dialogaban en el jardín de Platón; en el Pireo, las proas armadas hacia Levante. En aquel ápice del espíritu humano, el más perfecto, los sacros mármoles, libres de la costra de turcos y venecianos, profesaban con su milagrosa euritmia rota la más elocuente lección de moral y belleza. Exaltado, esclarecido por su luz inmortal, comprendió, amó la belleza pura, y libertándose de la materia, elevó la razón, inclinóse hacia la flor o la espiga que los ojos de la diosa miran deleitados, ansió sembrarlos en la patria lejana, y convirtiendo la vista más allá del golfo de Eleusis, hasta la Antilla ensangrentada, a la deriva hacia fatal destino, interrogó, ¿por qué no?

Por qué no, repite ahora. El vaho ardiente de la tierra enardece sus arterías, mientras sus ojos escrutan la villa y el campo vecino, de grávidas entrañas. El numen le posee, y por sobre la cabeza de lo que muere, abre los brazos en magnífica elación las piedras seculares.

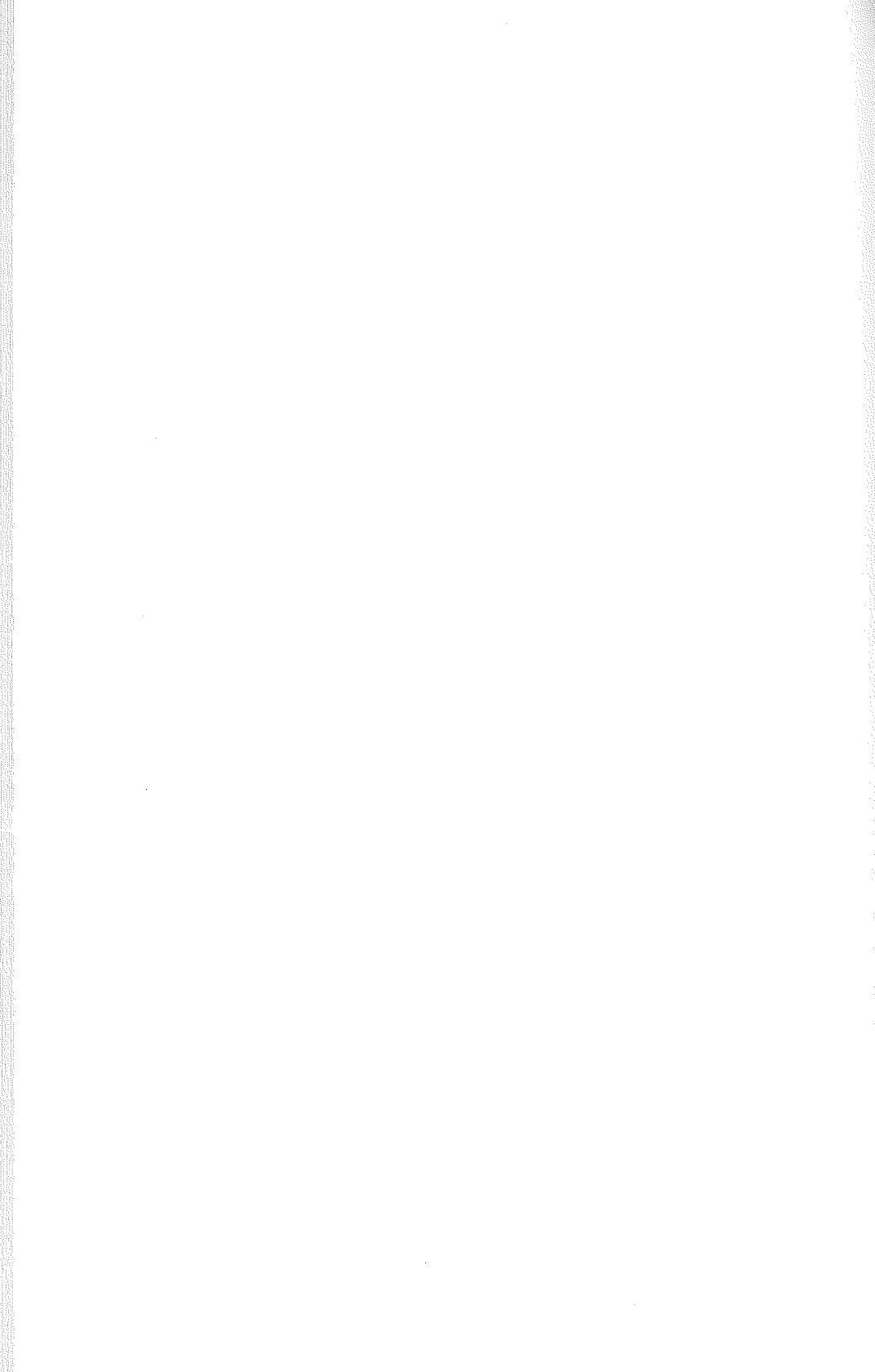
Por el oriente las sombras estarcidas ahuman el cielo. El cejo del río humedece el aire. La floresta aledaña avanza sus ten-

táculos constrictores. Las campanas de la Catedral tocan el Angelus; la voz de bronce lleva de puerta en puerta la divina promesa. En La Fuerza, la guardia de prevención presenta armas, y al son marcial del clarín, la bandera desciende del asta, lenta, zigzagueante, azul, blanca, roja... tal una ala rota.

Habana 1911. — Roma 1913.



**CIUDAD ROMÁNTICA**  
**ESCENAS DE SANTO DOMINGO DE GUZMÁN**  
**LA PRIMADA**



## I

La una.

Con voz agria el viejo reloj público proclama, y la campanada cae perpendicular en el espacio, tal en un pozo airón.

El Sol estival derrama sobre Santo Domingo de Guzmán torrente de fuego, que ondula en las bóvedas de la gótica Catedral, corre por los techos romanos de las casas, surtiendo en chorros por las gárgolas, en algunas, de piedra labrada en figura de canes con la lengua fuera —la tortura de la sed tiene cruel realidad, tan intensa es la sensación de calor—; y se precipita sobre las aceras irregulares, formando cascadas y pozas hirvientes, y transforma en esmeraldas las briznas de la hierba que medra entre los cantos, en granates los ladrillos, y en el polvo del arroyo extiende tapiz áureo.

Las llamas abrasan las ruinas de la Casa de los Colón, y contra el cielo deslumbrador, azul eléctrico, se yerguen, piras enormes, las torres cuadrangulares de las iglesias y la del Homenaje que atalaya el mar. Mil antorchas iluminan los cocoteros, en cuyos troncos rugosos se deslíe la luz. El follaje de los árboles resplandece con brillos metálicos, y sustentado por el muro más alto del caduco convento de San Francisco, soberbio, sin que la brisa rompa la gracia armoniosa de su copa, un laurel entona por las lenguas flamígeras de sus hojas, un himno al fuego.

Es la hora de la siesta. Las calles desiertas, si alguno las transita, es al abrigo del quitasol o a la sombra de aleros y balcones. De un portal, sale con rapidez de proyectil una gallina, el pico abierto, las alas caídas, y detrás, erguida la cresta sangrienta, un gallo. La alcanza, muerde las plumas suaves del moño, la cubre con las alas, abate la cola airosa, y el espasmo de la cópula estremece su rutilante clámide de gemas. Es la hora del bochorno; los animales se guarecen bajo las frondas; los hombres, en las habitaciones amplias, enjabelgadas de cal, que abren anchas puertas a los patios, dormitan balanceándose en las hamacas, ligeramente vestidos. Brillan encendidos los ojos de las vírgenes, y palpitan ansiosos los senos de las hembras que desfallecieron ya entre brazos varoniles. Respiración de bestia jadeante sacude la ciudad; las piedras vibran cual las de un horno. El aire enrarecido, inmóvil, gravita sobre seres y cosas. De luego en luego, ráfagas de brisa marina refrescan el ambiente inflamado, levantando el polvo, que vela las calles con fino cendal de oro. De la tierra emergen vapores que excitan las lujurias, debilitan los músculos y maceran en los cerebros las ideas, enervando las fuerzas de los gérmenes. Es la hora enemiga de la Civilización.

En la Plaza Mayor, donde algunos rosales mustios claman inútilmente por una gota de agua, una mano de chiquillos, sin temor a los agentes de policía que cabecean bajo los arcos de la casa municipal, trisca, corretea en torno de la estatua de bronce de Colón; jinetean en las cadenas que la circuyen y se echan con placer de salamandras en el césped que crece entre el zócalo y el pedestal de granito, para mirar los pezones erectos de la india desnuda que a las plantas del Descubridor, por la voluntad del estatuario, rinde el homenaje de su raza exterminada.

En el café "La Diana", vecino al parque, entran y salen los que creen apagar la sed de las bocas ávidas con bebidas refrescantes o alcohólicas. Pasa una perra, disparada, calle abajo, seguida de una trahilla, las carnes desgarradas por los dientes rivales. Helios impera. Al paso del burro —que marcha la cabeza baja, las orejas gachas y sudosas, bajo dos barriles con tapas de latón—, a horcajadas, va un hombre, las piernas péndulas por delante del animal, los pies calzados de chanclos que oscilan y se mantienen en la punta de los dedos por un prodi-

gio de equilibrio. En cada puerta se detiene, golpea en el latón y grita: "¡el pan, el pan!" La puerta se abre, y sucia, el pelo en greñas, sale una negra con un cesto en el cual cuenta dos a dos los molletes, tiernos, dorados, calientes aún, o bien, por entre las rejas de la ventana, surge pálido brazo de marfil, sosteniendo canasta de mimbres. El asno y su jinete siguen, bajo el flagelo implacable del sol, por la calle del Conde, que entre doble ringla de casonas uniformes, amarillas, rojas y azules, desde el río hasta el baluarte cuna de la independencia, desenrosca sus fúlgidos anillos.

La habitación es a la vez comedor y sala. Dos puertas de alto dintel comunican con el balcón suspendido sobre el río Ozama. A la vera de la mesa cubierta de migajas, cortezas de frutas y platos usados, dos hombres toman el café, que perfuma haciendo palpar las narices voluptuosas. En botella mediada ya, cintilan los topacios del añejo ron de Jamaica. Las moscas zumban atraídas por el aroma del azúcar mascabado contenido en jarro de hoja de lata. Se advierte pobreza limpia y a la par desorden. En mesita de caoba, de estilo colonial, se entreveían cuartillas escritas y en blanco, plumas, lápices, periódicos, un potecito de tinta y un frasco, sobre el cual ha lagrimeado la vela que a guisa de candelabro soporta. En una silla comadorean libros y un corpiño de mujer. Los dos hombres, favorecidos por la frescura del agua vecina, prolongan la sobremesa.

En el uno, adolescente, se nota la curiosidad de quien escucha con admiración y afecto. Es el otro fuerte, de pecho atlético, del cual arranca con viril empuje el cuello blanco, pedestal de mármol de una cabeza enérgica, cuyo toisón de oro han empolvado los años; ojos vivos y claros; en nariz y pómulos, las rojas llamas alcohólicas; el mentón temerario y el sedoso bigote, borgoñón. Con ademán amplio, denunciador de palabra pomposa y fácil, habla:

—Ese viaje que has hecho no tiene el interés que tu imaginación de primerizo descubre. He recorrido ese camino, también con el General; tiene penalidades, no encantos, pues, a la verdad, no es campo propicio a proezas ni siquiera a vulgares aventuras: lodo, lomas empinadas, y ríos que cuando crecen, es imprudente vadear; pero solitario, miserable, a pesar de la fecundidad de la tierra, y monótono, sin

que realmente sea tan difícil para caballos de raza o mula de firmes cascos y ojos soñadores. Yo he transitado peores caminos, el de Cumaná a Maturín, en Venezuela, por ejemplo. ¡Qué palo de ruta...!

Y después de deleitarse con el último sorbo de café, continúa:

—Cumaná, tiene en la tierra, en el cielo y en el mar que la arrulla, mucho de helénico; y es griega por el sol que cuaja mieles, en las uvas, en las piñas, en la púrpura de las granadas y de las bocas femeninas, ¡legítima miel hiblea! Partimos al atardecer. Y aunque Secretario del Presidente del Estado, militar cordial y valeroso, excelente persona, me despedí mal mi grado de la simpática villa que han castigado los terremotos y cantado los poetas con igual exageración. Iba regularmente montado, pero bien provisto contra el agua y para el sueño; pues un amigo poeta, habíame conseguido, a título de préstamo, la *cobija* famosa de un prócer del partido godo, general cuando la guerra de la Federación. Hay que haber sufrido las inclemencias del tiempo y las durezas del suelo, para apreciar lo que vale una cobija, hecha de dos paños dobles, uno azul, y grana el otro, con una abertura al centro, por la que entra la cabeza, cuando sirve contra los aguaceros torrenciales. En las horas de fatiga es lecho mullido, y en las noches frías conforta. El favor fue, pues, señaladísimo, y como la prenda era de las buenas y, además del valor de su procedencia, tenía una permanente para mí, no la devolví jamás al caudillo cumanes. Pero nada era bastante a mitigar la pena que me causaba el recuerdo de dos ojos negros y una boca, flor de fuego, que horas antes habíanme hecho promesas tentadoras, y, más aún, cuando tenía por delante serranías y sabanas, y mucho papel que entintar para engañar a los marrulleros políticos rurales. De noche y al amparo de unos bohíos, hicimos alto, cenamos sobriamente y a dormir. Un perro que ladra, porque alguien se ha levantado a robar el maíz del caballo ajeno para aumentar el del suyo, y es sorprendido por el perjudicado que anda en lo mismo; disputas y risas, más ladridos, y toda la comitiva que despierta, y ya con el pie en el estribo, se nota que son las dos de la mañana. Pues, aprovechemos la fresca —opina el jefe—, y rompemos marcha por las tinieblas del camino. ¡Hazaña de ciegos! Cuando

el sol salió, mi caballo vacilaba forcejeando al borde de un abismo, barranca profunda, por donde nos habríamos despeñado. ¿Qué tal?

Otra pausa: la diestra alcanza la botella de ron, sirve dos dedos en un vaso, lo husmea con delicia y lo cata apretando la lengua contra el paladar.

El sol coronó de rayos la más altiva cumbre de la sierra. Un espectáculo grandioso se ofrecía a nuestra vista. Al frente, gigantesca escalera; cada peldaño una montaña, por la que bajaría el sol. Al Norte, la extensión azul del mar, que acordaba su rumor lejano al concierto de las melodías matinales; al Sur, el plano horizontal de los llanos, océano verde, sereno, que recorre, ardido por el Sol, leguas y leguas hasta calmar la sed en el raudal del Orinoco, y donde el hombre recio y mañero explota la fuerza del toro y lucha contra estos dos enemigos: la garra del tigre y el veneno de las culebras. Ante ese paisaje majestuoso, el espíritu, encantado y sobrecogido, habría caído de hinojos, si el temor a desriscarme no hubiera superado a la admiración, porque ese camino es malo de veras. Crestas empinadas, propias de cabras, por las que suben jadeando las pobres cabalgaduras o bajan despeñadas, casi rodando, pues las piedras tocadas por los cascos vuelan ladera abajo. La vida del viajero es fiada al instinto de las bestias, y gracias a éstas no se dejan brazos, piernas o la misma cabeza en el fondo de los barrancos. Pero, entonces, joven y fuerte, poco me importaban peligros y sufrimientos físicos. Mis compañeros, aprovechando mi aspecto de seminarista, por el rostro afeitado, adelantándose anunciaban a los moradores del camino o de los caseríos por donde cruzábamos, que en la comitiva venía un cura, y así, eran primicias mías la taza de café más puro y aromático y la *totuma* de leche recién ordeñada, o el asado succulento, regalo del cual participaban el Jefe de Policía y el edecán del Presidente, autores del fructuoso infundio. Mas todo tiene término, hasta las ingentes cordilleras venezolanas, y cuando el caballo, transpuesta la última loma, respirando con fuerza, saludó con un relincho vibrante al llano, propicio a la agilidad de sus remos y a las necesidades de su estómago, también yo compartí su júbilo.

Otra pausa. La mirada del narrador se convierte hacia la margen oriental del Ozama, donde la chimenea de un ingenio azucarero, impone su línea oscura y rígida en el claro espacio que rodea las lanzas y penachos de los cañaverales. Nueva libación de ron de Jamaica, y prosigue:

En el último pliegue de la sierra, en la casa de un hermano del famoso general Cabrera, se nos obsequió con una ternera asada, rociada con falso burdeos, que en tal paraje, me supo a divino. ¡Hay que comer carne llanera, amigo, para saber de cosa rica! ¡Guá! Cuando caí, como un tronco, sobre mi cobija, el Presidente me recomendó: —“Silva, usted debe precederme, a fin de que cuando yo llegue, esté impresa la alocución que dirijo al pueblo”—. Dormí como un bendito. A las tres de la madrugada, me despertaron el jefe de Policía y el edecán, quienes deseaban explotar hasta el fin su invento. Durante la mañanita mi rocinante se condujo bien; pero cuando el sol comenzó a picar, sentía cómo entre mis piernas mermaban, cada vez más, sus bríos. Un compañero me dijo: —“ese animal no comió anoche”—. Y a la verdad, ocupado en satisfacer mi apetito, me olvidé de él. Pronto me dio alcance el Presidente: “Silva, su caballo va cansado, no lo apure mucho, que más adelante le remontaremos”. Y fui rezagándome, en la unión de un jovencito escribiente de la Secretaría, a quien sucedía igual percance, hasta ser los últimos. Teníamos por delante unas diez leguas de sabana. En cada bohío, de los que alzan entre el pajón su pobreza, requerí una montura a alquilar; en todos la misma respuesta; había una, pero el dueño, se había incorporado al séquito del Presidente... ¡Malditos noveleros, *pasadores* de rabo! Aquello era para desesperar. Y no quedaba ni siquiera un burro, un asno filósofo. En uno de los bohíos, me recibió un hombrécito enteco, cetrino, presa del paludismo; acudí al infundio, le dije que era cura y que debía cantar el *Te Déum* en la recepción del Presidente. No hay más que eso, —me respondió, señalándome una yegüita que pacía realenga—. Pues tráigamela, ordené imperioso. Sin moverse, me clavó sus ojos fritos por la fiebre. Le amenacé con hacerle reclutar para soldado. ¡Nada...! ¡Para lo que restaba de goces a su carne, tanto monta que alimentara a 103 zamuros o fuera blanco de fusiles! Y seguí mi peregrinación, que el sol del llano cada hora hacía más angus-



tiosa. Un peón, que venía en dirección opuesta, me aconsejó: "Amigo, métase en alguna parte, porque Dios lo libre del Sol de las doce". Nos guarecimos, a poco andar, en un rancho abandonado, al que lluvias y vientos sólo en una esquina habían dejado un resto de techumbre. Liberté el caballo del freno, atándolo largo para que se repusiera con la yerba de la sabana, y tendí la cobija sobre un rimero de secas pencas de coco. El escribiente hizo otro tanto, previniéndole yo: "amarra tu caballo más lejos, porque cuando le dé el sol, se meterá en el rancho buscando sombra y me puede pisar". Y me dormí. El golpe de los cascos próximos a mi cabeza me despertó; había sucedido lo previsto. "Pérez, cambia ese animal", grité airado a mi compañero. El escribiente despertó sorprendido. Y entonces ocurrió una escena inolvidable. Pérez, chiquito y delgado, presa de un pánico indescriptible, enloquecido, mirándose la mano izquierda en la cual había una gota de sangre, avanzó hacia mí gritando: "Me ha picado una culebra". Yo tenía en la diestra el chaparro de arrear, y atemorizado a mi vez, cuando se acerca, para que el terrible bicho no me atacara, le azoto a Pérez una, dos, tres veces el rostro. Si tengo un revólver o un cuchillo en ese instante le mato. Pérez cae al suelo, y se levanta sucesivamente. Al fin, el pobre muchacho logró apretar con la derecha el puño de la camisa contra la piel. Y yo, repuesto ya de la primera impresión, le palpo el brazo: "no hay ningún bicho". En efecto, no lo había; la gota de sangre procedía del aguijón de un mosquito; también yo tenía algunas. Pérez, que se durmió pensando que entre las pencas secas que me servían de colchón podía haber culebras, soñó que yo había sido picado, y al despertar, el brazo, congestionado por la presión de la cabeza durante un largo rato, la gota de sangre, y el miedo, compusieron la escena, en la cual contempló la más intensa expresión de terror en rostro humano, realmente meduseado; y en cuanto a mí, que me creía generoso y bravo nativo, sufrí el dominio imperioso del instinto de conservación, que es la última excusa de nuestra vanidad para justificar la cobardía.

En la habitación, zumba irritante una mosca que, al fin, se posa en la nariz de Silva. Un manotazo airado la espanta. La mirada de los ojos claros se adentra, removiendo recuerdos,

mientras la siniestra juega distraída con el vaso, tallando caprichosamente en una gota de ron un topacio.

—¿Y después? —interroga el joven rompiendo el silencio.

—¡Guá! Luego, a eso de las tres de la tarde, me alcanzó un propio, portador para mí de una fina yegua, una de las potrancas de Mahoma, y caballero en ella entré en Maturín, cuando ya había sido recibido el Presidente, aunque sin alocución. Y a la verdad, no me arrepentiré nunca de ese viaje; tan buenas memorias tengo de Maturín. Era allí el poeta, elogiado por los periódicos de Caracas, el bohemio de leyenda. Cuando paseaba por las calles, sentíame seguido por tenaces pupilas curiosas. Creo que en ninguna otra parte he sido tan querido; habiendo gustado la amistad sincera en hombres y mujeres. ¡Ah, Maturín! son inolvidables tus noches cálidas, las batallas de amor con una india en fresco chinchorro, que producíanme desolladuras en las rodillas; y las giras campestres los domingos: terneras tiernas asadas en fogatas de leña verde y fragante, carne deliciosa, y el agua fresca, clara, abrevada en el mismo chortal, que brota al pie de los morichales, entre el coro de risas de muchachas que saben amar... Maturín, es el floripondio que marca la linde de la pampa y la montaña. Lástima que para llegar hasta la asoleada villa haya que trepar la sierra o navegar dos días por el río Guarapiche, devorado el cuerpo por toda suerte de moscas y mosquitos, que en la noche os cubren literalmente las partes desnudas, y obligan a silencio estoico para librar de picaduras la lengua; y amenazado por los ofidios en racimos pendientes en las ramas de los árboles ribereños que se tienden asombrando la corriente. La sierra y el río son los dragones que guardan avaros esa encantada princesa de los llanos.

Y Silva se yergue de un solo impulso, aspira con fuerza, el pecho se le hincha, inclina la cabeza byroniana hacia atrás, y con ademán de gallo que dardea su canto, dice:

—¡Palo de calor! ¡Cómo es posible trabajar ni menos pensar en este horno! Carmen, dame el sombrero y el bastón.

De la pieza vecina, envuelto el cuerpo magro en ancha bata de prusiana, a flores violetas, fresca y pulcra, sale una mulata; en las manos, el sombrero de *yarey* alón, ceñida la copa por negra cinta, y el bastón, caña india rematada por puño de cuerno

tallado en cabeza de perro, que sirve de vaina a estoque toledano. Y entregándoselos:

—No te descuides, acuérdate de lo que ese hombre dice.

Silva sonrío:

—No te preocupes, muchacha, que él no es varón para mí y nunca se atreverá a ponérseme enfrente.

Los dos amigos ganan la galería, que se abre en arcos sobre el patio, suerte de calle, por donde trajinan los numerosos inquilinos de la casa. Por las puertas abiertas —bocas carriadas—, circula aire que oprime las gargantas, obligando a escupir con asco, aliento cálido en que se mezclan las emanaciones de los rincones húmedos, olores de comidas fermentadas, y de secreciones infantiles. Y del patio, espacioso cuadrilátero, suben gritos de chiquillos barrigones, anémicos, de sucios ombligos prominentes, gruñidos de cerdos, y cacareos de gallinas, que promiscuamente se solazan en el mismo lodo infecto. Los dos amigos se encaminan con rapidez a la escalera de piedra, que fina en el zaguán, cuya puerta señorial guardan dos cañones enterrados con las bocas hacia arriba, testimonio, acaso, de que antaño albergó al poder colonial, y hogaño, una escala completa de la especie humana, que se inicia en la negra vieja vendedora callejera de frituras y de piñonates de coco, continúa por algún bravo general aplantillado con veinte pesos mensuales y culmina en el poeta bohemio Eugenio Silva.

Ya en la acera, al despedirse, Silva, apoyando con cariño la diestra en el hombro de su compañero:

—Amigo, la verdad es la siguiente: cada vez que el hombre mueve el pie, da un paso hacia la tumba.

Y en seguida, con su tono jovial y cantante:

—Hoy es sábado, y además tendremos esta noche luna espléndida; le iremos, pues, a cantar a las muchachas de San Miguel. No dejes de encordar bien la guitarra, que quiero estrenar la última canción que he compuesto para Ella.

Y el poeta, girando sobre el tacón izquierdo, recorre la media cuadra de la calle de las Damas hasta la del Conde, tomando por la acera occidental, con rumbo al café "La Diana".

Improvisamente, en el silencio, suena un tiro de fusil; el plomo desgarrando silbando el aire. Eugenio Silva sacude el cuerpo arrogante y recostándose en la pared, tira del revólver y hace fue-

go una sola vez. De la alta ventana frontera, en la cual flota tenue el humo del primer disparo, salta un canto de ladrillo. El poeta se desploma... Del pecho robusto, con ímpetu de surtidor, mana la sangre a borbotones, extiende su púrpura en las baldosas y forma luego en el arroyo un coágulo que el sol cristaliza en rubí.

## II

El estampido recorre la amodorrada calle del Conde galvanizándola, y por las adyacentes se transmite a toda la Ciudad. Presurosas, las gentes asoman a las puertas: tenderos y dependientes, en mangas de camisa, sudadas las sobaqueras; criadas, escoba o fuente grasienta en mano; y por entre los fierros de las ventanas o de los balcones, se esfuerzan por abarcar la calle en toda su extensión, angustiados ojos de madres, esposas, hermanas, novias. En sus rostros, hay algo más que curiosidad, y todas formulan interrogación muda: ¿será él...? Algunas, desbordadas, lo hacen en alta voz: ¿dónde estará? Y es que cuando el hijo, el esposo o el hermano transpusieron el umbral, ellas han quedado en el hogar inquietas, temerosas de que la cruz entre en la casa. Ellas conocen sus hombres, les oyen hablar continuamente de demoler a sus enemigos, de arreglarlo todo a tiros, y aunque al fin comprendan que las pasiones se debilitan con el mucho hablar, saben que siendo el espíritu levantisco, mal educado el carácter, estimado el valor como mérito social y político y el revólver de precisión *Smith and Wesson* legítimo, un complemento necesario a los pantalones, suelen ocurrir por palabras ligeras o un quítame allá esas pajas, las tragedias de sangre.

En el edificio de la Gobernación de la Provincia, situado en la esquina de las calles Damas y Conde, una voz ha ordenado:

*firmes*. Y hasta diez hombres armados de carabinas se desplegaron en guerrilla. Del café "La Diana", corren parroquianos cantineros; los chiquillos que retozan al pie de la estatua se detienen sorprendidos, aunque, repuestos en seguida, acuden también, y lentamente, arrastrando las piernas, dos viejos, uniformados de agentes de policía municipal, caminan a cumplir su ministerio. El muerto, en un charco de sangre, rodeado de curiosos, espera a la autoridad judicial. Los amigos de Silva, que han llegado, se consultan con la vista: ¿habrá que esperarla? Fiero, sereno, el fusil en la diestra, un hombre alto, flaco, pálido, de cerrada barba negra, se destaca en la puerta de la casa desde cuya ventana se hizo el disparo. Su mirada lanza un reto en torno suyo, y paso a paso, se encamina a la Gobernación, donde se entrega, declarando que él es el matador de Eugenio Silva.

Momentos después, impacientes, los amigos levantan el cadáver, dos por las piernas, dos por las axilas, y seguidos de un grupo lo conducen a su morada. La herida devana un hilo que enrojece el polvo.

Como chispa eléctrica la noticia se difunde por el ámbito de la Ciudad. A las puertas de "La Diana" se aglomera la gente; las caras cambian sin que el número disminuya. Los recién llegados inquieran informes de quienes ya están. Todos conocen el hecho en sus menores detalles; pero cada uno tiene una versión distinta, la verdadera, y afirma que "con estos ojos que se ha de comer la tierra", vio lo que minutos antes le fue referido. Alguien dice haber visto al matador, media hora antes del hecho, en espera; otro le advirtió en el instante mismo de disparar; y otro, oyó a Silva, cuando caía, exclamar: —¡Cobarde!— Y así, en pie, a gritos, con accionar desmesurado, relatan y comentan el suceso, acalorándose, subrayando las afirmaciones con esas palabras expresivas que los *de levita* prestan a los del hampa para condimentar sus disputas y querellas, dándoles picor y color subidos.

—¿Qué le parece?

—Me lo esperaba.

—A la verdad, que ha sido muy imprudente.

—Era mucho hombre.

—Sí; pero Miguel Perdomo no lo es menos, y muy probado.

—¿Y por qué no lo retó o le salió frente a frente?

—Amigo, eso se dice muy fácilmente; hay que recibir la ofensa para juzgar.

—Bueno; pero ¿existen o no faldas?

—De cierto, yo no sé nada; pero cuando el río suena. . .

—Este asunto no terminará así como así.

—Cómo, pues, ¿y la justicia?

—¡Qué justicia, ni qué niño muerto! Pues no faltaba más sino que un dominicano, hombre de prestigio y una de las columnas del Gobierno, sea condenado porque mata a un extranjero que le deshonra.

—Ante el juez no hay dominicanos ni extranjeros, y el código ordena claramente cómo se castiga al que se hace justicia por su propia mano. Y además, Silva no es un cualquiera, sino íntimo del Presidente, y de los de mayor confianza, casi casi su Secretario privado.

—Pero jactancioso, aparentador y extranjero que se mezcla en la política del país; y no contento con el pan ajeno que come, insulta con décimas y, en periódicos a dominicanos honorables.

—Pues no son pocos, por ejemplo, los dominicanos que han vivido en Venezuela, tomando parte en sus luchas políticas, desempeñando puestos públicos, y que allí han sido distinguidos y honrados. Un americano, no es ni debe ser un extranjero en nuestro país.

—Y a usted como que le duele.

—¡Ya lo creo! Era mi amigo y valía más, mucho más que su asesino... Porque esto ha sido un asesinato con premeditación, asechanza y alevosía.

—No, eso no se lo consiento a usted.

—Pues si no le gusta, no se aguante, ca...

—Pá su boca, atrevido.

El grupo se arremolina violentamente; por encima de las cabezas un brazo arbola un *cocomacaco*, una mano empuña el *Smith and Wetson*. Entre ambos los demás intervienen separándose.

—Calma, calma, señores. La cosa no es para tanto. Eso ya lo arreglará el General.

—¡El General! Según su política sin entrañas, se quedará con el vivo, y el muerto al hoyo.

Un mocito petimetre que se aleja golpeando con el junquillo el pantalón, dice a su compañero:

—Hay una ella; ya tenemos de qué hablar unos días; aquí que nunca sucede nada... Cuando yo estaba en Nueva York...

La atmósfera, a medida que los comentarios se encalienturan, se ha refrescado. Se respira aire húmedo. Hacia el Este, como si surgiera de la cuenca del río, una nube gris mancha el azul del cielo.

Un viejecito, que se ha detenido a recoger noticias a la sombra de un álamo del parque, observa el tiempo. “Nublado de Parito, agua segura y será mucha, y buena falta que hace, pues ya los aljibes están secos”. Y se marcha con paso presuroso.

Sin previo aviso, grandes gotas, como pedriscos, golpean el pavimento levantando polvo. Los que están en el parque y las esquinas se desbandan, guareciéndose en las arcadas de los palacios del Ejecutivo y del Ayuntamiento, en el café, y en la Librería, donde 100 comentarios y las disputas continuarán, envenenados por las pasiones políticas, que fermentan en los constantes mentideros del Parque Colón y sus aledaños, donde se concentra la vida de Santo Domingo de Guzmán y acaso se resume la de la República. Las gotas son ahora más pequeñas, pero innúmeras, y pronto las nubes encapotan el espacio desde el río hasta el mar, ocultando el Sol. Una catarata baña la villa. De los caños brotan gruesos chorros que horadan la tierra y hasta las piedras de las aceras. Las calles son riachuelos crecidos; en algunas, el volumen es tal, que inunda las casas. De las colinas de San Miguel, San Lázaro y San Antón, baja torrente impetuoso. Las criadas, sorprendidas mientras hacían compras, circulan, las cabezas cubiertas con una suerte de capotillo hecho de un saco de arroz, descosido por uno de sus lados, y los chiquillos, en cueros, reciben gozosos la ducha y se zambullen en el arroyo colmo. Al abrigo de las casas, los vecinos se distraen mirando las cosas que la corriente conduce al río, y al mar: cajones y petacas de basura, arrojados adrede para economizar el precio del acarreo, y que reseñan la historia diaria de cada casa; sombreros que el viento arrebató, barquitos de papel contruidos y echados por los muchachos; restos de objetos que guardan el secreto de lágrimas, risas y canciones.



Detrás de la celosía, desde la ventana que la bala del poeta desportilló, una mujer con ojos dolorosos ha contemplado cómo el rútilo rubí se cambia en sombrío cabujón, que las gotas de agua deshacen hilo a hilo, y luego, partido, es sepultado por la fuerza del aguacero entre los detritus de la ciudad. Y cuando la lluvia cesa, barridas y frescas las calles, barnizado en las piedras el oro que extendió el pincel solar, la mancha roja ha desaparecido de las baldosas, pero ella siente, como al compás de las gotas que escurren los aleros, que la sangre del poeta se filtra ardiente en su alma.



### III

En la misma habitación que al mediodía llenaba la voz cadenciosa de Eugenio Silva, hay reunidas una treintena de personas velando su cadáver. Las diez de la noche. Adosadas las sillas contra las paredes, algunas recostadas de modo que los pies quedasen suspendidos, los amigos conversan en voz baja. En los ángulos se agrupan cuatro o cinco; en la galería adyacente las faldas y los pantalones alternan en la penumbra propicia. En el vecino aposento, en catre, de tijera, entre cuatro cirios, amortajado, está el poeta. Cuando entra un íntimo, le descubren el rostro para que le vea por última vez: la simpática fisonomía atractiva conserva aún los rasgos de viril belleza. En la atmósfera se repelen el ácido fénico, el aroma del café, cuyas borras se escuchan hervir, y los fuertes vapores de pira y lavaza que suben del patio. Un solo tópico ocupa las lenguas, y se dice y repite, con insoportable vacuidad: "que estaba previsto", "que le habían avisado a él", y mil detalles enlazados con el suceso, hasta concluir filosóficamente: "¡quién lo hubiera dicho!; un hombre joven, fuerte, de talento, con tanto porvenir, morir con zapatos! ¡La vida es nada!" Cuando una amiga de Carmen llega en puntillas, crujiendo la bata de prusiana o la saya blanca muy almidonadas, la doliente se levanta, estrechándola en un abrazo, y su voz temblorosa de lágrimas, plañe:

—¡Ay! hija; un hombre tan bueno, y tan guapo, morir matao, en medio de la calle. Yo se lo decía: Silva, ten cuidao con ese hombre, que es asesino. Pero él, tan noble, no me creía... Ya la pagaré... ¡Dios que me lo quita sabe lo que hace!

Y en tono más bajo, la voz cortada por los sollozos, narra incidentes de la vida diaria en común; de ese mismo día, el plato favorito, la camisa postrera que le planchara, mezclados a vagos presentimientos, a los cuales da realidad el hecho ineluctable, que las amigas comentan a coro.

En los rincones y en la galería, se relatan cuentos chistosos y picantes, y como hablan y ríen todos a la par, se forma un rumor de enjambre enardecido y en veces la risa provocada por un chiste y mal contenida, estalla cual un cohete produciendo estupor.

En el balcón, sustituto del antiguo jardín aéreo o terraza, Enrique Alfau, Fabio Franco y Arturo Aybar, tres íntimos de Silva, callados, contemplan el paisaje nocturno: el cielo claro florecido de estrellas, se dijera un artesonado: el plenilunio niela las cosas terrenas. El río descoge su túnica de raso orión, que el mar remata con níveas randas en la barra. En el silencio, sólo se escucha la voz del agua pluvial que chapalettea en las estacadas del muelle y la de la lidia de las dos corrientes que desfallecen en la playa de arena. De rato en rato, una vela, henchida por el terral pasa gallarda rumbo al "Placer de los Estudios", balandra costanera o bote pescador, que da al viento las palabras de una orden que el patrón comunica presuroso o las notas de una canción. Por los guayabos y cañaverales de la costa vuelan iluminando los cocuyos. Hierática, mordida por el tiempo, envuelta la testa secular en capuz de sombra, una Ermita en ruinas álzase en la ribera oriental del Ozama y que la leyenda afirma ser la primera oración de piedra que la fe española edificó en América. Los férreos músculos de la Casa de Calderas reposan, sólo la tierra labra sin tregua, brindando, al pájaro el oro de la pomarroja y al hombre la miel de la caña. ¡Madre augusta, jamás rendida ni exhausta, siempre pródiga, nutre a la triste planta humana que en ella arraiga y que tal parece, por sus desventuras, perseguida de un dios enemigo!

Antes de la media noche, dos muchachos, portadores de sendas bandejas, ofrecen tazas de café, acabado de colar, molletes

de pan recién heñido y tajadas de queso de roja cáscara. Y cuando el yantar termina, tabacos y cigarrillos. El humo anubla la habitación.

Las filas a lo largo de las paredes se clarean, aumentándose el número de los asociados en los ángulos y en la galería. Algunos se corren al balcón, cubriéndose las cabezas con los pañuelos, que un nudo en cada punta convierte en gorro, para librar-se del sereno. La doliente se ha rendido al sueño; y las acompañantas, las cabezas reclinadas en los brazos apoyados en los espaldares de los mecedores o con las piernas extendidas sobre una silla, roncan tranquilamente; otras han venido a la sala a terciar en los cuentos y chismes. El poeta está solo, iluminado por los cuatro cirios parpadeantes.

El viejo reloj público, cuya cadena encontró sobrada la competencia aldeana mutilándole, siendo su diaria jornada afirmación adversa al isocronismo del péndulo, desgarrar a puñaladas el silencio nocturno, con doce lentas campanadas.

—Las doce, marchémonos —propone Arturo Aybar—. Este ambiente me repugna. De nuestro amigo no resta aquí, más que el cuerpo que se pudre a pesar del Licor de Labarraque, y unas cuantas poesías manuscritas revueltas con piezas de ropa íntima.

Y en puntillas, evitando los grupos, los tres se dirigen a la calle. En el portal se detienen a encender un cigarrillo. La noche les echa a la cara su aliento tibio.

—¿Qué será de Carmen? —pregunta Franco.

—¡Quién sabe! —replica Aybar—. Estas mujeres de nuestro pueblo son buenas, dignas, laboriosas, amantes. Abundan entre ellas los moldes de abnegación, siendo hembras en el lecho, hermanas en la vida y criadas en las realidades de cada día. Y con qué esmero preparan la comida, para la cual reciben poco dinero; y cuánta camisa va por calles y salones, que les debe brillo y albura a sus puños... Generalmente se las corresponde mal y se las juzga peor, y sin embargo, acaso a la acción de ellas en las barraganías se deba que, sufriendo menos de miseria nuestros hombres holgazanes, mantengan los espíritus libres de envidia, y así las luchas políticas no se compliquen con odios de clases y se conserve en ellos la bondad resignada que les hace aptos para vida mejor y más elevada. Para un bohemio como Silva, tal manceba es una perla; mas para quien aliente ambi-

ciones o busque posición social, es el enemigo... Me he ido lejos, señores. Carmen queda sin un peso, y ahora tendrá que escoger entre otro lecho o la batea, o eticarse encorbada sobre la tabla de aplachar; y quizá, dentro de algunos años, cuando nadie recuerde al poeta, ella cantará sus canciones y conservará como una reliquia la mesita de caoba, de puro estilo colonial, en que ha escrito sus versos.

—Señores, dejémonos de filosofía a estas horas, —interrumpe Alfau—. Silva deja amigos como nosotros que no han de desamparar a la que ha llorado sinceramente junto a su cadáver, y además, que como todos saben, el General es muy consecuente con los suyos, y arreglará eso. Y vamos a donde el Maestro Hilario, que siento hambre. ¿Y ustedes?

Y los tres camaradas encaminan sus pasos por la calle de Las Damas, hacia el Sur. A la mitad de la cuadra comprendida entre las del Conde y Arquillo, les detiene la voz imperativa del centinela del Cuartel de la Fuerza:

—¡Alto! ¿quién vive?

—¡Dominicano libre! —contestan los tres.

—Paso libre y retirao —autoriza el milite.

En la puerta de Prevención monumental, delimitada por dos cadenitas empotradas en el muro, una a cada lado, y unidas a cañones enterrados la boca hacia abajo, sentados en banco de madera, charlan las clases y soldados de la guardia. Del recio portón sólo hay abierto un postigo por el cual entra y sale el oficial de servicio, cuando la ordenanza requiere su presencia. Letras de piedra proclaman en el friso que el cuartel fue edificado reinando Carlos III. Frontera a la fortaleza, la luna ilumina las ruinas de la casa solariega de la familia Heredia, prodigiosa almaciga dominicana, que ha dado un gran vate y un admirable escritor a Cuba, y un ilustre poeta a Francia; y las del Convento de las Monjas Clarisas, hoy asilo de la hampa. En ringla uniforme, enrejadas de hierro, las ventanas del Cuartel se extienden hasta lindar con las batiportes que defienden "el Placer". Gigante de plata, se destaca la Torre del Homenaje, asentado sobre rocas que el mar flagela constantemente. La luz y el aire entran a sus entrañas por ventanillos de sólidos barrotes enclavados en los muros, y la que un día fue mansión temporal de don Luis Colón y de su espo-

sa doña María de Toledo y de su comitiva encumbrada, es hoy cárcel de criminales y políticos.

—¡Qué hermosa mentira nos ofrece la luna plateando la torre! —dice Franco—. Parece que vamos a oír la endecha del trovador al son de la guzla y que en la almenada plataforma, la gentil castellana afirmará la escala de seda para que ascienda hasta el paraíso de sus brazos el cantor enamorado.

—Sí, evidentemente, es bello el efecto de luna en la vieja torre, que no es, por desgracia, un recuerdo de la conquista, sino una supervivencia en nuestro país; y si algún cantor, engañado por el espejismo, se allegara a sus muros, recibiría en la cabeza una bala de calibre 50-70, que el General guarda celoso su más eficaz medio de gobierno. ¡Cuántos infelices, porque han pensado en alta voz, duermen entre sus muros soñando con la libertad o viendo en las pesadillas el pelotón de los fusilamientos —replica Aybar.

Por la calle de San Pedro, entre yerbajos y salvando zanjas, los tres amigos granjean varias cuadras, hasta la vecindad del fuerte de San Gil. A tiro de ballesta de éste, en casita de tablas de palma pintada en el exterior de almagre rojo, en el interior con techada de cal cubierta de zinc, tiene su sede el famoso restaurant del Maestro Hilario, al que suelen acudir los trasnochadores en busca de algún sabroso manjar criollo.

En la sala, una mesa de pino: la grasa extendida en capas sucesivas, le forma un tapiz. Dos bancos del largo de la mesa, sirven de asiento a los comensales. En el extremo de la sala opuesto a la entrada, un cajón que contuvo mercancías, aún marcado F. H. y Co., es pedestal de cuatro anafes: ahí la cocina. En uno de éstos borbotan las borras del café. El propietario es un mulato grueso, rechoncho, y el cocinero y a la par mozo, es un negro corpulento, cuya barriga adiposa desborda el pantalón; su especialidad son los fritos de plátano verde y el carite en escabeche. Contiguo a esta sala, está el saloncito de juego: una mesa, dos bancos, un candil humoso y barajas, y unos cuantos tahures, de todos colores y cataduras. Hay además un reservado, en el cual son introducidos los tres amigos, para los clientes de marca, separado de los otros dos departamentos, por tabiques de tela y madera. El mobiliaje es de estilo: una mesa redonda de pino sin barnizar, cuatro sillas inseguras, y rota la pajilla del

asiento; en un rincón, un lavamanos que a pesar de ser cojo sostiene una jofaina de hierro que fue esmaltado y azul. Recostado en el seto, un catre sucio en extremo; asiento en equilibrio sobre el tabique, un cajón, que a la vista muestra tres botellas conteniendo, una, un ciento-piés en alcohol, la otra aguardiente de romero y la tercera, uno de esos sabios menjurjes indescriptibles de curanderos o brujos, una guitarra sin cuerdas y la bandera nacional doblada cuidadosamente.

El cocinero y mozo, se acerca:

—Vamos a ver ¿qué quieren ustedes hoy?

—Sírvenos, ruedas de carite con fritos verdes; pero eso sí, buenos, como tú sabes hacerlos, Dimbo.

Dimbo cubre la mesa con un paño blanco que pudo ser alguna vez mantel, pero que en la actualidad, sus tantos agujeros hacen imposible evitar el contacto del pan con la madera, nunca lavada; y sobre tal mosaico, ordena cuatro panes en un plato y una botella con una vela, y en los puestos, sendos platos de loza, desportillados y distintos unos de otros, gruesos, floreados; tenedores de estaño y cuchillos de hojas gastadas por la muela.

—Ahoritica están servidos.

En la sala de juego, suenan las monedas y los ternos y risas de ganadores y perdidosos. El hervor de las borras del café arrulla aromando. Improviso, el chirriar de la grasa acentúa el olor del pescado: carnosas ruedas de carite que la mano experta de Dimbo va arrojando al caldero, y mueve para que se frían por igual con cuchara hecha del fruto del higüero. Y mientras, pela los plátanos gruesos y tamaños, los divide con corte diagonal en trozos que después de lavados en agua salada echará uno a uno en la grasa caliente. En seguida, los retira pinchándolos con asador de hierro, para apretarlos entre las propias cáscaras, a fin de que se esponjen, y otra vez al caldero, para cuando estén a punto, sacarlos y espolvorearlos con sal.

Minutos después, los tres tenedores se clavan en el pescado, tierno y entre los dedos de la siniestra un trozo de plátano se ostenta lardoso.

—A la verdad —dice Franco— que esto es sórdido, miserable; pero lo que se come es sabroso, y aun más tiene el trasunto de los figones clásicos y tal parece que van a entrar, envueltos en



capas, armados de espadas, personajes que hemos conocido en las páginas de novelas célebres.

—Sí; pero la razón suprema de nuestra presencia —afirma Aybar— es que no hay otra mesa en la “ciudad primada” donde saciar el hambre nocturna, y bien pudieran ser más limpios el local y el cocinero, y el mantel menos roto, sin que por ello perdieran suculencia los manjares.

—Pero ustedes —promedia Alfau—, empeñados en sorprender la poesía en todo y en doctrinar cada momento del día, pierden el tiempo, escaso siempre para gozar la vida. Aquí se come bien, hay color local, está la pobreza en relación con la de la ciudad, y Dimbo, a pesar de su camisa pringosa es aseado, y por nada del mundo permite que otras manos que las suyas toquen los guisos que prepara. Comamos, señores, sin condimentar con palabras, ya que la naturaleza y Dimbo han combinado cuanto es necesario para tentar la gula y deleitar el paladar. ¡Cómo! ¿Un frito nada más...? ¿el último frito...? quietas las manos. Ese es mío. Me han dado ustedes capote.

—Dimbo, ¿qué ron tienes?

—De Baní; uno de diez años, que dá la hora.

—Tráelo.

Y a la luz de la vela, en la botella y en las copas se irisan los topacios, que ruedan por las gargantas encendiendo la sangre.

Y después de pagar, unos cuantos centavos que no suman ciento, atraviesan por la sala de juego y salen al patio lindante con el mar.

La cortina aspillerada de los batiolas se abre desde el fuerte de San Fernando hasta el de San Gil. En la zona militar, entre ésta y los arrecifes, medran lozanas tunas que florecen en la noche, y fructifican, brindando su tinte a los partidarios de San Andrés. Las olas mugen al romperse en las peñas, y lamen la ancha piedra plana del Tripero, donde los muchachos audaces, al bañarse, son a veces arrastrados por una traidora. El agua se introduce por la sopeña y al escaparse saltando por una hendidura de la roca, forma penacho airoso, que en días de marejada se eleva con gallardía.

En pie sobre el batiolas que limita la casita del Maestro Hilario, los tres camaradas contemplan la ciudad, dormida en la serenidad augusta de la noche. El terral trae en sus alas, de las co-

linas de San Carlos y Galindo, aromas que robó a las plantas balsámicas, miel de los frutos maduros, perfumes de los cálices, los cuales lleva, como en los días del Descubrimiento, prometiendo venturas al nauta perdido en las desolaciones oceánicas. Las calles, desiertas. Las cuadrangulares casas de piedra, uniformes, semejan antiguos monumentos funerarios. Es una ciudad muerta... Los conquistadores del oro ¿la desdijeron por el fabuloso Eldorado, o la voluptuosidad de su ambiente chupó hasta el último glóbulo en las arterias de sus moradores? La mente, oprimida por el silencio mortal, olvida, pierde la noción del tiempo, y no siente, ante la quietud que la circunda abrumándola, que en las entrañas de la ciudad palpitan los gérmenes milagrosos de las especies divinas que se transubstancian por la unión de los sexos, por la fuerza del amor y son harina y carne, sangre e ideas. El terral refresca las frentes pensativas, y sus bálsamos y perfumes, más intensos cada vez, excitan los sentidos hasta borrar de las pupilas el espectáculo de muerte, y es entonces la casa una colmena que acendra en silencio miel y luz, y la antigua ciudad, campo glorioso en el cual, durante cuatro siglos, el dolor y el placer de los hombres han hecho historia.

Y las tres miradas leen en las páginas inmortales que dominan los techos de las casas: la Catedral, sin torres que emulen la cúpula, aspiración eminente de las naves grávidas de plegarias, y a la que afrentarían el cemento, los ladrillos y las calles modernas, si osaron elevarse junto a las piedras vetustas que los castellanos arrancaron vivas de las canteras y colocaron unas sobre otras uniéndolas con la sangre de los indios, y que el sol consagra cada día patinándolas con sus pinceles más finos. Los esqueletos pétreos de la Casa de los Colón; de San Nicolás, de San Francisco, paredes aún no rendidas a la pesadumbre de los siglos; las murallas, coraza contra los asaltos de ingleses, de haitianos y de dominicanos mismos, y el Fuerte del Conde, donde en la matriz de la noche, la voluntad heroica de Sánchez engendró la Patria.

—Contemplada así la ciudad, en reposo, inmaterializándola, es flor enorme; sí, rosa de sangre y de voluptuosidad: las torres son sus pistilos, las casas, los ovarios en cuyo misterio los idilios fecundan la vida que mañana bullirá jubilosa y turbulenta por las vías asoleadas.

—¡Y qué intensa la poesía de esta hora! —habla Franco.

—Si es una flor, querido poeta, está marchita. La vida parece estancada en sus arterias, por las que apenas corre un hilo rojo... Cuatrocientos años hace que las carabelas fondearon en aguas de La Española, ¿y qué diferencia hay entre estas chozas que ocupan la parte más higiénica y pintoresca de la ciudad y las que albergaban a los indios? ¿Cuál entre la casa que don Miguel de Pasamonte, Tesorero Real, edificó junto a la iglesia consagrada al Arcángel y las que Alardo construye en las calles céntricas? Y en cuanto a ideas y prácticas políticas, si quitamos algunas palabras sonoras yuxtapuestas en nuestras costumbres civiles, encontraremos la huella de Ovando, o la de aquellos tres padres jerónimos que gobernaban la Colonia desde los claustros de San Francisco. Poseemos un tesoro espiritual, un bien común; los monumentos que el español erigió sobre la tierra quisqueyana. Cada piedra es una lección de energía; son sagrados, nadie tiene derecho para modificarlos y es un crimen derribarlos; pero nadie asiste a esas cátedras, convertidas en depósito del más ruin despojo humano. Se han derruido lienzos de muralla para edificar con más materiales casas de favoritos, y cuando alguien piensa en ellos, no es para luchar contra el tiempo reparando los daños que su curso les causa, sino para opinar que el Alcázar de los Colón se reedifique para Asilo de marinos, o el Colegio de jesuitas sea cedido a un industrial rico para almacén de mosto y azúcar en cambio de un moderno teatro de hierro. ¿Pero quién se atreve a pedir a esas piedras que se han nutrido durante cuatro siglos de nuestro sol y que aún alimentan con sus cales laureles, el secreto de aquellas vidas de varones fuertes y audaces, cuyo éxito por el esfuerzo individual colmó la medida de las más locas ambiciones para cultivar, con su ejemplo, nuestra personalidad y alcanzar como pueblo la verdadera independencia? —perora Aybar.

—Continúan ustedes en el mismo error; ni es tan poética la ciudad como Fabio sueña, ni es tal nuestro atraso, ni está el secreto del porvenir en las viejas piedras, como Arturo quiere. Nuestro pueblo ha padecido y sufre aún las crisis comunes a todas las sociedades y avanzamos más de lo que los ojos, obstinados en transformar casas en flores y piedras en profesores de energía, pueden ver. Hay ya en los individuos un concepto del

derecho y del deber ciudadanos, que pronto, por la acción eficaz de la escuela, irá a las masas constituyéndolas en pueblo apto para practicar y gozar la Libertad, para la cual no está preparado todavía. En esa labor todos colaboramos, hasta el poder que ustedes califican de tiránico, y también quienes le sirven, entendiéndolo, como yo, que produce el orden, y con él, medios de que las semillas germinen, las plantas crezcan, los frutos maduren, y óptimos y abundantes se vendan bien en los mercados extranjeros, creándose así la potencia económica que será la base sólida de la independencia.

—¿Pero cuándo —replica Aybar— estarán los dominicanos preparados para la libertad, si no la practican? ¿Cómo pueden amarla y defenderla si no conocen sus beneficios y si hasta el mismo amor patrio se mengua en los pechos, obligados al silencio, a pesar de que la Constitución garantiza la libertad del pensamiento hablado y escrito? ¿Si el voto es una mentira, y si los impuestos, superiores a la capacidad económica, sirven para pagarle mancebas al General, que con título de Presidente impera en el Palacio?

—Pero, señores —arguye Alfau— la realidad es una y los sueños otros: somos una sociedad en fermentación, en crisol, que se depura aliando los elementos del progreso. Nuestro estado es igual al de las repúblicas y principados italianos en los días del *Cuatrocento* de cuyas entrañas sangrientas nació el Renacimiento. Y a propósito, si dos hombres a través de los siglos se asemejan, tienen un parentesco ideal, éstos son César Borgia y Lili.

—Sí, pero de noche, por aquello de que todos los gatos son pardos —interrumpe riendo Franco.

—Ni así; el duque de Valentinois cometió crímenes, pero tuvo un ideal; su ambición no se limitó a satisfacer groseros apetitos de la carne, y porque era, más que político hábil, carácter enérgico y sin escrúpulos, y guerrero valeroso y experto, le señaló Maquiavelo como el príncipe capaz de realizar la unidad de Italia, obra necesaria a la civilización.

—Pues bien; entonces, confiesen que a ustedes les basta que el Secretario florentino le escogiera —porque tenía en realidad cualidades positivas que lo hacían formidable, como las tiene nuestro caudillo, para justificar que asesine al hermano, fornicque con la hermana, amenace al padre, utilice a los Orsini con-

tra los Colonna, y luego arruine ambas casas; aproveche la crueldad de Ramiro Arco para pacificar y ordenar, y después, para ganarse las simpatías del pueblo cargando al ministro todas las responsabilidades, el mejor día en la plaza de Cesena, lo plante en una estaca, con un cuchillo ensangrentado al lado; atraiga a Oliverotto de Fermo y lo estrangule en Sinegaglia. Todo eso es admirable, porque su autor alienta el propósito de reunir varios principados en un solo Estado poderoso para provecho de la civilización, aunque para el medro propio primero. Mas es vitando, monstruoso, cuando lo realiza un dictador dominicano, a quien ningún buen propósito le concedemos. Pues bien, supriman ustedes las decoraciones y los trajes, que la lejanía convierte en maravillas, y cotejando aquellos hechos con los que a nuestra vista suceden, comprenderán que tengo razón. Y que sin haber leído a Maquiavelo, porque tampoco lo entendería, Liliés es su discípulo cuando mata a los enemigos que no puede ganarse; y que la experiencia ha sido maestra de ambos para enseñarles el conocimiento y manejo de los hombres.

—Bueno, aceptemos la similitud de ambientes y de los dos personajes; pero al mismo tiempo que príncipes ambiciosos y *condottieri* que guerrear, hay en esa época poetas, filósofos, estadistas, artistas, que sirven a los tiranos, y que con el oro que les arrojan preparan la obra inmortal del Renacimiento. Cita ahora nombres y compara.

—¿Y por qué no? Mas teniendo en cuenta que las repúblicas italianas estaban constituidas en el mismo suelo y por los herederos de la Gran Roma, señora del mundo. El parecido es evidente, sólo que el pesimismo, mejor dicho, la impaciencia, no nos deja verlo. La naturaleza engarza lentamente sus eslabones, y sus leyes rigen las evoluciones sociales. ¿Cuántos siglos, di, poeta, necesitó la semilla que produjo el florecimiento del espíritu humano, que Renán calificó “el milagro griego”, para fructificar de nuevo en la Europa occidental? Y pregúntale tú, escéptico enamorado de las viejas piedras, las de los monumentos coloniales, cuántos años y sufrimientos de españoles e indios significa el espacio que media entre la cantera y la cúpula.

Cual si emergiera de la tierra cubriendo a Santo Domingo de Guzmán de la costa a la colina, del río a la campiña aledaña, bajo el celeste plafón claveteado de oro, el silencio se hace ca-

da vez más, palpable, se objetiva, apaga el rumor del mar y calma la inquietud de los tres pensamientos juveniles, que se estrechan fraternizando contra su enemiga.

El aire es ahora más fresco y sutil; algunas ráfagas deslíen vahos de estiércol, de yerba chafada por las pezuñas hendidas de leche: efluvios de los potreros cercanos. De improviso, el canto de un gallo desgarrá las sombras, vibrante, luminoso, y otro, y cien y mil se corresponden y conciertan. Y luego un rebuzno, otro y más, acordan sus notas profundas. Gama argentina se derrama por el ámbito: las campanas de Regina Angelórun que repican el Ave María; sus voces tocando a las puertas, con la gracia de la oración. Hacia el levante, halo de hoguera que arde debajo del horizonte raya de ópalo las nubes: la epifanía del sol, el alba.

#### IV

Santo Domingo de Guzmán conservaba, hasta hace pocos años, casi puro su tipo colonial, pudiendo, magüer la independencia política, como en los días de su otorgamiento por el Rey católico, blasonar de su escudo dos leones dorados en el jefe, una corona de oro, en campo de gules, en la punta una llave y una cruz. Y en nuestros días, cuando la previsión municipal, para economizar combustible, utiliza los servicios de la luna o sufre averías el intermitente alumbrado eléctrico y la iluminan las estrellas, la arcaica ciudad recobra el prestigio de su encanto misterioso. Entonces, por las calles desiertas, en las plazas grimosas, a la imaginación entelerida por el miedo, o el recuerdo de los relatos de las abuelas, se muestran duendes, aparecidos, almas en pena. En tal plazuela, se ha visto una gallina, con pollos; en aquélla, un fraile decapitado, y, frente a cierta casona, señalada por vestigios de adornos heráldicos, erazo qudom pre desaparece por entre las mismas piernas de los transeúntes: es el guardián de un tesoro enterrado, perseguido con ahínco con ayuda de planos y tradiciones. En la sombra, las vías pierden sus actuales denominaciones y como en antes, rememorando personajes, hechos y circunstancias famosas se apelan: la del Tapado, la de la Misericordia, el callejón de los Burros, el de Salsi-puedes. De las rejas trasciende tibio aliento delicioso: claveles y albahacas que en pobres tiestos embalsaman la noche. A

la vista de un bulto que se escurre sigiloso de entornada puerta, la diestra acude al cinto en tanto la siniestra alza el embozo, como en los tiempos en que la espada fué la joya preferida y el busto se envolvía en los pliegues elegantes de la capa. El viajero que a tales horas arribe, gozará de un espectáculo único. Al entrar por la ría, la Torre del Homenaje, señoreando el mar desde su trono de rocas, evoca a don Nicolás de Ovando, su edificador, y al historiador Gonzalo Fernández de Oviedo, quien fue uno de sus alcaides. Al pisar el muelle, se le impone la erguida muralla, y si, entrándose por la Puerta de San Diego, asciende por la escalera de piedra que arranca a la derecha de ésta, sus ojos admirarán negros muros coronados de arbustos, un torreón desguarnecido, arcos truncos, garitas rotas, históricas piedras seculares, nido hoy de palomas, que al palor de la luna, adquieren una extraña vida: las ruinas de la Casa de los Colón. Se escucha rumor de voces que suenan en el interior de los moradores de las chozas situadas detrás de las ruinas, voces que para el oído alucinado son de ultratumba. Si, por la alta ojiva asoma una testa femenina, es la Virreina doña María de Toledo. Y aquél que sale varonil y altivo, es Diego Velásquez, que marcha a poblar a Cuba; y esotro que baja con ruido de armas, es Hernán Cortés, escribano en Compostela de Azua, cuyo hierro cruzado conquistará el imperio azteca. Por el jardín suspendido, discurre el Virrey Diego Colón, meditando en las intrigas del Tesorero Pasamonte y en los sermones de los padres dominicos contra los repartimieritos de indios. El cacique Enriquillo traspuso esa puerta suspirando por doña Mencía; y las huellas que la mirada cree notar, impresas fueron en la arena por las gentiles damas del séquito de la Virreina, primera corte iberoamericana, que enflora con su gracia la férrea época de la conquista y cuyo fausto fue tanto, que el Rey Fernando, suspicaz, lo reglamenta. Desde las almenas, manos amorosas deslizaron misivas encendidas o agitaron pañuelos para decir adiós a las velas que acarrecaban ambiciones a la Costa-Firme o dueños y oro al solar hispano...

Si el viajero, al descender de la Casa de los Colón, y siguiendo la línea de la muralla, toma por la cuesta de la izquierda, encuentra en la calle de las Damas al Palacio de los Capitanes Generales, y una cuadra más al sur, el Colegio de jesuitas, que da



ta del siglo XVI, convertido en teatro. Sus piedras de sillería han prevalecido victoriosas del tiempo y de los hombres, cual si las uniera la energía formidable de Ignacio de Loyola. En la acera opuesta, casi frente al Colegio, "la Casa de los dos Cañones", que se opina fue construida por el Comendador Ovando para su residencia. Cuando el nocturno excursionista alcance las esquinas de las calles Comercio y Conde, se destacará ante él, por cima de los frondosos árboles del parque, la Catedral, que empresta al ambiente la majestad que falta a su exterior. En veintiséis años de penosos esfuerzos fue edificada. El oro del Perú cercenó sus torres, pues supónese que el arquitecto don Alfonso Rodríguez y los obreros emigraron al país de los incas, dejando su hermosa obra inconclusa. El historiador Delmonte y Tejada escribe: "Sabio fue el artista que dirigió la obra y seguramente a la sorpresa que causó en el ánimo del público, fue debida la tradición popular sobre este otro Miguel Angel, de quien se refería que en el momento de irsele a pagar su trabajo desapareció sin recibir recompensa, gloria que sólo cabe al verdadero artista, exento de miserables ambiciones". En sus arcos y portones ostenta el blasón de los Médicis, esculpido en ellos por mandato del patricio romano Obispo Alejandro Geraldino, porque el Papa León X ministró los dineros necesarios a los últimos trabajos. Los Reyes Católicos, habían decretado su construcción en 1506, según Herrera, "a su costa, de muy insigne fábrica". Solórzano noticia que la escritura fue firmada en Burgos el 8 de mayo de 1512 y asegura haber leído el original escrito en pergamino. Conforme a las capitulaciones acordadas entre el Rev Fernando y el primer Obispo, le pertenecían los diezmos, a excepción de los de oro, plata y piedras preciosas, que habían de ser para la Corona, y los rezos y ceremonias ajustados a la práctica de la Santa Iglesia de Sevilla. En 1547 fue erigida en Metropolitant y Primada de las Indias por concesión del Papa Paulo III. Oviedo, asegurábale al Emperador Carlos V, "sería asaz suntuosa y de buena proporción y gentil edificio".

Su interior es de estilo gótico-hispano-americano. Las naves severas, pobres de ornamentos, las frías piedras labradas le dan la augusta gravedad propia del testigo de tantos sucesos históricos. El afán de progreso que, cuando mueve a los ignorantes es tan dañino como la barbarie, la despojó del coro y

la ha embadurnado de cal; no obstante, se reconoce en ella el ara, donde imploraron a Dios el logro de sus ambiciones, Pizarro, Ponce de León, Narváez y Cortés, capitanes que extendieron el curso del sol. Las fachadas, castigadas por los terremotos, han sido bastardeadas por aquellas manos restauradoras, y hoy rompe su euritmia interior el monumento funerario, mármol y bronce más o menos bien trabajado que guarda las cenizas del Primer Almirante de la Mar Océano, yerto, ahogado, humillado por la esbeltez de las palmas que sostienen las naves. Sus joyas, numerosas y muy ricas, fueron vendidas por el General francés Barquier, en Estados Unidos, para atender a las tropas con las que defendía la plaza asediada por fuerzas dominicanas, españolas e inglesas; pero aún restan entre gemas admirablemente talladas y montadas, una torrecilla primor de orfebrería, hecha con el primer oro enviado de la isla a España, que tiene en la base una estatuilla del papa Julio II, y, entre las reliquias, la pequeñísima cruz sacada del *Lignum Crucis* o Sagrado Leño en que fue crucificado Jesús, cubierta por otra de oro y pendiente de una más grande, a su vez cubierta de plata afiligranada, que, según la tradición, es de madera del Níspero del Santo Cerro; y sábanas manchadas por la sangre de mártires, y huesos y venerados perendengues de vírgenes y santos. Y en cuanto a obra artística, el retablo de Nuestra Señora de la Antigua, regalo de los Reyes Católicos, retratados a las plantas de la imagen en acto de adoración, atribuido a Antonio del Rincón, notable como dorador y estafador, pintor de cámara de Fernando e Isabel, calificado por algunos de fundador de la escuela española en mérito de haber sido el primero que se emancipó de la rigidez del estilo gótico animando la figura humana.

Por la Puerta del Bautismo se sale a la Plazuela de los Curas, antiguo cementerio, que conserva su aspecto fúnebre, y por un pasaje se gana la calle de la Universidad, la cual os procura una amable sensación: en la casa N° 14, se conserva, aunque agobiado bajo incongruente techo holandés recién construido, un ajimez. La piedra tallada con arte exquisito tiene la levedad del encaje. Al crepúsculo, dos mulaticas asomadas a él, y vistas desde algunos metros, diéronme la ilusión de dos lindas moras curioseando a hurtadillas la calle. Una cuadra al

oeste, erige su masa oscura la iglesia del Convento de Dominicos, en cuyo púlpito se pronunciaron palabras que la Historia ha recogido; y junto a ellas, las ruinas de la Universidad de Santo Tomás de Aquino que dio a la Ciudad Primada el título de Atenas del Nuevo Mundo, aunque en sus claustros no alentara el espíritu ateniense. Por la calle del Tapado, rumbo al sur, se gana la orilla del mar, y siguiendo la línea de los batios, el Fuerte San Gil, varias veces consagrado con sangre en épicas faenas, y del que existe solamente sobre las rocas socavadas por las olas un terraplén y un lienzo, pues la muralla fue cortada para prolongar la calle de San Pedro. Y continuando por la de Palo Hincado, en la primera cuadra, la Puerta de la Misericordia, y tres después, el Fuerte del Conde, fortificación capitana del recinto, que procede de la cuarta década del siglo XVI y debió su nombre a don Bernardino Meneses, conde de Peñalva, en cuyo gobierno se terminó la obra y quien desde el mismo, en 1615, dirigió las operaciones que culminaron en la derrota del ejército inglés al mando de Venables, destacado por Cromwell contra las Antillas; victoria que la tradición popular atribuye a los bermejós cangrejitos de la playa de Haina. Para el dominicano, ese fuerte debiera ser templo, pues en él se creó la República en la noche del 27 de febrero de 1844, iniciándose la lucha contra la dominación haitiana. Desde la plataforma almenada, se abarca la ciudad y la campiña. El viajero puede gozar en ella un momento de reposo mientras ordena sus impresiones, y acaso advierta cómo en el silencio fermentan los gérmenes que preñan la patria. A ratos, su meditación será interrumpida por el ladrar de los canes o por sus aullidos lastimeros cuando, según el decir, ven muertos, alternando con los mugidos de las vacas que claman por los terneros, o con los maullidos de placer y dolor idílicos de los gatos en los tejados. La brisa suave, impregnada de aromas agrestes y fresca de rocío, completa el ambiente de voluptuosidad, tan intenso como el de Córdoba, la mora.

En el ángulo noroeste, el Fuerte de la Concepción, medio deruido, y por callejuelas alterosas, casi laberínticas, que bordean la muralla, se encaminará a las iglesias de San Lázaro y San Miguel, edificadas ésta a su costa, por don Miguel Pasamonte y junto a ella, la mansión de este privado del Rey Fernando,

administrador activo, carácter altanero, vanidoso, en lidia siempre con los gobernadores, adversario acre del Almirante Don Diego y del Padre Las Casas. Y siguiendo al este, la capilla de San Antón, propia de una familia potísima en la colonia y de la cual restan las paredes maestras, la puerta mayor, un trozo de la espadaña, y a sus espaldas, el bastión del mismo nombre. El arte no ha transformado estas piedras, que poseen sin embargo la virtud emotiva de la poesía, para remover en nuestra alma las presencias ancestrales.

Si el viajero torna la mirada al sur, contemplará los muros enhiestos del Monasterio de San Francisco, cuyo origen se remonta a los principios del siglo XVI y la ruina a 1809, cuando de sus bóvedas se dispararon gruesos cañones franceses. Los primeros monjes fueron picardos y entre ellos, un hermano del Rey Jacobo IV de Escocia. La tarea demoledora la completó el General Geronime Maximilien Borgellá, gobernador durante la ocupación haitiana, quien empleó sus materiales en la fábrica de la casa que es hoy aún residencia del Poder Ejecutivo. En el polvo reposan las cenizas del Adelantado don Bartolomé Colón, y huéspedes suyos fueron los padres ierónimos Fray Bernardino de Manzanedo, Fray Luis de Figueroa y Fray Alonso de Santo Domingo, que gobernaron la isla de 1516 a 1518. El cundeamor festona alegrando con el oro y grana de sus frutos las capillas y el altar mayor descaecidos; por los claustros, abanicados por las anchas hojas de malaquita de los bananos, se pasea perorando los dementes reclusos en el hospicio que ocupa parte del Convento. Y como elocuente himno en loor a las virtudes de la raza a través de los siglos, en la cresta del muro más empinado, hasta hace poco, se erguía un laurel con la gracia armoniosa de su copa. El huracán le arrancó de cuajo, antes de que la piqueta demoledora del *progreso* derribara las sacras piedras de San Nicolás, la primera iglesia edificada en América, y así la leña del árbol glorioso alimentaría el fuego en la cocina de los orates, y los materiales de la iglesia, han pavimentado las calles capitaleñas; y así la caoba preciosa, de cuatro siglos, se ha convertido en balaustrada de escalera de un palacio modernizado. Sin duda el viajero, indignado y a la vez atraído por lo que aún subsiste de San Nicolás, bajará por la cuesta de la calle del Estudio y desde la esquina verá la torre cuadrangular del Conven-

to de las Mercedes, la más alta de todas las de la ciudad, dando con que el pensamiento colonial intentó arañar el cielo. Y entonces, si dirige sus pasos al este, en el número 31 de la calle de las Mercedes, en la fachada de una casa en ruinas, descubrirá otro ajimez coronado de un alicatado. Aún se cuentan hasta quince azulejos, en los cuales el matiz áureo es tan suave, que se dijera producto de la alquimia solar. Y ese ajimez, en la leprosa faz del muro, tiene la gracia de una sonrisa.

Al extremo de las calles de Plateros y Comercio, la iglesia de Santa Bárbara, y a su espalda, el castillo del mismo nombre. Por un dédalo de callejuelas pedregosas se alcanza la margen del Ozama: frente a la Ceiba, el tronco secular en el que se asegura amarró Colón las carabelas en su último viaje a la isla, en 1504. El árbol centenario que agoniza, olvidado sin verja que le defienda de los contactos destructores, sin protección contra los vientos tempestuosos, sin mano amiga que le cuide y fortalezca, librándole de los parásitos que le chupan la savia; extiende sus ramas tísicas para ofrecer a las canciones de la brisa las hojas empolvadas. En un otoño próximo, un ciclón tronchará su tronco hueco, que ha roído la acción devoradora del comején, o se abatirá merced a su propia pesadumbre. Y para que a los ojos del viajero, el cuadro colonial sea completo, a pocos pasos de la criba será sorprendido por el pequeño mercado abierto en la orilla fangosa del río: campesinos casi en cueros, canoas iguales a las de los indios, en las cuales cargan cazabe, cañas de azúcar, frutas y hojas de maíz, bogando al son de tonadas primitivas, sentimentales, y de coplas melosas o agresivas, ora en pro de la ingrata ora contra el rival. Los muchachos, cuando yo lo era, solían apandillarse y provistos de un largo cordel y un anzuelo pescar un paquete de cañas. Los campesinos, durante la noche se guarecían en suertes de chozas construidas con haces de yerbas y cañas. El anzuelo aferraba vino de estos, que al ser arrastrado con fuerza, derribaba los demás sobre el pobre rústico dormido y mientras él salía de entre los encombros corrían a devorar el botín protegidos por las penumbras de los depósitos del muelle. Y no faltó capitán de tales bandas, sobrado audaz para arrojar arena a los ojos del campesino y dar ocasión a los otros de cargar con una petaca de caimitos. Por el buen tiempo de estas escenas, al tan-tan de

las nueve tocadas por Pinta-Copas, campanero de la Catedral y replicadas por el de Santa Bárbara, se iniciaba el cierre de puertas, deseándose las buenas noches los vecinos desde los respectivos atrios. Los enamorados menores de diez y ocho años de facción en las esquinas, se escabullían presurosos. A las 10, el cierre era general y cuando alguna pareja de novios prolongaba la despedida en la reja, el papá, impaciente, mirando al cielo estrellado, exclamaba: "qué nublado está, ahoritica llueve". Antes de la media noche, un hombre con, una escalera a cuestas recorría las calles apagando los faroles del alumbrado público, y la ciudad, si no la iluminaba la luna bienhechora, se sumergía en las tinieblas propicias a aparecidos y a don Juanes.

Las noches de los sábados, al pie del balcón, o cabe la reja, el amor rompía en canciones. Acompañándose de guitarra y flautas, los enamorados expresan sus esperanzas o sus penas valiéndose de las romanzas de zarzuelas o de las guarachas criollas, tan sugestivas, y en las cuales tiembla la misma lágrima, secularmente destilada, de los cantares andaluces. A las veces, después de un baile, los galanes contratan la orquesta para ejecutar piezas frente a las casas de las muchachas que no asistieron. Mas Santo Domingo se animaba de veras en las noches de Carnaval, Semana Santa y Navidad, San Juan y San Pedro y en las fiestas que cada barrio consagra a su patrono. Agitadas por la locura carnavalesca, comparsas de dominós, monjas, diablos y viejos recorren las calles, visitan las casas amigas, en las que al son del piano se baila. Las de pascuas, se distinguen por el ruido de los triqui-traques y el aroma de las golosinas. Durante la Semana Santa, graves procesiones recorren las vías precedidas por la cruz y los cirios, dos filas paralelas de chiquillos y hombres portadores de cirios con guarda-brisas de papel; luego, un paso de la Pasión de Cristo en hombros de los devotos, seguido de plañidero discante de María de Magdala, pobremente vestida, de San Juan, ligero y diligente, y en último término, de la Virgen de los Dolores escoltada por una colmena de beatas y un piquete de tropa. En las verbenas de San Juan y San Pedro, se encienden fogatas en mitad de la calle, que la gente moza salta a la carrera de caballos y de burros, mientras los chicos atruenan con "el chifle", instrumento hecho con un cuerno de buey y una pluma de gallina que le sirve de boquilla.

En las fiestas patronales, que duran una octava, a la del alba, las campanas despiertan a los feligreses, en tanto que la murga saluda con sus aires la aurora y se disparan cohetes, ruidos que se repiten al salir de la misa mayor y a la hora meridiana. Las calles se engalanan con flecos de papel picado tendidos de uno a otro alero; con pencas de coco, palmas y bananos plantados al margen de las aceras; y en las ventanas flotan las banderas. Por las tardes se lidian toros enmaromados, o en barrera, esto es, cerrando el espacio de una cuadra con vasallos que al par sirven de burladeros. El arroyo es la arena, donde los valientes exhiben sus habilidades a ojos de las mujeres, que a un tiempo complacidas y asustadas les admiran puestas en salvo desde los balcones o tras las rejas. No faltan las suertes gallardas, ni los momentos de angustia, abundando los pasajes cómicos. O se entierra un pollo dejándole fuera la cabeza, y lo gana el muchacho que vendado logra apaleársela; o se erige una cucaña, copiosamente ensebada, por la cual trepan hasta granjear la meta: un bolsillo con un par de pesos. En las primas noches, a la salida de la salve, mientras los murguistas hacen sonar cobres y maderas, y los cohetes estallan, la chiquillería se tira de mano en mano una pelota de pabilo empapada en petróleo e inflamada, que cruza amenazante por entre las gentes o salva hogueras que iluminan con sus flamas la escena. Luego, los saraos, improvisados o preparados con antelación. El baile es la fiesta casi exclusiva, y rara es la reunión que no termine dándose vueltas al compás del piano. A los sones del güiro y el pandero, excitados por el clarinete, olvidan los dominicanos penas y peligros.

La casa escogida, se distingue por la abundancia de luz. El entarimado ha sido pulido por la escoba y regado con estearina rallada. Las sillas se alinean a lo largo de la paredes. En aposento contiguo acampan las mamás, ocupadas en enredar la madeja de la murmuración. En los intervalos, las muchachas se pasean en torno de la sala, del brazo de los galanes. Pequeñas, pálidas, vestidas con sencillez no desprovista de elegancia, en las pupilas el fuego de las pasiones que las uncen al esposo como esclavas voluntarias o les permiten esperar años y años el cumplimiento de una promesa matrimonial. Sal, flor de la tierra, virtuosas, sentimentales, incansables en las faenas

del hogar, guardan en las entrañas promesas de venturas y maceran con zumos exquisitos los caracteres masculinos. Cuando la danza desgrana sus notas voluptuosas, las manos se oprimen, los cuerpos se acercan, pero la honestidad femenil y el recato del caballero velan las brasas, imprimiéndole a los giros cierta languidez graciosa. Mas el cuadro es otro en los bailes públicos extramuros, donde se ayuntan parejas ebrias de licor y lujuria, y los cuerpos se mueven con sabios ritmos de prostíbulo; y en la linde del monte, en la colina de Galindo, el baile indígena es adulterado por maneras importadas, y al son del cuatro, y del acordeón y de tambor hecho de un tronco hueco cubierto en uno de los extremos de una piel de chivo tensa, sobre la cual manos expertas golpean; en atmósfera infame, cual en los claros de las selvas africanas, la danza quema las carnes, hace frenéticos los movimientos, las parejas se enlazan y separan, zapatean sobre el piso de hormigón, treman los pechos de las hembras y remolineando los vientres se unen con sacudimientos epilépticos.

Frente a las casas en fiesta, la industria abre tienda, a veces al aire libre. En caldero de hierro chirría la grasa de cerdo; en tabla a manera de mostrador, se asocian botellas de cerveza y de ron, vasos, pan, queso y confituras. Inclineda sobre mesa pulcra de pino, las mangas recogidas en los molleros, una mujer blanca, mulata o negra, extiende con un bolillo masa hecha de harina de trigo o de yuca, y luego la corta en hojas, bordeando un platillo invertido. En una de éstas, pone una cucharada de relleno de carne picada, huevos, aceituna y pasas, que cubre con otra repulgándolas, y uno a uno, sumerge los pastelillos en la hirviente grasa hasta que se doran e inflan. Las doce es la hora de los *sancochos*, el santo más popular entre los dominicanos: en la amplia olla cuecen hasta formar caldo espeso, gallinas o pavos (hurtados en los patios vecinos), trozos de plátano, de ñame, yuca, ahuyama, batatas y mazorcas de maíz; plato rico, que los señores académicos de la len,ua, no han saboreado nunca. Suele acontecer que la paila es robada y devorada a escondidas, con gran dolor de los despojados, por lo cual es de prevenidos montar guardia junto al fogón. En tales francachelas, el jugo de la caña desata las lenguas y agita las manos, no faltando, pues, esas pependencias, que a veces aca-



ban a garrotazos o a tiros, y con intervención violenta de la policía que acaricia con las culatas de las carabinas las nalgas de los revoltosos.

Los nocharnegos de la época, cuando encontraban un soldado ebrio dormido en un quicio o un transeúnte de aspecto sospechoso que escondía el rostro a la mirada inquisidora, se alejaban con cautela, persuadidos de haber descubierto al General bajo tales disfraces, pues afirmábase que en esa guisa recorría la ciudad espionando los manejos nocturnos de sus gobernados. Pero, era frecuente verle a pie o en coche, a altas horas, en su traje civil: americana y chaleco de alpaca, pantalón blanco, de dril o de franela, botín charolado, sombrero de panamá y la diestra malica apoyada en bastón de concha con puño de oro. Prócer de estatura, el pecho prominente, de finas maneras, la color de caoba del rostro feo y los labios bezudos, no empecen a la gallardía militar de su figura, sobre todo en actitud ecuestre, tanto, que un pintor local, retratándole, copió el corcel y cuerpo del Prim de Regnault, coronando el busto del caudillo español con la cabeza del dictador dominicano. Pulcro, cuidadoso de su persona, nunca se advierten pliegues en sus ropas. Meliflúo en el hablar hasta en la ira, revelada por estrías rojas en las pupilas alagarteadas; capaz de padecer agravios para realizar un fin; taimado, mañero, cruel, jactancioso, ni ama ni odia; premia con generosidad sin perdonar jamás. Su actividad es asombrosa; su labor diaria la inicia a las cinco de la mañana dando maíz con su propia mano a las palomas ciudadanas que se reúnen debajo de su balcón, ocupándose luego en toda suerte de complejos asuntos políticos, comerciales, amorosos y sociales, aún en los más privados. En su escritorio se amasan el oro y la sangre. Valiente y suspicaz, es el primero en acudir al peligro, y ni en el lecho de sus queridas ni en sus secretos de Estado admite otra presencia que la suya, castigando con la muerte al osado que ambicione su cargo o sus hembras. No hay la más leve luz de ideal en su vida. Posee la mayor cantidad de poder que jefe alguno haya podido acumular sobre la tierra; su voluntad es única, se sirve del crimen y de la virtud según convenga a su interés; la vida nacional se rige como peta a su ignorancia, y entre cadalsos, asesinatos, peculados y fiestas rumbosas discurren sus años de gobierno. Baila bien, cabalga con maes-

tría, no lee un libro, olvida un insulto cuando le aprovecha, y sólo en los placeres carnales la autoridad que usurpa le ofrece satisfacciones cumplidas: tiene en la ciudad dieciocho mancebas conocidas y no desdeña las hetairas de una isla vecina, sabias como las cortesanas antiguas en el arte de la voluptuosidad, ni las conquistas que el terror y la miseria le facilitan... En el tumulto de una tarde de carnaval, un hombre muere por orden suya, porque diez años antes le sorprendió en una de sus barraganías; con audacia increíble fusila a sus rivales en las mismas regiones que les proclaman y se pasea luego por las calles en actitud de reto; en oscuro calabozo espira, aterrado por el veneno, quien siendo de su raza le atacó en mala prosa, y a bordo de un balandro, entre el mar y el cielo, se extingue un espíritu viril que le fue adverso. El noctívago que se tropieza con él a la vuelta de una esquina, articula para sí, sorprendido, las dos sílabas de su apodo, que suenan cual punzantes notas de clarín, y se aleja, admirándole acaso, temiéndole y abominándole de fijo; mas sin detenerse a percibir la íntima correspondencia entre el ambiente y esa extraña figura humana y la elocuencia con que ella profesa por los muertos y por los vivos.

Si el viajero, al fin de su peregrinación, regresa al muelle bajando por la calle de las Damas y la puerta de San Diego, tal vez, el azar, para distraerle de la contemplación de la Casa de los Colón, le ponga frente al reloj de piedra, en cuyo cuadrante el astro señala el paso de las horas, una pareja: él, fornido marino vistiendo blusa azul y cuello blanco; ella, Venus de ébano de rojas faldas, que brazo a brazo, vacilantes, entonan a dúo una de las canciones del poeta Silva. La nota sentimental se deshace en lágrimas y transportándoles por el sortilegio de la poesía, les aprieta las bocas en un beso; y como les remueve hasta las heces, la vulgaridad sube a los labios erupcionando, también a dúo, el estribillo popular:

*¡Ya yo no te quiero pá!*

*¡Y a mí qué mi importa pó!"*

## V

En la clara y tibia prima noche, el café "La Diana" es entrevero, jocundo: en la acera se agrupan los que concurren con el fin único de conocer las noticias del día, comentándolas, y los cuales se escurren con cautela, mirando a un lado y a otro, cuando, imprudentes o bromistas, lanzan a la arena alguna bola política: "¡Abrenuncio! Es cosa que quema y ninguna mano la recoge". Empero, fuera de ese terreno vedado y peligroso, las lenguas se desbridan a gusto, despellejando a los que pasan, a los ausentes, a los vecinos que toman el fresco en los balcones, y a las parejas amorosas que a la reja pelan la pava. Se imagina, se sospecha, se calumnia; y entre lo que se sabe y lo que se inventa, quedan hechas trizas las honras, pero ¡qué importa! es necesario matar el tiempo hasta la hora de dormir, y luego, eso no es nuevo y casi es juego inocente. Don Pedro, es el corifeo. Ese chiquito apergaminado, de honorable aspecto, es la gaceta parlante: para él no existen puertas, las paredes son de cristal, las tinieblas no encubren; y así, con reticencias, más bien con alusiones claras, paladeándolas, dice quién es la doncella recién preñada y el galán fecundador; qué puerta se abrió al filo de las doce para dar paso al amante, mientras el marido roncaba; por quién aparece un embozado entre dos y cuatro de la madrugada en cierto callejón; qué trampa ha hecho don Juan, para que su hija asista al baile de Palacio, lujosamente vestida,

pues al General le place bailar con ella, y fuerza es complacerle, que ya él pagará la cuenta. Para don Pedro no hay mujer virtuosa, ni hombre honrado en la ilustre capital, porque zahorí, su mirada escudriña las rendijas imperceptibles que la vida hizo en los caracteres, imponiendo una sonrisa por temor o por interés; y ni perdona ni excusa, implacable, provista de mil ojos; y de lengua que encona las llagas. Don Francisco de Quevedo y Villegas le habría clasificado en la especie de los subterráneos. Todos le temen, le odian, pero le agasajan, y aunque duden, repiten sus chismes y relatos.

Un señor ventruado, de lentes montados en oro, gruesa leontina y bastón de concha, se levanta, dirígese a la cantina, y junto al mostrador engulle despacito *piñonates*, *alfajores* y *bienmesabes*; toma un vaso de agua y se marcha. Los contertulios le señalan: "ese no brinda nunca, por eso está rico", y le arrancan a túrdigas el pellejo. Un jovencito palmoteando con fuerza llama al criado y le ordena: pregúntele a estos amigos qué desean". A la primera insinuación todos rehusan, pero como insista, cada quisque indica lo que prefiere, después de escoger un rato; cuando todos están servidos, el espléndido obsequiante se dirige al mozo: "eso es mío, que me lo apunten".

Del interior surgen ruidos diversos, de las bolas de marfil que ruedan y chocan sobre el paño del billar; de las cuentas en el ábaco; de las zapatillas que se despegan; de voces que aprueban, censuran, aconsejan: "buena carambola, le faltó gas, dale piquete contrario; señores, voy cinco pesos más; ¿quién quiere apostar la cerveza para la valla?" Y gritos que pregonan: "esa carambola no fue, sí fue, cogió un pelo nada más"; "caballero, los mirones son de palo". Del fondo llega un amortiguado ruido de monedas: es el reservado de los jugadores, donde a las veces se arruina una familia y otras se pierden fuertes sumas que no se pagan. Una carcajada tonante estalla en la cantina, dominando todos los ruidos, coreada por gritos y risotadas. "¿Qué pasa?" interrogan varios a la vez: "Sedano ha sorprendido a Chiro, pegado a la botella de horchata". "¿Y qué? "Pues dale, que después se toma un vaso de agua y ya tiene un refresco gratis". Y entonces se ríe la broma que el mismo perjudicado celebra: "Este Chiro es el diablo; lo que no se le ocurre a él..." Y así discurre la velada, igual a la de ayer y a la de mañana, e idéntica a

las trescientas sesenta y cinco del año, siendo contadas aquellas en las que un suceso trascendental cómico o trágico agita los ánimos. Y esta es una de ellas. Sonadas las diez, presuroso, cae como piedra en medio del grupo Antoñito, apodado *Gacetilla*, bullebulle, un don Pedro joven:

—Señores, la gran noticia; la Suprema Corte de Justicia acaba de condenar a muerte a Miguel Perdomo.

—Eso no es verdad.

—No es posible.

—¿Qué va!

—Pues, sí, señores; he oído ahora mismo leer la sentencia, y sé más: mañana le ejecutan.

La nueva se difunde desde la acera al patio; los de la partida de billar, los tacos suspendidos, se allegan a la puerta. Todos se levantan rodeando a *Gacetilla*, inquiriendo la cara que puso cuando le leyeron la sentencia, y si el abogado no apelará al recurso en gracia. Y las disputas comienzan:

—Bien condenado. ¡Así se hace justicia!

—¡Qué va! Muy injusta la sentencia.

—A mí me ha dicho un abogado que la premeditación, la asechanza y la alevosía eran evidentes.

—Ese no sabe nada. A mí me ha dicho mi compadre el Licenciado Julián Alonzo, que tiene mucho tabaco en la vejiga, que hay muchas circunstancias atenuantes en su favor.

—Yo digo que no la afusilan, el general lo sarva, y si no, jum!

Los tertulios, graves y prudentes, antes de que las lenguas muevan las manos o se metan en camisas de once varas, barajando nombres y cosas de la política, toman el camino del olivo, a contar el caso a la mujer en la cama o mientras llamando el sueño y en calzoncillos se balancean en la hamaca. La primera impresión causada por la noticia pasa: los de la partida tornan a sus carambolas y los grupos de la acera, menos numerosos, aunque más animados, se restablecen. Uno, que presume de estar bien enterado, toma la palabra.

—¡Me parece imposible! Ahí hay gato en macuto... Fíjense ustedes: hace más de seis meses largos que mató a Eugenio Silva y durante este tiempo ha permanecido arrestado en la Gobernación, y todo el mundo sabe que dormía en su casa y, según dicen don Pedro, el Coronel y otros, ha obligado a su mujer, pu-

ñal en mano, a escribir cartas confesando falta que sin duda no cometió, y, en una palabra, ha tenido libertad para preparar los medios de defensa; y cuando esperábamos verle salir a la cabeza de una columna a sofocar el primer movimiento revolucionario, resulta condenado a muerte y lo ejecutan mañana mismo... ¡Ahí hay algo oculto!

—Sí; pero la cosa no es tan fácil de pelar; el hombre tiene amigos y prestigio y no se van a aguantar esa.

—Por eso lo fusilan mañana, y después de enterrado, no sucederá nada. Lilís sabe que pescuezo no retoña.

—A la verdad, que el país gana con su muerte. Era un hombre peligroso, bravo y malo hasta la crueldad. Cuentan que mató a un pobre soldado porque le pidió la candela.

—Ahí vienen dos que deben estar bien informados.

Arturo Aybar y Fabio Franco se acercan al grupo.

—¿Qué noticias tienes, Arturo, de la sentencia de Miguel Perdomo?

Y el aludido, con voz campanuda:

—Pues, sencillamente, que la Suprema Corte de Justicia de la República, después de más de tres horas de deliberación, ha calificado el hecho de asesinato, de acuerdo con el artículo 296 del Código Penal, que dice: "el homicidio cometido con premeditación y asechanza se califica de asesinato", aplicando la pena de muerte, señalada por el artículo 302. Y que para mañana en la tarde se anuncia la ejecución.

—Pero aún le resta el recurso en gracia.

—Sí, pero... el Presidente anda por las comarcas del Sur en atenciones urgentes del servicio.

—Hasta que no lo vea no lo creo.

—El abogado defensor, interviene Franco, ha estado estupendo. No será un gran jurista, pero como poeta ha rayado a gran altura. ¡Qué mociones de afecto! A la verdad que conmovió bien al auditorio. Un jurado le habría absuelto.

—Y un juez de derecho no debía condenarle —interrumpe Aybar—. Fui amigo de Silva, quiero y respeto su memoria, pero nadie ignora la causa que armó el brazo de su matador y hasta qué punto Silva provocó la tragedia. Las circunstancias atenuantes habrían sido estimadas, si la política...

—¡Cuidado, caballeros, que las paredes oyen!

En este momento llega el Coronel, esbelto, de manos pulidas de ocioso, maneras señoriles, antaño rico, y cuya profesión es buhar cuanto pasa en la República.

Y acariciándose la lengua barba blanca, y con aire misterioso, sopla más que dice:

—Señores, el toro está en la plaza. En la Gobernación hay mucho movimiento de gente armada. Hace un momento vi entrar al Ministro de lo Interior acompañado de Enrique Alfau. Dicen que por el Cibao la cosa no anda bien y que Moya ha salido de Turks Island con los expulsos. —Y en voz alta—: yo, ya ustedes saben, estoy con el compai Lilís, que representa las ideas de orden. Soy santanista viejo y baecista consecuente; pero esto se embrolla porque los liberales quieren mangonear.

Un hombre, portando fusil, entra en la cantina, y pide un trago de ron. El Coronel se le acerca afectuoso, habla con él y regresa al grupo.

—Señores, ¿no les decía?, están echando *cabalonga*, han preso a unos cuantos *moyistas* y van a coger por la pinta.

Los grupos se disuelven rápida y sigilosamente. El café queda desierto. De rato en rato entra un hombre armado que pide a crédito un sanguiche y un trago de ron. Arturo Aybar y Fabio Franco, se marchan juntos, sentándose en un banco del parque, bajo un laurel.

—¿Crées tú, Arturo, que Miguel Perdomo sea ejecutado mañana?

—Ya lo creo; el Presidente no conmutará la pena para que se cumpla el voto de la ley, ante cuya majestad se inclinará respetuoso.

Pero ha sido su amigo, le ha prestado servicios y...

—Ya no se los prestaría de igual calidad y, por el contrario, puede convertirse en un peligro. En primer término, hombre soberbio, habituado a hacer su voluntad, no perdonará el proceso, pues, cuando mató, se consideraba por encima de la ley; y a la verdad, teniendo en cuenta nuestro medio, someterlo a los tribunales ha sido convertirlo en un ciudadano cualquiera, en hijo de Ma-Chepa.

—Sí, pero le han dado medios amplios para preparar su defensa.

—Sí, pero también se ha ganado tiempo, se han cambiado autoridades y mañana su muerte no engendrará hechos que interrumpen el orden, es decir, el goce pacífico del poder. Y procediendo así, Lilís es cuerdo aunque sea ingrato. Pon atención. Miguel Perdomo es un impulsivo, cruel; tenía amigos porque mandaba, y a los cuales debía ayuda; no era un servidor obligado a obedecer pasivamente, sino un colaborador; quería, pues, su parte y ésta, aumentándose en la medida de sus aspiraciones, pronto se habría hecho molesto y demasiado caro. Además, el pasado de cuatrero en las fronteras hasta Presidente de la República, excita y justifica las ambiciones de los que siendo valientes y audaces y no comprendiendo cuál es su verdadera superioridad, piensan que ellos son iguales. Y nunca mejor ocasión que ésta, para suprimir inconveniente serio, sin que amigos ni adversarios le cobren la sangre que va a ser vertida mañana. Este muerto es de la ley, dirá él, y aparentemente tiene razón.

—¿Por qué aparentemente? ¿Crees tú que los jueces...?

—¿No son los jueces lilisistas? ¿Y quién se atreve en este país a condenar a muerte a un amigo del Presidente, y, sobre todo, de Lilís, sin estar seguro de que previamente lo ha sido por él?

—No, chico, eso es demasiado. A ti te ciega la pasión. En la Corte y en los tribunales hay hombres honestos. Pero, en parte, tienes razón. No creo yo que los jueces hayan recibido una orden, aunque sí sospecho que en esa sentencia escasa de equidad, han influido sentimientos extraños a la función. Me explicaré: entre la ley escrita y el juez que la aplica, está el hombre, es decir, sus ideas, intereses y pasiones. Cuántas veces una persona desconocida nos inspira tal antipatía que nos alegraríamos de que sufriera agravios, y cuántas palabras o actos ajenos nos impulsan a odiar a su autor con vehemencia bastante, si no acarreará responsabilidad, a dañarle sin medida.

—No seas bobo. No busques causa tan honda a un suceso vulgar. Este proceso ha sido una comedia. Y hasta el mismo abogado, ducho en tales artes, sabía perfectamente que su elocuencia vacua e hinchada no hurtaría esa carne al plomo.

—Oyéndote, cualquiera diría que te interesa especialmente la existencia del asesino de Silva.

—Pues sí, me importa todo elemento que sirva o pueda servir para acabar con Lilís, y Perdomo habría sido un revolucio-



nario eficaz, y más en este momento; ya todo está listo, no lo dudes: antes de dos meses estaremos en el Palacio regenerando la patria, limpiándola de ladrones y asesinos.

—¡Ahí! ¿de modo que para encender la hoguera, ustedes no escogen la leña, sino que aceptan todo, bueno y malo? Entonces, vale más evitar una convulsión al país y dejar que pacíficamente los buenos lleguen al Gobierno.

—¿Pacíficamente? No seas cándido. Los malos, que son muchos, acabarán antes con los pocos buenos. A Lilís y los suyos hay que tumbarlos, y para sanar las llagas del país, es necesario el hierro y el fuego... Además, en la colectividad energicamente encaminada al bien se purgan los vicios individuales, y tales detalles no impiden la armonía del conjunto. ¿Acaso se advierten en la euritmia de la Catedral las lacras de sus piedras? Lo primero es destruir lo malo y para esa labor todo brazo es útil; luego edificaremos seleccionando y desde la base a la flecha, créeme, el templo será fuerte, hermoso y puro.

—No estamos de acuerdo. En las vísperas de cada revolución, los de buena fe han pensado así, creyendo que de los campeonatos saldría virgen, sin mácula alguna, la libertad, y al día siguiente hemos tenido un nuevo tirano, seguido de sicarios, hambrientos de goces, ignaros, y cada vez peores, por que los últimos proceden de más abajo. Y si no, recuerda nombres. No, antes que volver a las revoluciones mensuales, a los presidentes cuarentenarios, como las mujeres paridas; a los motines militares, a ese estado de anarquía que relajó todos los vínculos, aun los más sagrados, hasta producir la bancarrota del ideal de independencia, liquidando la República en 1861, es preferible lo presente. El valor de Lilís, el temor que inspira, garantizan el orden; el pueblo ve en él al guerrillero audaz, afortunado e implacable, que si cumple el decreto de San Fernando fusilando a su propio cuñado, cuando cae en el Cabao con un balazo en la nuca, se incorpora en seguida, se estanca la sangre aplicando a la herida lodo, y *cabo* en mano, echa *pa lante* a su gente hasta coronar la loma atrincherada. Y mientras, el país evolucionará, la tierra cultivada cuajará frutos y de las escuelas nacerá una generación mejor preparada que la actual para el goce y los deberes de la democracia.

¡Ah! ¿esas tenemos? Los sofismas falaces de Enrique Alfau mellan tu espíritu, y te inclinan del lado de los hombres prácticos, que lo son, no por más ,iptos para regir la vida nacional dentro de la realidad, sino porque medran a costa del país, cada día más pobre. ¡Los prácticos! Ellos fueron los que antes de creada la república, buscaban el protectorado de una potencia extranjera, porque han tenido siempre espíritu de siervos; ellos apoyaron a Santana contra los febreristas, calificándoles despectivamente de ilusos, literatos, filorios, a pesar de ser los fundadores de la patria. Y si no, suprime la acción de Sánchez el 27 de febrero, y Santana seguirá más o menos bien avenido con los haitianos, mandando milicias o cebando reses en su hato del Prado. ¡Los prácticos! Son los mismos que alzaron el patíbulo de María Trinidad Sánchez, una libertadora, para conmemorar el primer aniversario de la República, y más tarde el de Duvergé, el más simpático de los paladines de la Independencia, y sirviendo a Santana sumieron la República en la cima de la anexión a España, caso único en la América, crimen incalificable. Ellos fueron los asesinos de Sánchez en el Cercado; los partidarios de Báez y de su proyecto de anexión a Estados Unidos; los de Cabral y sus errores; los que desviaron a González de la ruta trazada por la cordial revolución de noviembre, derribaron a Espaillat, y asistieron a Meriño en sus claudicaciones, cuando de elocuente verbo del liberalismo se convierte en dictador. Y en cuanto al presente, observa con calma: Lilís, Presidente, y abre el voluminoso registro de fraudes y fusilamientos. Esos son los prácticos, que Enrique Alfau admira por miedo o porque le place medrar con ellos.

—He oído mi nombre; apostarí que Arturo está hablando mal de mí.

El aludido ha llegado protegido por las sombras.

—Sí, de ti y del Gobierno, ¿y qué?

—Bueno, pues entonces, para variar, hablemos bien de alguien, de un muerto que ya no nos quita pan ni aire: de nuestro amigo Silva.

—No, dejémosle dormir bajo la tierra, pues si hablamos de él, Arturo le discutirá como hombre y yo como poeta.

—Es verdad; ustedes son intransigentes, y como no han sufrido, navegan con viento en popa, encuentran siempre el cu-

bierto en la mesa a la hora, no pueden comprender a los que nadan en contra de la corriente y tienen que conquistar a puñetazos su puesto al sol. Pero ello no empece para que los tres paguemos nuestra deuda a la memoria de Silva, reuniendo sus poesías en un volumen.

—Acepto la idea, por más que éste, como poeta, no cumplió la función social...

—No, acepta sin comentar.

—Un momento. Creo que ustedes le concederán a mi voto calidad en la materia, siquiera por que mis versos me han valido de la prensa el dictado de vate distinguido, y esperanza de la poesía quisqueyana. Eugenio Silva, en cuanto poeta, antes pierde que gana con la lectura; lo que encanta al auditor, la música de sus rimas, desilusiona al lector, que descubre pronto la trivialidad de las ideas y las vulgaridades de expresión. Él no era poeta, sí un trovero. Escucharle cantar a la luz de la luna, acompañándose de la guitarra, era gustar una emoción que se pierde cuando a las palabras no se acoplan las notas y las decoraciones nocturnas. Además, para perdurar, no ha menester de la letra impresa. El libro lo leerían cincuenta personas y después se apolillaría en las bibliotecas o, luego de rodar gracioso de mano en mano, terminarían sus páginas por convertirse en papelillos en los cabellos de alguna hermosa, mientras que sus canciones han penetrado hasta el alma del pueblo, están escritas con sangre en su memoria, y cuando su propio nombre sea olvidado, los que sientan alegrías o sufran penas de amor las entonarán junto a la reja reviviendo aquella tristeza recóndita que colmaba su copa de licor o le arrojaba al peligro con temeridad; esa dulzura cariciosa que suspira en las cuerdas. El mejor tributo, es dejar que duerma bajo la tierra, que nutra rosales, y que sus canciones arrullen, enamoren y pierdan mujeres.

—Muy bien dicho y mejor pensado. Desisto de mi proyecto.

—Tiene razón Fabio; el poeta es la flor de la raza, un...

—Por favor, Arturo, no nos repitas por centésima vez tu teoría del poeta y de su función social, que ya conocemos. No, ni una palabra más: no le dispersemos.

—Sí, vamos a llamarle para decirle una vez más adiós, depositando flores en su tumba.

—¡Gracias a Dios que al fin tienes una idea grata a los tres! Fabio, corta todas las flores que haya en los arriates del parque, que nunca se infringirán los reglamentos municipales con más noble fin, en tanto le digo a Arturo algo que interesa.

—¿A mí? ¿qué?

—Oyeme con calma. Vengo de la Gobernación, donde he dado una batalla, hasta lograr que te borrarán de la lista de los que están prendiendo. Es necesario que seas más prudente; cuanto se dice y hace, se sabe en Palacio, y entre vosotros mismos... ¿me entiendes?

—Chico, te lo agradezco, porque sé que eres sincero, pero conste que no le temo a la cárcel y me agradan más los odios que los favores del tirano...

—Aquí traigo un brazado de rosas y azucenas.

—Pues andando a cumplir nuestra peregrinación al cementerio. Habrá que saltar las tapias.

—No importa, las salvaremos.

—Sí importa, y mucho. Mañana se dirá que yo he violado el sagrado recinto para ritos diabólicos o para conspirar con los muertos, escandalizándose los hombres de orden, que se inclinarán ante la augusta majestad de la ley cuando Perdomo se desgaje como fruto podrido.

—Tiene razón Arturo. Esperemos la aurora, y con el primer rayo de luz le enviaremos al poeta los *buenos días*. ¡Pobre Silva! Acaso la tierra que le guarda sólo críe cardos y yerbas amargas, y en la tumba de su matador florezcan rosales...

Y los tres camaradas, alejándose de la plaza, se internaron por el túnel sombrío de la calle del Conde, perfumándolo con su votiva carga floral.

## VI

Mañana de primavera. Brisa fresca. El sol corusca en las calles, cabrillea en los follajes, y su pincel, a la manera florentina, dora las piedras, detallando minucioso los matices en las que el tiempo gafa y lima. A la vista se nota extraordinaria animación urbana. La calle del Conde tiene aspecto ferial. En las aceras, mercaderes y transeúntes que charlan a voces; en el arroyo caballos, burros y hombres. A las puertas de las tiendas, las bestias atadas a las aldabas, obligan al pasante a ir saltando la comba, pues los lazos le interceptan la vía y si alguien apoya el pie en la soga sujetándola contra el piso, el animal, molestado en su reposo y señorío, alza con violencia la cabeza y el inadvertido aterra. Los tenderos y dependientes solicitan a grito herido a los campesinos, los atraen llamándoles compadres y amigos y prometiéndoles las mejores cosas a precios módicos. En las cuadras próximas al parque, están los establecimientos de fantasía; en las últimas, en la zona denominada El Navarajo, los del giro ordinario, cuya parroquia es la rural. Unos y otros son bazares donde se vende de todo, sin valor fijo, por lo cual, precede a cada transacción un cuarto de hora de regateo. El mercadante pondera la bondad de la mercancía, el coste en el país de origen, los derechos crecidos, los muchos gastos, y se lamenta de su poca ganancia, mientras el marchante voltea el objeto en las manos o, si es tela, la frota entre el pulgar y el índice, cal-

culando cuánto puede gastar. Estos campesinos proceden de los pueblos cercanos a la capital. En su inayoría, entran a la del alba, con granos, frutos y legumbres para el mercado. Algunos, apenas unos cuantos huevos, el par de pollos, o dos o tres libras de café, y para eso rinden jornadas de más de diez leguas; otras, van de puerta en puerta proponiendo cambiar una gallina por un gato cazador o colocar una muchacha como sirvienta. Los hay blancos puros, anémicos, la piel curtida por el sol ha adquirido tonos de marfil viejo; negros, vigorosos, de labios rojos y espesos; mulatos de áspera piel, cual si fuera hecha de hojas de tabaco; negros de rasgos finos, de cutis brillante, que se dijieran tallados en caoba o en ébano, según el matiz. Visten camisas de algodón crudo o a rayas, de la tela conocida en el país con el nombre de *listao*, pantalón del dril denominado *fuerte azul*; los pies descalzos, duros como cascos, o, los vecinos de tierras cálidas, calzados con soleta, especie de sandalia fabricada de suela y anudada en el pulgar, y el pantalón arrollado a media pierna para librarlo del fango. Al cinto, cuchillo de monte cachi-cuerno marca *Collins*, o revólver de pistón. Montan caballos pequeños, aguilillas de asombrosa resistencia; a las veces, yeguas seguidas de potricos retozones y asnos, y bueyes regidos por el narigón. Las mujeres visten polleras, cruzando el brial con pañuelo de madrás; las más jóvenes, iniciadas en los secretos de la moda, trajes de prusiana de colores subidos confeccionados por *señoritingas* de la ciudad; las faldas remangadas hasta la pantorrilla y sostenidas en la cintura por tiras de majagua; las cabelleras lanudas cubiertas con pañuelos blancos o de hierbas, esquinados. Y tales trapos mal olientes suelen velar carnes abri-leñas, dignas rivales, por la gracia de las formas, de la Diana de Houdon. Andan como autómatas, descansando el busto en las nalgas prominentes o descaderándose, asustadas, mostrando entre el coral de los belfos los dientes niveos. Su parla es barroca, y en ella se mezclan palabras arcaicas o deformadas por la pronunciación bárbara y términos de germanía criolla. Ignorantes, suspicaces, aleccionados en la lucha con los animales cimarrones de mejores intenciones que sus prójimos; rijosos, miserables, en una tierra que es milagro de fecundidad, y cuyas arenas se engríen oro; avaros, cuando apañan una onza la entierran. Proveen el mercado de las generosas viandas que el

suelo cría, de las ricas frutas que el sol madura, de los cereales que cultivan en sus conucos, y de carbón vegetal, aves y contadas libras de ese polvillo de acero, el *fundé*, manjar tan raro como sabroso. En cambio, compran telas bastas y de colores chillones, provisiones, aguardiente, avalorios, pólvora, cápsulas de revólver y sal. Cuando la gente de los campos almacena sal, es signo de que las propagandas revolucionarias han llegado hasta sus labranzas, y los tiros sonarán pronto. Pobres, tristes, cimarrones, dan en la mañana primaveral sensaciones de olor y color, y plantean a la gavilla dirigente problemas inquietantes que interrogan capciosamente el porvenir.

Entre ellos discurre, imperioso, satisfecho, caballero en potro de bríos, castigado con frecuencia, un jefe rural. Blanco tostado por el sol o mulato lacertoso y viril o negro ventruado, zanareño, astuto. Viste guerrera de rayadillo o de fuerte azul, cerrada hasta el cuello por botones dorados con las armas nacionales estampadas, sombrero de panamá de amplias alas, zapatos de becerro y terciado del hombro derecho a la axila izquierda con banda de hilo de colores o ceñido a la cintura, el clásico machete de cabo, curvo como el alfange, empuñadura de cuerno, con incrustaciones de plata, nácar y vidrio. Es la insignia del mando en todas las jerarquías militares, pero desde que los seibanos olvidaron su esgrima en los combates y en los duelos, no sale de la vaina de cuero historiada para empresas de honor, sí para cortar cercas de alambre de púas y dar de plano a soldados en los cuarteles y en las peleas. So la guerrera asoma el cañón de viejo revólver de ordenanza francés. Va y viene, caracolea, se desmonta a la puerta de algún compadre, estrecha las manos, relata cuentos interminables y en los cuales oculta siempre una intención, se ríe a carcajadas y hace sonar en la acera las espuelas de plata de gallo enarbolado. Es jefe Comunal o de Fuerzas Cívicas o Alcalde Pedáneo, no importa. En realidad, señor de horca y cuchillo, representa al Gobierno que le apoya y en cambio mantiene el orden en la Sección, recluta *quintos* para el servicio militar, y provee de electores las urnas en los días comiciales. Su autoridad es poderosa: cobra gabelas, tiene derecho de pernada, granjeando hacienda y prole numerosa, y sobre la base de la riqueza y la familia, asienta un poder que desde el Presidente hasta el último de sus vecinos recono-

cen y acatan. En Palacio se le agasaja, se le escucha, y al partir lleva unos cuantos pesos, montura fina o revólver, obsequio del General, quien, además, le escribe a menudo, y él, cuando recibe la carta, la coloca en el bolsillo de pecho de la chamarra, de modo que se vea el escudo nacional impreso en el sobre, ensilla, y va de bohío en bohío haciéndola leer, para que se enteren de que el Presidente le califica de *querido amigo, elemento prestigioso y de orden*, zarandeándose en el caballo que le regalara un labriego acomodándose para que le libre el hijo de la leva. Es la personificación del principio autoridad; ante él se inclina, como buey que se unce dominado por la tradición, el rústico de las campiñas, propietario de unas fanegadas de tierra sembradas de maíz, y de mujer o hija más galana que mazorcas y espigas. Cuando Arturo Aybar se cruza con él, exclama señalándolo: "esa es la piedra angular de nuestras instituciones democráticas. Él soporta en el filo del machete el poder que se guarece en el Palacio Nacional. ¡Salve, guardián del orden!"

En el arroyo, hombres y bestias se enredan, formando meandros. Trafican carretas, agobiados los animales de tiro por la carga excesiva aumentada con el peso del carretero; burros apaleados, arrastrando haces de cañas largas, gruesas, reventones de miel y encima de ellos algún cochinitillo que guaño sin cesar. El tráfico se interrumpe, los peatones se precipitan hacia las aceras, las bestias se arremolinan y encabritan: un gran carro estivado de sacos de azúcar o de cal circula al paso tardo de sus dos yuntas, o el tranvía que rueda tirado por un par de caballos flacos, a los cuales, según se murmura, el gerente de la empresa pone espejuelos verdes para que alucinados vean en la paja seca el herrén de los granos frescos.

De rato en rato, un coche desvencijado, cuyo herraje cruje en los hoyos y zanjas de las calles amenazando detenerse para siempre, rompe con sus paseantes limpias y hermosas, el concierto callejero en tono mayor de gritos, colores y efluvios. Hoy, los coches de punto están todos en fagina. Son tres, gemelos y atacados de idéntico mal y en cuanto a los cuartagos, se piensa que han sido vaciados en el mismo molde, y los aurigas, tipos originales, dos españoles y un criollo, gente buena, que prueban la existencia del movimiento continuo tirando de las riendas y chasqueando fusta y lengua. El uno es dueño de patriar-



cales barbas negras, partidas en el mentón; el otro pequeño, esmirriado, y el aborigen, recio, atezado y charlatán. Entre ellos y los ocupantes, durante el travecto o el paseo, se mantienen animadas conversaciones. También los dos o tres carruajes que son el lujo y regalo de acaudalados, con sus arreos nuevos, tra-jinan conduciendo damas. Es el último recurso del abogado de Miguel Perdomo: que las señoras soliciten la gracia, imaginando que la piedad de ellas prevalecerá contra las pasiones y se hará oír del Presidente, quien acaso a esta hora, en lejano caserío fronterizo, jinetea, baila, hierra novillos, desvirga o fusila adversarios plácidamente.

Cuando Helios fustiga sus corceles para que asciendan al zénit, sus latigazos empujan a los campesinos fuera de la ciudad y en fila, acoplados los de cuatro y los de dos pies, llevando las noticias y propagandas maleantes de la ciudad, salen por la Puerta del Conde, en cuyo frontis, grandes letras negras promulgan que es "dulce y decoroso morir por la patria", lo que nadie comprende, sin duda, porque está escrito en latín de la casa de Bruto. Y la calle se entrega al sol, que se ocupa en menesteres tan humildes como transformar cortezas vegetales en joyas, secar el arroyo enaguazado y pulir los rieles que zebrea el polvo.

A la una de la tarde, en la Capilla de la Torre del Homenaje, el reo espera en compañía de amigos que sostienen su confianza. El General extenderá su mano amiga arrancándole al patíbulo y después... una noche oscura, el centinela dormido, un bote que le aguarda y una vela que le conducirá libre a cualquiera de las islas vecinas, y luego... el tiempo y los sucesos. En este país se olvida pronto y nadie se anula para siempre. Y Perdomo fuma y charla sosegadamente. Cuando la duda le asalta, frunce las cejas y muerde el cigarro escupiendo con ira. Los minutos vuelan. En el patio de la fortaleza, los soldados limpian las armas, preparan las ropas. A las dos, un su amigo, sacerdote, entra.. El Ministro de lo Interior ha fijado el destino. El Presidente se inclina respetuoso ante la Majestad de la Ley. La frente de Perdomo se arruga, las venas en las sienes y el cuello se acusan pletóricas, manchas cárdenas en las mejillas, la boca se contrae. Al instante, la piel se vuelve sudosa y sus pliegues flácidos; una mascarilla de cera le cubre el rostro y ligero tem-

blor agita labios y manos. Los amigos se alejan. El cura le ofrece el perdón, el cielo venturoso, como merced del divino ajusticiado nazareno.

A las tres, rompe en plañidos el bronce del campanario de la Santa Iglesia Catedral; las ondas se difunden, y desde los cuatro puntos cardinales le responden las esquilas de Santa Bárbara, Las Mercedes, San Miguel y San Lázaro, las del Convento Dominicó y Regina Angelórum, Nuestra Señora del Carmen y San Andrés, y desde la colina que la sustenta, San Carlos; y humedecida por el cejo, la de Nuestra Señora de los Remedios, y tímida, suave, cual si velada por el lino de las tocas, la de Santa Clara. Las notas tristes, acordándose entre sí, penetran seres y piedras y llegan hasta la Capilla. Miguel Perdomo, la cabeza caída sobre el pecho, el cigarro preso entre los dientes, evoca la fuerza de otros días, cuando su mano airada abatía hombres, y sus pasiones e intereses se satisfacían con sangre; y ahora, todavía en la plenitud de la vida, otra voluntad, terrible, omnipotente, se impone a la suya. Y mira ante sí las armas relucientes. Un escalofrío le recorre el cuerpo, parpadea febril como para borrar de las pupilas la imagen espantosa. Se escucha el ritmo impetuoso de sus arterias. Y la tardía reflexión de los vencidos, le rememora las ocasiones en que pudo destruir el brazo que hoy le apresa. ¡Ah! ¡quién lo hubiera previsto! Un rictus le recoge los labios. Sonríe. Aún hay esperanza. ¿Por qué no? ¡Quién sabe! El mismo General... sus amigos... los soldados... lo extraordinario..., el milagro. Sí. Engalla la testa. Y alentando su esperanza hasta la certidumbre, se mira de nuevo encumbrado y, bajo sus plantas, rodando a puntapiés, cuerpos de enemigos muertos: el General y los otros; todos, sí... Las narecmshu sean, palpitan de placer, respira con vigor, y los cuatro muros verdosos se alejan, abriendo espacio que contiene los encantos de los jardines elíseos. ¡Ah! la vida, ¡qué gran bien! Y las campanas desgranán su oración en el silencio pleno de sol.

Mediadas las cuatro, el clarín ordena en marcha, y por el portón de la Fuerza, asoma la escuadra de gastadores. Detrás, las bandas de cornetas y tambores, el Comandante a caballo, y en dos filas paralelas a las aceras, las tropas, de uno en fondo, armas terciadas, marchan al paso ordinario. En el centro, el reo, de brazo del sacerdote y de un amigo. La fúnebre procesión

toma por la calle del Arquillo, a cuyo término, extramuros, está el Cementerio. Una trulla de chiquillos, sucios, rotos, la precede. En las aceras se apiña gente abigarrada, representante de todas las clases sociales que la siguen. Son los que desean ver si muere como un bravo: señorones, ciudadanos descalzos, intelectuales y prostitutas que sueñan las faldas al compás de menos serpentinos. Las miradas convertidas al reo, expían las piernas, los ojos, la palidez, calculando su coraje. La tropa, al son de las cornetas a la sordina y de los atambores destemplados, marca el paso, sin orden, sacando unos el pie derecho, otros el izquierdo, campesinos desgachados, molestos por el uniforme, torturados por los recios zapatos, asaz pequeños o sobrado grandes. Al lado, los oficiales, jóvenes, limpios, serios, la espada terciada. Las lenguas soplan al oído: "las autoridades están recelosas, temen que ocurra algo". "Una de las compañías del batallón procede de la provincia que Perdomo gobernó; estos hombres le son adictos, y en previsión ha sido parqueada a diez tiros mientras que las otras cargan ciento por cartuchera". "Usted verá. Lo prudente es no ir" se opina. "No crea usted en gambusinos" se replica. Las puertas y ventanas, cerradas. Del interior de las casas se escapan por las celosías abejas de rezos. Las esquilas doblan a muerto. El sol alumbraba desde el claro cielo azul. El convoy llega al Camposanto. A la voz del Comandante, los soldados, lentos, unos después de otros, forman los tres lados del cuadro, siendo el cuarto, la verja de hierro que limita la ciudad de los muertos. Frente a una de las columnas de la puerta se coloca al reo. El campo es el antiguo rastrillo de la Puerta del Conde. En lo alto de las murallas centenares de cabezas, que vistas de lejos harían pensar en un castigo formidable o en holocausto horrible. La multitud se extiende orillando las tropas, comprimiéndose, para ver de cerca; sus pies destrozan las *bruscas*, *escobitas* y *coquillos* que allí prosperan para satisfacción de las bestias de tiro y carga de la ciudad cuyo es ese pasto. Al norte, las casitas de madera y los bohíos del pueblo de San Carlos, trepan por las dos calles escarpadas y pedregosas. Un vallado de piñones limita el camino de *Mis amores*, separado por dos casas del de Güibia, que se abre, por delante de la Necrópolis, taraceado por la sombra de los ramajes, cual piel de boa. Algunas casitas recién construidas, interponiéndose entre

el ojo y la costa, gradúan la perspectiva del mar que cierra al mediodía el polígono con su ancha línea de azul.

Ni una voz. Los ojos están clavados en el que va a morir. La bestia humana respira anhelante. De improviso, brusco movimiento de retroceso se inicia en las primeras filas. La masa oscila sobre sí; un soplo de pánico la sacude, se escuchan gritos de mujeres e interjecciones varoniles. "Lo que se temía: la compañía ha libertado al reo. No, se ha escapado. No... la revolución". La muchedumbre, arrollándose, va a desbordarse; pero otras voces la detienen: "no es nada, el caballo del Comandante que se encabritó". ¡Qué descanso! El espectáculo prosigue y el público se empina para ver mejor.

Cuatro soldados, a la voz del oficial, avanzan encarándose con el reo. La emoción oprime los pechos. El oficial levanta el sable. El pelotón apunta. El sable relampaguea hasta el suelo, y al mismo tiempo, en el silencio mortal, la voz viril de Miguel Perdomo impone:

—¡Fuego!

La descarga rompe el cristal del aire. El cuerpo herido se dobla y cae pesadamente. Entonces el oficial avanza, en la diestra el revólver de ordenanza, pálido y grave, y apoyándolo en el cráneo, dispara. El plomo rompe el temporal; la materia gris, como la pulpa de fruto exprimido, salpica la tapia. Un amigo empapa en la sangre blanco pañuelo, la multitud respira satisfecha. El olor de la sangre satura el espacio ardiente.

—De a cuatro derecha...

—Deré...

—De frente...

—Mar... —ordena el Comandante, y los capitanes transmiten. Las tropas retornan al cuartel, con avanzada de chiquillos gozosos. La multitud se aleja lentamente. Ha visto morir un valiente. Algunos no están contentos, porque el reo estaba muy amarillo y le temblaban las piernas. Ellos los han visto más enteros. "No es verdad", exclama otro, "Perdomo se ha portado bien. Era un cacho de hombre". Una negra, excitada, haciendo crujir las faldas rojas a grandes ramos, exclama:

—¡Paso é macho!

Zagueros, Arturo Aybar y Fabio Franco, quienes durante la ejecución han permanecido a la vera de la tumba de Eugenio

Silva, florecida y perfumada por las centifolias, las purpurinas y las siemprevivas que Carmen cultiva amorosa, se detienen al pasar frente al cadáver de Perdomo.

—Este ha pagado una deuda que no era totalmente saya. En sus culpas, todos hemos tenido parte, pues cuando sus actos de impulsivos servían nuestros intereses y pasiones, le aplaudíamos, sin tener en cuenta el origen. Y acaso ¿era él realmente culpable? ¿Qué otra cosa vio en torno suyo que voluntades criminales suprimiendo derechos? Su muerte, ni es ejemplo ni castigo. Ha caído porque así cuadra al sumo imperante de hoy, y la simiente maldita continuará fructificando.

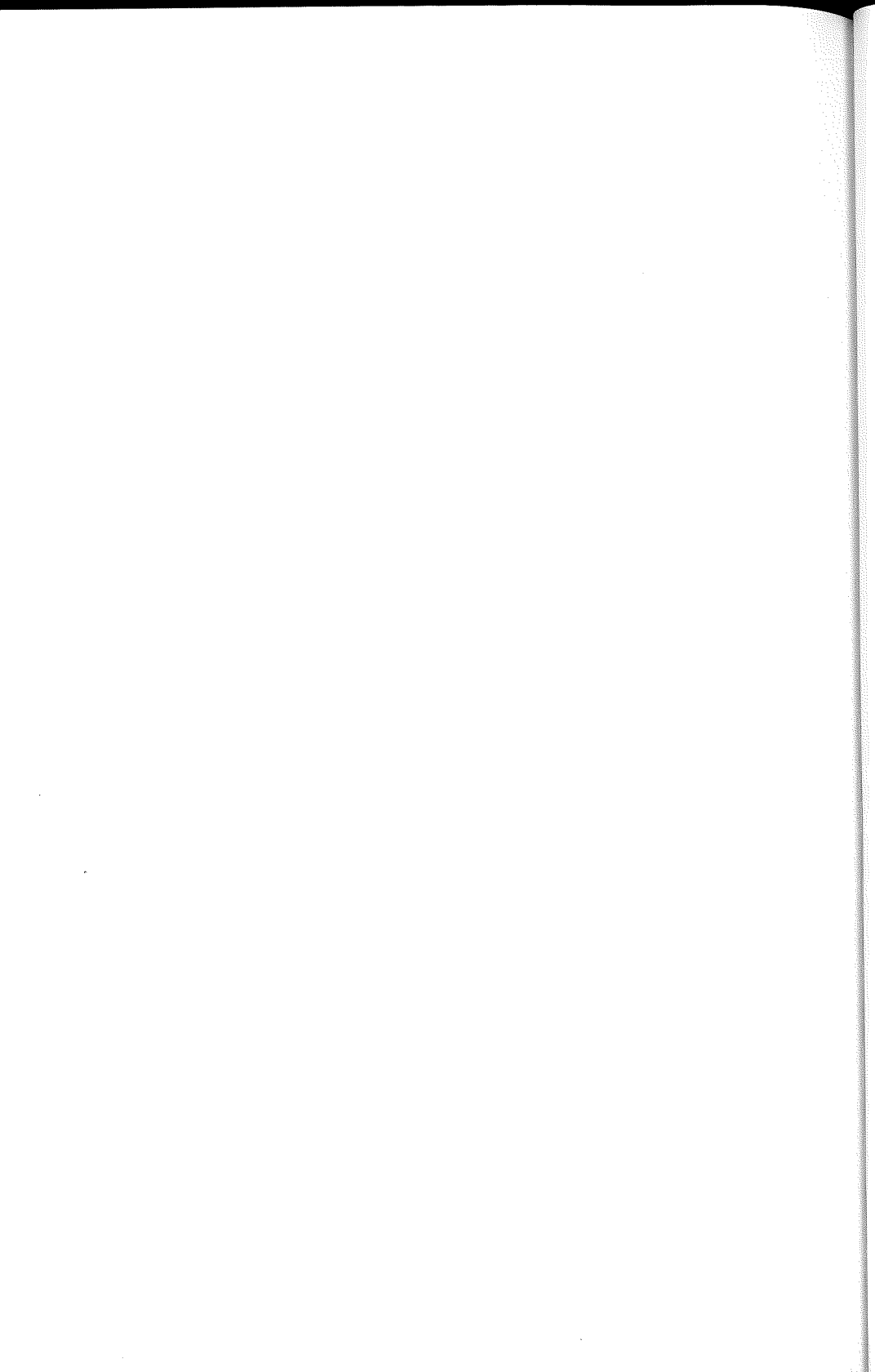
—Es triste y verdadero lo que dices, poeta. En cada patíbulo, en esta tierra, no se espía un crimen, sino muchos colectivos, y el reo es esa turba ignara que concurre a la función hecha unas pascuas sin comprender que es sobre ella, en realidad, sobre quien dispara el pelotón ejecutor. Esta noche, los padres de familia, mientras hacen sopas de migas en el pocillo de chocolate, relatarán las escenas de esta tarde, y mañana, los mocosos que les han escuchado, jugarán en las plazas “a los fusilamientos”, infiltrándose así en sus espíritus el desdén por las ajenas y propias vidas. Y lo doloroso, es que el camino descampado está a la vista, amplio y llano y nos obstinamos en andar por atajos peligrosos, y cuando amputamos un brazo creemos haber extirpado un sistema. En horas como estas, dudo y casi le concedo la razón a Enrique Alfau... Pero no, hay que tener fe; el perro enfermo, instintivamente encuentra la planta medicinal, y en ciertas crisis orgánicas, salud y muerte son términos de ecuación. Sí, es necesario luchar, creer, esperar; del seno de las sombras caligionsas rotas por la revolución brotará la luz...

Y absorto, Arturo Aybar, con el índice señala el sol, cuya puesta maravillosa interrumpe su enfática peroración. Los jaballos ingentes incendiados crepitan chamuscando las nubes bajas; los flamboyanes y los pastos de maíz y yerba páez, movidos por la brisa, son crespos lagos ígneos; un ejército de lanzas, entre las cuales flamean banderolas, defiende las murallas, la garita que vigila sobre la Puerta de la Misericordia, es mira constelada de gemas, las casitas de San Carlos huyen por las cuestas, semejando rebaño de encendidos vellones, y la iglesia roja, arde desde los cimientos al aguilón, gigantesta pira consagrada

a su patrona Nuestra Señora de la Candelaria. Enjambres de pétalos enfloran cruces y túmulos en el Camposanto, y millares de flechas se clavan en las espaldas de la multitud que, por las calles paralelas de Las Mercedes, Conde y Arquillo, se aleja, envuelta en columnas de polvo de oro. Los rayos amortajan los despojos del reo. Y cuando la última paletada atiza la hoguera, avienta un puñado de ascuas; y sobre Santo Domingo de Guzmán se alza palio de púrpura sostenido por las torres de San Carlos y el Homenaje, cuyos flecos se irisan en las aguas del Caribe, como si la sangre de las tragedias del amor, de los nobles sacrificios patrióticos y de las viles conjuras políticas, manara por los labios de una sola herida lustrando la romántica ciudad gloriosa.

Paya de Marianao (Cuba),  
mayo-julio de 1910.

# SANGRE SOLAR





## I

Una flecha luminosa recorre el cielo de oriente a occidente. El canto del gallo saluda al sol. En el campamento, arrebuñado en los velos lácteos del alba, suenan voces soñolientas. Una corneta lanza al espacio las notas de la diana, alegres, ardorosas. En el extremo opuesto, otra le replica, acordándose ambas para despertar la hueste dormida. De los fuertes de la ciudad suben a su vez las voces de los clarines, enlazándose de unas en otras, como si corrieran por el cornisamento de la vieja muralla. Los hombres acantonados se arrancan del suelo. Se dijera que brotan de un solo impulso de las entrañas de la tierra. Estiran los brazos, bostezan, y a palmadas sacuden de las ropas briznas y terrones. Comienzan a oírse palabras, chistes e interjecciones de júbilo. Las cornetas continúan, cual si el espíritu de la tropa hablara por sus bocas metálicas. Improviso y simultáneamente se producen el estampido y la explosión: la granada pasó rasgando con violencia el aire.

—¡Ya emprincipian esos bolos! —exclama uno—. Esa es una jigüera de café que nos manda Perico.

—¡Diablo y negro!

Las cornetas prosiguen a más y mejor, tan claras, que casi declaman la letra de la diana. Segundo disparo; pero ahora, el proyectil atraviesa el campamento, precisamente por el espacio que ellas demarcan, reventando en cañaverál vecino.

—¡Que se callen esas cornetas! —gritan varios a un tiempo—. ¡Ese es Taulet, desde Santa Bárbara! ¡Maldito viejo!

La luz inunda la campiña, descubriendo el *cantón*, establecido en derredor de una casa de piedra en ruinas, circuida de amplio corredor. Frondosos mangos, mameyes y caimitos lo sombrean. La yerba desmedrada, el suelo ingrato, a trechos rocoso, de aspecto marino. El guano abre sus abanicos rígidos y la guáyiga empina sus airones. A retaguardia se descogen los campos de caña de un ingenio abandonado. Desde pequeña eminencia que corcova la sabaneta, se otea la iglesia de San Carlos, y la mirada zahorí, por entre la arboleda, adivina las fortificaciones del recinto de Santo Domingo de Guzmán, erizadas de cañones y fusiles. Los hombres van y vienen, confundiendo oficiales y soldados, en las manos un cacharro para cargar agua del pozo cercano, astillas de madera y piedras para hacer un fogón, y peroles de cocina. De bruces, algunos, soplan para que las brasas aceleren el hervor, mientras el compañero apresta el colador de tela y el café en polvo. Los previsores asan al rescoldo plátanos o batatas, restos de la ración de la víspera, y no falta quien, en asador hecho de gajo de guayabo, suspenda y voltée sobre las llamas vivas un trozo de carne salada. La algarabía crece con el concurso de vendedoras de leche, casabe y frutos de sartén que se disputan los adinerados, y cuya digestión exige estómagos de acero. La voz dominante de un oficial distribuye el servicio y los pelotones desfilan a relevar las guardias avanzadas.

Julián Civil, en la galería de la casa, se despereza, restregándose los ojos con el revés de la mano y con el meñique aseca las pestañas. En seguida peina los cabellos largos, crespos, alisándolos hacia la nuca. Es delgado, blanco, con ojos negros, nervioso, elegante. Bozo altanero le orla el labio. Breve el pie y finas las manos.

—¿Quién me da un trago de café? —interroga dirigiéndose a los grupos.

—Yo, mi jefe.

Y un soldado, mugriento, le alarga en un jarro las sobras de su desayuno.

Julián, sin vacilar, lo apura. La sensación de calor confortante que le invade el organismo, le hace sonreír.

—Gracias, muchacho. Y ahora, completa el favor: ensíllame el jaco, que voy a visitar los heridos.

Y en tanto, sentándose en la acera, desata las polainas de tela, arrolla el pantalón, y con cáscara de caña seca, raspa de las pantorrillas el lodo seco. Calzado de nuevo, se alza con agilidad taconeando con fuerza, y terminada la *toilette*, entra en la casa, reapareciendo en breve tocado con sombrero de fieltro alón, recogido sobre la frente y con divisa de cinta roja. En el pecho, en bandolera, a la izquierda, el típico sable de *cabo* y a la derecha gruesa cartera de piel. El soldado le trae el caballo enjaezado. Con pesadez Julián se impulsa, y arrendándolo al par que lo castiga con la espuela, parte al trote.

Los cañaverales enmalezados orillan el camino del batey, a pocos minutos de marcha. El jinete, las riendas en el arzón, pasea la mirada por la campaña, aunque asoleada, fresca aún de rocío. El caballo amusga las orejas y dando un brusco reparo, interrumpe su embeleso. Las pupilas equinas reproducen la masa de una locomotora descarrilada a un lado de la vía.

—¡No la conoces, bellaco! Es la de las minas que se ha quedado ahí, por causa de la guerra, como tú y yo trajinamos tempranito, lejos de la cama mullida y del potrero.

A la vista de Julián se ofrece el cuadrilátero del batey. Al sur, la casa de calderas, de tres pisos, silenciosa, inmóvil, cual si ruedas, cadenas y molinos, hubieran sido rotos en un mismo instante por la cólera de una voluntad todopoderosa, o que por arte de encantamiento se extinguieran los dulces jugos de la tierra. En las ventanas donde se orean ropas íntimas, se muestran rostros angustiados de habitantes de San Carlos que allí se han asilado disputando a las arañas su palacio. Al norte, las habitaciones que pertenecían al personal. Sobre algunas flotan hoy las banderas norteamericana, cubana y española. A la principal, un *cottage*, festona verde enredadera florida y la precede un jardín, en el cual medran en muy cordial compañía rosales y azucenas, mangos y limoneros. En la marquesina toma el sol, haciendo labores, una familia yanqui. Julián distingue una blanca gorra galoneada: es un teniente de marina del crucero de los Estados Unidos surto en el "Placer de los Estudios", que ha venido a avizorar las cosas de la revolución y que más tarde, relatará en las veladas de invierno en corrillo familiar cerca del fue-

go, como escenas cómicas. Al oeste, la bodega y un largo barracón alijado como hospital de sangre. Julián se siente atraído por el ventorrillo, favorecido de militares y paisanos, pues en el mostrador se exhiben cuales frutas tentadoras las hijas del ventero, la una moza rolliza y fresca, y la otra, chicuela de hasta catorce años, pimpollo que ronronea con lascivia precoz en torno de los parroquianos. ¡Con qué ganas iría a beberse un vaso de leche recién ordeñada y a darle un pellizco a la chica! Pero no, primero el deber; y clavando el caballo se acerca al hospital, denunciado por tufos insoportables.

Sin prisa, Julián echa pie a tierra sujetando el animal a la horqueta de un naranjo. Al pisar el umbral, titubea, impelido por los olores que emergen del interior. Venciendo la repugnancia, penetra. El espectáculo es dantesco: en catres sucios, por tierra, en mecedoras desvencijadas o en cuclillas, más de cincuenta heridos que se quejan, blasfeman, sufren en voz alta, asistidos de piadosas mujeres del pueblo. Julián les reparte la ración en metálico. Heridas hay de hace cuatro o cinco días que aún no han sido curadas. Uno le planta delante de los ojos un brazo desflecado, hediondo, germinado de gusanos; otro muestra una pierna descarnada en el tobillo por la metralla, la tibia pelada y los bordes purulentos. Bascas incoercibles le amagan, cree desfallecer. A su espalda, a cada ración entregada escucha:

—Gracias. Dígale al Presidente que no me olvide, que yo todavía sirvo.

—Dígale que se acueide que los hombres no son pun día no má.

—¡Maldito Gobierno!

—No se quejen, señores, que pa eso se es hombre, pa sufrir.

—No le harg a caso a esos que creen que peleai es como bai-lai. Dígale al jefe Horacio que eche palante, que esos bolos tan juíos.

—No quiero na. Yo no soy hombre de medio peso.

Tan sólo uno padece en silencio. Nada pide. El plomo le tala-dró el cráneo de sien a sien, quemándole las pupilas, cementán-dole. Es rubia su barba ensortijada, y le ilumina el rostro dema-crado inefable dulzura cristiana. Tiene la terrible elocuencia de lo inmutable. El dolor le ha hecho sabio y bello. Acosado por heridos y enfermeras, que piden hilas, medicinas, facultativos, Julián escapa. Un coro de risas le despide. Se vuelve airado

¿qué pasa? "Nada, responde una voz risueña: que ese demonio de Laíto para engañarle se acostó en un catre, entre ropas sucias de sangre, y uste le dio ración. Y los que antes se lamentaban ahora ríen la broma".

A caballo, Julián aspira con deleite, libre al fin de la pesadilla. El ojo complacido chispea: junto a la casa de calderas, una muchacha lava, negra, esmirriada. La falda recogida deja ver las pantorrillas flacas y pringosas. Los senos erectos se agitan siguiendo el vaivén de la mano que enjabona y estruja. Los sentidos adormecidos por larga abstinencia se excitan. Julián es caballo de buena boca.

—Buenos días, prenda.

—Buenos días —contesta entre dientes la ninfa.

Las miradas del galán van de las burbujas que se irisan a las formas mal veladas por el corpiño empapado. Dulcinea estrega el trapo indiferente.

—¿Quieres, di?

—No sea parejero.

—No seas boba, mira...

Entre los dedos brilla el disco deslumbrante de una onza.

—No.

—¿Por qué? ¿quieres más? Te daré dos, tres, cinco...

—No.

—Un momento no más; allí en el cañaveral.

—No, le he dicho.

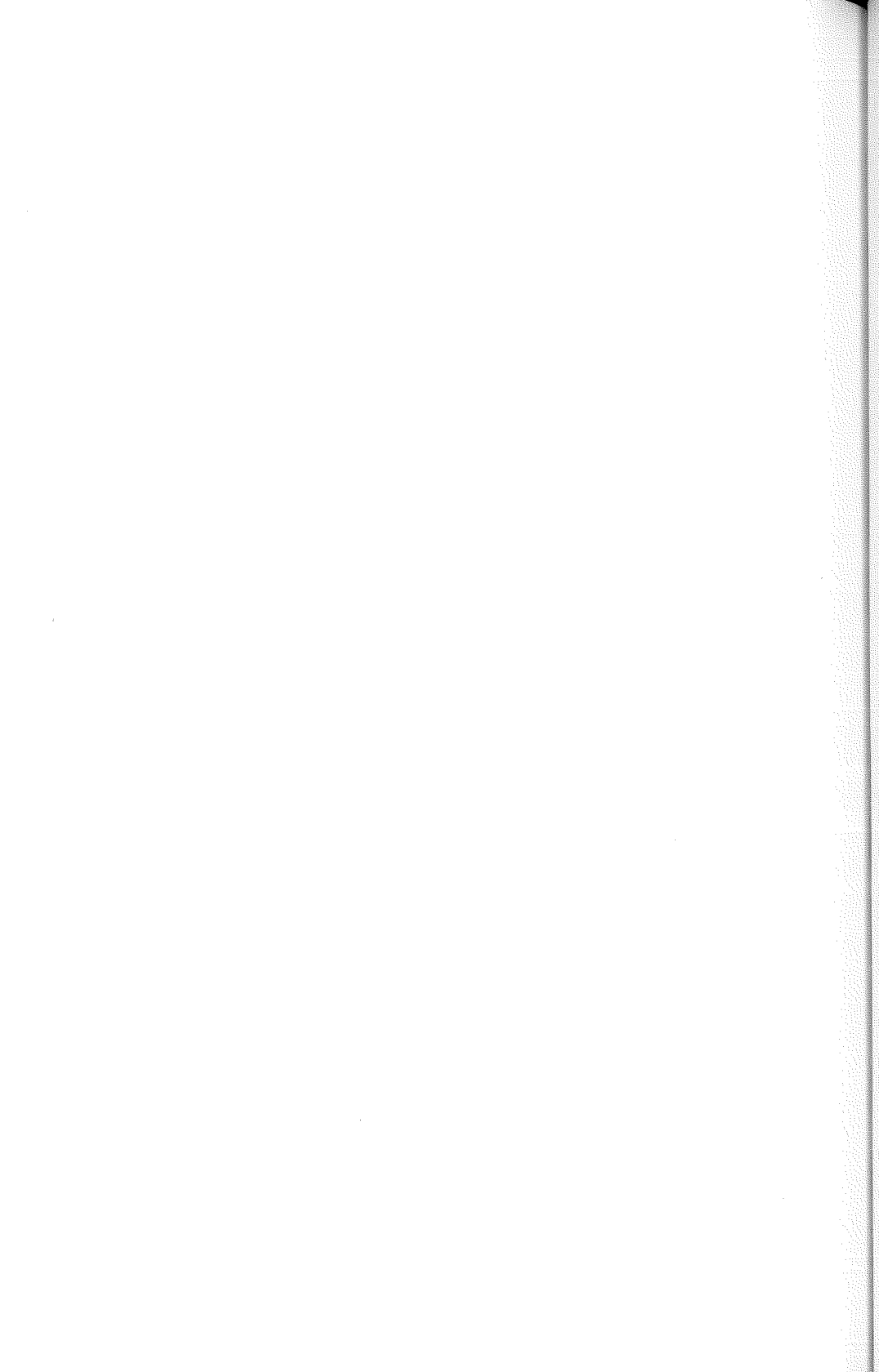
—¿Por qué? ¿di?

—Tengo mi macho.

Jadeante, devorado por los deseos, que la resistencia que presente invencible exasperan, Julián hinca con ira las espuelas al caballo, que al brincar empuja la batea. El agua salpica la cara de la negra, que increpa:

—¡Sinvergüenza, blanco *jipato*!

Por las ventanas de la casa de calderas asoman vecinas curiosas. La negra, al fin, ante la desventura del mancebo que se pierde a galope por entre las cañas, rompe a reír con toda la boca abierta, tal carnoso higo en sazón.



## II

La presencia del cantón se anuncia con el rumor de gran marmita borbolleante. En la galería de la casa, rimero de batatas y *rulos*, suerte de plátano esquinoso de pulpa áspera. En tronco, de forma de pierna en flexión, la carne de una res entera. Las cocinas improvisadas humean exhalando aromas apetitosos. En un extremo se arremolinan los soldados: dos se disputan airadamente una batata a medio asar: furioso el uno, burlón el otro. Al amparo de la copa de un mamey, una *yagua* por tapete, en cuatro pies, agachados, boca abajo, unos cuantos juegan al monte. De pronto, una parada dudosa mueve lenguas y manos con ira, naipes y monedas vuelan, un cuchillo reluce, se amartilla un remington; pero interviene un Jefe sable en mano y blandiéndolo de lomo y plano, a diestro y siniestro, calma los ánimos. La partida se reanuda. Ha transcurrido un minuto.

En un extremo benefician una cabra. Julián sigue con atento interés la operación en sus menores detalles. La bestezuela humilla la cerviz, balando dolorosamente. El matarife entierra el cuchillo con mano firme entre las patas delanteras hasta el corazón. Ya muerta, abre un orificio en una de las patas traseras, introduciendo por él una barilla de hierro para separar el cuero, la grasa, y, aplicando la boca, sopla con vigor hasta que el aire distiende la piel. Entonces la raja del rabo a la cabeza, de

los cascos a los cuartos, y con el filo y el mango, alternativamente, corta o desuella. La carne tibia, palpitante, rosada, va apareciendo. En una de las tetas, Julián advierte una gota de leche, fuente de vida que la muerte exprimió. El General Cirilo apoya su mano gruesa y velluda en el hombro de Julián, interrogándole:

—Caramba, a usted como que le interesa mucho.

—Ya lo creo, es la primera vez que lo veo.

Y el general, vigoroso, de estrecha frente greñuda, le mira de hito en hito, con desdén que expresa: “¿para qué sirve un hombre que no sabe desollar un chivo?”

Mortificado por el incidente, Julián se acuesta sobre las hojas secas y la yerba, una raíz por almohada, a la sombra de un mango, cuyo ramaje tupido es un parasol. Se interpela a sí mismo: “¿por qué en tales andanzas, y para que...? Criado en el regalo de la mesa y el lecho, familiar de las tertulias amenas, poeta admirado por las muchachas que leen al crepúsculo, en la reja sus versos, sus cuentos y las crónicas teatrales y de sociedad que el Listín inserta al día siguiente de cada fiesta, ¿por qué desertó tales ambientes propicios? La gente sesuda, leyendo sus artículos políticos atiborrados de citas eruditas, campanudas, le calificó joven intelectual de porvenir: ¿Qué hace, pues, entre estos macheteros vulgares que se burlan de su figura ecuestre, de su cutis suave y de su melena? ¿Por curiosidad o por ambición? Él mismo no acierta a explicárselo. Un día, sin mayor premeditación, se encontró a horcajadas sobre un penco y armado de fusil, y la aventura cuenta ya meses, por caminos calcinados, de polvo blanco cegador, vivaqueando en el monte, transitando veredas, vadeando ríos crecidos, arañado de espinas, picado de mosquitos, comido de plagas, sucio, hambriento... ¿Y bien? Pero la verdad es que su espíritu ha ganado en libertad y fuerza, y tal parece que en cada noche que duerme sobre ella, la tierra maternal le infunde más cal a sus huesos, más hierro a su sangre. Su individualidad se transforma, y además ¿no es él superior a aquellos de sus camaradas que jamás han sido fogueados, ni saben lo que es dormir a campo raso en colchón de guijarros o en un charco y bajo la lluvia? ¿Y acaso no es un beneficio, y no pequeño, conocer de cerca a los hombres de acción? Desde los bancos del Parque de



la Capital, los generales son admirados sin reservas; el partidismo les convierte en héroes legendarios, y el miedo y el servilismo van abonando los ánimos para aceptar como mandato providencial el hecho que les encumbra hasta la autoridad suprema. Ahora, él los ha observado a su guisa, ¡Cuánto ídolo roto! ¡Si es barro su materia! En efecto, algunos son bravos siempre, otros cuando hay granjería. Impulsivos, ignorantes, irresistibles en la arremetida, se desmoralizan en los reveses; su estrategia improvisa, nunca prevé. Violentos, a las veces crueles, sobre todo cuando les aconseja el diablillo azul del alcohol; mienten, exageran, presumen; en el fondo, sencillos a pesar de la marrullería de que hacen gala; dominicanos, sí, con los defectos y virtudes del tipo social. ¡Si los que les tejen coronas en el parque de Colón, los atisbaran por un agujerito bajo el fuego o en los cantones...! Pero no, hay quienes valen oro: aquél impetuoso que asalta trincheras sonriendo; ése abnegado que nada pide y en cambio encuentra siempre al enemigo; éste, cuya energía es tan constante que llega a la impavidez, y estotro, de sonora risa, igual en el peligro, en la derrota y en el triunfo, de talla y coraje homéricos... Sí, hay de todo, como en las boticas. Y no es bueno exagerar ni en favor ni en contra. Conoce la guerra y sus frutos; ha sorprendido en la entraña misma al Gobierno y a la Revolución: dos debilidades armadas, una enseñoreada en el palacio, otra vagabundeando por los montes: dos personalismos. En sus pupilas persisten algunas visiones: tres presidiarios negros, recién libertados por la insurrección, muriendo a caballo sobre el cañón que no pueden defender. Y escenas repugnantes: en la plazuela, frente a la iglesia aldeana, los oficiales discurren, barbarizando en presencia de reos que van a ser ejecutados, acerca del odio o explican cómo debe darse la voz de fuego. Y luego a la puerta del cementerio, en la linde del monte, el fusilamiento: un civil que cuenta ocho asesinatos, de ojos pequeñitos de mime, que pide buenos tiradores para no sufrir, y recibe dos descargas protestando, y el oficial le dispara tres tiros de gracia, pues no es dable apoyar el arma en la cabeza desgonzada, que oscila, horrible, chorreando sangre sesos. Y el otro, negro avispado, soldado de línea, que mató a un compañero por que acosó una gallina ajena de la cual quería adueñarse, y que solicita como única gracia que no le

aten a un árbol, sin duda, confiando en sus pies ligeros, y a la selva y a la mala puntería la última esperanza de vivir. ¿Y no aprobó él, poeta, la negativa del comandante, por egoísmo, peor aun, por miedo a las consecuencias del desorden que la fuga produciría? La guerra..." y la mancha sangrienta de tales recuerdos le vela el claro cielo azul.

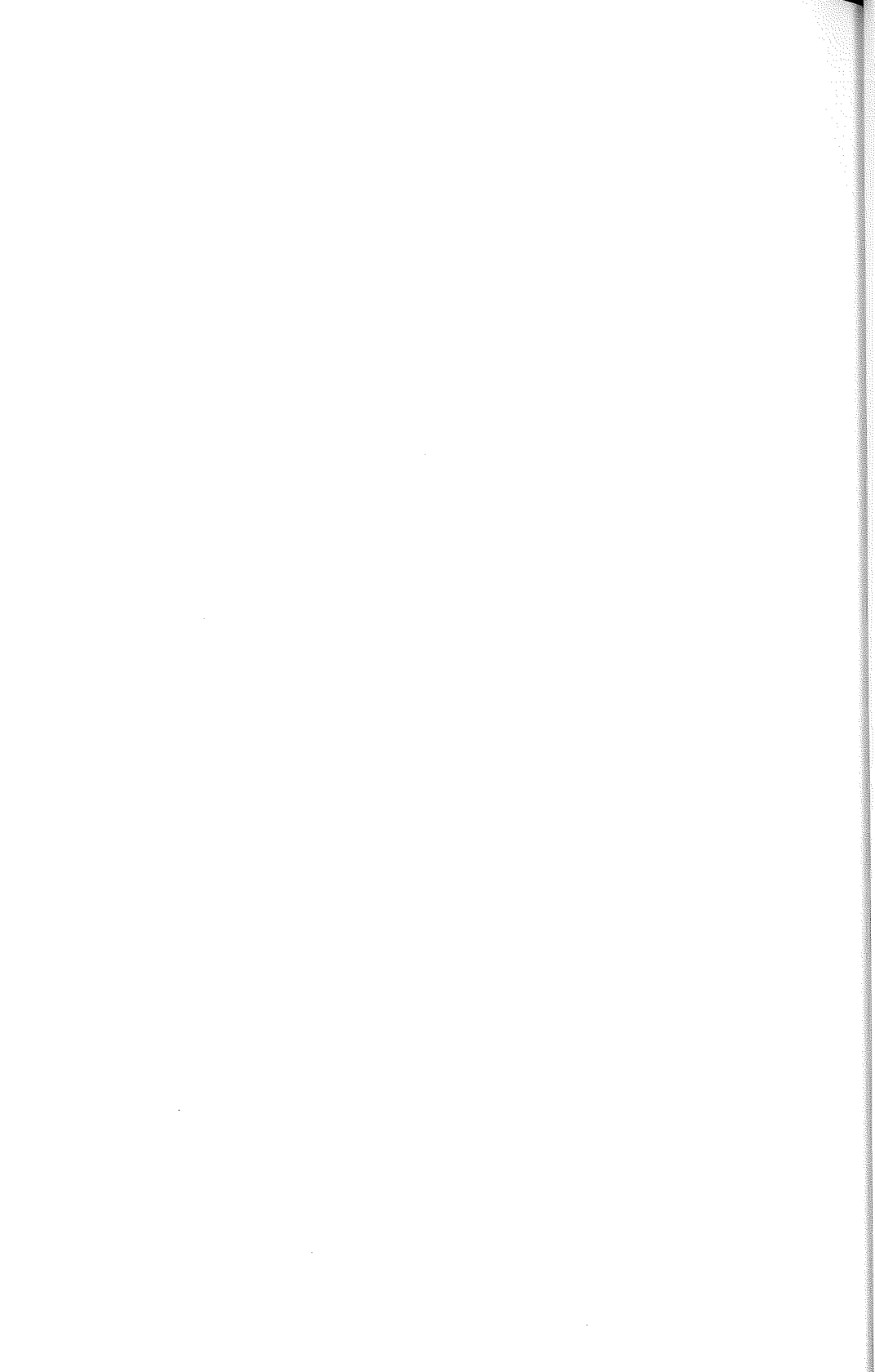
Irritante, un moscardón verde zumba cerca de Julián. Cuando desaparece, en un vuelo de colores, el soliloquio prosigue. "Y sin embargo esta vida tiene encantos, y es útil de veras estudiar, comprender y hasta amar a estos hombres de presa, cuyos intentos se originan en rencillas personales, en rivalidades de campanario. ¿Qué dirían ciertos impecables camaradas suyos enamorados de las teorías, si le sorprendieran pensando en voz alta; si supieran qué satisfacción orgullosa experimentó cuando por primera vez se ciñó un sable"? ¡Sí, el machete tan despreciado por ellos! Estos hombres son superiores, apenas leen y escriben; pero doman un potro, desuellan una res, preparan una emboscada, saben matar y morir, mientras nosotros vamos a la zaga con las nalgas desolladas. Mas, no; analicemos bien ¿sus fatigas ante el papel, la pluma y la tinta, no son sana inferioridad y no proclaman ellos mismos el dominio eminente de los intelectuales cuando a nosotros acuden? Sí, el pensamiento rige el mundo, y él, poeta, capaz de expresar lo que piensa, les supera a pesar de las agujetas. Mas ¿qué hay de común, por fin, entre él y el general Cirilo? ¿cuál vínculo les une? En sus adentros, una vocecita le responde: "el ansia de gozar a plenitud los placeres que se contienen en estas siete letras, *el poder*". Azorado, Julián mira a un lado y a otro. ¡Si le oyese alguien! Y replica con énfasis: "nos une la noble aspiración de servir a la patria, sin medir los sacrificios". Y sonrío complacido porque se contempla, en hora de apoteosis, caballero por la calle del Conde, ceñido el sable, saludado por las muchachas desde los balcones, a los acordes del himno nacional... El triunfo... Y más tarde ofrendando su amor al país en pingüe sede consular en populosa capital europea, o ¡quién sabe! en curul de diputado, poltrona de Gobernador o de Ministro.

Fuertes retortijones de barriga le vuelven a la realidad, obli-gándole a erguir el busto. Bosteza de hambre, tentado por las

marmitas que trascienden. Delante de un fogón de cárdenas brasas, un negro grotesco, que parece tallado en tronco carbonizado con un estilo, abierto de piernas, los pies descalzos, pela plátanos cantando:

*Dice Ramón Taváres  
Y lo dice con afán,  
Que cuando su mulita para,  
Le dará un mulito a Mon.*

*Oye como ronca el mausé  
Y la bala desprósiva.*



### III

En la galería, resguardados del sol, cuatro o cinco generales peroran acaloradamente circulándose una hoja impresa.

—Julián, Julián —llaman a la vez—. Ven y lee tú, que entiendes de papeles.

Es el manifiesto de la revolución. Julián, rodeado, lee a voz en cuello, interrumpido por interjecciones y comentarios, las acusaciones formuladas contra el Gobierno, del cual son defensores. A cada nuevo cargo la lectura es cortada:

—¡Qué tipos!

—Pues están frescos. Miren que Perico reclamando derechos individuales...!

—¡Y Loló hablando de libertad de imprenta!

—¡Y Pelén opinando en contra del impuesto al cacao! —¡Alejandrito! ¡Reguílame ese trompo en la uña!

—Pero ¿no lo firma también Juan el Ciego?

—¡Pero, señores, si esos son un bando de lilisistas!

—No mienten lilisistas, que todos, quien más quien menos, no juntamos con el manquito. Somos muchos los huérfanos.

—¡Esos no son más que unos...!

—No tanto; entre los firmantes hay hombres buenos, como Juan Rural.

—Era; pero ya... dime con quién andas...

—¿Y tú que dices, Julián?

—¿Yo? que este manifiesto es ridículo, aunque está escrito con elegancia; mendaz cuando acusa, pues nuestro partido es el único capacitado para imponer el orden, y hacer próspera y feliz la patria.

—¡Bien dicho!

—Y además ¿qué autoridad moral puede tener una revolución cuya vanguardia es el presidio de la capital en armas? Sobre tales ranchas nada honesto se puede edificar.

—No perdamos el tiempo en hablar de esas caballadas, el papel aguanta todo. Mañana les mandaremos plomo.

—¡Lástima que Juan Rural, hombre de trabajo y que tiene que perder, esté metido en eso! Y dicen que es el jefe de la avanzada.

—¿Y en realidad —pregunta Julián— tiene el mérito que se le atribuye?

—Hombre, lo cierto es que con su brazo ha fomentado un potrero que vale una fortuna.

El nombre de Juan Rural remueve memorias en la mente de Julián, quien separándose del grupo, vuelve a la sombra del rango, a hilvanar el soliloquio:

“¿Juan Rural? A menudo le ha oído citar como tipo de autodidacto, raro en nuestro medio. ¿No será ésta una leyenda más? A los veinte años, Juan heredó unos cuantos pesos de terreno virgen, y como poseía músculos en el brazo, y voluntad, una mañana, armado de hacha de buen temple entró al monte, abriéndose vereda con el pecho por entre los bejucos. Rey de la selva, de tronco que Juan no podía abrazar, un caoba retaba su esfuerzo. La copa, erguida por cima de todos los árboles, se dirigía al cielo cual un voto. Afirmó las plantas y balanceó el cuerpo blandiendo el hacha. El hierro mordió a fondo, una, diez, cien veces, hasta que el coloso se abatió desgajando los ramajes vecinos, y detrás de él, todos los próceres de la selva, robles, cabimas, de los que su industria hizo tablas, leña, carbón. El humo de la roza pregonó que un nuevo sudor fecundaba la tierra. Meses después, Juan tenía una cabaña rodeada de penachos de maizales y hojas filosas de yerba de guinea. Y poco a poco, sin desmayar, su energía fue dilatando los dominios: junto a la cabaña humilde se alza una casa confortable y la vista no limita los potreros, donde engordan numerosos rebaños

y cuyas cercas de alambre corren kilómetros paralelas a los rieles del ferrocarril. Los pasajeros, admirando desde las ventanillas los toros de testuz formidable, las vacas de repleta ubre, los recentales nunca destetados, los novillos nítidos y las terneras horras, los hocicos húmedos, rosados, de pacer berros y lilas en la margen del arroyo, exclaman: "¡Bendito sea Dios, lo que es la suerte!"

"El sábado, luego de terminada la faena, Juan, bañado, vestido de limpio, el Smith and Wesson a la cintura con los correspondientes veinticinco cartuchos, monta potro de bríos, y va a los bailes, *velorios* y novenas de los campos. Tales reuniones de campesinos ríspidos, excitados por el alcohol y las hembras, suelen concluir en peleas sangrientas. En esos lances, Juan, nunca tardo en la agresión o la defensa, cobra fama de valeroso, que extendiéndose por los términos rurales llega hasta la cabecera de la provincia. Así, en las tardes de los domingos, cuando pasa por las calles luciendo el moro, las espuelas de plata, y la gualdrapa bordada con hilo de oro, los mozos le señalan con el dedo, diciéndole: "ese sí que es gallo". Así, un día, el ciudadano gobernador le invita en misiva afectuosa a venir a su despacho, y brindándole con un vaso de cerveza, le habla: "de la necesidad de que los elementos de orden y de valer, como Juan, le sirvan al país, y al efecto solicita su amistad y concurso, esperando que acepte el nombramiento de jefe de las Fuerzas Cívicas de la Sección". Juan, rehusa; pero instado vivamente cede a la postre. El domingo siguiente, caracolea por la villa ostentando en la guerrera de dril botones dorados con el escudo nacional en relieve. Fue militante. En la primera revuelta aporta su contingente: la peonada de la finca y sus compadres y vecinos. Fue jefe. Como entre el que capitanea los *alzados* y Juan, median disputas de linderos, se destaca a éste en su persecución, y tras ligera escaramuza logra su captura. El telégrafo vibra transmitiendo la hazaña. Su éxito asciende las escaleras del Palacio del Ejecutivo. La prensa capitaleña le elogia sin tasa, descubriendo en él virtudes de romano y recordando que de las rejas de los arados se han forjado las mejores espadas. Su Excelencia el Presidente, le escribe así: "Estimado General y amigo: El Gobierno que presido, toma nota con el propósito de no olvidar el esforzado servicio que usted le ha prestado a la cau-

sa del orden, que es la del país. La Patria, menesterosa de paz, no puede menos que agradecer los sacrificios que para dársela hacen sus hijos. Usted es de los más dignos, y su valor y energía le preparan un porvenir brillante. Crea usted que mi Gobierno no olvidará sus buenos servicios y que, por el contrario, aprovechará la primera ocasión propicia de utilizarlos en el puesto que merecen. Y mientras tanto, siga usted con denuedo combatiendo a los impenitentes criminales enemigos de la Patria. Su amigo afectísimo". Fue prestigioso. Entonces Juan se domicilia en la ciudad. En las primas-noches se tertulia en su casa, le acompaña siempre una lengua insinuante pegada a su oreja: "Tú serás, tú serás", le murmura sin cesar. "¿Por qué no? Eres superior a él, tienes más amigos, eres más esforzado, y lo demás con un buen secretario se arregla". La autoridad siempre celosa nota el rival. Los chismes van y vienen, palabras imprudentes y actos equívocos completan la tarea. El nuevo caudillo necesita dinero para hacer política regalando a los partidarios, y grava la finca. Al gobierno que le halaga sucede otro que sospecha de él. Juan es rechazado de una parte y atraído de otra; las cartas de los expulsos refugiados en Saint-Thomas y Puerto Rico le tientan y comprometen, y al fin conspira. Y es así, como una mañana, prisionero, pasa en el tren con destino a la capital. En el potrero, los toretes en brama se descornan, y cuando los espanta el silbato de la locomotora, suspenden la lidia y parten, el rabo en alto, perdiéndose entre la yerba. Juan los mira, y con la recia diestra se enjuga una lágrima. En el estrecho, calabozo de la Torre del Homenaje sabe lo que vale el aire libre, el sol... Entre las cuatro paredes húmedas se asfixia. Los grillos le muerden las piernas; le molestan los compañeros; le humilla respirar la atmósfera impregnada de emanaciones fecales. ¡Qué dura es la cárcel! Entonces comprende la cólera de las bestias cerriles, oprimidas por las piernas del gañán. Y pasa las horas espionando un pedacito de cielo azul o un follaje verde por entre los fierros de las ventanillas, o imaginando con qué torturas se desquitará. ¡Poco le importa a él si la mano que le abrió la puerta era honrada o no, si la causa que le arma el brazo es digna! Él defiende las cosas que añora y si está en la avanzada, en el camino de su casa, acaso es sin él mismo darse cuenta, no por combatividad, si por embriagarse cuanto antes con el olor de la



tierra por él fecundada, y acariciar el potro que relincha vicioso en el rancho”.

—Pero ¡qué imbécil soy! ¿no será mi fantasía modelando otro ídolo? Tiene gracia. Tal vez este Juan Rural sea uno de tantos... No; seamos justos, en éste hay madera de la buena. La verdad es que la política está desnatando los campos, y desviando las energías las encharca. Y lo peor es, que estos hombres fuertes y sencillos, despistados, complican más la cosa pública violentando los sucesos con sus pasiones primitivas. Y ¿quién tiene la culpa! ¡Mejor es no meneallo! ¡Diablo, si ya es de noche! Los cocuyos tiran caprichosas líneas fosfóricas en las sombras.

—¡Julián! ¡Julián!

—Allá voy, General Lilo.

—Ven pronto, los caballos están ensillados. Vamos a cenar a la bodega.

Al paso toman el camino del batey. El General Lilo, acercando la montura, habla con voz untuosa:

—Mañana atacaremos a San Carlos. No seas zoquete, no vayas entre los de alante, pues estos cibaños creen que la luna es de queso y se come con melao... Y lo peor es que Horacio sigue con su jeringa de renunciar la presidencia. ¡Qué *pe ene pen!* En este país al caído hasta los perros lo mean. Por eso yo soy de la reserva. El que la hace, créelo, no la goza.

Y una carcajada le gorgoritea en la papada bovina.

Julián le escucha distraído. Sus ojos se encandilan evocando la chicuela, fresco y duro capullo de rosa, que le servirá la cena ronroneando en torno suyo, y cuyas pantorrillas desnudas pellizcará por debajo de la mesa. ¡Buen bocado!

Una voz aguardentosa entona:

*Que puede sei que no sea,  
Que pueda habei que no haiga,  
Que me puede a mi sali  
Que yo también no le saiga.*

Y otra le replica:

*¿Quién es ese cantador  
Que canta por los botaos,*

*Hijo de la yegua rucia  
Y del caballo melao?*

La corneta vibra la orden de cubre fuego. El silencio profundo de las campiñas abruma la brizna de yerba, el árbol, la piedra, la bestia y el espíritu del hombre.

#### IV

A las seis de la mañana las tropas están en pie. De la tierra, de la grama, de los troncos, emergen fragancias primaverales. Las canciones de los pájaros, el rumor de la brisa y las notas del cencerro de una vaca, se conciertan alegremente. El buen sol hila su oro en los rectos mameyes para decorar a la manera etrusca la capa abovedada le los mangos.

En la serenidad del ambiente las cosas pregonan los bienes de la vida, invitando a la paz. Dos columnas se forman; los hombres voluntarios, arma al brazo, entran en fila. Y las chanzas van de la una a la otra.

—Oye tú ¿qué le digo a Perico de tu parte?

—Mándale una pepa e mause.

—Hoy van ustedes a ver pelear bonito.

—Fo, ¡qué peste a guapo!

—Oye como ronca el mause, y la bala desprósiva.

—¿Y ese viejo Jiménez, pa qué no estará con su gente pa que aprenda cómo se sube a la silla?

Los jefes, a caballo, consultan los guías, toman las últimas disposiciones: una columna, la más fuerte, con la artillería de montaña, un cajoncito calibre 6, atacará de frente, por el camino, avanzando por las calles hasta el parque; la segunda, franqueando por La Generala, caerá a retaguardia del núcleo enemigo parapetado detrás de las grandes piedras de la calle

Real. Los del frente, esperarán a oír los tiros del flanco para acometer.

—¡En marcha...! y las dos guerrillas salen a paso ligero. Los compañeros se despiden:

—Memorias a Perico.

—Dígale algo a San Pedro de mi paite si lo pecha primero.

—La Virgen te ponga el deo, muchacho.

—A ella me encomiendo.

Helios enamorado deposita en las manos de Ceres las arras nupciales; el rito milagroso se cumple sin que el hombre lo consagre con el sudor, y sin embargo, para su deleite serán granos, leche y miel.

Los de la reserva, que permanecen en el cantón, cuentan los minutos. No han transcurrido sesenta, cuando la primera descarga trepida por el flanco, y es contestada por un tiroteo nutrido. Momentos después, el cañoncito ofende por el frente. La artillería de la plaza truena, sus granadas cruzan el campamento explotando en los cañaverales.

Julián, pie a tierra, con los del Estado mayor, permaneció oculto detrás de una cerca de mayas esperando el instante del ataque. El corazón late con fuerza y de prisa, la ansiedad de la espera inmóvil le eriza el vello. ¿Será hoy? El temor de lo desconocido tiembla en el labio y contrae el diafragma. Cuando se inicia el fuego, la agitación, el olor de la pólvora le libertan, y recobra el dominio de sus nervios. La impresión de la primera bala que silba cerca de su cabeza le hace instintivamente contraerse. Un jefe le dice: "No se agache,, amigo, bala que zumba no da". Avergonzado, Julián se lanza con ímpetu. La gente rodea el cañoncito, cuya presencia alienta esperanzas; a cada disparo, la fusilería amaina, los ojos siguen la trayectoria inquietando el efecto. El ánimo demasiado caliente inflama el garbuzo antes de que el oficial cierre la recámara, y por ella surte una lluvia de balines, que causan muchas bajas, hiriendo al artillero en la mano. Entonces, la pieza resulta una impedimenta y los hombres la abandonan para acometer con furia. Los generales, el sable desenvainado, excitan a los hombres, planean a los rehacios, les hablan con cariño, les insultan:

—¡Pa lante muchachos!

—Tiren bajito.

A punto metío, mi negro.

—Una carrerita que son nuestros.

—¡No se apelotonen, no se apelotonen, cará!...

De una parte y otra se embisten con gallardía. Los hombres se perfilan para no presentar blanco o doblan la pierna para disparar con certeza. Las guerrillas se abren en abanico corriéndose por los flancos. El terreno está ya sembrado de muertos y heridos.

La cosa arde. Julián, la cabeza gacha, dispara nervioso. Tiene la boca reseca y le sabe a sangre. Varios gritan: ¡agua, agua! Ninguna imagen se fija en su mente, y sin embargo, él desea recordar la novia. ¡Nada! Cerca, en pie, en una mancha de césped, un soldado hace fuego con calma. Julián, que le vizora con el rabo del ojo, ha sentido que va a ser herido, y cuando se vuelve para prevenirle, está ya doblado, y apretándose con las manos el vientre se desploma. El enemigo se retira. Las tropas entran en la villa. Las piedras están tintas en sangre: “¡Vivan los *greñucos!*” “¡Abajo los *bolos!*” gritan voces enronquecidas. Desde las murallas la artillería protege la retirada. Las tropas vigorosas se dispersan por las callejuelas, confundidas ambas columnas, y se envilecen saqueando. A escape, en la esquina de una mesa, Julián escribe con lápiz el parte de la acción que los generales envían al Presidente. Casi todos los caudillos contrarios han quedado en el campo. Un estafeta voluntario llega acezando.

—¿Cuánto me pagan por una buena noticia?

—Veinte pesos.

—¿De veras?

—Sí.

—Perico es muerto.

—¡Perico? ¿Sí?

—Allí está, frente a la Alcaldía. El probe hecho una cocueyera, todas las balas de los fuertes son para él, nadie se ha atrevido a recogerlo, tan peligroso está aquello.

—¡La tierra le sea ligera!

A caballo, los jefes recorren la parte alta de la villa obligando a los soldados ebrios a restituir el botín. Por las puertas entornadas se muestran rostros femeninos que imploran; los pacíficos habitantes, sorprendidos en sus casas, se deslizan pegaditos de los setos rumbo al campo, cargados de catres y hatillos.

Un soldado, con sombrero de mujer en la cabeza, baila un zapateo en mitad del arroyo; otro, astuto, señalando un establecimiento mercantil cerrado, le dice a un general: "jefe, ahí adentro hay un muerto ¿quiere que lo saque?" Las granadas revientan en el interior de las casas destrozando los muebles. Una anciana, de hinojos en el polvo, los brazos en cruz, en la diestra un colador goteando café, clama: "¡Misericordia Señor! se acaba el mundo".

Julián, montado, llega al parque. La iglesia está llena de heridos; entre los rosales yacen cadáveres; las hojas de los laureles, dentadas por las balas. En el quicio de una puerta, se vacía una pipa de aguardiente con hipo tenaz. ¿Qué ve? Aquél, la frente rota, en un charco de sangre, mordiendo la arena, es Juan Rural. ¡También él, abatido sin fruto y sin gloria! ¡y los potreros abandonados, tal vez perdidos! ¡Qué brutos somos! De la iglesia, sale la negrita que ayer enardeció sus sentidos. ¡Qué asco! La sensación de horror le cala hasta el tuétano. Ahora renunciará a los honores, a los puestos pingües, a todo, si pudiera borrar de sus pupilas tales visiones. Vuelve grupas. Súbito, a dos pasos, estalla una granada, arrojando un puñado de polvo y acero. De la nuca de Julián Civil brota rojo grifo ardiente, sus manos aspan en el aire, y se desliza por el flanco de la bestia hasta el suelo. Sus ojos, al abrirse por última vez para recoger luz, toda la luz del sol, enfocan la negrita, que, medusea, corre, la lengua entre los dientes níveos, trémulos los senos, desnudas las piernas pringosas y en la cabeza un lío de ropas sanguinolentas.

París, Roma 1911.

# ÍNDICE





TULIO MANUEL CESTERO EN LA ESCENA DE SU ÉPOCA	
Manuel García-Cartagena . . . . .	7
Introducción . . . . .	7
Situación de Tulio Manuel Cestero:	
el contexto biográfico, social y cultural . . . . .	10
Ingredientes modernos: el cosmopolitismo . . . . .	27
Utopías cosmopolitas . . . . .	33
Ingredientes modernos: la búsqueda	
de la identidad y el nacionalismo contra	
el cosmopolitismo modernista . . . . .	47
Tulio Manuel Cestero en sus textos . . . . .	55

LA SANGRE  
UNA VIDA BAJO LA TIRANÍA

I . . . . .	81
II . . . . .	85
III . . . . .	93
IV . . . . .	109
V . . . . .	117
VI . . . . .	125
VII . . . . .	131
VIII . . . . .	147

IX .....	165
X .....	169
XI .....	179
XII .....	187
XIII .....	197
XIV .....	201
XV .....	209
XVI .....	217
XVII .....	229
XVIII .....	243
XIV .....	253
XX .....	261

### CIUDAD ROMÁNTICA

#### ESCENAS DE SANTO DOMINGO DE GUZMÁN LA PRIMADA

I .....	271
II .....	281
III .....	287
IV .....	299
V .....	311
VI .....	321

### SANGRE SOLAR

I .....	333
II .....	339
III .....	345
IV .....	351

# BIBLIOTECA DE CLÁSICOS DOMINICANOS

## VOLÚMENES PUBLICADOS.

- Vol. I.- *Los Precursores 1*  
Cristóbal Colón:  
Diario de navegación y otros escritos.
- Vol. II.- *Los Precursores 2*  
Fray Ramón Pané:  
Relación acerca de las antigüedades de los indios.
- Vol. III.- *Los Precursores 3*  
Fray Pedro de Córdoba:  
Doctrina Cristiana y Cartas.
- Vol. IV.- *Los Precursores 4*  
Oviedo-Las Casas:  
Crónicas Escogidas.
- Vol. V.- Antonio Sánchez Valverde:  
Ensayos.
- Vol. VI.- José Joaquín Pérez:  
Fantasías indígenas y otros poemas.
- Vol. VII.- Salomé Ureña de Henríquez:  
Poesías completas.
- Vol. VIII.- Manuel de Jesús Galván:  
Enriquillo.
- Vol. IX.- José Ramón López:  
1.- Cuentos puertoplateños.
- Vol. X.- José Ramón López:  
2.- Ensayos y artículos.
- Vol. XI.- José Ramón López:  
Diario (enero-agosto de 1921).

IX .....	165
X .....	169
XI .....	179
XII .....	187
XIII .....	197
XIV .....	201
XV .....	209
XVI .....	217
XVII .....	229
XVIII .....	243
XIV .....	253
XX .....	261

### CIUDAD ROMÁNTICA

#### ESCENAS DE SANTO DOMINGO DE GUZMÁN LA PRIMADA

I .....	271
II .....	281
III .....	287
IV .....	299
V .....	311
VI .....	321

### SANGRE SOLAR

I .....	333
II .....	339
III .....	345
IV .....	351

# BIBLIOTECA DE CLÁSICOS DOMINICANOS

## VOLÚMENES PUBLICADOS.

- Vol. I.- *Los Precursores 1*  
Cristóbal Colón:  
Diario de navegación y otros escritos.
- Vol. II.- *Los Precursores 2*  
Fray Ramón Pané:  
Relación acerca de las antigüedades de los indios.
- Vol. III.- *Los Precursores 3*  
Fray Pedro de Córdoba:  
Doctrina Cristiana y Cartas.
- Vol. IV.- *Los Precursores 4*  
Oviedo-Las Casas:  
Crónicas Escogidas.
- Vol. V.- Antonio Sánchez Valverde:  
Ensayos.
- Vol. VI.- José Joaquín Pérez:  
Fantasías indígenas y otros poemas.
- Vol. VII.- Salomé Ureña de Henríquez:  
Poesías completas.
- Vol. VIII.- Manuel de Jesús Galván:  
Enriquillo.
- Vol. IX.- José Ramón López:  
1.- Cuentos puertoplateños.
- Vol. X.- José Ramón López:  
2.- Ensayos y artículos.
- Vol. XI.- José Ramón López:  
Diario (enero-agosto de 1921).

- Vol. XII.- Fabio Fiallo:  
1.- La canción de una vida.
- Vol. XIII.- Fabio Fiallo:  
2.- Cuentos frágiles y Las manzanas de Mefisto.
- Vol. XIV.- Américo Lugo:  
Obras Escogidas 1.
- Vol. XV.- Américo Lugo:  
Obras Escogidas 2.
- Vol. XVI.- Américo Lugo:  
Obras Escogidas 3.
- Vol. XVII.- Ramón Marrero Aristy:  
Balsié y Over.
- Vol. XVIII.- Sócrates Nolasco:  
Obras Completas  
1.- Cuentos.
- Vol. XIX.- Sócrates Nolasco:  
Obras Completas  
2.- Ensayos históricos.
- Vol. XX.- Sócrates Nolasco:  
Obras Completas  
3.- Ensayos literarios.
- Vol. XXI.- Antonio Sánchez Valverde  
1.- Tratado del predicador.
- Vol. XXII.- Antonio Sánchez Valverde  
2.- Sermones panegíricos, y de misterios.
- Vol. XXIII.- Antonio Sánchez Valverde  
3.- Examen de los Sermones del Padre Eliseo.
- Vol. XXIV.- Gastón F. Deligne  
Obra Completa. 1.- Soledad y poemas dispersos.

- Vol. XXV.- Gastón F. Deligne  
Obra Completa. 2.- Galaripsos y prosas.
- Vol. XXVI.- César Nicolás Penson  
Cosas añejas.
- Vol. XXVII.- Francisco Gregorio Billini  
Obra literaria  
1.- Baní o Engracia y Antoñita.
- Vol. XXVIII.- Francisco Gregorio Billini  
Obra literaria  
2.- Miscelánea
- Vol. XXIX.- Ligio Vizardi  
Poesías completas
- Vol. XXX.- Ligio Vizardi  
Novelas y cuentos
- Vol. XXXI.- Pedro Francisco Bonó  
1. El Montero-Epistolario
- Vol. XXXII.- Pedro Francisco Bonó  
2. Ensayos sociohistóricos  
Actuación política
- Vol. XXXIII.- Ulises Francisco Espaillat  
Escritos y epistolario
- Vol. XXXIV.- Javier Angulo Guridi  
La fantasma de Higüey y otros relatos
- Vol. XXXV.- Javier Angulo Guridi  
Poesías e Iguaniona
- Vol. XXXVI.- Tulio M. Cestero  
Obras escogidas  
1. Novelas





Este libro se terminó de imprimir  
el día 2 de abril de 2003  
en los Talleres Gráficos de  
**EDITORA CORRIPIO, C. POR A.**  
Calle A esq. Central  
Zona Industrial de Herrera  
Santo Domingo, República Dominicana